

H. C. F. MANSILLA

AUTONOMIA E IMITACION EN EL DESARROLLO

Fragmentos de una teoría crítica de la modernización



Centro Boliviano de Estudios Multidisciplinarios

H. C. F. MANSILLA



AUTONOMIA E IMITACION EN EL DESARROLLO

Fragmentos de una teoría crítica de la modernización



Centro Boliviano de Estudios Multidisciplinarios

La Paz, 1994

El Centro Boliviano de Estudios Multidisciplinarios agradece a la Swedish Agency for Research Cooperation with Developing Countries (SAREC) por el valioso apoyo a su fondo editorial.

Primera edición

© 1994 by H. C. F. Mansilla

D.L.: 4 - 1 - 603 - 94

Centro Boliviano de Estudios Multidisciplinarios (CEBEM)

Casilla 9205

La Paz / Bolivia

Impresión: HUELLAS SRL.

El Centro Boliviano de Estudios Multidisciplinarios agradece a la Swedish Agency for Research Cooperation with Developing Countries (SAREC) por el valioso apoyo a su fondo editorial.

Primera edición

© 1994 by H. C. F. Mansilla

D.L.: 4 - 1 - 603 - 94

Centro Boliviano de Estudios Multidisciplinarios (CEBEM)

Casilla 9205

La Paz / Bolivia

Impresión: HUELLAS SRL.

Indice

1. **A manera de introducción**
Los fundamentos de la teoría crítica de la modernización y algunos aspectos biográficos del autor. 5
2. **Crítica a las teorías de la modernización y la dependencia** 37
3. **El progreso como posibilidad de regresión e irracionalismo** 65
4. **Esbozo de una teoría crítica de la modernización:**
La marcha victoriosa de la racionalidad instrumentalista en América Latina 87
5. **Principios universales y valores particulares**
El racionalismo occidental y las identidades sociales premodernas 115

Índice

- 1. A manera de introducción**
Los fundamentos de la teoría crítica de la modernización y algunos aspectos biográficos del autor. 5
- 2. Crítica a las teorías de la modernización y la dependencia** 37
- 3. El progreso como posibilidad de regresión e irracionalismo** 65
- 4. Esbozo de una teoría crítica de la modernización:**
La marcha victoriosa de la racionalidad instrumentalista en América Latina 87
- 5. Principios universales y valores particulares**
El racionalismo occidental y las identidades sociales premodernas 115

6.	Las metas generales de desarrollo en la conciencia colectiva latinoamericana	149
7.	Identidad nacional e ideologías justificatorias en los países del Tercer Mundo	167
8.	El socialismo como sistema de modernización acelerada en las periferias mundiales	183
9.	Aspectos comparativos del socialismo en el Tercer Mundo <i>Teoría y realidad de la modernización</i>	205
10.	Conflicto pluralismo y mercado como elementos de la democracia moderna	225
11.	La revolución de 1952 en Bolivia: <i>Un intento reformista de modernización</i>	253
	Fuentes originales de los ensayos	269

I

A manera de introducción

Los fundamentos de la teoría crítica
de la modernización y algunos
aspectos biográficos del autor

Para quien que se dedica al quehacer científico puede resultar imprudente la vinculación de su teoría con algunos de sus datos biográficos. Se expone al peligro o, por lo menos, a la molestia de que sus enfoques, interpretaciones y diagnósticos sean considerados como subjetivos y hasta arbitrarios. Con todo derecho se piensa que la ciencia es la actividad más alejada de los caprichos personales y de las casualidades inherentes a toda existencia individual. Pero mi generación ha vivido la profunda desilusión de ver las consecuencias poco benéficas asociadas al avance científico más notable de la historia humana, tales como la devastación del medio ambiente y la producción de armas de destrucción masiva; al mismo tiempo ha hecho la amarga experiencia de percibir que las bases y los métodos del conocimiento y trabajo científicos son, en el fondo, de carácter cambiante, aleatorio y endeble. No es sorprendente, entonces, que ya antes de mi bachillerato en 1961, obtenido en el Colegio Alemán de La Paz (Bolivia), me hubiera inclinado por una postura distanciada con respecto a los ideales de la objetividad y científicidad, que se intensificó con motivo de mi viaje a Alemania para iniciar mis estudios universitarios. En Europa me encontré con la llamada *generación escéptica*, que correspondía más o menos a

la mía. El recuerdo todavía fresco de la Segunda Guerra Mundial, un individualismo vehemente y una notable desconfianza hacia ideologías y promesas de todo tipo contribuyeron a que estos jóvenes adoptasen un talante receloso ante el saber en general y las labores académicas en particular y, por extensión, frente a toda organización social. Compartí lo esencial de esta tendencia durante los largos y cómodos años de estudio en universidades alemanas (1962-1973). Fue un periodo libre de preocupaciones financieras y existenciales, por el cual siento aun hoy una considerable nostalgia.

Aquella actitud escéptica, que yo, con un alarde de arrogancia, prefiero llamar crítica, me permitió vislumbrar la importancia de la fantasía, de los prejuicios y de la voluntad en la conformación del quehacer científico desde la Antigüedad clásica. De un modo algo difuso me di cuenta entonces de la imposibilidad y acaso de la indeseabilidad de distinguir tajantemente entre ciencia y mito, juicio y prejuicio. Lo subjetivo no tiene porqué ser subjetivista: la imaginación puede contribuir a abrir nuevos horizontes cognoscitivos y plantear perspectivas novedosas para comprender mejor problemas irresueltos. Esto no significa evidentemente la creación de mejores procedimientos científicos, pero nos permite al menos percatarnos de las insuficiencias y, ocasionalmente, de la falsedad de las teorías generalmente aceptadas. En 1963 fui deslumbrado por *Michel de Montaigne*: si comprendí bien la intención de sus imperecederos *Ensayos*, el esfuerzo intelectual nos debería llevar a entender nuestros motivos clandestinos – a menudo monstruosos –, nuestros anhelos y temores, y la claridad así adquirida sería el cimiento para una genuina obra maestra: una vida bien lograda. Alcanzar esta meta constituiría algo más valioso que ganar batallas y conquistar provincias¹. Poco después, en 1964, comencé el estudio de la llamada *Teoría Crítica* de la *Escuela de Frankfurt*, seguramente la corriente filosófica que ejerció la influencia más profunda y duradera sobre mi pensamiento. Según *Jürgen Haber-*

1. Cf. Jean Starobinski, *Montaigne. Denken und Existenz* (= Montaigne. Pensamiento y existencia), Munich 1986; Uwe Schultz, *Michel de Montaigne*, Reinbek: Rowohlt 1989

mas, no podemos evitar todos nuestros prejuicios, pero sí aprender a convivir con ellos, a discriminar sus lados negativos de los positivos y a soportar la tensión entre la meta de objetividad científica y la persistencia de nuestros móviles prerracionales.

Por aquellos años tuvo lugar la expansión de la doctrina marxista en los medios académicos europeos. El movimiento contestatario juvenil y universitario se inició en Alemania en 1967 y precisamente en mi *alma mater*, la Universidad Libre de Berlín. Esta desagradable mixtura de un credo dogmático con un infantilismo anti-estético fue una de las peores vivencias que tuve que soportar. Justamente como reacción a esta nueva religión secular empezó por entonces un modesto renacimiento de *Arthur Schopenhauer* y *Friedrich Nietzsche*, que mucho después se convertirían en los apóstoles del postmodernismo. La espléndida prosa de este último – el alemán más elegante escrito jamás en el campo de la filosofía – me reconfortó en la idea de que la fantasía es indispensable para un pensamiento realmente creativo, que por ello mismo tiene que ser sorpresivo, difícil e insólito, y, por lo tanto, diferente del trabajo científico cotidiano². Pero precisamente el mundo académico en el que yo estaba inmerso se ensañó en demostrar que la obra de Nietzsche y Schopenhauer era la pura subjetividad y, por ende, digna de poco crédito: se decía que sus libros conformaban un tejido de justificaciones y racionalizaciones de traumas producidos durante la niñez y de unas pocas experiencias vitales de la vida adulta. El psicoanálisis freudiano y la crítica marxista de las ideologías estaban detrás de esta severa impugnación; la autoridad de ambos enfoques ha generado en mi espíritu hasta hoy una cierta aversión – probablemente injustificada – hacia ambos pensadores y una comprensible renuencia a tomar en serio a autores demasiado extravagantes o a teorías compuestas por meras paradojas.

2. Friedrich Nietzsche, *Die Philosophie im tragischen Zeitalter der Griechen* (= La filosofía en la época trágica de los griegos), en: Nietzsche, *Studienausgabe* (= Edición de estudio), compilación de Hans Heinz Holz, Frankfurt: Fischer 1968, vol. I, p. 144, 146.

Este reproche de subjetivismo, que tiendo a tomar muy en serio, puede ser parcialmente válido en el caso de Nietzsche ³. El de Schopenhauer me ha preocupado mucho más, ya que algunos amigos y conocidos míos han creído ver algunas similitudes entre él y yo en cuanto se refiere a rasgos biográficos. No ocultaré que la mera posibilidad de que ello fuere verdad me entristece bastante: creo que la filosofía de Schopenhauer es globalmente confusa, encuentro sus celebrados *Aforismos* ⁴ simplemente tediosos y su existencia terrenal me parece una retahíla de necesidades ⁵. Su pesimismo proviene tal vez del hecho de que Schopenhauer no conoció el amor primario, que es el materno: nunca se sintió arrastrado por una simpatía fundamental hacia los hombres ni percibió la vida como calor y alegría. Careció de una confianza liminar en el mundo; por ello no pudo aceptar del todo lo extraño y heterogéneo. Pero no le faltó una orgullosa consciencia de sí mismo ⁶. La totalidad del universo era para Schopenhauer algo yermo y hostil, sin sentido y sin intención, pero simultáneamente una lucha eterna, una voluntad ciega e irracional. Quizá por ello puso esta fuerza misteriosa en el centro de su filosofía: la voluntad resulta ser lo básico y primero, el punto donde se conjuga todo el ser, pero es al mismo tiempo lo negativo y lo enemigo. La senda del conocimiento es el descenso a los niveles más densos y oscuros del cuerpo y la volición. La anulación de la voluntad emerge entonces – al igual que en el budismo – como la única posibilidad de redención ⁷.

Alargo indebidamente este soporífero aspecto porque mi *teoría crítica de la modernización* tiene que ver *directamente* con algo que, a pesar de todo, aprendí de Schopenhauer. Su doctrina representa un claro rechazo a las "leyes" de la evolu-

3. Sobre Nietzsche cf. Karl Löwith, *Nietzsches Philosophie der ewigen Wiederkehr des Gleichen* (= La filosofía de Nietzsche del eterno retorno de lo igual), Stuttgart: Kohlhammer 1956; Ivo Frenzel, *Friedrich Nietzsche*, Reinbek: Rowohlt 1966

4. Arthur Schopenhauer, *Aphorismen zur Lebensweisheit*, Stuttgart: Reclam 1985

5. Cf. Walter Abendroth, *Arthur Schopenhauer*, Reinbek: Rowohlt 1967

6. Cf. Rüdiger Safranski, *Schopenhauer und die wilden Jahre der Philosophie* (= Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía), Reinbek: Rowohlt 1992, p. 31 sq., 145, 209, 299

7. *Ibid.*, p. 299, 313 sq., 317

ción histórica y a las esperanzas mesiánicas secularizadas que constituyen la última legitimización del marxismo en cuanto teoría y del socialismo en cuanto praxis; su escepticismo frente a los grandes conjuntos sociales coadyuva a revalorizar lo individual, concreto y particular; su melancolía y desilusionismo fomentan paradójicamente una actitud serena y hasta risueña en medio de las adversidades. Y el carácter general de su obra promueve una mejor comprensión de lo fragmentario y asistemático, en lo que concuerda con el temprano existencialismo de *Sören Kierkegaard*. Los grandes edificadores de sistemas se asemejan, según Kierkegaard, a aquellas personas que levantan trabajosamente inmensos palacios y luego habitan en miserables chozas al costado de los mismos ⁸. Comprendí leyendo a este filósofo danés que la experiencia de la angustia y de los desgarramientos internos, las pasiones solitarias y los abismos del alma, las depresiones y hasta los delirios pueden ser productivos. Mi visión de la problemática actual del Tercer Mundo ha sido, en última instancia, una compleja elaboración teórica de lo visto y vivido en aquellos países, pero una elaboración que incluía de alguna manera las tormentas de la psique.

De estos impulsos antidogmáticos y contrarios a un sistema cerrado nació la primera idea para mi teoría crítica de la modernización. Mis estudios de ciencias políticas fueron ciertamente fructíferos y hasta indispensables para obtener una noción más o menos confiable de la realidad contemporánea, para enterarme de los progresos teóricos y exegéticos en mi área de especialización y para alcanzar un buen dominio de métodos y técnicas de investigación, pero no favorecieron una actitud crítica frente a las doctrinas entonces imperantes y tampoco la sensibilidad necesaria para aprehender los riesgos inherentes a la modernidad y lo rescatable de la tradicionalidad. Mi formación académica fue ordenada y bastante amplia; aparte de las asignaturas específicas de ciencias políticas tuve la oportunidad de introducirme parcialmente en los estudios de Europa Oriental y del mundo islámico, dos regiones y culturas que hasta hoy go-

8. Peter P. Rohde, *Sören Kierkegaard*, Reinbek: Rowohlt 1965, p. 110

zan de mi mayor interés. Algunos de mis maestros tenían una bien ganada reputación de excelencia, como *Margherita von Brentano*, *Gert von Eynern*, *Ernst Fraenkel*, *Richard Löwenthal*, *Alexander Schwan* y *Wilhelm Weischedel*. Las materias que más me gustaron fueron historia de las ideas político-filosóficas, derecho constitucional, sociología de la religión y antropología política. En aquella época feliz no se habían dado aun la crisis del medio ambiente, el descrédito de los magnos sistemas de pensamiento, ni el cuestionamiento del progreso material y de la sociedad de consumo. El Instituto de Ciencias Políticas (*Otto-Suhr-Institut*) de la Universidad Libre de Berlín era por aquel entonces un sólido baluarte de la socialdemocracia: nos enseñaron a apreciar el funcionamiento – y las ventajas – de la democracia liberal y pluralista, a entender las falacias del bloque comunista y a registrar los rasgos más importantes de las relaciones internacionales, pero tuvimos que soportar al mismo tiempo un culto grosero de la civilización industrial (en su versión occidental), un desprecio evidente por todo aspecto estético del pasado y del presente y una indiferencia total por el universo simbólico de la vida social. Los catedráticos y asistentes practicaban una ética laboral de marcado carácter protestante-puritano (y encima la elogiaban en cuanto la moral más avanzada del desarrollo humano), detestaban ostensiblemente todo fenómeno aristocrático y se comportaban como genuinos pequeños burgueses. El principio de rendimiento era obviamente la norma sacrosanta; como buenos socialdemócratas (o influidos por esta corriente) acariciaban opiniones demasiado favorables sobre las grandes instituciones (cual la administración pública y la burocracia), el Estado de bienestar social y el rol de los sindicatos.

Mi resistencia a estas tendencias fue alimentada por la predominancia de una concepción en torno al Tercer Mundo que siempre me disgustó: se suponía que toda la problemática de Asia, Africa y América Latina era explicable mediante principios teóricos generales, de los cuales las sociedades extra-europeas conformarían simples casos de aplicación específica, teniendo en cuenta naturalmente un retraso típico e irremediable

en las tierras del Tercer Mundo. Antes y después del auge académico del marxismo – iniciado en mi universidad alrededor de 1967 – se daba por cierto que esas normas universales eran idénticas con las leyes evolutivas diseñadas para Europa Occidental, donde culminaría indefectiblemente la gran historia comenzada en la Grecia clásica. No sólo las tendencias hegeliano-marxistas compartían esta idea central; derechistas de toda laya creían firmemente que las naciones de Asia, Africa y América Latina estaban destinadas a repetir – con una lamentable demora – la experiencia histórica ejemplar que exhibían Europa y sobre todo Alemania.

A partir de 1965 me entraron serias dudas en torno a estas doctrinas que predicaban, en el fondo, un propósito y fin comunes a todos los pueblos del planeta. Fue entonces que hallé en la literatura y la filosofía algunas sugerencias para poner en cuestión los paradigmas teóricos que subyacen a todo *monismo*, es decir al postulado de una unidad primigenia de todos los fenómenos. Este ideal satisface requerimientos psíquicos elementales y por ello inevitables en todos los hombres: la seguridad de haber encontrado su lugar en el cosmos, la superación de las dudas y los conflictos, la justificación de decisiones dolorosas e inciertas. En este contexto es que tomé una especial afición por escritores que no poseen un solo precepto organizador o una visión unitaria del mundo social, sino que persiguen simultáneamente varios fines, a menudo no relacionados entre sí o hasta contradictorios. Decía *Sir Isaiah Berlin* que los escritores pueden clasificarse en zorros y erizos: "El zorro sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una gran cosa" ⁹. Mi simpatía ha estado siempre del lado de los zorros, entre los cuales se encuentran mis autores favoritos, como *Aristóteles* y *Erasmus*, *Montaigne*, *Goethe* y *Balzac*, propugnadores de concepciones antimonistas: la historia no obedece a ningún plan premeditado, obligatorio y universal; no hay soluciones políticas o científicas de validez general; la libertad no puede suprimirse en nombre

9. *Sir Isaiah Berlin, Pensadores rusos*, México: FCE 1980, p. 69 sq., 92 sq. (según un fragmento del poeta griego *Arquíloco*)

de abstracciones, por más nobles que éstas parezcan; los hombres importan más que la humanidad; no se debe sacrificar la suerte de una generación en aras de la presunta felicidad de edades futuras.

Por aquellos días (marzo de 1965) en que me empezaba a aburrir la aridez de las ciencias políticas, cayó en mis manos un opúsculo de *Martin Heidegger*. Todavía hoy, cuando vuelvo a hojear en su *Carta sobre el humanismo*, siento la emoción de la primera vez. Esta vigorosa impresión tuvo que ver con la fuerza sombría que irradia el breve texto, pero igualmente con una erupción volcánica de conceptos antiguos, originales e incómodos, y por ello de una validez casi bíblica. Esta prosa de índole verdaderamente soberana recorre dos milenios y medio de la historia del pensamiento para concentrarse en lo esencial: Heidegger afirma que el destino del mundo es el desamparo y admite *en passant* que la teoría marxista es superior a toda otra historiografía por haber colocado la alienación en el centro de su esfuerzo argumentativo¹⁰, para luego ignorar olímpicamente todo aporte del marxismo y toda reflexión genético-histórica. La obra de Heidegger deja translucir la marca de un profeta del Antiguo Testamento: su lenguaje es una notable recreación estilística, novedoso y robusto, mientras que su mensaje – el de un vidente – apunta a poner en cuestión algunas certidumbres centrales de la civilización contemporánea, como ser el rol preponderante de la técnica, el carácter presuntamente positivo del progreso histórico y la idolatría del humanismo. Se debe a Martin Heidegger la idea de que la tecnología liberada de toda atadura ética se combina eficazmente con un nihilismo expansivo: el dominio irrestricto del Hombre sobre la naturaleza corresponde a un sinsentido creciente de la historia humana, y la arrogancia del poder tecnológico va de la mano de la depravación de la vida cotidiana.

10. Martin Heidegger, *Ueber den Humanismus* (Sobre el humanismo = Epístola a Jean Beaufret), Frankfurt: Klostermann 1947 (?), p. 27

Mi interés por Heidegger fue, a pesar de todo, ambivalente. Su prosa era grandiosa, pero igualmente alambicada, artificial y engañosa; su concepción era profunda, sin duda alguna, pero también llena de rasgos superficiales, pretensiosos y confusos – en suma: a menudo me pareció una fanfarronada erudita ¹¹. Es un lenguaje impreciso que ataca persistentemente las imprecisiones de otras doctrinas. Su "ritual de la no-adaptación" está destinado, como escribió mi maestro *Theodor W. Adorno*, a acomodarse a lo que critica, que es lo que existe en un momento dado ¹². *La carta sobre el humanismo* de Heidegger sintetiza algunos problemas esenciales de la era actual, pero los convierte en difusos y aislados de todo contexto histórico, lo cual permite exculpar crímenes, ya que después de tanta elaboración conceptual resulta que la única actitud razonable es la de la obediencia y del sometimiento a los "destinos inevitables del ser" ¹³. Las consecuencias inadmisibles son la negación de la responsabilidad individual y la dilución de la ética política.

A pesar – o a causa – de esta impetuosa sensación de ambigüedad que me dejó la lectura de Heidegger, debo a él y al incipiente conocimiento de la Escuela de Frankfurt tres convicciones que subyacen a mi teoría crítica de la modernización: un claro escepticismo ante la dominación del mundo contemporáneo por la tecnología (la crítica de la razón instrumentalista), la desconfianza frente a los decursos evolutivos obligatorios y a las presuntas bondades del desarrollo acelerado, y finalmente la concepción de que los valores estéticos, contenidos sobre todo en la literatura y en el arte, permiten un conocimiento más veraz y genuino que la filosofía y que todos los es-

-
11. Cf. Karl Löwith, *Heidegger, Denker in dürftiger Zeit* (= Heidegger, pensador en tiempos mezquinos), Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht 1960; Jürgen Habermas, *Philosophisch-politische Profile* (= Perfiles filosófico-políticos), Frankfurt: Suhrkamp 1971, pp. 67-92
 12. Theodor W. Adorno, *Jargon der Eigentlichkeit. Zur deutschen Ideologie* (= La jerga de la autenticidad. Sobre la ideología alemana), Frankfurt: Suhrkamp 1965, p. 14, 68
 13. Jürgen Habermas, *Martin Heidegger – Werk und Weltanschauung* (= Martin Heidegger – obra y cosmovisión), en: Habermas, *Texte und Kontexte* (Textos y contextos), Frankfurt: Suhrkamp 1991, pp. 71-73

fuerzos de la ciencia. Ya Schopenhauer había supuesto que su doctrina era una experiencia estética del mundo. Según Heidegger, en las grandes obras de arte se manifiesta la verdad del ser: en la belleza se refugia lo verídico ¹⁴. Que la senda de la estética sea la mejor vía al auténtico conocimiento es también una imagen obsesiva en Nietzsche: consolidó mi desdén por el omnipresente principio de rendimiento, me incitó a seguir leyendo novelas en lugar de soporíferos tratados sobre economía contemporánea, reafirmó mi creencia de que todo trabajo es una ignominia ¹⁵ y confirmó mi sospecha de que la llamada "dignidad laboral" se reducía a ser una ideología justificatoria de los poderosos. Este ideal del hombre auténtico en cuanto artista y no como *homo faber* concuerda con la actual doctrina postmodernista de que la vida plenamente humana empieza recién allende el trabajo y la lucha, en aquel espacio que aun preserva algo de la magia, el erotismo y la espontaneidad de la era preindustrial ¹⁶. La inclusión de la dimensión estética en cuanto acceso privilegiado a la esfera social, cultural e institucional es probablemente lo que me ha permitido percibir lo rescatable de la tradicionalidad y lo condenable de la moderna sociedad de masas; se trata, sin embargo, de una visión que está mucho más cerca de Adorno que de Heidegger: la experiencia genuinamente estética del arte moderno, por una parte, y el potencial contenido en la belleza artística y en la mimética, por otra, preparan la consciencia para obtener una "fuente independiente de conocimiento" ¹⁷. Pero la cercanía al espíritu crítico de la Es-

14. Martin Heidegger, *Der Ursprung des Kunstwerkes* (= El origen de la obra de arte), en: Heidegger, *Holzwege* (Sendas aporéticas), Frankfurt: Klostermann 1950, p. 25, 44, 59

15. La expresión pertenece literalmente a Friedrich Nietzsche, *Der griechische Staat* (= El Estado griego), en: Nietzsche, *Studienausgabe*, op. cit. (nota 2), vol. I, p. 126 sq.

16. Cf. Philipp Rippel, *Souveränität und Revolte. Die Wiedererweckung Nietzsches und Heideggers in Frankreich* (= Soberanía y revuelta. El nuevo despertar de Nietzsche y Heidegger en Francia) en: Peter Kemper (comp.), *"Postmoderne" oder der Kampf um die Zukunft* (= "Postmodernismo" o la lucha por el futuro), Frankfurt: Fischer 1988, p. 107

17. Jürgen Habermas, *Max Horkheimer: zur Entwicklungsgeschichte seines Werkes* (= Max Horkheimer: sobre el desarrollo histórico de su obra), en: Habermas, *Texte...*, op. cit. (nota 13), p. 103

cuela de Frankfurt me hizo comprender desde un comienzo lo problemático y hasta lo reaccionario que conlleva un esteticismo puro: se trata de un gesto autoritario que postula un ingreso privilegiado al conjunto formado por la ética, la estética y la verdad, que precisamente por su naturaleza elitista – con una innegable semejanza al misticismo – trata de abstraerse de una argumentación pública fundamentada en un examen intersubjetivo y abierto a una posible falsación ¹⁸.

La benéfica influencia de la Escuela de Frankfurt y los estudios específicos de dilatadas áreas histórico-culturales me han ayudado – o, por lo menos, así lo espero – a evitar dos extremos: el suponer que la realidad se reduce a lo inmediato, externo y cuantificable según datos estadísticos y el afirmar que la dimensión del presente y de la experiencia empírica es algo deleznable, efímero, superficial y sin mucha relevancia. La devaluación de la historia, que se manifiesta claramente en Heidegger, no llegó a convencerme, como tampoco la creencia en leyes evolutivas y en metas inevitables y positivas del desarrollo humano. Siempre he reconocido la importancia del enfoque genético-crítico para comprender las transformaciones de cualquier sociedad, pero hay que mitigar este método mediante un sano escepticismo con respecto al sentido y al fin de toda evolución de la historia humana – lo que probablemente no existe. Podríamos atribuir un sentido a la historia (cosa que indudablemente reconfortaría mi espíritu) si antes admitimos o nos imaginamos un fin (*telos*) de la misma, cosa harto arbitraria y desautorizada por los acontecimientos del siglo XX, sobre todo por Auschwitz y Hiroshima. Por otra parte, me pareció convincente la opinión de *Karl Jaspers*: a largo plazo y en vista de las atrocidades de que se compone el desarrollo de los mortales, parece que los idealistas han tenido más razón que los realistas de toda laya ¹⁹. Nietzsche, en cambio, siempre proclive a las exagera-

18. Jürgen Habermas, *Martin Heidegger*, op. cit. (nota 13), p. 80 sq.

19. Karl Jaspers, *Vom Ursprung und Ziel der Geschichte* (= Sobre el origen y la meta de la historia), Munich 1962, passim; sobre Jaspers cf. Hans Saner, *Karl Jaspers*, Reinbek: Rowohlt 1976, pp. 103-110; Jürgen Habermas, *Karl Jaspers*, in: Habermas, *Philosophisch-politische...*, op. cit. (nota 11), pp. 93-115

ciones, dijo que la esperanza es el mayor de todos los males, porque prolonga los sufrimientos humanos ²⁰. Y también debemos a Nietzsche la muy plausible tesis de que la dialéctica del progreso sea en realidad una ideología justificatoria de los resentidos y del resentimiento – idea que ha cobrado nueva vigencia en el postmodernismo ²¹.

Me decidí por una línea intermedia: no hay necesidad de devaluar la historia, pero sí la filosofía de la misma, sobre todo en sus variantes hegeliano-marxista, cristiano-mesiánica y populista-milenarista. No podemos establecer una ley general para explicar todas las revoluciones, pero nos es dable interpretar una revolución específica partiendo de sus antecedentes, aspectos concomitantes y consecuencias. Y si la historia humana resulta sin un sentido global, sin su carácter teleológico y, por ende, sin la certidumbre de constante progreso, factibilidad y perfeccionamiento, le podemos conferir, a pesar de todo, un sentido reducido dentro de los límites de nuestra época y existencia: el *Sísifo* de *Albert Camus* era feliz, porque mediante sus esfuerzos incesantes y vanos otorgaba sentido a algo que seguramente no lo tenía ²². No hay duda que todas estas reflexiones están impregnadas por la influencia de *Karl Löwith*, pensador estoico y libre de toda ilusión, cuya prosa, de una elegancia y sencillez atenienses, me ha cautivado siempre. Aunque con dudas, comparto su concepción: todas las doctrinas del progreso histórico que culminan en la salvación religiosa o material del género humano son, en el fondo, versiones secularizadas de aquel avance lineal de la evolución de los mortales que subyace al pensamiento bíblico y a toda la historiografía judía y cristiana. El

20. Friedrich Nietzsche, *Menschliches, Allzumenschliches. Ein Buch für freie Geister* (= Humano, demasiado humano. Un libro para espíritus libres), en: Nietzsche, *Studienausgabe*, op. cit. (nota 2), vol. II, p. 70

21. Sobre ésto cf. el excelente ensayo de Philipp Rippel, op. cit. (nota 16), p. 115 sq. (crítica de *Gilles Deleuze*)

22. Albert Camus, *Der Mythos von Sisyphos. Ein Versuch über das Absurde* (= El mito de Sísifo. Un ensayo sobre lo absurdo), Reinbek: Rowohlt 1968, p. 101.- Sobre una filosofía de la historia sin un *telos* organizador en las filosofías orientales cf. la bella obra de Joseph Needham, *Dentro de los cuatro mares. Diálogos entre Oriente y Occidente*, Madrid: Siglo XXI 1975, *passim*

materialismo histórico de Marx sería, de acuerdo con Löwith, una "historia redentoria escrita en el lenguaje de la economía política" ²³. Viviendo cada día el clima casi apocalíptico de la universidad alemana desde 1967, desplegué una especie de alergia contra ese imaginario colectivo que identificaba la sociedad capitalista avanzada – donde sus adversarios llevaban una existencia muy cómoda – con el imprescindible infierno (las épocas de la negatividad alienante) que purificaría, consolidaría y unificaría al proletariado, el cual edificaría el orden armonioso, justo y eterno a partir de las llamas y cenizas de la revolución. Este proceso requeriría obviamente la guía de los revolucionarios ilustrados para llegar a su meta ineludible: esta recua de oportunistas predicaba desde sus puestos y cátedras bien pagadas una sumisión fatalista a las verdades reveladas del marxismo. En lo que me pareció una posición más humilde y más adecuada a la compleja realidad, hice mío un concepto de *Adorno*: no es conveniente la construcción de doctrinas positivas y prescriptivas sobre el futuro y la sociedad ideal; la crítica y la desaprobación de lo equivocado ya constituirían los indicios de aquéllo que podría ser mejor ²⁴.

En 1966/1967 me sumergí en la lectura de la *Dialéctica del Iluminismo*, obra que causó en mi espíritu una conmoción mucho mayor que el primer Heidegger. Nunca llegué ni llegaré a comprender del todo este libro de *Max Horkheimer* y *Theodor W. Adorno*: contiene docenas de trozos y frases bellamente formuladas, de una profundidad conceptual e histórica no superada en el siglo XX; su crítica del positivismo en el quehacer científico y de la razón instrumental es simplemente indispensable para comprender las calamidades de nuestra época. Temas como la autodestrucción de la razón, las falacias de la sociedad de masas, la función mistificadora de la "industria de la cultura"

23. Karl Löwith, *Weltgeschichte und Heilsgeschehen. Die theologischen Voraussetzungen der Geschichtsphilosophie* (= Historia universal y sucesos redentorios. Las presuposiciones teológicas de la filosofía de la historia), Stuttgart etc.: Kohlhammer 1967, p. 48.- Cf. también Sir Isaiah Berlin, op. cit. (nota 9), p. 404

24. Theodor W. Adorno, *Kritik. Kleine Schriften zur Gesellschaft* (= Crítica. Escritos breves sobre la sociedad), Frankfurt: Suhrkamp 1971, p. 19

y la nostalgia por una sociedad donde no todo está normado y uniformado, conforman la base, a veces implícita, de todos mis modestos esfuerzos teóricos. La brillantez del prólogo y del capítulo central en la *Dialéctica del Iluminismo*²⁵ queda opacada por el resto del voluminoso libro, que es una repetición, a veces inaguantable, de una idea tautológica: el mito es iluminación, la iluminación es un modo del instinto de autoconservación, este instinto es la razón, la razón es el mito.

Como era inevitable, mi admiración por la Escuela de Frankfurt se mezcló con una actitud crítica frente a la misma. Desde el primer instante no me convenció la doctrina de que todos los afanes de la razón se reducirían a ser o a fomentar los instrumentos de dominación (como lo postuló más tarde el padre del postmodernismo, *Michel Foucault*): el liberalismo llevaría al fascismo, el mundo moderno sería una jaula inescapable de total alienación. Toda la Escuela de Frankfurt exhibe hasta hoy una sintomática incompreensión de la dimensión política, un arrogante desinterés por la esfera institucional, una ignorancia absoluta acerca del funcionamiento, los problemas y los logros de la moderna democracia pluralista y una afición simplemente ridícula por los fundamentos de la teoría marxista, particularmente por aquellos que han estado bien alejados de las propias áreas de trabajo (como la economía). Pese a una vida bien enraizada en el mundo "burgués" y a una cierta antipatía por el socialismo realmente existente, los pensadores frankfurtianos se abstuvieron premeditadamente de poner en cuestión los principios esenciales del *corpus* teórico de Marx y Engels. Por lo demás: quien conoce la historia interna de la Escuela de Frankfurt se da cuenta de que ésta es una combinación demasiado humana de brillantes y audaces enfoques teóricos con ceguera política y con mezquindad personal.

25. Max Horkheimer / Theodor W. Adorno, *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente* (= Dialéctica del Iluminismo. Fragmentos filosóficos), Amsterdam: Querido 1947, pp. 5-57; Willem van Reijen et al., *Adorno zur Einführung* (= Introducción a Adorno), Hamburgo: Junius 1990, pp. 45-56; Susan Buck-Morss, *The Origins of Negative Dialectics*, New York 1979 (brillante estudio sobre Adorno y la influencia de Walter Benjamin sobre la Escuela de Frankfurt)

Durante mi periodo universitario tuvo lugar el famoso debate iniciado por *Theodor W. Adorno* y *Sir Karl R. Popper* que contrapuso el pensamiento crítico-dialéctico a las tendencias positivistas y empiricistas. Seguí con creciente interés esta larga disputa erudita que moldeó mi inclinación por cuestiones teórico-metodológicas, epistemológicas y filosóficas y mi desapego concomitante por estudios que se reducen a datos y números en torno a temáticas estrictamente delimitadas. Mis pocas intervenciones públicas dentro del medio académico alemán – yo era un estudiante reservado y tímido – se debieron a ese entusiasmo que despertó en mí la controversia entre positivismo y dialéctica. Desde un comienzo tomé partido por la posición histórico-dialéctica representada por la Escuela de Frankfurt; mi teoría *crítica* de la modernización alude explícitamente a ello. Hasta hoy comparto plenamente el análisis crítico frankfurtiano del (neo)positivismo, del (neo)empiricismo y de las teorías sistémicas, tan difundidas en el ámbito de habla inglesa. Supongo, por lo tanto, que es insostenible la estricta separación entre conocimiento científico y juicio de valor: es imposible la extirpación de los intereses del acto cognoscitivo. (Mi propia teoría es manifiestamente valorativa y hasta normativa). No sería lícito, por ejemplo, limpiar las ciencias sociales de toda preocupación humanista y política; la abstención de juicios de valor y la cientificidad purificada propugnadas por el positivismo – sólo quedarían encuestas, compilaciones de datos, clasificaciones, descripciones, análisis cuantitativos y afines – favorecen el decisionismo y la consolidación del *status quo* momentáneo, resultando a la postre muy poco neutrales. Un enfoque teórico razonable requiere, por el contrario, de un análisis genético-histórico, de una hermenéutica (interpretación del sentido del fenómeno estudiado), de un diagnóstico valorativo y de un principio ético de responsabilidad social ²⁶.

26. La teoría crítica de la modernización propugna una visión ético-social como la desarrollada por Hans Jonas, *Das Prinzip Verantwortung. Versuch einer Ethik für die technologische Zivilisation* (= El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica), Frankfurt: Suhrkamp 1984

Desde el primer contacto con la Escuela de Frankfurt he mantenido distancias con esa gran creación intelectual. Mi adhesión a la democracia liberal y pluralista y mi simultáneo rechazo del estilo literario de los frankfurtianos son elementos de esa reticencia, paradójicamente ligados entre sí: me disgustan el lenguaje innecesariamente enmarañado, la sintaxis premeditadamente enrevesada y el carácter ambiguo de la mayoría de los productos de la Escuela de Frankfurt, porque creo percibir aspectos autoritarios y esotéricos en la obra de estos maestros pensadores. La Escuela de Frankfurt se ha consagrado también a la producción de un saber libresco neobizantino: mediante las acreditadas artes de la exégesis, la combinación, el obscurecimiento, la abstracción y la reelaboración se ha logrado fabricar textos a partir de otros textos, lo que, en cadena ininterrumpida, genera el progreso del conocimiento científico y el avance de la discusión académica. Y todo ésto tiene lugar dentro de la mejor tradición de la universidad alemana, en un lenguaje ininteligible, cuyo objetivo es intimidar al público en general y a los colegas en particular. En sociedades algo más primitivas se conoce este procedimiento como la magia de las expresiones altisonantes; en el ámbito germánico las cosas son obviamente más refinadas. Lo nebuloso y abstruso se mezcla con testimonios de una notable erudición y con destellos de genuina creación. Con el paso de los años este método ha alcanzado una reputación tan eminente que toda crítica a él es recusada como una simplificación inadmisibles de una problemática difícil y como la típica incomprensión de teorías originales por parte de espíritus anacrónicos y mal informados. Es claro que todas estas obras no son falsas, sino excesivas; su carácter complicado trata vanamente de sugerir que son complejas. Como se sabe, una superficie turbia no garantiza que el agua sea profunda.

El contacto personal con los representantes más conspicuos de la Escuela de Frankfurt fue otra desilusión. El frecuentar gente ilustre – igualmente en el campo de la política – me recordó la aseveración del escepticismo clásico acerca de la naturaleza frágil y ambigua de los grandes modelos. Era gente dedicada profesionalmente a criticar los fenómenos de alienación

en la civilización industrial o las maldades del imperialismo en el resto del mundo, pero se podía percibir en ellos todas las enajenaciones juntas y un eurocentrismo acendrado. Me parecieron inaccesibles, fríos, aburridos, torpes y de un mal gusto digno de mención. Eran, sobre todo, insensibles a todo aspecto o asunto personal, aunque no careciesen de fuertes aversiones: Horkheimer censuró a un colega porque a éste le faltaba la agudeza que sólo suele brindar el odio ²⁷. Cuanto más erudición han exhibido los corifeos de la Escuela de Frankfurt (como los miembros de las últimas generaciones), tanto menos relevante ha sido el aporte intelectual. *Jürgen Habermas*, por ejemplo, el más prolífico de los frankfurtianos del presente, acierta brillantemente cuando analiza los discursos ajenos, poniendo en evidencia sus lados flacos, pero el conjunto de su obra denota una ceguera sintomática frente a los grandes problemas actuales, como el colapso del socialismo, la crisis del medio ambiente, los fenómenos del burocratismo y estatismo y la decadencia de la estética pública en el mundo moderno, problemas que tienen que ver directamente con la razón instrumentalizada y que no fueron anticipados ni tratados adecuadamente por los representantes contemporáneos de la Escuela de Frankfurt.

Mi posición frente a esta corriente ha sido ambivalente; al distanciarme de la *teoría crítica* de la Escuela de Frankfurt me percaté de lo rescatable del orden premoderno y de lo positivo que aun existe en el Tercer Mundo. Los frankfurtianos reproducían en el ambiente cotidiano lo que censuraban en su teoría: no vivían unos con otros, sino unos al lado de otros, como afirmaba *Jaspers* sobre los alemanes en general. En la praxis diaria no hacían nada por alterar una sociedad como la alemana, técnicamente perfecta y humanamente gélida. Eran catedráticos bien pagados; asistían a varios simposios y congresos anualmente; usaban los medios más sofisticados de la ciencia y la tecnología. Pero no tenían aventuras eróticas; no cultivaban el

27. Rolf Wiggershaus, *Die Frankfurter Schule. Geschichte, theoretische Entwicklung, politische Bedeutung* (= La Escuela de Frankfurt. Historia, desarrollo teórico, significación política), Munich: Hanser 1987, p. 298

arte de la amistad; si tenían que invitar a alguien, lo hacían a lo sumo dos veces al año y lo lamentaban durante dos meses.

¡Qué diferencia con la existencia cotidiana de *Immanuel Kant*, hombre de salud endeble, quien jamás salió de su ciudad natal de Königsberg! Kant fue un docente muy ocupado en la universidad y dejó una obra impresionante e imperecedera, pero también tenía ganas y tiempo para alternar cada día con la gente de manera informal²⁸. Casi cotidianamente Kant recibía huéspedes durante el almuerzo; el gran pensador se preocupaba por los gustos de sus invitados, preparaba personalmente la mostaza y elegía los vinos con sumo cuidado. Sus comensales – nunca menos de tres – eran individuos cultivados, pero no eruditos o colegas de profesión; rezaba la prohibición de no tocar temas filosóficos y no mencionar las publicaciones del anfitrión. Qué pérdida de tiempo y dinero de acuerdo con parámetros actuales!

A partir de 1966 me he preocupado de modo intermitente por el psicoanálisis de *Sigmund Freud*. Sus pretensiones de científicidad son ciertamente infundadas y sus facultades terapéuticas muy reducidas, pero en cuanto ensayo de interpretación de nuestra constitución psíquica nos brinda un buen instrumento para comprender las motivaciones, obscuridades y contradicciones de nuestro subconsciente, individual y colectivamente. Me interesó su aporte a la hermenéutica socio-histórica y la posibilidad de esclarecer ciertas pautas normativas adoptadas del exterior e internalizadas de manera prerracional, pautas que definen la dirección del desarrollo en el Tercer Mundo. El origen de las mismas es mantenido precisamente en las periferias mundiales dentro de una sospechosa penumbra, ya que es doloroso admitir que la meta de la evolución socio-histórica es tomada de la detestada civilización foránea.

Mi aceptación de la moderna democracia occidental tiene indudablemente que ver con mis experiencias en Europa Oriental y con el gran tratado de Popper: *La sociedad abierta y sus*

28. Uwe Schultz, *Immanuel Kant*, Reinbek: Rowohlt 1965, pp. 26-28

enemigos ²⁹, pero posee también un tinte biográfico. Debo a la influencia de mi padre mi inclinación por el pluralismo ideológico. El manifestó siempre la mayor tolerancia y paciencia hacia las posturas ideológicas más extravagantes, que eran fenómenos permanentes en la Universidad de La Paz, de la cual él fue un ejemplar rector durante varios periodos. Nací en noviembre de 1942, pocos días después del triunfo británico en *El Alamein* (Egipto) y del desembarco de los Aliados en el Norte de Africa. Desde muy pequeño me dijeron que mi vida empezó con el vuelco decisivo que tomó entonces la Segunda Guerra Mundial, al perfilarse la posterior derrota de las Potencias del Eje. A partir de la infancia he asociado mi existencia a la declinación del totalitarismo fascista (y luego comunista) y a la expansión del sistema democrático. Esta evolución personal ha estado ciertamente vinculada a las aficiones pro-británicas de mi familia. Me pareció, por ejemplo, que el Reino Unido tuvo que cargar solo el peso y la responsabilidad de defender la cultura occidental y democrática en los primeros años – los más difíciles – de la guerra, antes de la intervención de los Estados Unidos y mientras duraba aun el Pacto de No-Agresión entre Alemania y la Unión Soviética. Mi admiración por la conducta británica abarca también a sus instituciones políticas: fueron éstas la obra de la casualidad, de un lento desarrollo orgánico-histórico y de la necesidad de múltiples compromisos, cuyo resultado es la compleja simbiosis de elementos monárquicos, aristocráticos y democráticos, tal como la preconizaron Aristóteles, Polibio y Cicerón.

Desde el primer contacto directo en 1962, la concisión y la elegancia del estilo académico inglés suscitaron mi simpatía. Por aquellos días tuve la suerte de leer al divino *Jorge Luis Borges*, y al no menos preclaro *Octavio Paz*, mucho antes de que se pusieran de modo en Europa y América Latina: la sencillez, aunada a la claridad y la belleza conforman un modelo

29. Esto *no* incluye la admisión del *decisionismo* popperiano, según se desprende de algunos fragmentos del libro: K. R. Popper, *Die offene Gesellschaft und ihre Feinde* (= La sociedad abierta y sus enemigos), Munich: Francke 1975, vol. II, p. 284sq., 304 sq.

ático de pensamiento que trasciende el campo meramente literario. Hacia 1970 retomé el estudio de los llamados moralistas franceses. Encontré en los escritos de *Montaigne*, *La Rochefoucauld*, *Saint-Simon* y *Voltaire* un espíritu similar al de Borges y Paz: no sólo una prosa cristalina (sin ser transparente), exenta de todo adorno y aderezo redundantes, sino también un trasfondo común de cuño escéptico, relativista, irónico, a veces pesimista y estoico, pero siempre cosmopolita, abierto a otras opiniones y deseoso de nuevas experiencias. Era, por otra parte, el inconfundible estilo de gente que estuvo cerca del poder supremo. Algunos de mis autores favoritos fueron en realidad escritores ocasionales, pues eran en el fondo hombres de guerra o de Estado que pertenecieron a los estratos más altos de la sociedad, y que precisamente a causa de todo ello abogaron por la tolerancia, la duda y la convivencia razonable entre los mortales. En las *Memorias* del Duque de Saint-Simon conocí la ambigüedad fundamental de todo ser humano, mientras que el sereno pesimismo del Duque de La Rochefoucauld me preparó para detestar el dogmatismo, rehuir todo fundamentalismo y desconfiar del espíritu provinciano. ¿Contribuyeron estos libros a formar mi carácter o los aprecié en tal alto grado porque confirmaban mi visión del mundo y mis prejuicios? ¿Quién puede saberlo? ¿Tiene esta actitud alguna semejanza con el cinismo postmoderlista, esa mixtura de resignación y regocijo? ³⁰.

Siguiendo a Montaigne y a Lord Bertrand Russell llegué a la convicción de que el cosmopolitismo es el mejor antídoto contra el fanatismo, el nacionalismo y el nativismo. Por ello he dedicado una buena parte de mi tiempo y mis recursos a los viajes. Puse el pie en los cinco continentes; pasé períodos bastante largos en la India y países aledaños, en el Africa Occidental y en casi toda América Latina; recorrí Europa (con las excepciones de Islandia y Albania) y visité muchos regímenes que ensayaban experimentos socialistas y nacionalistas. Todo ésto

30. Cf. Peter Kemper, *Flucht nach vorn oder Sieg des Vertrauten?* (= ¿Huida hacia adelante o triunfo de lo familiar?), en: Peter Kemper (comp.), op. cit. (nota 16), p. 325

contribuyó a relativizar las teorías aprendidas y a buscar soluciones propias. En 1972 me dediqué a estudiar la *Teoría de la Dependencia*, la contribución latinoamericana a las teorías del desarrollo, y comprendí que pese a su innegable originalidad y a sus elementos éticos no coadyuvaba a comprender la realidad del Tercer Mundo y más bien conformaba una ideología justificatoria de la industrialización acelerada y una exculpación de sistemas autoritarios. En aquel mismo año cayó en mis manos el breve libro de Dennis L. Meadows: *The Limits to Growth*³¹, que me pareció extraordinariamente innovador e importante a causa de su enfoque. En lugar de presuponer, como casi todas las teorías, que la naturaleza y sus recursos son casi ilimitados y están al servicio del desarrollo, este análisis invierte los términos en forma realista y se pregunta por las consecuencias de una evolución incesante a la vista de recursos finitos y de una degradación gigantesca del medio ambiente, motivada precisamente por el progreso material y sus secuelas, como el crecimiento demográfico en el Tercer Mundo (de orden exponencial), que se debe también a mejoras en la salud e higiene públicas, mejoras ciertamente modestas, pero de una trascendencia *imprevisible* en otros ámbitos de la vida social.

En 1973 descubrí la *Teoría de la Modernización* en su versión clásica (por medio de autores como *Gabriel A. Almond*, *David E. Apter*, *James S. Coleman*, *S. N. Eisenstadt*, *Daniel Lerner*, *Marion J. Levy* y otros, influidos todos ellos por los aportes precursores de *Max Weber* y *Talcott Parsons*), y se me ocurrió la idea de combinar este enfoque con la *Teoría Crítica* de la Escuela de Frankfurt, la ética de la responsabilidad (*Hans Jonas*) y con las concepciones ecologistas y conservacionistas, mitigando esta síntesis por medio de una visión escéptica del mundo y del Hombre.

La teoría que yo prefiero llamar clásica de la modernización ha postulado el continuum tradicionalidad / modernidad para explicar la evolución del Tercer Mundo en nuestra época: en contraposición a la doctrina marxista y a sus muchas variantes

31. Dennis L. Meadows et al., *The Limits to Growth*, New York: Universe Books 1972

se afirma que las sociedades de Africa, Asia y América Latina no avanzan desde regímenes feudales o capitalistas hacia modelos socialistas y ulteriormente comunistas, sino de un estadio marcado por elementos *tradicionales* (premodernos, preindustriales) a otro signado por la *modernidad* (la civilización industrial contemporánea). En este tránsito, llamado *proceso de modernización*, la propiedad de los medios de producción (y otros caracteres determinantes socio-históricos según la corriente marxista y la Teoría de la Dependencia) juega un rol secundario. El orden tradicional es aquel basado en pautas particularistas de comportamiento, en el cual la religión, la familia extendida, el origen social de la persona, las lealtades políticas locales, las jerarquías rígidas y la vida rural-agrícola conforman los factores decisivos. El orden moderno es aquel donde reinan pautas universalistas de comportamiento, en el cual se dan un grado muy elevado de urbanización, la agregación y articulación de intereses mediante partidos políticos despersonalizados, un alto nivel de consumo masivo, jerarquías abiertas que dependen del principio de rendimiento, roles altamente diferenciados y una estructura productiva especializada e industrializada. Este tránsito es medible según criterios tales como el consumo de energía, el ingreso promedio *per capita*, las tasas de urbanización, alfabetismo y escolaridad y muchos otros indicadores cuantificables. Según la teoría clásica de la modernización, la inmensa mayoría de los países del Tercer Mundo se hallaría – en diferentes grados y estadios – entre los polos fijados por los conceptos de tradicionalidad y modernidad. Esta última estaría encarnada en las naciones altamente industrializadas de Europa Occidental y América del Norte; a este tipo de modernidad se le atribuyen además otras cualidades, como ser el carácter histórico paradigmático y ejemplar, la conjunción de progreso y libertad, alta capacidad de adaptación e integración y la consecución de una democracia plena.

Mi teoría crítica de la modernización admite que la evolución contemporánea del Tercer Mundo puede ser interpretada como un proceso de modernización, moviéndose entre los polos de la tradicionalidad y modernidad. Pero circunscribe este

modelo explicativo a la segunda mitad del siglo XX y no le otorga la característica de obligatoriedad. Acepta la determinación de tradicionalidad y modernidad de acuerdo con los rasgos distintivos y los indicadores recién mencionados para medirlas cuantitativamente, pero rechaza enfáticamente la identificación de modernidad con democracia. Con respecto al paradigma occidental de evolución, mi enfoque se inclina, como ya mencioné más arriba, por la crítica de la Escuela de Frankfurt a los fenómenos de alienación, denegando a la modernidad las bondades enteramente positivas que le atribuye la teoría clásica. Aun en el caso de que esta transición aparezca como históricamente inevitable, no creo que sea tarea de los científicos sociales el justificar y cohonestar este decurso evolutivo como algo simultáneamente bueno y necesario. El espacio temporal durante el cual tendría validez la teoría crítica de la modernización corresponde más o menos a mi propio tiempo biográfico. Esto podría sugerir la idea de que esta teoría es un mero *argumentum pro domo*, pero no es así. Durante siglos o milenios han ocurrido enormes cambios en Asia, Africa y América Latina: desde invasiones hasta alteraciones tecnológicas, pasando por el florecimiento de notables culturas autóctonas. Pero el "desarrollo" que tiene lugar a partir aproximadamente de 1950 sobrepasa todo lo anterior de manera cuantitativa y cualitativa: en pocas décadas se produce un crecimiento demográfico absolutamente inusitado en la historia de todos aquellos pueblos; la destrucción del medio ambiente, posibilitada por la importación de modernas tecnologías, ha sido algo prácticamente desconocido, sobre todo bajo la actual forma de su ritmo vertiginoso de expansión.

Los procesos de urbanización e industrialización que ocurren a partir de la Segunda Guerra Mundial transforman a las diversas sociedades del Tercer Mundo, dejando pocos resquicios totalmente libres del furor modernizante. La identidad colectiva de todas ellas se halla sumida en algún tipo de cambio acelerado o crisis. Es verdad que gran parte de este proceso acelerado de cambio atañe la esfera técnico-económica, dejando de lado el ámbito ideológico, cultural y familiar, pero, en conjunto,

las modificaciones y los traumas vinculados al proceso de modernización han convertido a las sociedades del Tercer Mundo en algo substancialmente distinto de lo que existía en esos territorios hasta la primera mitad del siglo XX.

En la mayoría de los procesos de modernización que conozco se puede advertir la carencia de metas normativas genuinamente originales: lo que se pretende alcanzar es una reproducción – relativamente mediocre – de lo ya logrado en las naciones metropolitanas del Norte. Esta modernización imitativa es parcial, acrítica y de carácter instrumentalista: se copian los aspectos técnico-económicos y se descuidan los científico-culturales. Se da suma importancia, por ejemplo, a la industrialización y a la modernización de los transportes y las comunicaciones, pero se desatiende al mismo tiempo la problemática ecológica, la conformación de una consciencia crítica colectiva y la instauración de una cultura política democrática. Las sociedades sumidas en este tipo de modernización imitativa tienen pocas de las ventajas y casi todas las desgracias de las naciones altamente industrializadas del Norte: sus grandes ciudades poseen un tráfico más denso y caótico, una atmósfera más contaminada, unos servicios públicos más deficientes, una criminalidad más elevada, edificios más feos – y muchos menos testimonios culturales, posibilidades de recreación e institutos científicos que las aglomeraciones urbanas de magnitud comparable en Europa o Norteamérica. Por estos motivos mi enfoque teórico propugna un claro escepticismo (que no debe ser entendido como un rechazo total) frente a los fenómenos de crecimiento y desarrollo, que ahora gozan del aura de lo mágico, pero que pueden llevar consigo los gérmenes del irracionalismo y la regresión. Esto último puede detectarse claramente en variados intentos de modernización acelerada, que bajo programas socialistas o nacionalistas, se consagraron a una industrialización forzada dirigida casi exclusivamente por el Estado, cercenando premeditadamente las libertades públicas y los derechos humanos. El argumento usual ha sido que éstos y aquéllas provienen de un origen "burgués" y europeo occidental (por lo tanto: ajeno al acervo nacional respectivo) y que en la

praxis sólo sirven para disgregar una comunidad e impedir la imprescindible unidad de todos los esfuerzos y las energías en pro de un experimento de rápida modernización. Se puede aseverar, por consiguiente, que en el Tercer Mundo el socialismo ha sido sobre todo una estrategia de modernización acelerada, pero una fallida: sus mediocres resultados económicos concuerdan irónicamente con su desgastada y devaluada ideología revolucionaria. El proceso imitativo de modernización puede consolidar una cultura política pre-existente de autoritarismo: el fundamentalismo islámico se ha distinguido por una utilización virtuosa de muchas tecnologías occidentales – en los campos de la comunicación, el armamento y la manipulación de masas – y, al mismo tiempo, por la preservación de las porciones más reaccionarias del legado musulmán.

Se puede inferir, entonces, que los procesos de modernización son esencialmente ambivalentes y no siempre significan mayores libertades, un nivel de vida más alto o un futuro más seguro para los pueblos inmersos en ellos. Esto lleva a ver con otros ojos el régimen premoderno. Sólo después de haber experimentado las calamidades inherentes a la modernidad se puede apreciar las ventajas del orden tradicional – que tampoco son muy abundantes. La seguridad emocional que brinda un sistema social con valores normativos sólidos, el calor y hasta la protección económica asociadas a la familia extendida, el respeto al medio ambiente natural (así sea por falta de una tecnología apropiada para "aprovechar" a fondo los recursos), una estética pública de innegable buen gusto y un ritmo de vida apacible (debido, entre otras cosas, a una densidad demográfica razonablemente baja), constituyen ejemplos de lo positivo que encierran aun las estructuras premodernas ³². No hay que perder de

32. El más brillante desarrollo se manifiesta a veces como un regreso a niveles de vida que habían existido antes de los grandes procesos de urbanización e industrialización, como puede comprobarse en muchos países latinoamericanos comparando el nivel de ingresos, la seguridad ciudadana y la situación ecológica de 1950 y los datos de fenómenos comparables a finales del siglo XX. - Cf. Tielman Schiel, *La idea de la modernidad y la invención de la tradición: cómo la universalidad produce la particularidad y viceversa*, en: Edgardo Lander (comp.), *Modernidad y universalismo*, Caracas: Nueva Sociedad/UNESCO 1991, p. 64 sqq.

vista, empero, todo lo negativo que el orden tradicional puede abarcar: la tiranía de lo provinciano y pueblerino, las barreras infranqueables entre los estratos sociales, los métodos odiosos para controlar a los individuos, la miseria de las masas (fenómeno de una apabullante uniformidad a través de todo el planeta), las más diversas formas de autoritarismo y la debilidad e ineficiencia de las estructuras estatales³³.

Es preciso, sin embargo, insistir en los elementos rescatables del orden premoderno porque pueden brindarnos algunas luces con respecto a los temas más acuciantes de la actualidad. Algunos de ellos, como la problemática ecológica y la declinación de la ética de responsabilidad social, están paradójicamente asociados a aspectos situados en el campo de lo religioso. Las grandes religiones orientales y otros credos no provenientes del tronco judeo-cristiano propugnaron una actitud colectiva de admiración y respeto frente al cosmos y a la naturaleza, lo que fomenta una predisposición conservacionista y ecologista frente a los recursos del planeta y a los espacios físicos en general. Las religiones derivadas de la Biblia son, por el contrario, antropocentristas: el universo es sólo el mundo para el Hombre, una cantera para sufragar y mantener el desenvolvimiento humano sobre la Tierra. Pero aun así las creencias religiosas promueven un freno para la *hybris* – el orgullo y la soberbia –, una limitación para los designios humanos de dominación y explotación totales del universo. Los credos religiosos asumen también la función de recordar al Hombre el carácter perecedero de su naturaleza y vano de sus acciones en última instancia: pueden contribuir a evitar que el Hombre se coloque a sí mismo en lugar de lo absoluto, convirtiéndose en un ídolo que exige que el universo mismo sea sacrificado en sus altares³⁴. La relativización de estos designios de omnipotencia es hoy día tanto más necesaria cuanto la tecnología parece que los puede transformar en una

33. Cf. el brillante estudio de Patricia Crone, *Pre-Industrial Societies*, Oxford: Blackwell 1989, capítulo 3

34. Cf. Mircea Eliade, *Le sacré et le profane*, Paris: Gallimard 1965, *passim*; Dharmendra Goel, *Philosophy of History. A Critical Study of Recent Philosophies of History*, Delhi: Sterling 1967, p. 181

irreversible y sangrienta realidad. Fragmentos de religiosidad pueden quizá mitigar la índole insaciable y unilateral de un racionalismo instrumentalista, que de acuerdo con la cientificidad en boga no reconoce ninguna atadura moral, ninguna autoridad por encima de sus enfoques y sus procedimientos cuantitativos y ningún respeto por la naturaleza y sus criaturas. Sólo la genuina religiosidad puede brindarnos dos grandes principios normativos, hoy tan indispensables como en épocas lejanas: algo que dé sentido a la existencia misma del universo y al conjunto de los esfuerzos humanos³⁵, por un lado, y una base para cimentar nuestros sistemas éticos, por otro. Sin una moral trascendente, que de alguna manera estriba en lo divino, no se puede afirmar, como escribió el fundador de la Escuela de Frankfurt, *Max Horkheimer*³⁶, que la justicia y el amor sean mejores que la iniquidad y el odio. La substancia perenne de la religiosidad consiste en el anhelo de que el mundo en su totalidad no sea un mero absurdo³⁷, en la esperanza de que las víctimas de todo tipo encuentren redención³⁸ y en el reconocimiento de que lo

-
35. Cf. Mircea Eliade, *Die Sehnsucht nach dem Ursprung* (= La nostalgia por el origen), Frankfurt: Suhrkamp 1989, p. 11 sq.- Esta necesidad anímica de todo ser humano se transluce, según *Mircea Eliade*, en las múltiples estrategias de buscar un origen identificatorio y en las nostalgias por conocer los comienzos del Hombre y del universo.- Cf. un enfoque distinto en la hermosa y breve obra de Karl Löwith, *Wissen, Glaube und Skepsis* (= Saber, creer y escepticismo), Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht 1962, *passim*
36. Max Horkheimer, *Verwaltete Welt* (= Mundo administrado), Zurich: Arche 1970, p. 36.- Conocí personalmente a Max Horkheimer y le hice una entrevista sobre esta temática específica en 1972 (Montagnola, Suiza)
37. Max Horkheimer, *Die Sehnsucht nach dem ganz Anderen* (= La nostalgia por lo totalmente otro), Hamburgo: Furche 1970, p. 41: "Es vano tratar de salvar un sentido incondicional sin Dios".- Cf. la crítica a esta famosa sentencia de Horkheimer: Jürgen Habermas, *Zur Horkheimers Satz: "Einen unbedingten Sinn zu retten ohne Gott, ist eitel"* (= En torno a la frase de Marx Horkheimer: "Es vano el salvar un sentido incondicional sin Dios"), en: Habermas, *Texte...*, op. cit. (nota 13) p. 124 sq.: La fundamentación de un "sentido absoluto o incondicional" tiene lugar, según Habermas, en la estructura de los procesos de comunicación e intersubjetividad humanas; es un "sentido" que otorga certidumbre referida a la comprensión de lo que queremos comunicar, pero no brinda consuelo en las contingencias de la soledad, el dolor, la enfermedad, la injusticia y la muerte.- Se puede concluir que Habermas confunde *sentido con certidumbre de comprensión*.
38. Max Horkheimer, *Bemerkungen zur Liberalisierung der Religion* (= Notas sobre la liberalización de la religión), en: Horkheimer, *Sozialphilosophische Studien* (= Estudios social-filosóficos), Frankfurt: Fischer-Athenäum 1972, p. 135 sq.

otro (las obras de la creación) y los otros (nuestros hermanos) no deban ser únicamente medios para fines ulteriores. Así se podría corregir la muy difundida opinión de que la religión se reduce, en el fondo, a ser una ideología justificatoria y exculpatoria de nuestros temores y nuestras ansias. Exagerando este argumento afirmó *Friedrich Nietzsche* que el cristianismo no es más que la automutilación de nuestra libertad ³⁹ o el resentimiento institucionalizado de lo débil y enfermo contra lo sano y bello ⁴⁰. Esta crítica, inmensamente popular entre marxistas y liberales, defensores de la modernidad y postmodernistas, constriñe la comprensión de los fenómenos religiosos, considerándolos sólo como racionalizaciones de nuestras angustias y añoranzas y como etapas precientíficas – y, por lo tanto, superables – de la cosmovisión humana.

Mi concepto de religión, totalmente diferente, ha sido influido por la religiosidad de mi madre: desde niño he observado que su credo no tiene nada de supersticioso, santurrón, devoto o extrovertido, cosa tan común en los estratos plebeyos de todo el mundo. Es más bien un acto de confianza y agradecimiento ante la racionalidad y el sentido del universo y, al mismo tiempo, un trato razonable y bondadoso hacia el prójimo y todas las criaturas de la naturaleza. Esta actitud está en armonía con la vida que yo conocí durante mi infancia en un ámbito claramente premoderno. El ritmo cotidiano era apacible y se percibían las muestras de solidaridad inmediata que brindaba la estructura familiar tradicional. En mi ciudad (La Paz) la gente no perdía tiempo en problemas de transporte; el aire no estaba contaminado por el humo de los automotores y el polvo proveniente de los suelos erosionados. A pocos metros de mi casa empezaba un bosque de eucaliptos; diariamente veía pasar mansas recuas de vacas y llamas. Apreciábamos el valor de cada objeto y de cada regalo, porque eran inusuales, preciosos y elaborados para durar una vida. Hoy en día, en cambio, la misma ciudad y el mismo

39. Friedrich Nietzsche, *Jenseits von Gut und Böse. Vorspiel einer Philosophie der Zukunft* (= Allende lo bueno y lo malo. Prólogo a una filosofía del futuro), en: Nietzsche, *Studienausgabe*, op. cit. (nota 2), vol. III, p. 61

40. Friedrich Nietzsche, *Der Antichrist* (= El Anticristo), en: *ibid.*, p. 224, 234

barrio se caracterizan por el ruido, la vulgaridad, las congestiones de tráfico, las masas de peatones en las calles, las laderas de las montañas sin árboles y los edificios horribles, monótonos y fríos, cuyos habitantes, al igual que en las envidiadas naciones del Norte, no conocen – ni quieren conocer – a sus vecinos más cercanos.

Se puede afirmar sin duda alguna que toda esta argumentación está indebidamente embellecida por la nostalgia de una niñez feliz y los recuerdos de un muchacho de los estratos privilegiados que no experimentó la servidumbre de la pobreza y la ignorancia. Pero no todo es ideología en sentido clásico; estos elementos autobiográficos contribuyen también a situarse en otra perspectiva que no sea la reproducción del actual dogma del progreso y crecimiento acelerados y, por ende, a ganar una óptica que nos permita ver allende la facticidad contemporánea.

La historia y la sociedad no están predeterminadas por leyes evolutivas inexorables, y por ello aun existe un espacio para la esperanza.

2

Crítica a las teorías de la modernización y la dependencia



Las teorías de la modernización y la dependencia deben su importancia actual al desilusionamiento originado por el fracaso de las teorías evolutivas y revolucionarias a partir de la Segunda Guerra Mundial. El desarrollo histórico del Tercer Mundo en este período no concuerda ni de lejos con las esperanzas que en él habían puesto los científicos sociales de orientación evolucionista y autoctonista. Aquel desarrollo, sin embargo, tampoco se somete cabalmente al esquema teórico y a los pronósticos que han elaborado pensadores marxistas y social-revolucionarios. Se puede tener por seguro que la derrota de casi todos los movimientos guerrilleros latinoamericanos y de los experimentos socialistas en todo el mundo está relacionada con la incapacidad de los marxistas de realizar un análisis adecuado de una situación muy compleja y diferenciada, a causa de principios teóricos restringentes y dogmáticos. La evolución de los últimos decenios ha demostrado, efectivamente, la pobreza teórica tanto del marxismo ortodoxo como también del movimiento anarquista y de la llamada "teoría de la lucha internacional de clases" (*Lin Piao* y *Ernesto Che Guevara*), ya que todas estas concepciones tienen en común la sobrevaloración de los aspectos políticos y la desatención del análisis socio-económico, invocado incensantemente.

Las teorías de la modernización y la dependencia, por otra parte, tampoco pueden superar una cierta parcialidad cognoscitiva, por lo que, en el marco de este ensayo, se presentará el esbozo de un nuevo planteo teórico en torno a la problemática del desarrollo, que podría ser más adecuado a las condiciones del Tercer Mundo, introduciendo más variables socio-económicas y considerando los aportes contemporáneos de las ciencias sociales.

A. Crítica a las teorías de la modernización

En los últimos años y frente a los esquemas teóricos marxistas, las llamadas *teorías de la modernización* han ido ganando importancia en lo concerniente a los fenómenos sociales de cambio y superación del orden tradicional. Esta significación les corresponde a las *teorías de la modernización* porque las anteriores teorías no marxistas se habían revelado como insuficientes para la explicación de los problemas referentes a los países del Tercer Mundo a partir de la Segunda Guerra Mundial. Se debe mencionar brevemente que aquellas teorías, de marcada tendencia evolucionista, partían del principio de que el progreso económico-técnico y los procesos de democratización se condicionarían recíprocamente; en la realidad esta suposición resultó ser falsa.

Las teorías de la modernización ofrecen actualmente un instrumentario mucho más diferenciado para aprehender los complejos problemas emergentes de los países en vías de desarrollo. En lo concerniente a su epistemología y a la derivación histórica de sus principios, las teorías de la modernización pueden ser consideradas como un desenvolvimiento ulterior de la obra de *Max Weber*. Ejercieron una influencia muy importante la antropología estructuralista (sobre todo *Emile Durkheim*), la Escuela Británica de la antropología funcionalista (particularmente *Malinowski*) y el funcionalismo estructural (*Talcott Parsons*); los teóricos más importantes de la modernización, entre ellos *Gabriel A. Almond*, *David E. Apter*, *S.N. Eisenstadt* y

Marion J. Levy, pueden ser asociados al funcionalismo estructural. Karl W. Deutsch ¹, E.E. Hagen ², S.P. Huntington ³, Daniel Lerner ⁴, David McClelland ⁵ y Walt W. Rostow ⁶ han realizado importantes contribuciones a la teoría de la modernización en los campos de la ciencia política, la economía, la comunicación y la investigación del comportamiento social, pero no pueden ser considerados en el reducido marco de este ensayo a causa de la especialización de sus trabajos.

Los conceptos de tradicionalidad y modernidad

La teoría de la modernización inspirada en el funcionalismo ha adquirido sus conceptos fundamentales por medio de la comparación de las sociedades atrasadas de Asia, Africa y América Latina con las naciones altamente industrializadas de Occidente. De acuerdo a este punto de partida, el proceso de modernización consiste en la combinación de industrialización, urbanización, superación de normas tradicionales de comportamiento y creación de una estructura política, cuyas características son la participación amplia de las masas en las decisiones políticas, la formación de estados nacionales y la diferenciación (o especificación) de los roles políticos. La modernización es idéntica con la transición desde un orden estático, atrasado y tradicional hacia una sociedad dinámica, industrializada y moderna. Una aclaración del concepto de proceso de modernización ha sido acuñada por Reinhard Bendix: "Bajo modernización entiendo un tipo de cambio social que tiene su origen en la revolución industrial inglesa de 1760 a 1830 y en la revolución política francesa de 1789 a 1794" ⁷.

- 1 Karl W. Deutsch/W.J. Foltz (comps.), *Nation-Building*, New York 1963
- 2 E.E. Hagen, *On the Theory of Social Change. How Economic Growth Begins*, Homewood 1962
- 3 S. P. Huntington, *Political Order in Changing Societies*, New Haven/Londres 1968
- 4 Daniel Lerner, *The Passing of Traditional Society*, Glencoe 1958
- 5 D. McClelland, *The Achieving Society*, Princeton 1961
- 6 W.W. Rostow, *The Stages of Economic Growth*, Cambridge 1966; Rostow, *Politics and the Stages of Growth*, Cambridge 1971; Rostow (comp.), *The Economics of Take-off into Sustained Growth*, Londres 1969
- 7 R. Bendix, *Modernisierung in internationaler Perspektive* (Modernización en pers-

El primer proceso de modernización representó una irrupción tal que todas las sociedades, en las cuales *no* tuvo lugar, se quedaron en una situación de atraso relativo. Los teóricos de la modernización coinciden en que este primer proceso de modernización estableció una división del mundo en sociedades desarrolladas y rezagadas, división que perdura hasta hoy. Los procesos posteriores de modernización han sido inducidos directamente por esa etapa industrializadora, o por lo menos, influidos esencialmente, de tal manera que las sociedades occidentales pueden ser consideradas ahora como la norma y realización de modernidad; ellas son las que, por lo visto, han llevado más adelante el proceso de industrialización, racionalización del dominio social mediante la sistematización y secularización de las relaciones laborales y expansión de la racionalidad instrumental a la economía, la administración y la jurisprudencia.

El concepto de *tradicionalidad* se usa para describir sociedades cuyo modo de producción es principalmente agrario y cuyo nivel tecnológico es estático. M. J. Levy designa como tradicional a una sociedad cuyos miembros dependen de fuentes vivientes de energía, en la que las fuentes no vivientes de energía son restringidas, en la que las herramientas utilizadas facilitan sólo modestamente el trabajo humano y en la cual la tecnología usada apenas se modifica ⁸. James S. Coleman ve a las sociedades tradicionales caracterizadas por desempeños relativamente bajos en lo concerniente a: producto interno bruto *per capita* de la población, número de médicos en proporción a la población, relación entre número de habitantes y vehículos motorizados, teléfonos, aparatos de radio, ejemplares de periódicos, etc., energía consumida *per capita*, porcentaje de la población organizada en sindicatos, porcentaje de la población asentada en ciudades de más de 100.000 habitantes, tasa de alfabetización y porcentaje de los niños en edad escolar que asisten efectivamente a una escuela primaria ⁹.

pectiva internacional), en: Wolfgang Zapf (comp.), *Theorien des sozialen Wandels* (Teorías del cambio social), Colonia/Berlin 1971, p. 506

8 M. J. Levy, *Modernization and the Structure of Societies*, Princeton 1966, t. I, p. 85

9 J.S. Coleman, *The Political Systems of the Developing Areas*, en: G.A. Almond/J.S. Coleman (comps.), *The Politics of the Developing Areas*, Princeton 1960, pp. 540, 579-581

Según las teorías de la modernización, a las determinantes socio-culturales de la tradicionalidad pertenecen la enorme significación de normas y valores religiosos y sagrados para la vida social en su totalidad y la imposibilidad, condicionada por ésto, de separar nítidamente la esfera religiosa de la secular, así como la importancia de grupos primarios (familia, clan, parentela) para el terreno de las interacciones sociales y la validez de un comportamiento individual y social de acuerdo a pautas tradicionales y prescritas. En las sociedades tradicionales la desigualdad social se basa en nexos de parentesco, en privilegios heredados y en estructuras tradicionales de poder; las jerarquías social y profesional son equiparables a las posiciones heredadas y no al rendimiento funcional.

Los teóricos de la modernización comparten la opinión de que las sociedades tradicionales tienden, en el campo político, a desarrollar una estructura que es, simultáneamente, difusa y autoritaria, sin el concurso pluralista de partidos y asociaciones de intereses, pero con una superfunción de gobierno, ejército y burocracia. Los derechos políticos de participación se hallan en un estado rudimentario o son ejercidos muy raramente de modo efectivo. En las sociedades tradicionales la formación de una conciencia nacional se encuentra en sus comienzos y es obstaculizada a menudo por lealtades parroquiales ¹⁰.

Las teorías de la modernización definen la *modernidad* como antítesis de la tradicionalidad. En el ámbito económico-tecnológico, son consideradas *modernas* las sociedades que disponen de un modo de producción industrial altamente desarrollado y diferenciado. La esfera agrícola juega en estas sociedades un rol subordinado; para el modo de producción son determinantes el sector secundario (industria) y el terciario (servicios). Son características de la modernidad una alta tasa de urbanización, una red completa de comunicaciones y una productividad laboral relativamente alta. En el campo de los consumidores ha surgido en estas sociedades un elevado nivel

¹⁰ Ibid., pp. 534, 562-567; Claude E. Welch (comp.), *Political Modernization. A Reader in Comparative Political Change*, Belmont 1967, p. 9

de consumición de masas. Según la concepción de *Levy*, la modernidad es equiparada a un alto uso de fuentes no vivientes de energía. De acuerdo al mismo autor, la moderna tecnología utilizada contribuye a aumentar continuamente y hacer más eficiente la fuerza de trabajo ¹¹. En el terreno socio-cultural se puede constatar un nexo entre los procesos de socialización y las estructuras sociales manifiestas de carácter secundario y alcance nacional, quedando desplazada la influencia de los grupos primarios. La ética de las sociedades modernas posee índole universalista: las pautas de comportamiento y valoración tienden a liberarse de fundamentaciones particularistas y de un área restringida de vigencia.

En las sociedades modernas el *status* individual está determinado por criterios de desempeño y ejecución (*performance criteria*) y no por elementos inherentes, asignados y adscritos. En el campo político se da una amplia integración de todos los miembros de la sociedad, la existencia de partidos y asociaciones de intereses que compiten entre sí y la validez de los derechos de participación política. *James Coleman*, basándose en *Gabriel Almond*, considera el grado relativamente alto de especialización, explicitación y separación funcional (*distinctiveness*) de las estructuras políticas y gubernamentales como la característica más importante de la modernidad política ¹². El sistema político, que consiste en partidos pragmáticos y negociadores en competencia, regula finalmente la agregación de intereses y puede poner en práctica la implementación de esta función agregativa. La comunicación política tiene lugar mediante órganos autónomos y especializados, que, a su vez, son propensos a atravesar todos los otros subsistemas y a mantener un flujo permanente de información. Este sistema *competitivo* de modernidad política es visto por *Almond*, *Coleman* y *Levy* como ya realizado en las sociedades angloamericanas¹³. Según *David Apter*, las sociedades modernas deben ser asimiladas al *modelo*

11 M.J. Levy, op. cit., pp. 38-78

12 G.A. Almond, *A Functional Approach to Comparative Politics*, en: Almond / Coleman (comps.), op. cit., p. 17 ss; Coleman, op. cit., pp. 532-533

13 G.A. Almond, *ibid.*, p. 575; Coleman, *ibid.*; Levy, op. cit., t. I, p. 36 s

secular-libertrio, llamado un "sistema perfecto de información", ya que en él la tolerancia es la vía para descubrir la verdad mediante la discusión y concurrencia de ideas. De acuerdo a *Apter*, este modelo debe ser percibido como una expansión de la racionalidad del mercado, porque permite un juego libre, atomista y competitivo de las ideas, controlado por el mecanismo legal de la constitución, el que, a su vez, impide los monopolios del poder. *Apter* sostiene, además, que el principio de legitimidad de este modelo es la *equidad*, y su negocio central la distribución del producto social ¹⁴.

Casi todos los teóricos de la modernización postulan la unión de modernidad y democracia. Según *S. N. Eisenstadt* las sociedades modernas son democráticas porque su paradigma de legitimidad renuncia a una fundamentación metafísica (Dios, Razón). Para *Eisenstadt* lo característico de la sociedad democrática moderna reside en la lealtad amplia, no ideológica, de las masas hacia la totalidad del sistema, lealtad orientada por intereses propios, y en la desaparición de lazos adscriptivos con grupos primarios y personalidades dominantes. Finalmente *Eisenstadt* equipara la modernidad con una nueva visión cultural (*new cultural outlook*), que contiene progreso, felicidad, manifestación espontánea de facultades y sentimientos e individualidad como valores éticos y dignidad del individuo ¹⁵.

La fase de transición y la problemática del dualismo

Los conceptos de tradicionalidad y modernidad son considerados tácitamente por los teóricos de la modernización como tipos ideales que marcan los polos de un amplio espectro de casos históricos. La mayoría de las sociedades se hallaría en medio de este espectro en camino hacia la modernización. Estas sociedades son sistemas de transición que denotan una estructura *dualista*: al lado de elementos tradicionales de índole social, cultural, socio-psicológica y económica, se encuentran factores

14 D.E. Apter, *The Politics of Modernization*, Chicago/Londres 1965, p. 25 s

15 S.N. Eisenstadt, *Modernization: Protest and Change*, Englewood Cliffs 1966, pp. 3-5

de modernidad como una industrialización inicial y la adopción de la tecnología moderna. Particularmente tradicionales serían territorios tropicales y regiones de orientación agrícola. La mentalidad predominante en los países en vías de desarrollo estaría también englobada dentro del concepto de tradicionalidad. En estas naciones, las grandes ciudades, los centros de comercio, los establecimientos industriales y los empresarios dinámicos (principalmente las sucursales de corporaciones europeas y norteamericanas) pueden ser considerados como aspectos de la modernidad, así como también algunos partidos políticos que se dedican a la movilización e integración de las masas.

Algunos teóricos de la modernización ven este dualismo económico-técnico como un fenómeno propio de toda sociedad en vías de desarrollo y no como un elemento que retarda o entorpezca el proceso de adelantamiento, porque las diferenciaciones cumulativas y crecientes disparidades factoriales son características inherentes y necesarias de procesos cualitativos de crecimiento. Según esta concepción, las tensiones económicas y sociales generadas por el dualismo durante la fase de transición son compensadas por la apertura de nuevas fuentes económicas y por un aprovechamiento más eficiente de los recursos existentes ¹⁶.

Bajo proceso de modernización en sentido estricto se entiende la transición de la tradicionalidad a la modernidad. Los pensadores obligados hacia el funcionalismo estructural tienden a reducir el proceso de modernización a la problemática de la diferenciación de roles y especificación de funciones y al complejo de las pautas de comportamiento y gratificación. En consecuencia, la modernización es concebida como una serie de modificaciones en el sistema de equilibrios y contrapesos dentro del esquema de mecanismos de adaptación e integración ¹⁷. En un caso óptimo de modernización, estos mecanismos tienen

16 A.O. Hirschman, *The Strategy of Economic Development*, New Haven 1958, p. 132

17 T. Parsons, *Das Problem des Strukturwandels: eine theoretische Skizze* (El problema del cambio de estructuras: un esquema teórico), en Wolfgang Zapf (comp.), op. cit.; S. M. Lipset, *Values, Education, and Entrepreneurship*, en: S.M. Lipset/Aldo Solari (comps.), *Elites in Latin America*, Londres/New York 1967, p. 4.- Representen-

que garantizar una absorción adecuada de tensiones y exigencias políticas por el marco institucional, una estabilidad a largo plazo de los organismos sociales, un *modus vivendi* entre estos últimos y las fuerzas innovadoras y, finalmente, la continuidad del proceso económico ¹⁸.

Crítica a las teorías de la modernización

Aunque la mayoría de los representantes de estas teorías conciben el proceso de modernización como la combinación de diversos factores interdependientes, son proclives, simultáneamente, a atribuir una significación decisiva a las normas generales universalistas. Apoyándose en *Talcott Parsons*, el cambio social dentro de la totalidad de las estructuras sociales es considerado principalmente como una alteración de la cultura normativa. Si el nivel referente al sistema de valores de amplio alcance social resulta ser el decisivo, entonces se llegan a percibir las modificaciones en los otros subsistemas sociales como fenómenos de carácter básicamente derivado ¹⁹. Efectivamente, la teoría de la modernización supone que los cambios en las normas generales universalistas precipitan alteraciones en todos los otros niveles mediante procesos de diferenciación, segmentación y especificación, las que, a su vez, traen consigo cambios en todos los sectores de la sociedad. Por lo tanto, se puede llegar a la conclusión de que esta concepción de modernización y cambio social sobrevalora notablemente los aspectos cultural-normativos, socio-psicológicos y los referentes a la teoría del comportamiento. Al mismo tiempo debe advertirse que generalmente los conceptos de tradicionalidad y modernidad suministran una red analítica muy burda que permite subordinar las formas históricas y sociales más diversas bajo un mismo concepto, por lo cual el rendimiento y la capacidad explicativas del teore-

tativa para esta concepción es la teoría de Almond sobre las *capacidades de actuación*: cf. G.A. Almond, *Politische Systeme und politischer Wandel* (Sistemas políticos y cambio político), en: W. Zapf (comp.), *ibid.*

18 Eisenstadt, *op. cit.*, p. 150, 155

19 Parsons, *op. cit.*, p. 43; Parsons, *Evolutionäre Universalien der Gesellschaft* (Universalias evolucionarias de la sociedad), en: W. Zapf (comp.), *loc. cit.*

ma de la modernización quedan puestas en cuestión. A partir de una renuencia legítima a las explicaciones monocausales del proceso histórico, los teóricos de la modernización han llegado a atribuir explícitamente a varios factores de desarrollo la misma importancia simultánea para la evolución histórica.

La negativa explícita a efectuar una ponderación de los factores de desarrollo ha conducido a que subrepticamente una serie de factores se abran paso y ocupen la función de fuerzas rectoras del proceso histórico: las pautas de comportamiento y valoración, la dimensión de la cultura normativa. Esto implica la omisión de aspectos fundamentales en los asuntos indagados: el nexo entre el nivel económico-técnico y el modo específico de producción, la cuestión de la estructura de clases y los estratos sociales, la pregunta por los sustentadores del cambio social, la problemática del régimen de propiedad y las influencias de sociedades externas en el contexto internacional. Las teorías de la modernización han adquirido méritos indiscutibles al analizar las pautas de comportamiento y gratificación y el complejo de la diferenciación de roles y especificación de funciones, pero generan evidentemente un aporte *ideológico* al postular una identificación apologetica de modernidad con democratización y sociedades occidentales. Ellos toman aspectos formales y programáticos de las sociedades occidentales por verdades indubitables y no son capaces, por lo tanto, de distinguir entre sus pretensiones y su realidad. El mantenimiento del principio weberiano de la abstinencia de juicios valorativos produce en estas teorías una comprensión del *status quo* como si éste fuese el marco conceptual infranqueable, por lo que la formulación de estrategias para la superación del subdesarrollo adquiere una relevancia marcadamente secundaria. Los principios muy generales de estas estrategias contienen la imagen de que los sistemas sociales en situación de alteraciones deben introducir innovaciones sin disgregarse, siendo necesario para ello que las estructuras sociales se conserven adecuadamente flexibles y diferenciadas. Así se puede abrir teóricamente el camino para regímenes tecnocráticos y soluciones tecnicistas.

B. Crítica a las teorías de la dependencia

Subdesarrollo como correlación de la dependencia

La mayoría de los teóricos de la dependencia se sitúan a sí mismos en la sucesión de la teoría marxista del imperialismo. La recepción y crítica de las teorías sobre el imperialismo de *Lenin, Luxemburg, Baran, Jalée, Magdoff* y *Sweezy* y de las teorías del comercio exterior de *Perroux* y *Prebisch* marcaron el inicio de las teorías latinoamericanas de la dependencia. Estas se perciben a sí mismas como una parte de las teorías del imperialismo, que intenta explicar esta problemática desde la perspectiva de las periferias; se han formado en América Latina a causa de la conciencia política relativamente avanzada que existe allí.

Las teorías latinoamericanas de la dependencia se han originado en el momento en que la industrialización inicial y la actividad renovada de los consorcios multinacionales no ocasionaron la esperada diversificación de la estructura económica ni redujeron la dependencia con respecto al mercado mundial: simultáneamente se empezaron a ver las limitaciones inherentes a la industrialización por sustitución de importaciones. En este estado de frustración generalizada nacieron los intentos de investigar de modo sistemático y radical las causas de la insuficiencia de la joven industrialización y del desarrollo siempre proclive al estancamiento. Para estas teorías es fundamental la presunción de que la dependencia del mercado mundial y de las inversiones extranjeras debe ser responsable por el fracaso de la industrialización por sustitución de importaciones; generalizando este hecho se ha llegado a la conclusión de que la fase actual del desenvolvimiento económico representa únicamente el último periodo de un proceso histórico secular, que desde sus comienzos habría imposibilitado un desarrollo conveniente de América Latina.

De significación básica para el florecimiento de las teorías de la dependencia ha sido la controversia con las teorías de la modernización, sobre todo con el concepto de dualismo. Todos

los teóricos de la dependencia coinciden en el rechazo de un carácter dualista de las sociedades latinoamericanas. En 1965 *Rodolfo Stavenhagen* concibió la primera versión de la teoría del "desarrollo del subdesarrollo", señalando la existencia de un "proceso histórico único" en América Latina. Este consistiría en un despliegue paralelo de fenómenos feudal-tradicionales y capitalista-modernos dentro de una sociedad global única ²⁰. Según *Stavenhagen* (junto con *A.G. Frank, R.M. Marini, Luis Vitale* y otros), los llamados elementos tradicionales han sido, desde el comienzo mismo del período colonial español, exclusivamente una función del desarrollo de la economía colonial, y precisamente como proveedores de fuerza barata de trabajo para la economía industrial extractiva y la de plantaciones, ambas de clara orientación capitalista. A los sectores llamados tradicionales se les encomendó la tarea de minimizar los costos de producción de la economía de índole capitalista. El florecimiento de los sectores modernos ha condicionado esencialmente el desarrollo de los segmentos subdesarrollados, de tal manera que el progreso en Latinoamérica no ha tenido lugar a pesar de los sectores tradicionales, sino a expensas de estos últimos. De acuerdo con *Frank*, la expansión del sistema capitalista ha penetrado efectiva y completamente hasta en los sectores aparentemente más aislados del mundo subdesarrollado en el curso de los siglos ²¹. Esta corriente de pensamiento niega tanto el carácter *feudal* de la expansión colonial española como una transplatación de estructuras feudales desde España hasta las colonias iberoamericanas.

La clase de los grandes propietarios agrarios no constituye, según este enfoque, una aristocracia feudal, sino una "burguesía

20 *Rodolfo Stavenhagen, Seven Fallacies about Latin America*, en: James Petras/ Maurice Zeitlin (comps.), *Latin America. Reform or Revolution?*, New York/ Greenwich: Fawcett 1968, p. 16 s (Se trata de una versión ampliada del ya famoso ensayo de *Stavenhagen: Siete tesis erróneas sobre América Latina*, publicado originalmente en el periódico mexicano EL DÍA en junio de 1965)

21 *A.G. Frank, Die Entwicklung der Unterentwicklung* (El desarrollo del subdesarrollo), en: *A.G. Frank et al., Kritik des bürgerlichen Antimperialismus* (Crítica del anti-imperialismo burgués, Berlin 1969, p. 31

criolla" ²². *Frank* no considera al actual subdesarrollo como una consecuencia inherente a las estructuras sociales y económicas de los países atrasados mismos, sino como el producto de las relaciones entre estos satélites subdesarrollados y los centros capitalistas metropolitanos, a los que concede la habilidad de haber impuesto totalmente su régimen capitalista a los satélites. Las metrópolis habrían destruido las antiguas estructuras sociales y políticas propias de los actuales satélites; transformándolos, habrían logrado integrarlos en el sistema dominado por el mercado mundial capitalista. De tal modo, los satélites quedaron convertidos en meras fuentes del florecimiento y de la acumulación de capital de las sociedades metropolitanas. La relación metrópoli/satélite determina de modo definitivo todos los planos y partes del sistema capitalista y penetra todos sus aspectos hasta el nivel más bajo de la cadena de la dependencia, no dejando ningún lugar para estructuras dualistas ²³.

Paralelamente a esta corriente en las teorías de la dependencia, personificada por *Frank* y pensadores afines, se halla el modelo de las relaciones de dominancia/dependencia más diferenciado propuesto por *Fernando Henrique Cardoso*. En su crítica al concepto de imperialismo de *Lenin*, *Cardoso* sostiene que éste ya no está en la situación de explicar adecuadamente la forma actual de la acumulación de capital y expansión internacional del mismo. Según *Cardoso*, la tesis leninista de un control del capital financiero sobre el capital industrial ya no puede ser sostenida. Además, en el contexto del Tercer Mundo, las sociedades dependientes exportan en realidad capital a las naciones industriales mediante los montos cada vez mayores de transacciones de los consorcios multinacionales y las cifras crecientes de las transferencias de utilidades en comparación con la magnitud relativamente decreciente de las inversiones netas

22 Luis Vitale, *Latin America: Feudal or Capitalist?*, en: Petras/Zeitlin (comps.), op. cit., pp. 32-43

23 A.G. Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, New York 1967, p. 25 ss; R.M. Marini, *Die Dialektik der Abhängigkeit* (La dialéctica de la dependencia), en: Dieter Senghaas (comp.), *Peripherer Kapitalismus* (Capitalismo periférico), Frankfurt 1974, p. 99

extranjeras ²⁴. Para una nueva evaluación de las relaciones de dependencia, *Cardoso* atribuye una importancia central a las modificaciones en la política de inversiones del capital extranjero: alejamiento de las materias primas y productos agrícolas y acercamiento a los sectores industriales. La situación actual de las naciones dependientes no podría ser dilucidada más mediante los esquemas sencillos y usuales del intercambio comercial (importación de productos industriales y exportación de materias primas) y por la presunción de la propiedad mayoritariamente extranjera sobre los medios de producción de estas naciones, pues hoy en día los consorcios multinacionales aprueban formas de propiedad mixta con participación del capital local y del Estado respectivo. La división internacional del trabajo abre la posibilidad de una industrialización limitada de las economías periféricas, y por ello el actual proceso económico en Latinoamérica no puede ser calificado de mero crecimiento sin alteración de estructuras. A este proceso *Cardoso* lo designa como el *desarrollo dependiente-asociado*, el cual también genera nuevas formas de dependencia y de fragmentación interior: las partes más adelantadas de la economía son integradas directamente al sistema internacional, mientras que los fragmentos más atrasados decaen hasta convertirse en "colonias internas". Esta dualidad estructural no posee, según *Cardoso*, el carácter de dualismo que le atribuyen las teorías de la modernización, ya que no es disfuncional al florecimiento capitalista ²⁵.

La validez de modelos de imperialismo y dependencia relativamente sencillos ha sido refutada igualmente por *Ernesto Laclau*, quien registra también un desplazamiento de las inversiones extranjeras a favor del sector industrial. Según *Laclau*, el esquema original del imperialismo se ha vuelto inservible porque el aumento extraordinario de la productividad laboral en el capitalismo monopolista de hoy, que se debe a innovaciones

24 F.H. Cardoso, *Imperialism and Dependency in Latin America*, en: F. Bonilla/R. Girling (comps.), *Structures of Dependency*, Stanford 1973, p. 105

25 *Ibid.*, pp. 11-16.- Cf. también F.H. Cardoso, *Abhängigkeit und Entwicklung in Lateinamerika* (Dependencia y desarrollo en Latinoamérica), en: D. Senghaas (comp.), *op. cit.*, p. 210

tecnológicas, hace anti-económica la superexplotación precapitalista de la mano de obra en las periferias mundiales, y porque aquel aumento fomenta la concentración de las inversiones en los centros metropolitanos mismos. Las relaciones de dependencia siguen subsistiendo, pero adquieren un carácter mucho más matizado, que aún no ha sido elucidado teóricamente a satisfacción ²⁶. Para la definición del subdesarrollo, *Cardoso* emplea dos conceptos: el subdesarrollo propiamente dicho y el no desarrollo. Este último designa a aquellas sociedades que no mantienen ningún nexo de tipo mercado con las naciones industrializadas. Dentro del subdesarrollo establece una serie de diferencias y matices, que corresponden a las diversas etapas históricas y a los tipos básicos de la estructura económica. En contraposición a muchas teorías de la dependencia, los enfoques de *Cardoso* evitan las esquematizaciones groseras y no conciben la relación de dependencia como una magnitud invariante ²⁷.

El modelo de la dependencia de *Osvaldo Sunkel* es representativo para un grupo de teóricos que no consideran los nexos de dependencia y la definición de subdesarrollo exclusivamente como un resultado de la lucha de clases nacional e internacional, sino como el resultado cumulativo de toda una serie de variables. Al Estado nacional se le atribuye aquí una relevancia mayor que en las teorías de la dependencia de inspiración marxista. Tanto para *Sunkel* como para *Aldo Ferrer* y *Elio Jaguaribe*, la dependencia sería la limitación cumulativa del Estado nacional por medio de factores externos que dificultan su desenvolvimiento autónomo.

Estos autores son proclives a identificar las causas del subdesarrollo, inducidas externamente, con intereses de proveniencia extranjera, mientras que casi no prestan atención a la dialéctica de fuerzas externas y estructuras sociales internas. Para

26 E. Laclau, *Feudalism and Capitalism in Latin America*, en: NEW LEFT REVIEW, vol. 1971, Nr. 67, p. 37; F.H. Cardoso, *Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes*, México 1971, p. 124, 216

27 Cardoso, *Ideologías...*, op. cit., p. 63,70; Cardoso/E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México 1969, pp. 55-59

Sunkel la investigación en torno al "subdesarrollo dependiente" de América Latina constituye un aporte a una política de desarrollo, cuya meta es la afirmación de la nación ²⁸. El adopta el modelo centro/periferia de *Prebisch* ²⁹, en el cual los centros poseen un monopolio sobre la tecnología y la industria de bienes capitales, mientras que las periferias deben contentarse con ser proveedores de materias primas. La preeminencia de los centros reside en la mantención de la facultad de decisión sobre nuevos modos de producción de mercancías, nuevos procedimientos de fabricación, nuevos métodos de propaganda y sobre la expansión de nuevos mercados internacionales, asegurados políticamente. Las consecuencias de esta subordinación son numerosas: conservación y reforzamiento de los sistemas económicos canalizados a la exportación de materias primas, determinación externa de la dinámica interna, control extranjero sobre políticas de financiamiento, planificación y relaciones exteriores y ensanchamiento del abismo entre centro y periferias en lo concerniente a los ingresos. En el interior de las periferias el crecimiento se vuelve más lento y se incrementan las desproporcionalidades regionales, la inestabilidad política y el desempleo, que de todas maneras tiende a ser crónico ³⁰. Distan-ciándose concientemente del teorema del dualismo propio de las teorías de la modernización, *Sunkel* considera que es equivocado el concebir el subdesarrollo como una fase de transición históricamente necesaria en cada sociedad; tanto el desarrollo como el subdesarrollo deberían ser vistos como estructuras ligadas entre sí dentro de una totalidad única, entre las cuales existiría un nexo de acondicionamiento e influencia recíprocos.

28 O. Sunkel, *El subdesarrollo dependiente en América Latina*, en: C. Naudón (comp.), *América Latina '70. Servidumbre o independencia en la presente década*, Santiago de Chile 1970, p. 58; cf. también Jaguaribe/Ferrer/Wioczek/Dos Santos, *La dependencia político-económica de América Latina*, México 1969

29 R. Prebisch, *El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas*, México 1950

30 O. Sunkel, *Desarrollo, subdesarrollo, dependencia y desequilibrios espaciales*, en: REVISTA LATINOAMERICANA DE ESTUDIOS URBANO REGIONALES (Santiago de Chile), vol. I (1970), Nr. 1, p. 13 ss

La etapa actual de la subordinación genera, según Sunkel, un *proceso de desintegración* nacional, durante el cual las sociedades dependientes se dividen en un sector, que es integrado inmediatamente en la estructura internacional determinada por la repartición del trabajo y en un segundo, que no es integrado y que decae en la marginalización³¹. El conjunto de subordinación, subdesarrollo y marginalización incluye asimismo un *proceso de polarización*, conformado muy asimétricamente, en base al cual las pocas naciones ya desarrolladas, industrializadas y adelantadas del centro septentrional se confrontan con los muchos países pobres, subdesarrollados y dependientes de las periferias meridionales³².

Sobre el contenido ideológico de las teorías de la dependencia

Las teorías de la dependencia se han originado, sin duda alguna, en los esfuerzos de las jóvenes naciones del Tercer Mundo de alcanzar una comprensión autónoma de sí mismas. No fue mera casualidad que la cuestión por una nueva conciencia nacional y cultural estuviese al comienzo de la discusión en torno a la dependencia, ya que se había constatado que la realidad latinoamericana sería una instancia defectiva, es decir, una realidad *derivada* sin autenticidad propia³³. Lo notable en esta imagen no es solamente la obstinación, con la que se trata de conseguir la "autenticidad" latinoamericana, sino también la acusación global y mal comprobada de imperialismo cultural, una acusación que deja abierta la cuestión de la interdependencia creciente de todas las sociedades y la internacionalidad de los conocimientos políticos, tecnológicos y científicos. Además, desde una perspectiva crítico-ideológico, se podría mostrar que las presuposiciones implícitas de la teoría de la dependencia

31 O. Sunkel, *Intégration capitaliste transnationale et désintégration nationale en Amérique latine*, en: POLITIQUE ETRANGERE, vol. 35 (1970), Nr. 6, p. 695 s

32 Ibid., p. 645 ss

33 A. Salazar Bondy, *La cultura de la dependencia*, Lima 1966, p. 117.- Cf. la crítica liminar de David Ray, *The Dependency Model of Latin American Underdevelopment. Three Basic Fallacies*, in: JOURNAL OF INTER-AMERICAN STUDIES AND WORLD AFFAIRS, vol. 15 (1973), Nr. 1, pp. 4-20

están correlacionadas con el afán de suministrar una justificación para ambiciosos planes de industrialización.

Es sintomático, por ejemplo, que la "burguesía" latinoamericana haya caído en desgracia ante los ojos del dependentista *L. Vitale* porque no ha sido capaz de construir una industria pesada, lo que sería en la actual fase de la civilización la precondition básica para el desarrollo progresista de cualquier país ³⁴. La consecuencia sociopolítica resulta entonces evidente: la teoría de la dependencia tiene que pronunciarse por una solución revolucionaria, que emprenda al mismo tiempo la construcción de industrias de bienes de capital y el establecimiento de un orden político pertinente. Para superar las limitaciones de la política económica practicada hasta ahora, *A. G. Frank* recomienda a las naciones latinoamericanas seguir el modelo soviético de industrialización, en el cual el Estado, y no las necesidades de los consumidores, determina cuáles bienes tienen que ser producidos con prioridad ³⁵. En una de las obras más conocidas de la teoría de la dependencia, *Cardoso y Faletto* arriban a la conclusión de que algunos países latinoamericanos estaban hacia 1945 en la situación de concluir el ciclo de la industrialización por substitución de importaciones y de emprender la construcción de una industria de bienes de capital, y que todo esto no se llevó a cabo a causa de factores políticos y sociales, así como de presiones externas ³⁶.

El concepto de dependencia a sido diferenciado y precisado por la crítica, que algunos dependentistas han hecho a las teorías de *A. G. Frank* y pensadores afines. El error teórico principal de la concepción de Frank reside, sin duda, en negar la existencia de relaciones de producción precapitalistas y en expandir de modo inflacionario la prevalencia de formas plena-

34 Vitale, op. cit., p. 42

35 A.G. Frank, *Lateinamerika: Kapitalistische Unterentwicklung oder sozialistische Revolution* (América Latina: subdesarrollo capitalista o revolución socialista), en: A.G. Frank et al., op. cit., p. 108.- *Sunkel* es también proclive a modelos de industrialización completa. (Cf. *Sunkel, El subdesarrollo dependiente en América Latina*, op. cit., pp. 68-71)

36 Cardoso/Faletto, op. cit., pp. 3-10, 148

mente capitalistas de producción a todos los ámbitos geográficos y períodos históricos de América Latina. Los mecanismos de la reproducción social y la dialéctica de fuerzas productivas y relaciones de producción en las periferias han sido descuidados analíticamente. Todos estos factores son determinados por Frank en forma mediata mediante el recurso general e impreciso de referirse a las relaciones externas de intercambio. Esto conduce a la suposición de que las relaciones de producción están totalmente condicionadas por los vínculos de distribución y que los antagonismos sociales internos de los países en vías de desarrollo son meras funciones de transcripción de las contradicciones internacionales entre metrópolis y satélites ³⁷.

De igual manera, los modelos más matizados de *Cardoso, dos Santos* y *Sunkel* no están en la facultad de aprehender convenientemente la complejidad de las relaciones internacionales y el grado de diferenciación del sistema de clases y estratos sociales. Finalmente se debe señalar que la mayoría de las estrategias revolucionarias de superación de los dependentistas no están enlazadas claramente con la parte científico-analítica de sus teorías. La crítica legítima a la parcialidad de las teorías tradicionales del desarrollo ha llevado a los teóricos de la dependencia a una desatención innegable de todos los terrenos extra-económicos. Esta reducción economicista significa para la esfera de la estrategia política la suposición de que es dable esperar de una abolición no especificada y conceptualmente vaga de las relaciones de dependencia la superación adecuada del subdesarrollo. Tanto el postulado de *Córdova* de una "integración de las fuerzas progresistas y revolucionarias a escala continental" como el desideratum de *Dos Santos* de una "guerra popular continental" y la recomendación de *Frank* de reproducir la estrategia guerrillera cubana no se derivan necesariamente de

37 Sobre la crítica a A. G. Frank cf. Theotonio dos Santos, *Dependencia y cambio social*, Santiago de Chile 1970, pp. 139-150; E. Laclau, op. cit., p. 20 ss; A. Córdova, *Strukturelle Heterogenität und wirtschaftliches Wachstum*, Frankfurt 1973, pp. 108-167 (la crítica más exhaustiva de las teorías de Frank); Alberto Martinelli, *Remarques critiques sur le problème du dualisme dans la théorie du développement*, en: Anouar Abdel-Malek (comp.), *Sociologie de l'impérialisme*, Paris: 1971, pp. 591-610

sus análisis teóricos y permanecen dentro del marco de declaraciones de una voluntad política con fuerte acento decisionista³⁸.

C. La necesidad de una teoría crítica de la modernización

Puntos de partida de una teoría crítica de la modernización

Un enfoque crítico se hace necesario para superar la comprensión parcializante de los fenómenos históricos de transición en el Tercer Mundo que es propio de las teorías de la modernización y de la dependencia. Este desideratum en la sociología política estaría legitimizado por una metodología *crítico-ideológica* y por un esfuerzo *integrativo*, el que consiste en la inclusión de variables socio-económicas y de otras referentes a la teoría del comportamiento y a las motivaciones políticas, variables que serían estimadas como de validez relativa y condicionada. Desde un enfoque crítico resulta más o menos evidente que las teorías de la modernización y la dependencia se basan en ciertas presuposiciones y generan ciertos objetivos, que en cuanto tales quedan afuera del quehacer analítico de las mencionadas teorías, pero que, simultáneamente, determinan aún más intensamente el interés cognoscitivo y la orientación definitiva de aquellas teorías. Las teorías de la modernización sugieren la concepción de que solamente la imitación del modelo europeo occidental y norteamericano puede garantizar un adelantamiento bien logrado y razonable; las teorías de la dependencia suministran generalmente justificaciones ideológicas para programas de la industrialización completa. Estas últimas han hecho ciertamente un aporte significativo para el examen analítico del subdesarrollo y la subordinación a nivel internacional pero su determinación de las relaciones de dependencia es proclive a identificar *a priori* estas relaciones con factores

38 Frank, *Lateinamerika...*, op. cit., pp. 90-95; Córdova, op. cit., p. 106 s; Theotonio dos Santos, *Dependencia y cambio social*, op. cit., p. 94; dos Santos, *El nuevo carácter de la dependencia*, en: *La crisis del desarrollismo y la nueva dependencia*, Lima 1969, p. 126

obstaculizantes de la industrialización. La corriente de orientación marxista dentro de esta concepción asevera que las relaciones de dependencia se basan en un orden internacional conformado asimétricamente a causa de la penetración imperialista y que se correlacionan automáticamente con el carácter "capitalista" de los países en cuestión de las periferias mundiales. La superación del subdesarrollo se alcanzaría, por ende, exclusivamente mediante una industrialización completa dentro de un medio socialista, lo que traería consigo inmediatamente la supresión de toda relación de dependencia.

La superación de la tradicionalidad, los inicios de la industrialización y las modificaciones socio-políticas concomitantes tienen lugar en los países del Tercer Mundo en medio de las condiciones histórico-sociales más diversas. Uno de los puntos liminares de una teoría crítica de la modernización sería el tomar en cuenta la pluralidad de modelos económicos y sociales, bajo los cuales hoy en día se lleva a cabo el adelantamiento infraestructural e industrial de las periferias mundiales, pluralismo que no encaja del todo en las teorías sobre el desarrollo aquí criticadas y que no es convenientemente esclarecido por ningún enfoque, esquema o concepción eurocéntricos, monocausales y unilineares. La aplicación de categorías marxistas que fueron ganadas mediante el análisis del capitalismo europeo occidental a las sociedades periféricas denota raramente un carácter heurístico; por otra parte, la teoría de la modernización, con su par de conceptos tradicionalidad y modernidad ha establecido un marco conceptual bastante amplio, que muestra ser difuso por la falta o la consideración insuficiente de la esfera socio-económica. La teoría crítica de la modernización intenta llenar este espacioso marco conceptual mediante la inclusión de variables socio-económicas, de la problemática de las concatenaciones internacionales de dependencia y la referencia al sistema social de clases y estratos, lo que serviría al mismo tiempo para delimitar aquel marco teórico y para lograr una elucidación satisfactoria de los procesos de desarrollo en el Tercer Mundo, caracterizados por su extrema disparidad.

El marco conceptual de la teoría crítica de la modernización tiene que considerar los siguientes puntos problemáticos:

- a) El establecimiento del primer sistema de industrialización completa junto con la creación del expansivo mercado mundial capitalista hacen cada vez más improbable el desarrollo orgánico de otras sociedades según sus normas inmanentes hasta ese momento. La caída de esas sociedades en relaciones subordinadas torna improbable que puedan repetir sin más el modelo europeo occidental de desarrollo. Por otra parte, la evolución capitalista ha creado, sin embargo, varios criterios de validez indiscutible en diversos campos, sobre todo en lo concerniente al proceso de racionalización, a las pautas de consumo y a formas estatales de organización.
- b) Frente a las teorías de la dependencia, la teoría crítica de la modernización señala el hecho de que la historia de los países atrasados, donde supuestamente se han superado las relaciones de dependencia bajo un orden socialista, está ocupada, en su mayor parte, por los esfuerzos de construir una infraestructura y una industria que permitiesen alcanzar y sobrepasar el modelo occidental. Los aspectos emancipatorios, culturales y políticos en general fueron descuidados extensamente, o por lo menos, pospuestos detrás de esa tarea gigantesca y universal, llamada aquí el proceso de modernización.
- c) Todos los modelos de industrialización y modernización sean de orientación capitalista o socialista, denotan una notable afinidad: florecimiento del sector secundario (industrial) a costa de la agricultura, limitación de los derechos humanos y políticos a favor de la dilatación y del perfeccionamiento de la burocracia estatal, introducción de pautas racionales de comportamiento y gratificación y promoción de un estrato imprescindible de especialistas y burócratas. (Tesis válida especialmente para el ámbito de las naciones en vías de desarrollo).

- d) En muchos países del Tercer Mundo, los procesos de modernización son acompañados por el surgimiento de relaciones de dependencia, las que pueden tener un efecto fuertemente retardatorio sobre los esfuerzos genuinos de adelantamiento. Esto puede conducir a procesos de desintegración y regresión en algunas sociedades y a la pérdida de los derechos soberanos de decisión sobre la política económica. Finalmente la teoría crítica de la modernización debe considerar el contexto internacional, en el cual existen efectivamente naciones dominantes y subordinadas. La atención analítica debe enfocar los fenómenos de la *irreversibilidad* y la *disimetría* (F. Perroux) ³⁹, que marcan esencialmente este contexto.
- e) En sus reflexiones, la teoría crítica de la modernización debería incluir también la cuestión referente al potencial de arranque: se trata de dilucidar si las condiciones de arranque y el potencial en recursos de un país determinado alcanzan realmente el nivel para iniciar un proceso equilibrado de industrialización. Por lo tanto, hay que relativizar la concepción de que en un principio todos los países están en la posibilidad de realizar este proceso y que sólo la situación socio-política impide su iniciación (teorías de la dependencia) o que únicamente el obstáculo está representado por la pervivencia de normas tradicionales de comportamiento (teorías de la modernización). Hoy en día no se puede negar sin más la existencia de obstáculos naturales al desarrollo (*natural deterrents to development*) ⁴⁰, que son responsables parcialmente por la situación de arranque más negativa del Tercer Mundo. Una situación geográfica desfavorable, escasez de algunos recursos naturales, condiciones climáticas extremas y una producción agraria proporcionalmente inferior van a repercutir como obstáculos para planes muy amplios de desarrollo, especialmente para intentos de industrialización de ciclo completo.

39 François Perroux, *L' économie du XX^e siècle*, Paris 1964, pp. 27-29, 35

40 Una de las pocas obras que tematizan esto es: K. de Schweinitz, *Industrialization and Democracy. Economic Necessities and Political Possibilities*, Glencoe/Londres 1964, pp. 234-239

La modernización como proceso de racionalización

Para el esclarecimiento de los procesos de modernización puede ser aplicado el concepto de racionalización que *Max Weber* ha ganado en sus análisis histórico-universales bajo el punto de vista de la excepcional racionalidad europea occidental y del curso histórico de Occidente ⁴¹. Para el concepto weberiano de la racionalidad es constitutiva su capacidad de cuantificación universal, es decir, la adopción de la formalización creciente del conocimiento que proviene de la esfera de las ciencias naturales y experimentales tan exitosas. Esto va acompañado de la necesidad de extender los elementos racionales del principio de rentabilidad y efectividad a la organización de la ciencia, la economía y el Estado, así como al ámbito del modo de vivir. La manifestación práctica más significativa de este concepto de racionalidad es el surgimiento y la consolidación de una organización universal, especializada e instruida de funcionarios, la burocracia.

El concepto weberiano de racionalidad pertenece al conjunto de capitalismo, dominación y razón, pero puede ser usado también para aprehender los procesos de modernización fuera de este estrecho contexto porque, primeramente, muchos países están bajo la esfera de subordinación del capitalismo actual tratan de repetir el mismo proceso y, en segundo lugar, porque los intentos de erigir un sistema socialista se han contentado hasta ahora esencialmente en coadyuvar al triunfo de la misma racionalidad formal-instrumentalista. En gran parte, la modernización comprende, independientemente del marco político de referencia, el sometimiento de todos los campos de la vida social, sobre todo la organización social del trabajo, bajo los "imperativos" de la racionalidad instrumental. En el curso del progreso cumulativo de las fuerzas productivas la expansión de la racionalidad instrumental es igual a la dilatación de los subsistemas de actuación racional-eficiente y a la adaptación del marco institucional pertinente. El desenvolvimiento de los procesos de

41 *Max Weber, Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie* (Ensayos reunidos sobre sociología de la religión), Tübingen 1920, t. I, pp. 1-4

modernización, tanto de orientación capitalista como socialista, permite su incursión bajo el concepto de una razón meramente instrumental (*Max Horkheimer*)⁴², porque ésta supedita a su análisis la relación entre medios y fines y la adecuación de procedimientos con respecto a objetivos dados, pero no los fines mismos, que son aceptados *a priori*. La dominación exitosa de la naturaleza y la racionalidad creciente de los medios puede existir, por lo tanto, al lado de la irracionalidad irrestricta o, tal vez progresiva de las metas, lo que se puede constatar finalmente en la praxis de las potencias mundiales en rivalidad. La transformación de la racionalidad instrumental en la irracionalidad pura fue anticipada por *Max Weber* por medio su teorema de la "jaula de la servidumbre": la burocratización total y, al mismo tiempo, perfecta, determina todos los valores de orientación de una humanidad que estaría bien provista con bienes materiales, pero que permanecería en la sojuzgación más completa⁴³.

Si la modernidad es equiparada a la implementación de la racionalidad instrumental, como reza la conclusión más importante de la teoría crítica de la modernización, entonces la ejecución de la *acumulación primaria de capital* resulta ser su parte práctica cardinal. Esto es aún más cierto en el caso de la edificación de un orden socialista en países atrasados, donde esta construcción está ocupada en realidad por tareas que, según *Marx*, deberían pertenecer a una época *pre-socialista*. En contraposición a las teorías tradicionales de la modernización, hay que considerar el conjunto formado por la acumulación primaria socialista, la creación y modernización de una estructura industrial y el disciplinamiento correspondiente de las masas laborales como una variante genuina y propia, pero generalmente fallida, del proceso de modernización.

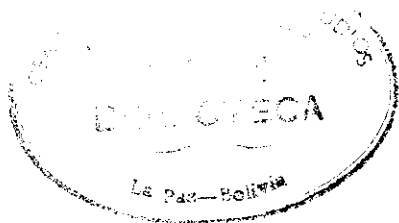
42 Max Horkheimer, *Zum Begriff der Vernunft* (Sobre el concepto de razón), en: Horkheimer, *Sozialphilosophische Studien* (Estudios socio-filosóficos), Frankfurt 1972, p. 47

43 Max Weber, *Parlament und Regierung im neugeordneten Deutschland* (Parlamento y gobierno en la Alemania reordenada), en: Weber, *Gesammelte politische Schriften* (Escritos políticos reunidos), Munich 1921, p. 151

La teoría crítica de la modernización no debe bagatelizarse o descuidar la cuestión de los costos humanos y sociales de un proceso de modernización, especialmente de la acumulación forzada de capital. A ella le corresponde, asimismo, la tarea de investigar los nexos entre crecimiento, libertad y democracia, ya que una dicotomía entre crecimiento económico, por un lado, y libertad y democracia, por otro, constituye aparentemente la regla de los procesos de modernización en las periferias. Para juzgar las estrategias de superación del atraso, la teoría crítica de la modernización debe sostener la proporcionalidad de los medios y no olvidar que un intento de cambio fundamental de estructuras sociales, que propugna en líneas generales la reducción del sufrimiento humano, no tiene que incluir, como parte de su praxis y como elemento de su identidad teórica, el riesgo de un sufrimiento mayor (*Sigmund Freud*).

3

**El progreso
como posibilidad
de regresión e
irracionalismo**



Dentro del ámbito de la civilización occidental, el siglo XIX se ha caracterizado por haber hecho del progreso científico-tecnológico y del desarrollo económico una religión secular y el fundamento mismo de la legitimidad social y política. Paradójicamente, es en pleno siglo XX, en medio de la difusión más espectacular de innovaciones tecnológicas y de un aumento sin precedentes de conocimientos científicos, cuando surge una corriente crítica que impugna la fe generalizada en el progreso y pone en duda la supuesta positividad de sus logros principales. La creencia en el progreso, en cuanto objetivo supremo del esfuerzo humano y finalidad expresa de casi todos los programas políticos, continúa siendo, sin embargo, la pauta orientadora de la actividad colectiva y del pensamiento político contemporáneo, pero debe ahora justificar sus posiciones ante una conciencia crítica que comienza a exponer los aspectos regresivos e irracionales del progreso.

Las dificultades con que tropieza esta conciencia crítica y la autoridad casi indiscutible de que goza la ideología del progreso están ligadas estrechamente a las dos grandes corrientes de pensamiento que, directa o indirectamente, ejercen hoy en día una influencia decisiva a nivel mundial: el marxismo y el utilitarismo

de corte positivista. Nacidas en el siglo XIX, ambas tendencias han resultado ser auténticos productos de su época, dominada por un optimismo ilimitado con respecto a la capacidad inventiva del Hombre y fascinada por los efectos de la Revolución Industrial en Europa Occidental. Actualmente se puede constatar que las corrientes influenciadas por las diversas formas de utilitarismo y positivismo no han sido proclives a un enfoque crítico de sus propios principios, los cuales están dirigidos a fundamentar la eficiencia de instrumentos, medios y procedimientos, presuponiendo que la suma de los medios generaría por sí sola la sociedad ideal. *Auguste Comte*, el fundador del Positivismo, postuló una *Religión del progreso*, como el credo adecuado a la época moderna, que incluía la imagen del carácter totalmente benévolo del progreso científico y tecnológico. Esta teoría concentra sus esfuerzos en la elucidación de relaciones, normas y métodos, quedando la esencia de los fenómenos y los fines de la evolución histórica fuera de su análisis racional.

En el polo opuesto del positivismo, *Karl Marx* instituyó la teoría del socialismo científico, cuyo fundamento mismo es la creencia en un progreso constante de la historia que conduce necesariamente a la sociedad perfecta y sin clases del futuro. El núcleo de este fundamento está formado, según Marx, por la dialéctica de fuerzas productivas y relaciones de producción, en la cual las fuerzas productivas, es decir, el adelantamiento tecnológico-económico, termina siempre por imponer sus derechos a las relaciones de producción, materializadas por el régimen de propiedad y por el complejo socio-político. La premisa tácita de toda la concepción marxista reside en atribuir un carácter esencialmente progresista y permanentemente beneficioso a las fuerzas productivas, las que, por otra parte, son consideradas como el motor de la historia; la necesidad misma de revoluciones se deriva del hecho de que en ciertas constelaciones históricas las relaciones de producción se convierten en una traba para el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. De un modo similar a Comte, Marx construye su edificio teórico sobre la suposición de la omnipotencia de la ciencia y tecnología y sobre la hipótesis de su aplicación siempre positiva y provechosa.

La evolución histórica en el siglo XX permite el mantenimiento de esta posición únicamente con una buena dosis de ingenuidad y dogmatismo. Nuestra época está siendo testigo de cómo justamente el progreso científico-tecnológico puede poner en peligro la existencia misma del planeta, cómo el desarrollo económico puede lesionar el precario equilibrio ecológico y cómo la labor de científicos y técnicos puede ser usada en forma masiva para oprimir al género humano. En los tres casos, el desarrollo de las fuerzas productivas no ha significado una incongruencia liminar con las relaciones de producción: precisamente el enorme incremento de conocimientos científicos y los logros aun más extraordinarios de la tecnología en todos los campos del quehacer humano se han llevado a cabo dentro del marco socio-político preestablecido, sin haber inducido la esperada revolución y sin haber hallado serias trabas en las relaciones de producción. Esta constelación hace, pues, probable la tesis de que el adelantamiento científico-tecnológico y sus resultados prácticos desempeñan un rol básicamente instrumental, congruente con diferentes sistemas sociales y tendiente a consolidar y vigorizar las sociedades respectivas. Por otra parte, la preeminencia del carácter fundamentalmente instrumental del desarrollo científico tecnológico y la conciencia de su posible utilización en forma destructiva, represiva e inhumana contribuyen a hacer perder la fe en su naturaleza presuntamente positiva, benévola e invariablemente favorable a designios humanistas, fe que fundamenta la actual filosofía de la historia de tendencia optimista. No se debe, evidentemente, caer en la posición simplista de algunas sectas naturalistas y de grupos nihilistas, que condenan el adelantamiento científico-tecnológico como si éste *per se* — y no su utilización por grupos sociales e intereses políticos — fuera el causante de todos los males de este mundo. El marxismo y el positivismo reproducen, bajo signos filosóficos diferentes, una posición similar parcializante e ingenua de suponer que el progreso de la ciencia y la técnica induciría, imprescindiblemente, una evolución social acorde con principios humanistas y que motivaría, precisamente, una utilización racional por parte de grupos políticos esclarecidos y filantrópicos.

El progreso científico-tecnológico y su utilización en el desenvolvimiento económico en el siglo XX han posibilitado la aparición de nuevos fenómenos en la historia de la humanidad, sin que la reflexión crítica por parte de los responsables de tales fenómenos haya alcanzado un nivel adecuado a sus graves implicaciones. Por primera vez, el Hombre está en condiciones efectivas de destruir toda la vida sobre el planeta y de aniquilar todas las naciones. El progreso, como máxima creación del Hombre, ha producido paradójicamente los medios para su propio exterminio. El aspecto más evidente de este proceso está localizado en el aporte que la ciencia y la técnica han hecho en favor de la carrera armamentista; si bien el mejoramiento de la tecnología bélica y la invención de nuevas armas han sido siempre poderosos estímulos para el adelanto científico, hoy en día la dirección y la magnitud mismas de este proceso están influenciadas considerablemente por las necesidades de la carrera armamentista. Los resultados no pueden ser más irracionales: proliferación de armas nucleares en una cantidad tal que es literalmente posible destruir varias veces todo rasgo de civilización sobre el planeta; canalización de una parte considerable de todos los recursos financieros mundiales para gastos militares; utilización de innumerables científicos y técnicos del más alto nivel y de los recursos materiales correspondientes para diseñar métodos cómo matar más gente con menos gastos y del modo más cruel; creación de nuevas armas convencionales, químicas y biológicas cuyo mortífero refinamiento y crueldad intrínseca dejan atrás las páginas más osadas de la literatura fantástica y de la imaginación sádica.

Las condiciones para un pavoroso retorno a la Edad de Piedra están ya dadas, suministradas por el adelanto científico-tecnológico y creadas en una época, que es considerada como el pináculo de la historia universal. Hace pocos decenios, esta posibilidad de regresión fue anticipada mediante el surgimiento de regímenes fascistas en el Viejo Mundo, los cuales utilizaron todos los adelantos técnicos de su época para instaurar un orden social eminentemente regresivo, inhumano e irracional hasta el exceso —el aniquilamiento de un pueblo entero en los ignomi-

niosos campos de concentración, posibilitado únicamente por el concurso de una tecnología avanzada y de una población obsesiva, representa solamente el rasgo más manifiesto de aquella barbarie moderna.

Hoy en día, el notable incremento del desarrollo económico a todo nivel, sustentado mediante la aplicación masiva de los adelantos tecnológicos, tiende a poner en peligro el equilibrio ecológico de nuestra biósfera. La tierra, el agua y el aire, base de toda la vida planetaria, forman un sistema global interdependiente que, a pesar de su enorme capacidad de supervivencia y regeneración autónoma, está constituido por mecanismos delicados y vulnerables. Este equilibrio está siendo afectado de manera sensible debido al extraordinario aumento en el consumo de energía, al incremento desmedido de la producción industrial con su secuela de degradación ambiental, al agotamiento de recursos naturales y al crecimiento súbito e incontenible de la población. La posibilidad técnica de causar daños permanentes a la naturaleza, generando procesos irreversibles, está ya dada. El recalentamiento progresivo de la atmósfera, posibles – y nada benévolos – cambios climáticos, la continua acumulación de productos tóxicos derivados de plaguicidas, detergentes, residuos químicos y petrolíferos, la dilapidación de los recursos no renovables, el malgasto de aquellos que se pueden renovar, la tala indiscriminada de árboles, la hiperurbanización a escala mundial y un crecimiento demográfico de orden exponencial representan factores concadenados en gran medida al adelanto científico-tecnológico, los que en estado de permanente interacción pueden, en un futuro ya nada lejano, causar un deterioro irremediable al medio humano.

Ante las amenazas que se ciernen sobre las sociedades modernas, se hace imprescindible abandonar toda posición ingenuamente admirativa hacia el progreso científico y toda apología incondicional del desarrollo económico. Los peligros inherentes a un progreso material descontrolado e incesante surgen tanto de las actitudes predominantes con respecto a la ciencia y a la tecnología como de los efectos de demostración causados por la cultura de los centros metropolitanos sobre el resto

del mundo, efectos que actúan en conjunción con una verdadera explosión demográfica en las sociedades periféricas. Acerca de las actitudes más generalizadas frente al complejo científico-tecnológico, se puede constatar el triunfo casi total del pensamiento utilitarista y pragmatizado, inclinado a considerar la ciencia exclusivamente como la productora de instrumentos, medios y procedimientos cada vez más eficaces, precisos y rentables para alcanzar fines dados, los que su vez quedan marginados del análisis científico crítico. El quehacer científico adopta entonces la tendencia a ser reducido a un instrumentalismo en sí mismo perfecto, fidedigno, poderoso y universal, pero desprovisto de la dimensión crítica, especulativa y trascendente, es decir, privado de todo momento no-utilitario y no-lucrativo. Sin temor a equivocación se puede sostener que la mayoría de los científicos, técnicos y políticos y en general los responsables del desarrollo socio-económico de las naciones tienden a plegarse a esta clase de instrumentalismo, quedando en segundo plano la cuestión de la orientación política propiamente dicha: son ellos los que conciben los últimos "logros" del refinamiento bélico, crean nuevas industrias, generan nuevas necesidades de consumo y proyectan nuevas metas para el desarrollo económico, sin preocuparse particularmente por los resultados a largo plazo de su actividad, sin preguntarse por el ulterior destino de sus creaciones y sin inquietarse por la responsabilidad ética que puedan conllevar sus acciones. Las posibles víctimas de la carrera armamentista, los daños colaterales producidos por la tecnología aplicada y los desequilibrios causados por el desarrollo forzado quedan totalmente al margen del aparato conceptual de estas tendencias, por ser aspectos no-cuantificables y, por lo tanto, meramente especulativos. Debido a ello la conciencia de los responsables puede permanecer en perfecta tranquilidad.

Esta actitud de las élites denota una correlación significativa con la orientación general de las masas: también éstas han sido condicionadas para desdeñar lo trascendente, para desechar lo teórico, para desatender la problemática de largo aliento y para hacer la vista gorda frente a las consecuencias éticas de toda ac-

tividad. La ideología popular es también la del éxito a corto plazo, la del consumismo y la de los problemas momentáneos; en las sociedades modernas las masas han sido igualmente educadas para idolatrar la prosperidad tangible, el principio de rendimiento y eficiencia y la categoría del éxito. En su marco de referencia los valores positivos están representados por el progreso material, el acceso a los bienes de consumo y el aumento de poderío del propio Estado – el sentido de la evolución histórica, las consecuencias de la carrera armentista, los desequilibrios ecológicos y la pérdida de libertad individual y política les parecen fenómenos lunáticos.

Esta tendencia generalizada en el mundo industrializado ha sido llamada por *Herbert Marcuse* la *sociedad unidimensional*, cuyas características centrales son la pérdida de una conciencia colectiva crítica, la uniformidad generalizada cultural y políticamente, el triunfo del consumismo de masas y la impregnación de todas las instancias sociales por la misma racionalidad utilitarista e instrumental. El progreso técnico ya no es más el vehículo del progreso social ni un potencial de posible liberación, sino más bien el intrumentario para controlar más eficazmente la vida humana por medio del dominio sobre la naturaleza, consolidando y legitimizando las relaciones de producción imperantes. Esta sociedad unidimensional, sin alternativas substanciales, sin espíritu crítico, dominada por el consumismo y el principio de rendimiento y privada de un sentido trascendente, está siendo agravada por la crisis ecológica y por la posibilidad de su autodestrucción. Este peligro es tanto más agudo cuanto la dimensión de la crisis puede ser comprendida recién desde un punto de vista crítico que trascienda la facticidad de la sociedad contemporánea, que es precisamente lo que le falta a su conciencia colectiva.

Los valores fundamentales que determinan hoy en día tanto el pensamiento intelectual como las concepciones políticas y las actitudes cotidianas son el éxito inmediato, el espíritu gregario amorfo y la obsesión por el crecimiento económico incesante, valores que sobrepasan ideologías y bloques políticos y que han llegado igualmente a dominar la conciencia colectiva en las so-

ciudad del Tercer Mundo. El actual pensamiento colectivo es el heredero de los principios burgueses que crearon la civilización industrial, pero desprovisto de todos sus momentos críticos y reducido a un esquema superficial, grosero y de poco aliento que juzga los procesos de desarrollo social primordialmente por el grado de poderío estatal, por el nivel del consumo masivo y por la medida en que aquellos procesos logran acercarse al nivel de las grandes potencias. Este pensamiento colectivo se encuentra fascinado por el adelanto material, no importándole cuán débiles puedan ser las bases de este éxito, ni el precio que se ha pagado por él, ni cuán transitoria llegue a ser esta etapa. El éxito es en este sentido lo más exitoso que hay: hace olvidar todas sus consecuencias negativas, perdonar todos los dolores que ha costado y desdeñar toda reflexión sobre sus consecuencias a largo plazo.

A este respecto resulta sintomática la evaluación elaborada por la conciencia colectiva intelectual sobre los logros del stalinismo: la mayoría de los partidarios del sistema socialista como muchos de sus adversarios se sienten deslumbrados por los triunfos de Stalin, especialmente por la industrialización forzada y por el rango de potencia mundial conseguido por la Unión Soviética. Ante estas conquistas, tanto partidarios como adversarios están dispuestos a pasar por alto los inmensos costos sociales y humanos causados por la acumulación socialista de capital y por las múltiples arbitrariedades ordenadas por el célebre dictador, y a concentrar su admiración en los resultados materiales, justificando tal actitud mediante el argumento tan cínico como efectivo de que los sufrimientos humanos son pronto olvidados por la historia, contanto para esta únicamente los éxitos materiales.

Dejando a un lado los aspectos éticos y humanitarios de la problemática, es conveniente, empero, insistir en el hecho de que el pensamiento orientado hacia la consecución exclusiva de ventajas tangibles se torna incapaz de comprender aspectos complejos y consecuencias a largo plazo del propio desarrollo mientras éstas no sean meras extrapolaciones del presente. En lo concerniente a la complejidad alcanzada por la actual etapa

civilizatoria, se puede afirmar que la conciencia colectiva utilitarista no dispone del suficiente espíritu reflexivo para captar complicadas relaciones interdependientes, en las cuales diversas funciones se conjungan intrincadamente para causar efectos que individual y separadamente no podrían originar. Esto es singularmente grave en el caso de los diferentes ecosistemas de nuestra biósfera, cuyo equilibrio puede ser irreparablemente dañado por una conjunción y acumulación de diferentes funciones (incremento poblacional, aumento de la contaminación inducida industrialmente, reducción de los márgenes tolerables para la regeneración de los biosistemas) que, individualmente, no representan un peligro inminente. Igualmente la conciencia colectiva muestra poca comprensión hacia las consecuencias derivadas del carácter frágil y precario tanto de los diferentes ecosistemas como de las normas político-sociales de nuestras comunidades —todos ellos pueden entrar en situaciones de colapso por sobrecargas continuas consideradas ahora como convencionales.

La conciencia colectiva hoy vigente exhibe una facultad aún menor para captar relaciones, cuyas secuelas futuras no serán meras repeticiones de la facticidad cotidiana. Hasta la regla dialéctica de que lo cuantitativo puede devenir en cualitativo, es decir, que la reiteración acumulativa de lo mismo puede motivar, pasando cierto límite, la aparición de algo diferente, ha sido olvidada por los representantes socialistas del pensamiento pragmatizado. La conciencia colectiva utilitarista se inclina, pues, a prestar poca atención a fenómenos tales como la existencia de procesos irreversibles, de límites inmanentes a los procesos de crecimiento y de magnitudes óptimas para una buena parte de todos los organismos. La dificultad para la comprensión de éstos fenómenos reside parcialmente en las limitaciones de la conciencia colectiva para poder imaginarse procesos futuros que no sean meras analogías de los hechos del presente; todo aquello que trasciende la calidad de extrapolaciones es menospreciado como asunto ininteligible y difícil de comprobar. Estas dificultades conceptuales aumentan considerablemente si a la vez están en juego los anhelos más fuertes y las

convicciones más profundas del pensamiento colectivo acerca de las metas mismas del desarrollo; es decir, si la industrialización acelerada y el crecimiento económico conforman el objetivo final de las aspiraciones colectivas, será entonces muy improbable que la conciencia intelectual predominante examine críticamente posibles efectos inherentes al adelanto económico y se percate de la aparición de daños irreparables y de procesos irreversibles.

Hoy en día ya contamos con claros ejemplos sobre las consecuencias que se producen cuando sistemas sociales traspasan su propia magnitud óptima y devienen en procesos no explicables según las categorías de la analogía y la extrapolación. En zonas semi-áridas el equilibrio ecológico tiende a ser particularmente vulnerable y delicado, y está en estrecha relación con la magnitud de las labores agropecuarias y el tamaño de la población. Modestos avances de medicina e higiene, el ansia de expandir marcadamente la producción y el incremento concomitante de la contaminación ambiental llegan a causar simultáneamente un rápido aumento de la población, un acrecentamiento de las presiones de todo orden sobre la frágil estructura del ecosistema y una pérdida sensible en la capacidad de regeneración del mismo. Los resultados nos son conocidos por los desastres en el *Sahel* africano: cambios climáticos, un pavoroso aumento de la erosión del suelo, la disminución repentina de la producción agrícola y el hambre para la población. En las grandes ciudades de nuestra civilización urbana se puede presenciar otra ilustración de lo que significa superar la magnitud óptima: la administración municipal se vuelve en extremo complicada, lenta y cercana al colapso; los servicios públicos y educacionales no pueden mantener el ritmo del crecimiento poblacional y muestran signos de progresivo deterioro; la tranquilidad, el aire puro y el contacto con la naturaleza se convierten en lujos difícilmente asequibles; las congestiones de tráfico, las mareas de masas humanas y la contaminación del medio ambiente llegan a ser los aspectos cotidianos, característicos e irreductibles de las grandes urbes; y finalmente, sus habitantes se convierten en ciudadanos de segunda clase, some-

tidos a innumerables presiones ambientales y psíquicas, prisioneros de un ritmo existencial insensato e inhumano, pleno de frustraciones y fatigas inútiles (como perder una buena parte del tiempo disponible en desplazarse de un lugar a otro), frustraciones que son la base de la criminalidad, la deshumanización y otros desarreglos socio-psicológicos.

Para la mentalidad colectiva predominante las grandes urbes encarnan, sin embargo, el núcleo de sus aspiraciones y metas de desarrollo: las grandes metrópolis simbolizan el adelantamiento económico, el incremento poblacional, la instauración de complejos industriales; son además las exteriorizaciones tangibles de las fantasías no-conscientes de grandeza y poderío. Por ello las críticas concernientes a los aspectos negativos y regresivos de la hiperurbanización no hacen mella en la mentalidad colectiva ni en el pensamiento utilitarista, pues ellas se concentran en niveles – racionalidad transcendente, valores humanistas no-cuantificables – a los cuales el pragmatismo positivista no es accesible.

La obsesión por el desarrollo y crecimiento como valores rectores de la vida social está enraizada en las concepciones más antiguas y profundas de la cultura occidental y se manifiesta, bajo envolturas ideológicas diferentes, en los más diversos programas políticos, doctrinas filosóficas y creencias populares. El origen de esta concepción se remonta a la fe judeo-cristiana de perpetuo progreso y a su concepción lineal de la historia, contrapuesta a las teorías circulares del eterno retorno tan difundidas en la Antigüedad clásica y en el mundo oriental. (Las sociedades no-occidentales adoptaron el culto del progreso después de haber establecido un contacto permanente con la civilización europea). En contraste con los credos paganos, la corriente judeo-cristiana estableció un dualismo marcado entre Hombre y Naturaleza, complementándolo con la idea central de que la voluntad de Dios exige que el Hombre explote la naturaleza para sus propios fines. Se llegó así a una fundamentación teológica del valor eminentemente subordinado y secundario de la naturaleza con respecto al Hombre, que fue luego secularizada y convertida en la teoría de que el Hombre no solamente

puede comprender todas las leyes naturales, sino que debe usar tal comprensión para controlar y explotar exhaustivamente la naturaleza para alcanzar los fines que se propone. Esta concepción está tan generalizada en Occidente que ha llegado a conformar la base preológica de muy diferentes doctrinas, desde el marxismo hasta el positivismo, contribuyendo además a hacer plausible el menosprecio por la problemática ecológica y a exaltar el valor de los éxitos materiales.

Ciertamente que el marxismo primigenio no consideraba el desarrollo material como el objetivo de la lucha revolucionaria, sino como un medio para llegar a una sociedad liberada, pero su estructura teórica abrió la puerta a interpretaciones menos humanistas y más centradas en torno a los criterios de desarrollo y crecimiento al postular un antropocentrismo riguroso y al considerar la evolución de las fuerzas productivas como principal motor de la historia y en sentido predominantemente positivo. Los parámetros predominantes del análisis socio-económico marxista son el capital y el trabajo, quedando a los recursos naturales la categoría de lo obvio y sobreentendido. La dominación de la naturaleza por cualesquiera medios para posibilitar el adelantamiento humano conforma, por lo tanto, una premisa implícita del pensamiento marxista, lo que simultáneamente conduce a ver en la naturaleza una instancia sin derecho propio y destinada únicamente a servir de materia prima a los designios humanos. Por otra parte, al concebir el adelanto científico-tecnológico como un proceso exclusivamente positivo, y, al mismo tiempo, al postular que la evolución de Europa Occidental sería el paradigma de evolución histórica para el resto del mundo (en un pasaje famoso del prólogo al *Capital*), Marx cerró a su teoría la posibilidad de analizar críticamente aspectos regresivos del progreso científico-tecnológico y de la violación continua de la naturaleza. Correspondió a los constructores del socialismo en la praxis el haber llevado esta tendencia hasta su última consecuencia, limitándose a la promoción del desarrollo económico-tecnológico y relegando indefinidamente la edificación del "Reino de la Libertad" y la supresión de toda alienación humana. Hasta uno de los marxistas más lúcidos, L. D.

Trockij, en su severa crítica al stalinismo: *La Revolución traicionada*, fundamentó la superioridad del socialismo en sus éxitos materiales: "[...] el socialismo ha demostrado su derecho a la victoria no en las páginas del *Capital*, sino en una arena económica que constituya la sexta parte de la superficie del globo; no en el lenguaje de la dialéctica, sino en el del hierro, del cemento y de la electricidad".

La fascinación que ejercen los regímenes socialistas sobre la conciencia intelectual del Tercer Mundo no se debe tanto a una mejor oportunidad de alcanzar libertad política y justicia social, sino al hecho de que estos regímenes parecen garantizar mayor eficacia y rapidez en el proceso de modernización e industrialización en sociedades periféricas. Los sistemas socialistas, cuyo modo de producción y distribución es equivocadamente denominado capitalismo de Estado, se han caracterizado por un modelo fallido de modernización, rico en signos superficiales, que bajo un centralismo estricto y severas restricciones al consumo de la población, fomentan una cierta acumulación de capital y logran, por ende, reproducir temporalmente algunos aspectos exteriores de la civilización occidental, postergando, sin embargo, el adelantamiento político, cultural y económico-técnico.

Las notables mejoras en el campo de las comunicaciones y el incremento de los contactos entre sociedades periféricas y centros metropolitanos han conducido a que un standard elevado de consumo masivo, un Estado nacional fuerte y expansivo y un alto nivel de industrialización se conviertan en aspiraciones colectivas irrenunciables, en metas normativas de índole generalizada y absoluta, y a que, por lo tanto, se pretenda alcanzar estos fines en el plazo más breve y a cualquier precio. La "*revolución de las expectativas crecientes*", como se ha llamado a este fenómeno, representa el anhelo de obtener lo más pronto posible los frutos de la civilización industrial, particularmente los frutos materiales y tangibles del progreso tecnológico-económico. El *efecto de demostración* causado por la civilización metropolitana sobre la mentalidad colectiva del Tercer Mundo ha sido sencillamente avasallador: ha llevado a que la

preocupación primordial de esas sociedades esté centrada en torno al adelanto material, a que el crecimiento incesante sea el parámetro principal para juzgar toda evolución y a que esas grandes metas hagan permisible el empleo de cualesquiera métodos. El impacto del efecto de demostración ha sido particularmente fuerte sobre los intelectuales del Tercer Mundo, quienes, alucinados por los éxitos materiales de los centros metropolitanos, han creado las teorías más diversas y las ideologías más exorbitantes para justificar, en términos de supuesto autoctonismo y pretendida justicia social, la imitación acelerada de la civilización industrial. Empero, justamente este carácter imitativo, absolutista y de apresuramiento incondicional, que denotan todas las ideologías tercermundistas acerca de la evolución histórica, conlleva, en forma magnificada, todas las limitaciones y toda la pobreza espiritual propias del pragmatismo utilitarista.

Esta conciencia colectiva tiende a desestimar abiertamente todo momento reflexivo, a rechazar toda relativización del progreso tecnológico-económico, a concentrar todos los esfuerzos en un instrumentalismo mediocre y a justificar cualquier medio para alcanzar los objetivos fijados.

Esta obsesión por el adelanto material y la consiguiente apología de los medios a usarse conducen necesariamente a trivializar la problemática ecológica, a fomentar el aumento poblacional y a adoptar una actitud frente a la tecnología que llega a ser sencillamente ingenua y hasta fanática. Se llega a ver en todos los productos de la ciencia y la técnica portentosos dones del espíritu humano, siempre positivos en sus efectos; asimismo se pasa generosamente por alto todas las consecuencias de la contaminación industrial y todos los daños infligidos a la naturaleza. Dentro de esta mentalidad se tiende a considerar todo esfuerzo por evitar la degradación de la naturaleza como un lujo totalmente superfluo que las sociedades emergentes no pueden permitirse; todo intento de reducir la tasa del incremento poblacional es visto como una oscura y pérfida maquinación del imperialismo. También la reflexión a largo plazo sobre la probable ruptura del equilibrio ecológico, sobre las consecuencias de una evolución unilateral y culturalmente pobre y sobre los elevados

costos sociales y humanos de la acumulación forzada de capital, es contemplada como una reprobable pérdida de tiempo y como un obstáculo frente a los altos fines patrióticos. En el fondo la mentalidad utilitarista en el Tercer Mundo está tan fascinada por los aspectos exteriores de las sociedades altamente industrializadas y tan empeñada en imitarlas que podrá causar daños irreparables a los ecosistemas, pondrá su propio futuro en peligro y agotará sus propios recursos naturales, con tal de gozar, aunque sea brevemente, del placer de poseer grandes complejos industriales – aunque funcionen deficientemente – y del honor de pertenecer a un Estado nacional fuerte y temido – aun cuando sus ciudadanos no disfruten de ninguna libertad.

La consecución de un substancial poderío económico y político posee una fuerza normativa y absorbente de tal magnitud que obliga al quehacer científico e intelectual a ocuparse principalmente de diseñar métodos y de proveer instrumentos para alcanzar de la manera más rápida y rentable aquellas metas de desarrollo ya mencionadas y hacer realidad aquellas fantasías del subconsciente colectivo relativas al crecimiento y la reproducción incesantes. En lo que concierne a la explosión demográfica y a la degradación del medio ambiente, esta mentalidad colectiva tiende a desdeñar estudios científicos, informes auspiciados por las Naciones Unidas, la UNESCO, la Organización Mundial para la Alimentación y la Agricultura (FAO), los análisis del MIT y del Club de Roma y las advertencias tales como el *Mensaje de Menton* y la *Declaración sobre los Alimentos y la Población* – ambas redactadas por grupos de conocidos científicos, incluyendo un buen número de portadores del Premio Nobel – y, al contrario, a conceder autoridad a encíclicas papales, manifiestos ideológicos y políticos, folletos y fábulas sobre un pretendido "sí a la vida" y a innumerables vindicaciones del crecimiento acelerado y de las altas tasas de natalidad. Las expresiones de este segundo grupo disponen de un fundamento teórico muy endeble y generalmente no se basan en análisis empíricos, pero esta su debilidad científica no perjudica para nada su popularidad y aceptación por parte de la mentalidad colectiva, pues esta última es influenciable predominante-

mente en los planos emocional e inconsciente y mucho menos en los niveles de la razón y la sensatez.

Especialmente en el terreno de la demografía, donde están en juego elementos subconscientes conectados con anhelos urgentes de imitación, con pautas normativas preconscientes y con aspectos sexuales, es donde los argumentos lógicos tienen las peores perspectivas. Que la distribución de recursos necesariamente limitados sea generosa y más humana mientras el número de habitantes no se incremente, es un argumento de mínimo peso para la conciencia colectiva; que la expansión de la frontera tecnológica no ha podido solucionar todos los problemas emergentes de las crisis ecológica y demográfica, se convierte en una falacia imperialista, máxime si Marx ya afirmó que la historia coloca a la sociedad delante de problemas que ésta última siempre puede resolver.

Sobre la relación entre desarrollo y población, el pragmatismo utilitarista intenta dar un barniz de verosimilitud científica a algunos lugares comunes de la imaginación popular. Así, un incremento masivo de la población es aducido como factor para formar un mayor mercado, y éste como fundamento para un mayor desarrollo. Similarmente, una población de gran envergadura es considerada como muy conveniente porque ella, en cuanto empobrecida y frustrada, cuestionará el sistema y facilitará la ansiada revolución. Finalmente, se afirma que únicamente una población muy numerosa está en la posibilidad de llevar a cabo las grandes tareas del desarrollo económico. En todos estos argumentos, la magnitud de la población está al servicio y en función del desarrollo económico, y no el desarrollo económico en función del libre desenvolvimiento de los hombres; por otra parte, es sintomático que un proceso deseable de adelanto social aparezca siempre ligado a lo grande, extenso y poderoso. En realidad, parece que la mentalidad del Tercer Mundo ha adoptado como propias ciertas premisas del pensamiento acrítico y utilitarista de los centros metropolitanos y las ha internalizado tan exitosamente que fuera de ellas no puede concebir otras alternativas. Tanto en el caso del argumento económico como en el del revolucionario, los hombres concre-

tos con sus problemas y aspiraciones personales se han convertido en material cuantificable, en meros factores de cálculo para alcanzar éxitos materiales. (Toda comparación mecanicista con el proceso de industrialización en Europa Occidental para justificar altas tasas demográficas generaliza los resultados de una experiencia única y no transferible a circunstancias geográficas e históricas totalmente diferentes. Esta argumentación comparativa es propensa a pasar por alto importantes elementos concomitantes de la primera industrialización: la existencia a nivel mundial de amplios espacios despoblados para remitir el excedente demográfico, el grado mínimo entonces reinante de contaminación debida a la industria, la abundancia de recursos naturales no-renovables, el bajo nivel del consumo masivo y la existencia de pautas normativas sobre relaciones familiares y sociales, diferentes de las de hoy vigentes en los países del Tercer Mundo. En estos últimos se da una situación distinta al comenzar su modernización: consumo antes de producción, sindicalización previa a la industrialización, politización con anterioridad a la educación y elaboración de ambiciosos proyectos y planes de desarrollo sin contar con los recursos necesarios para ello.)

La adopción del pensamiento pragmatizado y utilitarista por parte de las sociedades periféricas conlleva a aceptar como meta de desarrollo una copia de lo alcanzado en los centros metropolitanos, sazonada con algunos elementos secundarios de folklorismo y autoctonismo para hacerla más fácilmente digerible. Se corre así peligro de reproducir igualmente todos aquellos aspectos de la sociedad de consumo, desde la carrera armamentista hasta la degradación de la naturaleza, que abren las puertas al irracionalismo generalizado, a la uniformidad cultural y a la regresión individual. También en las sociedades del Tercer Mundo se ha llegado a considerar la naturaleza como simple medio, como material usable y desechable, y los paisajes como mera base para letreros de propaganda. El olímpico desprecio por la naturaleza ha alcanzado una dimensión verdaderamente monstruosa en la tala indiscriminada de árboles: la urbanización acelerada, la expansión de las labores agropecuarias, la comer-

cialización de la madera y muchas veces la exteriorización de los instintos de destrucción están acabando con los bosques del planeta. Para iniciar sembradíos de carácter transitorio y minúsculo se incendian en América Central florestas enteras de maderas nobles; para construir caminos de penetración militar y para "abrir" la Amazonía al saqueo económico se destruyen en Brasil extensiones gigantescas de arboledas tropicales que no se regenerarán nunca; y para suministrar material a la sociedad de consumo se arrasan enormes extensiones de bosques, que casi nadie se preocupa de reforestar. El árbol en cuanto ente autónomo se ha convertido en la víctima paradigmática del Hombre: sólo es preservado si se espera sacar algún provecho de él en el futuro y si desempeña alguna inocente función ornamental, no perturbando el tráfico de automotores.

Esta actitud de estricto utilitarismo con respecto a los árboles resulta a largo plazo enteramente irracional, y ésto dentro de la propia lógica limitada de eficiencia y rentabilidad, pues con la devastación de los bosques va implícita la destrucción de una de las fuentes esenciales para la regeneración del oxígeno atmosférico. Empero, la mente utilitarista es incapaz de percibir los peligros que ella misma puede causarse, si entretanto alcanza sus objetivos de corto plazo.

El menosprecio de la naturaleza marcha conjuntamente con la poca estimación por valores humanos no-cuantificables: el interés por la diversidad y la individualidad decae enormemente, la tranquilidad y la falta de contaminación ambiental son considerados temas de relevancia ínfima, el contacto directo con la naturaleza es ridiculizado y el postulado de una arquitectura humanista es tomado por una utopía excéntrica. Por encima de toda división política, la conciencia colectiva demuestra la misma predilección por los monstruos de cemento y acero, por chimeneas humeantes de complejos industriales, por densos flujos de tráfico, por inmensas aglomeraciones humanas y por la invasión y "aprovechamiento" de la última selva virgen y de la última montaña deshabitada. Es cierto que aún se perciben débiles murmullos acerca de los congestionamientos de tráfico y algunas palabras críticas contra la contaminación de los ríos,

pero estas protestas tienen un peso insignificante en comparación con la inmensa satisfacción colectiva al haber alcanzado aquellos éxitos materiales concomitantes de prestigio y poder.

La apertura de toda tierra al proceso económico y el ansia de aprovechar en forma redituable el último palmo de territorio simbolizan tanto la imposibilidad de concebir la naturaleza cual ente con derechos propios como el valor mágico que ha tomado en la mentalidad colectiva el intento de explotar exhaustiva y despiadadamente el planeta entero. En un mundo de aglomeraciones, de estrecheces y de repeticiones de los mismos modelos culturales, lo genuinamente racional consistiría en preservar importantes extensiones geográficas libres de las bendiciones del progreso, donde el Hombre pueda eximirse parcialmente de su enajenación mediante el contacto con una naturaleza no sometida a la ley del valor y al principio de rendimiento. Sin embargo, las sociedades del Tercer Mundo están empeñadas en la "apertura económica" del último rincón de este mundo, bajo el argumento de que "tierras sin hombres no valen nada", reduciendo así las posibilidades de un mundo libre de las obsesiones de dominación y gigantismo. Por otra parte, el Hombre, para conservar su equilibrio anímico y su capacidad creadora, requiere de un mínimo del llamado "espacio psicológico" y de diversidad de ambientes, para evitar el convertirse en hombre-insecto, es decir, en una pieza intercambiable de un gigantesco mecanismo, perfecto pero inhumano, funcionando en medio del hacinamiento y la barbarie colectiva. El crecimiento descontrolado y unilateral puede conducir muchas sociedades a una situación tal donde imperen efectivamente la regresión y el irracionalismo, simbolizados por la recaída en un nivel civilizatorio ya superado por la historia. El incremento acelerado de la población mundial exigirá indefectiblemente un planeamiento más amplio de toda función social y una regulación más estricta de cada vez más actividades individuales. Pero la regulación puede fácilmente transformarse en regimentación severa y el planeamiento hacerse rígido y burocrático, impulsando a nuestras sociedades hacia aquellos regímenes totalitarios ya concebidos en las "utopías negras" de *Huxley* y *Orwell*.

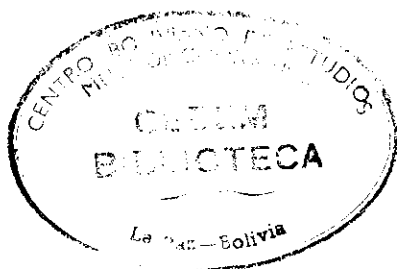
Para evitar que el adelanto económico-tecnológico se agote en aspectos regresivos e irracionales hace falta promover la formación de una conciencia colectiva crítica, que supere las limitaciones del pensamiento positivista, del pragmatismo utilitarista y de las concepciones socialistas en boga, que someta las metas de desarrollo a un análisis crítico y que conciba una nueva relación del Hombre con la naturaleza, basada en la armonía y no en la dominación. A esta conciencia crítica le corresponde consagrarse a los problemas verdaderamente serios de nuestro tiempo, que se refieren a la explosión demográfica, a la dilapidación de energía, a la degradación de la naturaleza, a la expansión del consumismo alienante y a la propagación de la uniformidad cultural y política. A esta conciencia crítica le cabe igualmente la tarea de superar proyectos y soluciones limitadas al ámbito de los Estados soberanos, pues precisamente la crisis ecológica está conectada a una problemática que trasciende los límites estatales y que exige soluciones más allá de los egoísmos nacionales. Urge asimismo poner en relieve que la rentabilidad a corto plazo, por más promisoría que parezca, no es generalmente la racionalidad a largo plazo, y que solamente de esta última depende el destino de nuestra civilización.

En contraste con los preceptos dictados por el ansia de poderío y prestigio, la conciencia crítica ha desarrollado ciertos valores de orientación, combatidos por los totalitarismos de diversa especie y, por tanto, en peligro de permanecer para siempre en la esfera de la utopía: felicidad libre de poder, patria sin límites nacionales, recompensa independiente del principio de rendimiento, cultura sin ideología, comunidad exenta de burocracia y bienestar libre de lo superfluo y de las obsesiones de grandiosidad. Similar era el anhelo de *Simón Bolívar* sobre el futuro del Nuevo Mundo, olvidado por los que se remiten constantemente a sus ideales: "Yo deseo", escribió en su *Carta de Jamaica*, "ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria".

4

Esbozo de una teoría crítica de la modernización:

**La marcha victoriosa de la
racionalidad instrumentalista en
América Latina**



La relación entre los problemas ecológicos y la dimensión política no es enteramente comprensible sin un análisis de algunas corrientes generales que influyen el pensamiento colectivo en América Latina de manera dominante, pero sin que ellas hayan adquirido consciente y racionalmente su carácter y sin que puedan ser consideradas como productos autóctonos de la evolución interna de estas sociedades. Se trata, en una palabra, del prestigio y peso crecientes que el utilitarismo y el pragmatismo de corte positivista han cobrado tanto en el pensamiento científico aplicado como dentro del marco más difuso de la reflexión política. Es decir: no solamente la planificación económica, las ideas rectoras sobre inversión y administración y la formación de conceptos en ciencias sociales, sino también la discusión política y hasta el debate de temas sociales en general por el gran público han adoptado paulatinamente normas y principios instrumentalistas, rechazando puntos de vista de orden trascendente o razonamientos que vayan más allá de las ventajas materiales a corto plazo y del cálculo de costos y beneficios. Esta evolución ha sido justificada desde numerosos puntos de vista, insistiéndose en la necesidad de terminar con criterios metafísicos, religiosos, utopistas, o también, desde la óptica

socialista y revolucionaria, aludiendo a la obligación de superar factores tradicionales o conservadores o argumentos de reducida utilidad social.

La inclinación generalizada por el instrumentalismo está ligada al éxito secular que han alcanzado a escala mundial los llamados centros metropolitanos, a los efectos de demostración que éstos han producido en todas las sociedades periféricas y al ansia colectiva y urgente de imitar esos éxitos y de alcanzar un desarrollo socio-económico equivalente. Ante la fuerza normativa que tienen los modelos del Norte, es natural que también las líneas de pensamiento y los parámetros rectores de la tecnología occidental se convirtiesen en los principios determinantes de una buena parte de las reflexiones políticas en América Latina y en los paradigmas teóricos de sus élites funcionales. Este proceso, sin embargo, no se ha llevado a cabo como la adopción consciente de una nueva y mejor ideología, desplazando revolucionariamente a otra, juzgada ahora como obsoleta, sino como la inclusión lenta pero sistemática de elementos utilitaristas en el pensamiento colectivo, inclusión realizada de modo preconsciente y, por lo tanto, proclive a tener la validez de las cosas obvias.

Esta evolución en América Latina está vinculada al desarrollo del concepto de ciencia y tecnología en el mundo occidental. Como se sabe, la emancipación del pensamiento científico de la tutela escolástica, que se inició con el Renacimiento, ha sido un proceso fundamentalmente ambivalente. Por diversas causas, entre ellas el temor a un nuevo predominio de corte metafísico, se rechazó toda teoría que trascendiese la inmanencia de los fenómenos constatados: toda visión de conjunto, que intentase interpretar la realidad fuera del estricto principio de causalidad y construyese hipótesis sobre el desarrollo histórico como un proceso unitario o teleológico, ha sido desde entonces condenada como inconciliable con la concepción moderna de ciencia. Naturalmente que los científicos no han abandonado las especulaciones situadas fuera de la investigación experimental, pero éstas han sido consideradas frecuentemente como cuestiones pertenecientes al plano de lo personal y relati-

vo, donde reina el arbitrio subjetivista en lugar de la certeza absoluta de la constatación empírica. Esta predisposición por el conocimiento en sí mismo, depurado de toda explicación hermenéutica y de todo interés trascendente al mismo, ha llevado a la separación entre ciencia y moral, entre conocimiento científico propiamente dicho y valores de orientación en el campo ético; estos últimos corren entonces peligro de ser determinados de modo decisionista por el relativismo ético o político de turno. La abstinencia moral de los profesionales formados científicamente o, por lo menos, influenciados por estas tendencias de manera indirecta, conduce a que éstos desatiendan la dimensión social y a largo plazo de su quehacer altamente especializado: no se sienten motivados a poner en cuestión el orden social en que viven, el programa que establecen los especialistas de la praxis, los políticos, y menos aún algunas ideas rectoras de carácter preconsciente que determinan las concepciones reinantes acerca del progreso histórico. Los especialistas en planificación económica o los administradores de empresas no se sienten generalmente en la obligación moral y menos aún en el deber profesional de prever las consecuencias de su labor fuera del marco de referencia de su trabajo específico o de las indicaciones que ha recibido desde arriba. En este sentido, es muy improbable que estos importantes grupos sociales lleguen a interesarse por la problemática ecológica que se puede derivar de su actividad, pues esta clase de reflexión es considerada o estrictamente extra-científica ("moralista") o situada fuera del radio de acción de los profesionales en cuestión.

La separación entre ciencia y ética impide, precisamente en nombre de una científicidad severa, que profesionales y técnicos se preocupen por terrenos marginales que no pertenecen directamente a su responsabilidad habitual; una evaluación sobre estos asuntos implicaría igualmente un juicio de valor acerca de las líneas históricas de desarrollo y sobre el significado mismo del progreso —es decir, juicios sobre temas que no son nada afines a la científicidad positivista. La extrema especialización, otro rasgo característico del quehacer científico actual, se inserta igualmente en el circuito de argumentaciones tan caro a los

economistas y profesionales de tendencia utilitarista. Bajo el pretexto de la división necesaria de tareas y competencias, ellos creen que cualquier incursión fuera de su campo rigurosamente delimitado y más aún en terrenos peyorativamente llamados especulativos como la ecología, denota una cierta irresponsabilidad y ligereza no congruentes con los principios científicos generalmente aceptados. La especialización suministra así una poderosa razón para no abandonar los cánones habituales del quehacer profesional, cánones que, por otra parte, tienen la función importantísima (aunque no siempre reconocida explícitamente) de conceder al investigador y al profesional una cierta seguridad al ir examinando la realidad social, preservándolo de datos y conocimientos que podrían poner en cuestión sus propias ideas básicas y sus ilusiones más caras acerca de la evolución en sus países. El análisis de problemas ecológicos y el cuestionamiento de la pretendida positividad permanente del progreso material son ocupaciones que, por el contrario, pueden originar bastante inseguridad en torno a los dogmas históricos, políticos y científicos de nuestro tiempo.

La separación entre ciencia y ética o la dicotomía entre conocimientos y valores se ha manifestado también de otras maneras a lo largo del transcurso de la civilización occidental. La renuncia a una moral basada en principios trascendentes y metafísicos ha dado paso a una ética de aliento reducido y de carácter instrumental, es decir a un conjunto de reglas para el comportamiento social adecuado y exitoso que contribuyan a la dominación acertada de una situación concreta. Esta forma de moralidad implica por un lado la indiferencia hacia todas las fundamentaciones religiosas y trascendentes de la actividad humana, de sus principios rectores y de sus instituciones, y también la negación del fatalismo y de la resignación estoica, por otro. Esta concepción establece, además, una base firme para la autonomía individual del hombre y para una actuación suya enérgica y medida exclusivamente por los logros mundanos. El éxito de la civilización occidental se debe, y en proporción no desdeñable, a esta noción de moralidad y a este criterio de comportamiento exentos de toda legitimidad metafísica.

La dicotomía entre conocimientos y valores o entre ciencia y moral no exhibe, sin embargo, sólo un aspecto positivo, como la concepción de la factibilidad de la historia como esfuerzo humano y la superación de todo fatalismo secular, sino también uno negativo: la reducción del hombre a mero material experimentable. La ciencia pasó de ser una forma de interpretación del cosmos a una manera de dominar el mundo: la belleza del conocimiento puro fue desplazada por la aptitud de dominar la naturaleza. La ciencia no se detuvo, empero, en ésto, sino que utilizó la dominación de las fuerzas naturales para el control del hombre. La emancipación del tutelaje escolástico-medieval fue combinada por lo menos en la esfera de las ciencias aplicadas y en una parte importante de la reflexión en torno a problemas sociales, con una renuncia implícita a plantear cuestiones de orden trascendente, con una tendencia a aceptar el marco de referencia del momento como el marco de referencia indubitable y a manejar todos los datos como si perteneciesen a una estrategia social de costos y beneficios. La dominación de la naturaleza resulta así ser solo una parte de un programa mayor dedicado a registrar, controlar y utilizar recursos naturales y humanos de la manera más rentable posible y de acuerdo a los parámetros del éxito mundano.

La conciencia intelectual en América Latina, especialmente aquella que predomina en las esferas de la planificación económica, de la administración de empresas, de la alta burocracia estatal y de los grandes partidos de masas, no ha podido o no ha sabido substraerse a este proceso más o menos universal. También ella muestra una clara inclinación a pasar por alto criterios trascendentes y a una reducción instrumentalista. El instrumentalismo alcanzado es de índole universal, fidedigno, en sí mismo perfecto y supra-ideológico, pero desprovisto de la dimensión crítica, especulativa y trascendente, es decir, privado de todo momento no-utilitario y no-rentable. Se puede así proyectar metas para el desarrollo económico, crear nuevas industrias, generar nuevas necesidades de consumo y hasta mejorar el armamento de los ejércitos respectivos, sin preguntarse por el sentido mismo de estas creaciones, sin preocuparse por

las consecuencias de estas actividades en el campo ecológico y por los costos sociales y humanos del progreso material. La reducción de la razón a su aspecto primordialmente instrumental la convierte en la mera racionalidad de los medios y en la creación de métodos procesuales para objetivos que, a su vez, están libres de una legitimización racional. Todo el progreso científico-tecnológico en los centros metropolitanos y en las periferias mundiales muestra, en rasgos generales, una marcada propensión a la maximización del aprovechamiento de recursos naturales y humanos, a la elevación constante y obsesiva del rendimiento económico, a centrar la atención en torno de la problemática de la rentabilidad y de la eficacia; se trata, en el fondo, de la búsqueda de los medios más adecuados y eficaces, dejando de lado simultáneamente el análisis racional de los objetivos ulteriores, el cuestionamiento del conjunto mismo del progreso tecnológico y la indagación por el futuro de la civilización a largo plazo. La problemática ecológica pertenece a la racionalidad de los fines y corre peligro, tanto en las naciones altamente industrializadas como en los países subdesarrollados, de quedar al margen del pensamiento dominante en la administración pública y en la economía privada y de convertirse en objeto de especulación de pequeños círculos académicos.

Desde las investigaciones históricas de *Max Weber* se supone que el éxito de la civilización occidental está íntimamente ligado al carácter específico de la racionalidad europea. El núcleo de ésta evolución sería, según Weber, un aumento cualitativo y cuantitativo de la actuación y del comportamiento instrumental-racionalistas ¹, sobre todo en los ámbitos de la jurisprudencia y de la vida económica. La racionalidad instrumental es una forma de actuar caracterizada por un claro conocimiento del objetivo, por una planificación adecuada de los medios y por ser su reproducción lógicamente comprensible. El éxito material es su parámetro; a tal fin, este tipo de actuación trata de utilizar los recursos materiales y las condiciones ambientales

1 Cf. Gunter Abramowski, *Das Geschichtsbild Max Webers* (La concepción de la historia en Max Weber), Stuttgart 1966, p. 14; Reinhard Bendix, *Max Weber. An Intellectual Portrait*, New York, 1962, pp. 49-79, 417-430.

de acuerdo a un orden previsible. Factores concomitantes han sido el desenvolvimiento de la ciencia, el desarrollo de los "especialistas" y de la burocracia y la doma de los instintos irracionales. La ganancia deviene, ante todo, un índice de eficiencia dentro de una organización del trabajo que produce según los principios de rentabilidad, continuidad y previsibilidad. Constitutiva para la racionalidad occidental ha sido seguramente su capacidad de cuantificación universal: la formalización y matematización de muchos procesos de la vida laboral y social, tal como había ocurrido, como logro positivo, en la esfera de las ciencias naturales y experimentales. De allí se originó la necesidad de expandir estos elementos científicos-rationales a la organización de la economía, del Estado y del comportamiento individual.

Este concepto de racionalidad separa al mundo tradicional del moderno. El proceso de racionalización comprende la expansión de todas las áreas sociales, que van adoptando los parámetros de la racionalidad instrumental: la industrialización, la instrumentalización del trabajo en las grandes unidades, la urbanización, la reducción geográfica de la vida rural-agraria, y la creciente tecnificación de todos los niveles, incluyendo la vida individual y del hogar. La planificación moderna es también una forma de la racionalidad instrumental, pues persigue el establecimiento, mejoramiento y expansión de las unidades menores de racionalidad instrumental ². La racionalización permanente bajo la forma del progreso científico y tecnológico se "institucionaliza" en la época actual y se convierte en el rasgo decisivo de la última etapa en el proceso de modernización.

La racionalidad instrumental crea además un nuevo modelo para la legitimización del poder y dominio político que es más "eficiente" que los modos legitimatorios de las sociedades tradicionales. En estas sociedades la legitimidad del poder residía en teorías cosmológicas o teológicas, aseguradas a su vez por sistemas de tradiciones culturales y de valores de orientación. En la

2 Jürgen Habermas, *Technik und Wissenschaft als "Ideologie"* (Técnica y ciencia como "ideología"), Frankfurt: Suhrkamp 1968, p. 48.

sociedad moderna, la legitimidad está localizada en la base del trabajo social. La formación del principio de rendimiento empezó con la sociedad capitalista occidental, pero sobrevivió a este tipo de organización política y se convirtió en la fórmula universal justificatoria para las sociedades modernas industrializadas. Su importancia reside en que puede legitimizar tanto el poder político como diferencias sociales sin recurrir a factores trascendentes y con un contenido aceptado en todos los estratos sociales.

La sociedad capitalista de Europa Occidental ha representado la primera etapa de la racionalidad instrumental a escala nacional en la praxis. Su superioridad se ha basado en un mecanismo económico que permite la expansión de los subsistemas de racionalidad instrumental en forma permanente y en la creación de una legitimización económica, bajo la cual la organización del poder y dominio políticos pueda ser adaptada a las necesidades de racionalización de esos subsistemas³.

La expansión horizontal de los subsistemas de actuación según la racionalidad instrumental puede ser considerada como el fenómeno más importante que define el proceso modernizador: junto con el adelantamiento cumulativo de las fuerzas productivas, todas las esferas de la vida social, especialmente la organización del trabajo colectivo, llegan a someterse a las "necesidades técnicas" de la racionalidad instrumental. Estos subsistemas, que se han originado en el campo de la producción material y de los conocimientos utilizables técnicamente, penetran lentamente en todas las instituciones de la vida estatal (burocracia, administración pública, fuerzas armadas), de la enseñanza, de los medios de transporte y comunicaciones y hasta de la vida familiar. Este proceso de racionalización tiende a uniformar todos los niveles y relaciones de nuestra existencia según las necesidades de una civilización industrial urbana y dependiente del principio de rendimiento. Las visiones del mundo y las teorías convencionales pierden paulatinamente su función como interpretaciones del mundo que dan legitimidad al

3 Ibid., p. 70 s.

viejo estado de cosas, en cuanto religiones públicas y pautas de comportamiento y valores de orientación de carácter obligatorio. Todas ellas van siendo reemplazadas por modelos modernos de legitimación, que pretenden tener carácter científico y que a veces han ganado méritos como intentos de crítica a la tradición, modelos que se basan sobre los principios del intercambio de equivalentes y de la igualdad jurídica.

Según *Max Weber*⁴ la diferencia entre tradicionalidad y modernidad en el terreno del comportamiento residiría en el principio regulador de la actuación social. En la sociedad moderna el hombre se ha familiarizado con la idea tan difundida de que las condiciones de la vida diaria son comprensibles y controlables por la razón; la modernidad es, en parte, la confianza en que los asuntos ordinarios de la vida pueden ser interpretados y manejados por criterios racionales (en contraposición a la creencia tradicional de que eran inaccesibles a la razón y comparables más bien a la imprevisibilidad de las fuerzas naturales), de acuerdo a los cuales se hace posible establecer ciertas pautas de previsibilidad y calculación para el futuro y para las expectativas individuales y sociales. El mundo aparece entonces como factible y fácil de ser influenciado por los designios humanos: conocimientos científicos y voluntad política son los dos factores esenciales para su control por la humanidad.

De especial importancia en el marco del presente estudio es la inclusión de la burocratización como parte constitutiva del proceso de racionalización. Como se sabe, la modernización y la industrialización han estado muy vinculadas con el desenvolvimiento del dominio burocrático sobre la sociedad: la burocracia es probablemente el medio más adecuado y racional para el florecimiento y expansión del poder político contemporáneo. Una burocracia eficiente puede transponer las aptitudes de rendimiento de la empresa industrial moderna al conjunto de la sociedad. Formalmente es el modo más adecuado de ejercer la dominación, porque está dirigido técnicamente hacia un máximo

4 *Max Weber, Soziologie, Weltgeschichtliche Analysen, Politik* (Sociología, análisis de la historia mundial, política), Stuttgart: Kröner 1968 p. 150.

de rendimiento (siendo perfectible en ello) y porque tiene una aplicación universal para todas las tareas a causa de su precisión, disciplina, durabilidad, organización y confiabilidad (siendo por lo tanto altamente previsible en todas sus manifestaciones) ⁵. Su consistencia moderna le confiere una enorme superioridad sobre las formas precedentes de dominio y administración: su entrelazamiento con la ciencia y la técnica, su acumulación de conocimientos de todo tipo de acuerdo a criterios sistemáticos y metódicos, le hace combinar el principio económico-tecnológico de la eficiencia (la racionalidad calculante) con el *logos* del poder (el control social). A causa de su perfección racional-formal, la que representa un instrumento de poder de primerísimo rango para los usufructuarios del aparato, genera la burocracia moderna una nueva tendencia evolutiva de enorme relevancia para la historia universal: la dependencia de la suerte material de las masas con respecto al funcionamiento siempre correcto de una organización burocrática exhibe la inclinación a incrementarse, y con ello se hace cada vez más improbable la posibilidad de su eliminación ⁶.

Desde un punto de vista crítico se puede percibir que la expansión permanente de los subsistemas de racionalidad instrumental, es decir, la creciente modernización y sus decantaciones en la esfera de las pautas de actuación y comportamiento, no demuestran exclusivamente un carácter positivo. La época contemporánea no es pobre en ejemplos de cómo el incremento de la racionalidad formal-instrumental se ha unido a los designios más inhumanos y ha coadyuvado para consolidar los regímenes más represivos. Por otra parte, debe considerarse una consecuencia inmanente de todo este proceso, de efectos menos dramáticos, pero más duraderos y profundos. Si bien el objetivo del proceso de racionalización ha sido el elevar la productividad del sistema industrial en una medida apenas concebible y el fun-

5 Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, (Economía y sociedad), Tubingen 1947, t. I, p. 128.

6 *Ibid.*, t. II, p. 669.- Cf. la excelente obra de Wolfgang Mommsen, *Max Weber. Gesellschaft, Politik und Geschichte* (Max Weber. Sociedad, política e historia), Frankfurt: Suhrkamp 1974, *passim*.

damentar por medio de ello el dominio casi ilimitado del hombre sobre la naturaleza, al mismo tiempo la perfección formal-racional, convertida en un fin en sí mismo, ha impuesto el sometimiento del hombre bajo su racionalidad técnica y bajo su refinamiento burocrático, lo que implica ineludiblemente el principio de sumisión política. *Max Weber* llamó la atención sobre la posibilidad de que la tecnología moderna, en conjunción con la organización burocrática (ambas hijas de la racionalidad instrumental), den lugar a la "jaula de la esclavitud", en la cual los ciudadanos tendrán que obedecer sin más alternativa cuando una administración pública técnicamente muy competente y, por lo tanto, racional, les asegure todo el suministro de bienes materiales, pero se arrogue el monopolio de las decisiones políticas ⁷.

La situación en los países del bloque socialista no ha sido, desde este punto de vista, fundamentalmente distinta. La forma específica en la que se ha llevado a cabo la construcción del socialismo en el Unión Soviética y en otros países no corresponde, con cierta seguridad, a las intenciones del marxismo primitivo sino más bien a una mera "supresión progresiva del capitalismo privado" ⁸. La estatización de los medios de producción no ha originado una diferencia substancial con respecto al orden capitalista en un campo fundamental: en ambos sistemas continúa la separación de los productores de los medios de producción. Esta separación es, empero, constitutiva para el progreso tecnológico y para cualquier forma de sociedad moderna e industrializada. Weber señaló con gran perspicacia que una burocratización creciente llevaría indefectiblemente a una estatización en aumento; esta última representaría la culminación del proceso occidental de racionalización y de desencantamiento del mundo ⁹. Ya que la administración burocrática es técnicamente el modo más racional de dominio, resulta ser al mismo tiempo totalmente inevitable para un aparato eficiente

7 Max Weber, *Gesammelte politische Schriften* (Obras políticas reunidas), Munich 1921, p. 151.

8 *Ibid.*, p. 150.

9 *Ibid.*, p. 141.

encargado de las necesidades de las masas ¹⁰. La imprescindibilidad de la burocracia como núcleo de la administración de masas está fundamentada en su carácter neutral, universal e independiente (de los estratos sociales) y en la capacidad tecnológica de eficacia que posee el aparato burocrático. Por lo tanto, según Weber, toda variante del socialismo contemporáneo tendrá que tomar a su cargo y perfeccionar la maquinaria burocrática; proféticamente sugirió que cualquier lucha contra la burocracia estatal sería inútil: "A la burocratización le pertenece el futuro" ¹¹. En este sentido Weber anticipó la evolución del tipo de socialismo de Estado que surgió después de 1917, cuando la supresión del orden capitalista y de la propiedad privada se convirtió en la dominación autocrática de una burocracia estatal, independizada de todo control desde instancias inferiores ¹².

Es útil señalar que el análisis de Max Weber acerca de la expansión de los subsistemas de racionalidad instrumental se interrumpe allí donde él entrevió las consecuencias del desenvolvimiento permanente y estrictamente racional de la perfección tecnológica en conjunción con el desarrollo igualmente racional de la burocracia. El concepto de razón misma se manifiesta en la obra de Weber como acrítico, y su equiparación de la racionalidad técnica con la racionalidad de la dominación estatal y política descubre un fuerte tinte ideológico: el concepto de razón weberiano (y el de las teorías surgidas en la sucesión al gran sociólogo alemán) puede ser calificado, a causa de su funcionalismo universal, como una reducción de la calidad a la cantidad. Esta clase de racionalidad es la precondition indis-

10 M. Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, op. cit., t. I., p. 128; cf. también: Lloyd I. Rudolph / Susanne Hoebler Rudolph, *Autoridad y poder en la administración burocrática y patrimonial. Una interpretación revisionista de las ideas de Weber sobre la burocracia*, en: Oscar Oszlak (comp.), *Teoría de la burocracia estatal: enfoques críticos*, Buenos Aires: Paidós 1984, pp. 121-161.

11 M. Weber, *Gesammelte politische Schriften*, op. cit., p. 149.

12 Ibid., p. 151.- Cf. la crítica marxista ortodoxa a las posiciones de Weber: Gertraud Korf, *Ausbruch aus dem "Gehäuse der Hörigkeit" Kritik der Kulturtheorien Max Webers und Herbert Marcuses* (Evasión desde la "jaula de hierro"? Crítica a las teorías culturales de Max Weber y Herbert Marcuse), Berlin/RDA: Akademie 1971.

pensable para una eficacia calculable, pero también para la dominación calculable y calculadora. El peligro de esta reducción de la racionalidad a su aspecto formal-técnico consiste en la abstracción de todos los elementos que no pueden ser cuantificados: ni la meta ulterior y genuina del proceso secular de racionalización ni los costos humanos sociales del mismo pueden ser abarcados por aquella concepción restringida de razón. En nombre de la neutralidad de la racionalidad formal-técnica se filtran intereses de dominación socio-política, que no son explicitados por la teoría: el concepto de racionalidad pura y neutral permite que el modelo reinante de dominación circunstancial sea visto implícitamente como el marco razonable de organización política, del cual no hay escape posible. Los intereses y finalidades de los distintos poderes políticos quedan al margen de esta concepción de racionalidad, como lo describe la amplia crítica que existe al respecto ¹³.

Tanto la concepción weberiana de racionalidad como el concepto de *modernización* de la Escuela estructural-fundamentalista (*Apter Eisenstadt, Levy, etc.*) ¹⁴ permanecen dentro del marco de una racionalidad restringida de corte formal-técnico. Modernización significa en este contexto la apertura de la realidad para la expansión de un modo de actuar controlado por el éxito; la superación de la tradicionalidad es la

13 Cf. sobre todo dos críticas procedentes de la Escuela de Frankfurt: Herbert Marcuse, *Industrialisierung und Kapitalismus in Werk Max Webers* (Industrialización y capitalismo en la obra de Max Weber), en: H. Marcuse, *Kultur und Gesellschaft* (Cultura y sociedad), Frankfurt: Suhrkamp 1965, t. II, pp. 109-127; Jürgen Habermas, *Technik und Wissenschaft als "Ideologie"*, op. cit., pp. 48-71.- Sobre la burocracia cf. Theodor Leuenberger, *Bürokratisierung und Modernisierung der Gesellschaft* (Burocratización y modernización de la sociedad), Berna/Stuttgart 1975; Wolfgang Schluchter, *Aspekte bürokratischer Herrschaft* (Aspectos de la dominación burocrática), Munich 1972.

14 En torno a la muy difundida versión norteamericana de la Teoría de la Modernización citaremos sólo algunas bibliografías exhaustivas: John Brode, *The Process of Modernization. An Annotated Bibliography on the Socio-cultural Aspects of Development*, Cambridge (M): Harvard University Press 1969; F.W. Frey (comp.), *Survey Research on Comparative Social Change. A Bibliography*, Cambridge (M): M.I.T. Press 1969; Allan A. Spitz, *Developmental Change. An Annotated Bibliography*, Lexington: The University of Kentucky Press 1969.- También es importante: H. Bernstein, *Breakdown of Modernization. A Review Article*, en: JOURNAL OF DEVELOPMENT STUDIES, Vol. 8, Nr. 2, enero 1972.

adaptación de instituciones, modos de producción y pautas de comportamiento a las necesidades de la racionalidad instrumental. La disposición sobre los recursos naturales se amplía a una disposición tecnicista sobre los "recursos" humanos; los parámetros propuestos por los diferentes exponentes de la *Teoría de la Modernización*¹⁵ para explicar el paso de la tradicionalidad a la modernidad – el desarrollo de las normas general universalistas, la formación del Estado y de la conciencia nacionales, la evolución de nuevas fuentes de energía y de nuevos instrumentos de producción, la occidentalización de las sociedades extra-europeas, la diferenciación de los roles y la especificación de las funciones – permanecen dentro del ámbito de la racionalidad instrumental y del incremento de sus subsistemas. Los elementos que separan a una sociedad tradicional de una moderna, como la decadencia de la solidaridad basada en el parentesco, el aumento de la adaptabilidad funcional, el ascetismo intramundano, la racionalización de la vida diaria, la funcionalidad creciente de las relaciones interpersonales, el trabajo como valor inmanente, etc., tienen correspondencia en el contexto estatal, como la burocracia orientada racionalmente, la previsibilidad de las instancias con poder de decisión, la concentración de los instrumentos administrativos, la uniformización y normalización en el campo jurídico, etc.

Pese a su notable valor para explicar importantes aspectos del cambio social en la época contemporánea, donde efectivamente la modernización constituye la alteración más importante experimentada por las naciones periféricas y la verdadera revolución de sus sistemas económicos y sociales, estas teorías derivadas del funcionalismo estructural e inspiradas en última instancia por la obra de Max Weber no alcanzan a interpretar toda la gama de consecuencias y problemas que genera la consecución del progreso material. La abstinencia de juicios de valor acerca del asunto estudiado conlleva una privación de juicio so-

15 Sobre una exposición y crítica de la Teoría de Modernización cf. P. Flora, *Modernisierungsforschung* (Investigación de la modernización), Opladen: Westdeutscher Verlag 1974; Hans-Ulrich Wehler, *Modernisierungstheorie und Geschichte* (Teoría de la modernización e historia), Göttingen: V & R 1975.

bre el sentido mismo del proceso analizado y hace aparecer en una luz neutral la disposición tecnicista sobre "recursos" humanos y naturales que resulta necesariamente de la expansión de la racionalidad instrumental; la dominación perfecta de la naturaleza y la concomitante racionalización de los medios puede coexistir con una creciente irracionalidad de los fines. La historia contemporánea no es pobre en ejemplos que muestran cómo la perfección de los medios técnicos ha estado directamente al servicio de la represión más rigurosa en el interior y de la agresión de otras naciones. La carrera armamentista representa otra forma bajo la cual el adelanto y la sofisticación tecnológicas corresponden sólo al avance del irracionalismo colectivo.

Una *teoría crítica de la modernización*, que acepte los resultados parciales de la investigación empírica y los análisis históricos de las distintas variantes de la Teoría de la Modernización, especialmente las tesis de Max Weber sobre el proceso mundial de racionalización, tiene que incluir juicios valorativos en torno a las metas del desarrollo histórico y a los objetivos de los diversos modelos de evolución. La racionalidad instrumental, que reproducen los exponentes del funcionalismo estructural en sus análisis en lugar de estudiar sus limitaciones, se preocupa por la adecuación de medios y procedimientos con respecto a fines que, como tales, son aceptados implícitamente y sin que, a su vez, estén sometidos al examen de la razón ¹⁶. No solamente hay que poner en duda la positividad y el carácter paradigmático que todas estas teorías atribuyen al progreso tecnológico-económico, sino también la identificación de adelantamiento material con progreso político. Los autores norteamericanos se inclinan particularmente a ver en la expansión de la racionalidad instrumental la posibilidad casi ineludible de democracia al estilo occidental, suponiendo que el desarrollo material lleva automáticamente a etapas superiores de la evolución político-cultural y admitiendo obviamente que el modelo occi-

16 La fundamentación teórica de la teoría crítica de la modernización reside en la obra de la llamada "Escuela de Frankfurt" y más especialmente en los estudios de *Max Horkheimer*. Cf. *Sozialphilosophische Studien* (Estudios social-filosóficos), Frankfurt: Fischer-Athenäum 1972, p. 47 s.

dental es el paradigma social por excelencia, la encarnación de todos los aspectos positivos concebibles en una unidad estatal. Esta equiparación de un centro metropolitano con un paradigma de desarrollo para el resto del mundo no está limitada, empero, a las teorías de la modernización en la sucesión del funcionalismo estructural. La corriente ortodoxa del marxismo-leninismo y no pocas tendencias marxistas independientes siguen considerando a la Unión Soviética o a alguno de los países socialistas importantes como ejemplos valederos de evolución histórica, que los otros países harían bien en imitar – salvando las nunca bien especificadas diferencias nacionales, por supuesto. Pero aún en el caso de no propagar directamente las bondades de un Estado socialista ya establecido, las diversas líneas marxistas toman los criterios para juzgar el desarrollo histórico del desenvolvimiento de los centros metropolitanos, tal como hizo Marx con Gran Bretaña; tampoco ellas conceden a las periferias mundiales la capacidad de crear un modelo histórico fundamentalmente diferente – y válido – en comparación con el paradigma metropolitano.

La expansión de la racionalidad instrumental, con todo lo que esta supone, es probablemente el cambio más importante que se puede detectar en los países subdesarrollados, especialmente desde la Segunda Guerra Mundial, ya que la mayoría de ellos han emprendido esfuerzos más o menos sistemáticos y exitosos para superar el atraso relacionado con sus modos tradicionales de producción, consumo, gobierno y administración. La entrada de las técnicas modernas de agricultura y manufactura, la transformación concomitante de las pautas de comportamiento, la industrialización y la tecnificación de la vida cotidiana han significado modificaciones más relevantes que el establecimiento de regímenes socialistas o la estatización de los medios de producción o la introducción del partido único en algunos de estos países periféricos. Por lo tanto, la transición de la tradicionalidad a la modernidad en cuanto concepto analítico posee una precisión y un valor mayores que criterios derivados de lucha de clases o de la propiedad de los medios de producción. La interpretación de la realidad periférica según los

parámetros de tradicionalidad/modernidad parece apropiada, porque los países que se hallan dentro de la esfera de influencia del capitalismo occidental y aquellos que se encuentran fuera de él – con regímenes internos totalmente diferentes – están empeñados, ante todo y sobre todo, en modernizar aceleradamente sus propias sociedades según lo ya existente en las metrópolis y en colaborar así en la marcha victoriosa de la racionalidad instrumental. Un punto de vista crítico no debe olvidar, sin embargo, el carácter de *medio* que posee el proceso de modernización y la posibilidad – hecha realidad cotidianamente – de que el progreso material se convierta en irracionalismo y regresión.

Los regímenes socialistas existentes dedican aún hoy la inmensa mayoría de sus esfuerzos a la ejecución de tareas que según el marxismo primigenio corresponden al ámbito *pre-socialista*. Parece adecuado el incluir la así llamada *construcción del socialismo* dentro del proceso de modernización, pues esta etapa no abarca tanto la emancipación de la clases proletaria ni la edificación del "Reino de la Libertad", sino más bien la acumulación acelerada de capital, la creación de una estructura industrial y el disciplinamiento pertinente de las masas trabajadoras – en suma, el perfeccionamiento del "Reino de la Necesidad". (Se trata, evidentemente, de una variante del proceso de modernización, en el cual la propiedad de los medios de producción está en manos del Estado centralizador, variante que tiene una cierta relevancia en el análisis especializado).

El modelo soviético de acumulación forzada, que no ha perdido su atracción sobre algunos pensadores dependencistas como *André G. Frank*¹⁷, ha exhibido notables éxitos materiales, particularmente en lo relativo a la amplitud del esfuerzo organizativo y a la magnitud cuantitativa del resultado, pero ha ido acompañado por mecanismos severísimos de controles y

17 A.G. Frank, *Lateinamerika: kapitalistische Unterentwicklung oder sozialistische Revolution* (Latinoamérica: subdesarrollo capitalista o revolución socialista), en: A.G. Frank et al., *Kritik des bürgerlichen Anti-Imperialismus*, Berlin: Wagenbach 1969, p. 108.

sanciones, por la reintroducción del principio de rendimiento a todos los niveles, por la limitación de los derechos individuales y políticos, por migraciones compulsivas de poblaciones enteras, por la despolitización de la vida social y por el reestablecimiento de la ética convencional del trabajo, aparte de otros excesos bien conocidos. También la acumulación socialista ha significado una restricción al consumo de la población por un largo periodo de tiempo y una dilatación sin precedentes del aparato coercitivo, lo que ha conducido indefectiblemente a consolidar y ampliar el poder de la burocracia y a uniformar enteramente todos los aspectos de la vida social según los intereses de aquella organización administrativa. También aquí se realizó la acumulación mediante la expropiación de una parte del excedente de origen campesino y no-industrial: el peso de la industrialización lo tuvo que soportar la población situada fuera de la industria, lo que no significa que las masas de obreros en la manufactura tuviesen que afrontar una situación fundamentalmente más favorable. También aquí las masas tuvieron que sobrevivir con un nivel salarial extremadamente bajo; al igual que en la acumulación originaria capitalista, los productores tuvieron que ser separados de sus medios de producción sin miramiento alguno ¹⁸. A pesar de notables diferencias ideológicas, los partidos comunistas y los movimientos socialistas de izquierda, que se han apoderado de la responsabilidad política en algunos países del Tercer Mundo, comparten la opinión de *Lenin* sobre la positividad intrínseca y la necesidad imprescindible del aparato burocrático para ejecutar y dirigir la tarea de la acumulación primaria de capital, subrayando, según el caso, la posibilidad de hacer prevalecer más corrección y flexibilidad; en todo caso, la burocracia, rectora de las fuerzas productivas, genera su buena dosis de represión al cumplir su misión de dar un nuevo rostro a las sociedades atrasadas, marcado por el fuego de la tecnología y de las alienaciones modernas ¹⁹.

18 Cf. Maximilien Rubel, *Le "chaînon le plus faible": à propos de la "loi" de développement inégal*, en: MONDES EN DEVELOPPEMENT (Paris), Vol. 1973, Nr. 1, p. 107.

19 Cf. Alexander Erlich, *Die Industrialisierungsdebatte in der Sowjetunion 1924-1928*

La cuestión de los costos sociales y humanos – evidentemente un juicio de valor – es otro de los temas que debe retomar la conciencia científica crítica. También en los países periféricos los proyectos de modernización acelerada han impuesto su fuerte tributo: en Cuba, por ejemplo, se abandonó la concepción de los *incentivos morales*²⁰ cuando se vio que la productividad decaía y que era necesario movilizar a toda la población para llevar a cabo el programa propuesto desde arriba. En un situación de represión generalizada y de grandes dificultades económicas, el requerido rendimiento superior de la población no podía provenir de un impulso meramente moral o de la llamada "conciencia política", sino que tuvo que ser impuesto por la introducción de incentivos materiales, por la reintroducción de la ética laboral convencional y por un mecanismo muy dilatado de control, gratificación y castigo²¹. Por otra parte, el gobierno cubano tuvo que echar mano a un viejo método de acumulación: el trabajo no pagado. Tanto la línea ortodoxa del partido como la corriente guevarista ven en el trabajo no pagado un instrumento legítimo para la construcción del socialismo²².

En otro punto importante se puede constatar una semejanza estructural entre sociedades de diferente cuño empeñadas en la acumulación: en la concepción de una ética "moderna" proclive a la laboriosidad, al auto-control permanente, a la competencia entre los trabajadores y al principio de rendimiento. Tanto en la Unión Soviética como en los otros países socialistas más atrasados han brotado teorías y – lo que es realmente importante –

(El debate sobre la industrialización en la Unión Soviética 1924-1928), Frankfurt: EVA 1971, p. 52; Hans Raupach, *Geschichte der Sowjetwirtschaft* (Historia de la economía soviética), Reinbek: Rowohlt 1964, p. 201; Werner Hofmann, *Die Arbeitsverfassung der Sowjetunion* (La constitución laboral de la Unión Soviética), Berlin: Duncker & Humblot 1956, p. 28.

20 Cf. Carmelo Mesa-Lago, *El problema de los incentivos en Cuba*, en: APORTES, Vol. 1971, Nr. 20; R.M. Bernardo, *The Theory of Moral Incentives in Cuba*, Tuscaloosa: Alabama University Press 1969.

21 Cf. C. Mesa-Lago, *The Labour Sector and Socialist Distribution in Cuba*, New York: Praeger 1968; R.E. Bonachea / N.P. Valdés (comps.), *Cuba in Revolution*, New York: 1972, pp. 370-378, 417-420.

22 C. Mesa-Lago, *Economic Significance of Unpaid Labour in Socialist Cuba*, en: Bonachea / Valdés (comps.), op. cit., pp. 390-410.

pautas orientadoras del comportamiento cotidiano con carácter coercitivo que declaran la competencia entre los trabajadores, la remuneración dependiente del rendimiento y la obediencia a las consignas de los superiores jerárquicos como virtudes socialistas y valores paradigmáticos en la moral cotidiana. Aparentemente, todos los sistemas de acumulación no pueden prescindir de una ética generalizada que legitime las desigualdades de ingresos y gratificaciones propias del principio de la concurrencia individualista y de la sumisión bajo las instancias superiores; por otra parte, estos sistemas incluyen el postulado de que el trabajo, aún el más duro, representa el sentido mismo de la vida, resultando esta concepción muy cerca del ascetismo intramundado del protestantismo que, según Max Weber, prestó un servicio indispensable para el surgimiento del capitalismo moderno ²³. El trabajo como un fin en sí mismo convierte la relación entre medios y objetivos en la esfera laboral en una identificación de la ocupación laboral con el sentido positivo de la existencia; el culto a la laboriosidad conlleva, empero, una marcada relativización de la vida y del quehacer individuales, ya que todo esto está en función directa del gigantesco programa de acumulación, para el cual es totalmente indiferente la pretensión de felicidad individual.

Estos paralelismos permiten subsumir el avance económico-técnológico bajo el régimen de la iniciativa privada y la acumulación primaria de capital bajo control del Estado socialista como dos variantes (con notables diferencias entre sí) del mismo proceso de modernización acelerada, que, en el fondo, se reduce a una expansión de la racionalidad instrumental, sin que el proceso signifique al mismo tiempo la consecución de la racionalidad de los fines. Explícitamente contrapuesta a la mayoría de las teorías contemporáneas de desarrollo, la teoría crítica de la modernización, que conforma el marco analítico de referencia del presente estudio, no comparte la creencia en la bondad y positividad *a priori* del progreso material ni supone que la in-

23 Cf. Barrington Moore, *Soviet Politics – The Dilemma of Power*, New York 1965, p. 315; Herbert Marcuse, *Die Gesellschaftslehre des sowjetischen Marxismus*, Neuwied: Luchterhand 1964, p. 177

ustrialización sea la solución del llamado subdesarrollo ni presupone que este último encarne exclusivamente un valor negativo. En todo caso, los parámetros de la racionalidad meramente instrumental y los conceptos de las teorías convencionales no son aptas para abarcar valores y dimensiones que pertenecen a la esfera de los fines propiamente dichos y de la racionalidad que trasciende la instrumentalidad: efectiva participación política, conciencia crítica con respecto a los problemas públicos, felicidad individual libre de poder, cultura sin ideología, vida comunitaria exenta de burocracia, bienestar libre de lo superfluo y de las obsesiones de grandiosidad, conservación de la naturaleza, equilibrio duradero de los diferentes ecosistemas de nuestra biósfera y progreso de la libertad en un marco de autonomía individual.

En resumen, la teoría crítica de la modernización incluye los siguientes planteamientos sobre esta problemática:

- 1) La creación del primer sistema de industrialización completa y la organización concomitante del mercado mundial con sus tendencias expansivas hacen cada vez más improbable el desarrollo orgánico de otras sociedades (como las ahora periféricas) de acuerdo a sus leyes y ritmos inmanentes. Por otra parte, la fuerza centrífuga de las sociedades altamente desarrolladas y la posición desfavorable con respecto a recursos naturales y de otra índole en los países más atrasados constituyen los factores externos e internos que hacen inverosímil que éstos últimos puedan reproducir todo el ciclo de desarrollo que caracteriza a las naciones del Norte. La evolución de los ahora centros metropolitanos, particularmente en Europa Occidental, ha establecido líneas y *standards* de desarrollo, que, en un transcurso secular, han adquirido la categoría de ejemplares e imitables, sobre todo en lo relativo al proceso de racionalización, a las pautas de consumo masivo y a la organización del ámbito estatal-administrativo. Dos logros de la civilización occidental han pasado, de modo especial, a ser paradigmas irrenunciables de desarrollo: la industrialización y la consolidación del Estado nacional.

- 2) La acumulación de capital y el disciplinamiento pertinente de las masas exhiben características comunes a pesar de llevarse a cabo en regímenes muy diferentes con respecto a la ideología y a la propiedad de los medios de producción; en todo caso, el proceso de modernización ha servido esencialmente para crear la base material-tecnológica de lo que se conoce por "progreso", lo que no ha significado simultáneamente un adelantamiento comparable en los terrenos cultural y político.
- 3) La modernización y su parte más importante, la creación de una estructura industrial, ha traído consigo la expansión de la racionalidad instrumental, es decir, la introducción de los medios y procedimientos necesarios para la moderna civilización tecnológica, pero no necesariamente el incremento de una racionalidad integral, que comprenda también la dimensión de la participación política y cultural y la discusión de las metas mismas de la evolución histórica. La dilatación y el mejoramiento de la burocracia han aumentado en una forma que no está correlacionada por un incremento paralelo de la felicidad individual y de la democratización en las bases de la sociedad.
- 4) La urgencia generalizada por alcanzar en el tiempo más breve posible los frutos del proceso modernizador y los efectos de un modo estrictamente utilitario y pragmatizado de pensar y actuar originan un desplazamiento de la opinión pública desfavorable al análisis de la problemática a largo plazo, a la discusión crítica de las metas del proceso de desarrollo y, en general, a toda preocupación que tenga cariz trascendente o especulativo. Así, no solamente las cuestiones ecológicas, sino también los efectos negativos y hasta regresivos del adelantamiento material se convierten en temas desdeñados por las grandes corrientes políticas y científicas; la marcha victoriosa de la racionalidad instrumental, tiende, pues, a hacer aparecer el debate ecológico *a priori* como un asunto de importancia muy secundaria, apropiado para captar la atención de utopistas y espíritus antipatriotas y, de todas maneras, como una materia de la cual

no se derivan consecuencias inmediatas para la praxis social. Y si algún tema más o menos vinculado a la problemática del medio ambiente pasa a ser momentáneamente el centro de la atención colectiva o de los debates públicos, como la presión demográfica o la duración de ciertos recursos naturales, entonces lo es sólo en función utilitaria de ciertas metas obvias e indiscutidas; en tales casos, las argumentaciones se reducen a evaluar el porcentaje adecuado que debería tener la utilización de gasolina entre los suministros de combustibles para evitar un agotamiento prematuro de los hidrocarburos o a calcular cuál debería ser la tasa óptima de crecimiento para cumplir con metas fijadas de antemano.

En todos estos argumentos la magnitud de la población, la tasa de su incremento y los escasos razonamientos de orden ecológico están en función y al servicio del desarrollo económico, y no este último en función del libre desenvolvimiento de los hombres; además del carácter utilitarista de este modo de pensar hay que subrayar el hecho de que un proceso deseable de adelanto social y económico aparece siempre ligado a lo grande, extenso y poderoso. La dependencia con respecto a los centros metropolitanos se ha decantado también en los métodos de la argumentación: no solamente las metas generales del desarrollo, sino asimismo las modalidades del razonamiento han sido copiadas de las sociedades del Norte y de su versión más burda. La conciencia intelectual colectiva en el Tercer Mundo no sólo adopta como objetivos propios los logros de la civilización metropolitana, sino que los simplifica hacia su aspecto material y presente, sin considerar sus connotaciones culturales o sus perspectivas de largo plazo. Así es cómo esta conciencia se aferra totalmente al avance tecnológico o a la construcción estrictamente económica del socialismo como a valores absolutos, mientras que en los países altamente desarrollados ya ha surgido una conciencia crítica que pone en duda la pretendida positividad permanente del progreso y la manera unilateral cómo se creó el socialismo de Estado en los países de Europa Oriental. En esto no se pueden constatar grandes dife-

rencias entre la tecnocracia conservadora y los revolucionarios intelectuales: ambas corrientes comparten una ingenua creencia en las bondades intrínsecas y perennes del crecimiento material y en la conveniencia de no perder tiempo ni energías en especulaciones que puedan poner en peligro esta convicción tan poderosa. En realidad, la mentalidad de los grupos sociales más importantes de América Latina (sin considerar algunas excepciones importantes) ha adoptado como propias ciertas premisas y metodologías del pensamiento acrítico y utilitarista de los centros metropolitanos y las ha internalizado tan exitosamente que fuera de ellas no puede concebir otras alternativas, precisamente cuando ya en aquellos centros se las ha puesto en cuestionamiento y duda. Tanto en el caso de los tecnócratas conservadores como de los revolucionarios socialistas, los hombres concretos se han convertido en material cuantificable, en meros factores de cálculo dentro de ambiciosos proyectos, despojados de especulaciones humanistas. Dentro de este contexto es evidente que cualquier reflexión crítica sobre problemas ecológicos y demográficos tiende a ser desplazada sistemáticamente fuera de la atención pública. Se corre así peligro de reproducir todos los aspectos más o menos negativos y regresivos de la civilización metropolitana, esta vez con toques de folklorismo y con elementos revolucionario-socialistas, aspectos que conducen a la degradación de la naturaleza, a la carrera armamentista, al consumismo alienante, a la uniformidad cultural y a la crisis ecológica duradera. El desprecio de la naturaleza como ente con derechos propios, el surgimiento de desarreglos en los ecosistemas, la tendencia a los hacinamientos en las grandes urbes y la regresión del individuo son, empero, los resultados inevitables de una cultura basada en criterios estrictamente materiales y exenta de un correctivo crítico de peso político; es, en parte muy considerable, la consecuencia previsible de depender de modelos exteriores – pero se trata de un tipo de dependencia que se perfila como fundamentalmente distinto al analizado por la Teoría latinoamericana de la Dependencia.

Los efectos de más envergadura que puede generar la marcha victoriosa de la racionalidad instrumentalista son aquéllos a

largo plazo y situados en el plano de los condicionantes del futuro. Lo grave de la posición acrítica con respecto a la ecología es la ceguera ante las dificultades que se hacen notar ya en la realidad latinoamericana: el proceso modernizador ha causado una hiperurbanización en los principales países, la hiperurbanización ha originado serios problemas sociales y políticos de gran envergadura como la destrucción de bosques y la reducción paulatina de la capacidad autorregenerativa de la naturaleza (el avance de zonas áridas, por ejemplo), y los obstáculos ya muy manifiestos para alimentar a una población que aumenta en proporción exponencial. No es pertinente, por otra parte, hablar de una responsabilidad individual con respecto a esta evolución; se trata de concepciones sustentadas colectivamente y de proyectos de desarrollo compartidos por grupos numerosísimos, seguros, además, de anhelar lo mejor para el país respectivo. En el fondo, estos procesos pueden ser atribuidos también a la versión latinoamericana de una convicción universal y biológica del progreso en términos materiales y centrada en torno del concepto de crecimiento acelerado, concepto básico tanto del capitalismo convencional como del socialismo real. La inclinación a ver en el crecimiento incesante un aspecto predominantemente positivo testimonia, por otra parte, la persistencia de valores biológicos en el preconsciente colectivo y de su transposición al campo de la economía política: el crecimiento es infinitamente superior al estancamiento, lo nuevo mejor que lo viejo, el apresuramiento preferible a la lentitud. A pesar de todos los argumentos críticos relativizando su valor, una tasa elevada de crecimiento económico sigue siendo, tanto para conservadores como para socialistas, uno de los criterios más importantes para calificar cualquier proceso de desarrollo en el Tercer Mundo.

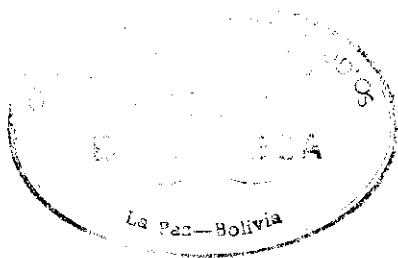
Paralelamente a esta tendencia biológica se halla la ya mencionada especialización del pensamiento intelectual, proclive a concentrarse en un solo ámbito de problemas y a ver la solución de cuestiones muy complejas en la extrapolación de pocas variables. Así mientras los tecnócratas conservadores creen ver la problemática de los recursos naturales como una mera cuestión

de precios (a mayor precio de una materia prima mayores dimensiones de las reservas respectivas), los revolucionarios socialistas sostienen que la supresión del principio capitalista del lucro terminaría con el uso irracional de los recursos naturales y con los excesos del consumismo.

Este tipo de pensamiento, que suele calificarse a sí mismo de realista y concreto por contraposición a las reflexiones ecológicas (utopistas e irreales), ha demostrado hoy en día sus limitaciones implícitas, limitaciones que se manifiestan como peligrosas para el futuro de la humanidad por no llegar a aprehender el nivel y la esencia de la problemática contemporánea. Como escribieron *Paul y Anne Ehrlich* ²⁴, una de las grandes ironías de la historia humana reside en que los "realistas" y los "pragmáticos" no han sabido reconocer la realidad y en que nuestra esperanza se encuentra en aquello que los realistas han denunciado siempre como los sueños de los idealistas ²⁵.

24 Paul R. Ehrlich / Anne H. Ehrlich, *Bevölkerungswachstum und Umweltkrise* (Crecimiento de la población y crisis del medio ambiente) Frankfurt 1972, p. 429.

25 Con respecto a esta temática ha florecido en América Latina a partir más o menos de 1980 una posición más sobria y realista. Cf. algunos testimonios: Mario Arrieta Abdalla, *Política y ecología en las formaciones económico-sociales americanas*, en: NUEVA SOCIEDAD, No. 87, enero/febrero de 1987, pp. 74-84; Gustavo Martín, *Ecología y política: algunos aportes de la antropología al debate*, en: *ibid.*, pp. 129-138; Francisco Rojas Aravena (comp.), *América Latina: desarrollo y perspectivas democráticas*, San José: FLACSO 1982; Aníbal Quijano, *Las ideas son cárceles de larga duración*, en: LA CIUDAD FUTURA, No. 2, octubre de 1986, p. 21 sqq; José Aricó / Waldo Ansaldi, *Debemos reinventar América Latina, pero... desde qué conceptos "pensar" América?*, en: DAVID Y GOLIATH, vol. XVI, No. 49, julio de 1986, pp. 3-16; Gonzalo Martner (comp.), *El desafío latinoamericano. Potencial a desarrollar*, Caracas: Nueva Sociedad / UNITAR / PROFAL 1987; Gonzalo Martner (comp.), *Diseños para el cambio. Modelos socio-culturales*, Caracas: Nueva Sociedad / UNITAR / PROFAL 1987.



5

Principios universales y valores particulares

El racionalismo occidental y las
identidades sociales premodernas

La complementariedad de universalismo y particularismo

La decadencia actual del marxismo y de las grandes teorías de carácter universalista, así como la devaluación de la filosofía unitaria de la historia y, en general, de toda forma del racionalismo clásico, han fomentado el surgimiento de doctrinas particularistas, el renacimiento de credos excluyentes y la aparición de nacionalismos militantes. El fin del siglo XX ha desmentido aquella profunda convicción de marxistas y liberales que predecía la desaparición de la religión y del nacionalismo como resultado natural del progreso material y moral. El derrumbe de arraigadas ideologías, el colapso del otrora tan sólido sistema socialista y la conmoción del orden tradicional por efecto de la exitosa cultura occidental del consumismo masivo han suscitado en el Tercer Mundo – y no sólo allí – un vacío de valores de orientación. De esta vacancia se nutren iniciativas violentas y caóticas; se acrecienta la tentación del encierro en sí mismo, pero igualmente la inclinación a combatir lo Otro, presunta encarnación del mal y de las propias dificultades. El hallar a los

chivos expiatorios no es, entonces, tarea difícil ¹. Se trata, por otra parte, de un fenómeno repetido a lo largo de todo el curso de la historia humana, decurso de relativo adelantamiento, pero también de continuas calamidades.

Lo novedoso de la situación contemporánea parece residir en una curiosa amalgama entre una defensa de la propia tradición cultural (percibida en estado de máximo peligro) y una apropiación acrítica de los elementos técnico-económicos de la civilización industrial de Occidente. No pocos socialistas y revolucionarios, que se quedaron sin trabajo y sin ideas, se dedican ahora a fomentar inclinaciones particularistas de toda laya y designios reivindicatorios de minorías étnicas, junto con los nacionalismos más delirantes, como ocurre en los Balcanes, el Cáucaso y en Asia Central. Ahora bien: lo complejo de la problemática actual consiste en que a las minorías de todo tipo les asiste un cierto derecho. En una época de fronteras permeables, de un sistema global de comunicaciones casi totalmente integrado y de pautas normativas universales, nace la voluntad de oponerse a las corrientes de uniformamiento y despersonalización. La legítima aspiración de afirmar la propia identidad sociocultural puede, sin embargo, transformarse rápidamente en una tendencia xenófoba, racista, agresiva, demagógica y claramente irracional, que a la postre pretende la aniquilación del Otro y de los otros. "Esta actitud entraña una negación de los valores universales, un menosprecio de los derechos y libertades de la persona, un repudio a todo diálogo y a todo esfuerzo de educación para la tolerancia" ².

En todo el ámbito del Tercer Mundo y dentro de las minorías de toda índole se extiende ahora la opinión de que los derechos humanos, la filosofía racionalista, la ética del respeto

-
1. Cf. Federico Mayor, *Cultivar la tolerancia*, en: EL CORREO DE LA UNESCO, vol. XLV, octubre de 1992, p. 47
 2. Federico Mayor, *Editorial*, en: EL CORREO DE LA UNESCO, vol. XLVI, junio de 1993, p. 9 (número monográfico dedicado a las minorías); visiones diferentes de la problemática: Joseph Ki-Zerbo, *Lo universal y lo particular*, en: EL CORREO DE LA UNESCO, vol. XLVI, diciembre de 1993, pp. 1-20; Régis Debray, *¿De qué progreso hablamos? Un mito occidental*, en: *ibid.*, pp. 9-12

liminar al individuo y las instituciones de la democracia occidental conformarían parte integrante de una inaceptable doctrina universalista, la que, a su vez, sería una forma encubierta de eurocentrismo y, por consiguiente, un instrumento de dominación cultural. No hay duda de que porciones centrales de estos fenómenos se han originado en el Occidente europeo y que a menudo han sido utilizados para justificar y consolidar un predominio imperial. Las facultades —o, si se quiere, las pretensiones— universalistas del racionalismo europeo no han sido, empero, los factores causales de procesos como la trata de esclavos, el saqueo de los recursos naturales y el exterminio de lo aborígenes, los que, como se sabe, han tenido una historia más antigua y un alcance geográfico más dilatado que la moderna civilización europea occidental. Es claro que toda teoría con aspiraciones de generalidad y obligatoriedad concita reacciones hostiles; una ética de derecho universal, como la contenida en la concepción actual de los derechos humanos, es considerada como una máscara del imperialismo eurocentrista y simultáneamente como un solapado y peligroso ataque a las propias tradiciones autóctonas. Las tendencias postmodernistas han impugnado igualmente la validez de una ética universal en nombre de la pluralidad e inconmensurabilidad de las otras culturas³: ya que toda moral se fundaría sobre una base contingente y aleatoria, todo consenso ético reinante en una sociedad y época dadas es tan valioso o tan execrable como cualquier otro. Una moral universal, que trascienda los particularismos, sería imposible y hasta indeseable, pues refrenaría el libre despliegue de individuos y comunidades.

La ética universalista y el derecho a la diferencia no son, sin embargo, nociones antagónicas, sino complementarias. La

3. Cf. David E. Apter, *Rethinking Development. Modernization, Dependency and Postmodern Politics*, Newbury Park: Sage 1988; Andrew Ross (comp.), *Universal Abandon? The Politics of Postmodernism*, Edinburgh: Edinburgh U.P. 1989; David Harvey, *The Condition of Postmodernity. An Enquiry into the Origins of Cultural Change*, Oxford: Blackwell 1989. — Una crítica a esta posición: Luc Ferry / Alain Renaut, *Antihumanistisches Denken. Gegen die französischen Meisterphilosophen* (= Pensamiento antihumanista. Contra los filósofos maestros franceses), Munich: Hanser 1987 (cf. contra *Derrida* pp. 132-159; contra *Foucault* pp. 81-31)

primera puede ser vista como la garantía del segundo: el derecho a la vida de muchos grupos y minorías puede ser protegido eficazmente cuando las mayorías no las ven como criaturas tan distintas de ellas mismas que resultan proclives a ser confundidas con meras bestias o con esclavos⁴. La ética del consenso general, que no está basada en la intimidación o la manipulación, puede, mediante una comunicación libre en ambos sentidos, conciliar las normas universalistas y las demandas de una autorrealización influida por valores particularistas. Criterios intersubjetivos universalmente válidos pueden coexistir con una pluralidad de racionalidades de origen concreto-particular: una de las grandes metas del pensamiento humanista ha consistido, después de todo, en la creación de nociones, instrumentos y mecanismos para asegurar la paz general, respetando las peculiaridades de los diferentes pueblos e individuos. Todos procedemos de una tradición específica y estamos marcados por una cultura nacional. Tal hecho debe ser reconocido, pero no necesita ser idolatrado. Todos somos, en el fondo, variedades de indígenas, pero el camino que analiza y reconoce nuestros prejuicios y nuestras disparidades nos conduce también a la tolerancia y al respeto de los otros – lo que constituye el primer consenso universalista. Esto debería llevar a no edificar jerarquías con las diferentes identidades culturales: así uno se abre a la razón de los demás, en lugar de abrir a los demás por la fuerza a la razón de uno. Este principio general está alimentado por la tolerancia y el anhelo de comprender lo Otro⁵. En el curso de la historia universal lo más nefasto ha resultado ser la pretensión de poseer de modo exclusivo una razón obligatoria y superior (o sea: una presunción de índole universalista) partiendo de presupuestos particulares y hasta provincianos (es decir: sin percatarse del carácter limitado y limitante de los propios prejui-

-
4. Karl-Otto Apel, *Un imperativo moral*, en: EL CORREO DE LA UNESCO, vol. XLV, julio/agosto de 1992, p. 16 sq.
 5. Alain Finkielkraut, *La derrota del pensamiento*, Barcelona: Anagrama 1988, p. 41 sq., 61, 68 (con argumentos basados en *Goethe* y *Lévi-Strauss*).- Estos principios humanistas eran también parte fundamental del pensamiento clásico de la antigua China. Cf. Joseph Meddham, *Dentro de los cuatro mares. Diálogo entre Oriente y Occidente*, Madrid: Siglo XXI 1975

cios). El pensamiento "salvaje" y el erudito, la magia y la ciencia moderna son formas de un mismo *logos* humano, y sería un acto de soberbia el establecer una jerarquía de calidades entre ellas. La magia y la ciencia son ambas dependientes de un contexto cultural, social e histórico ⁶ y, por ende, relativas. Pero el reconocer esta relatividad ya trasciende el estrecho marco de un particularismo dogmático y avanza hacia un consenso universalista de tolerancia. El obscurantismo, que ha sido y es uno de los mayores males en nuestra sociedad interdependiente y globalizada, empieza y se define, como lo señaló *Claude Lévi-Strauss*, por "el rechazo ciego a lo que no es nuestro" ⁷.

En no pocas sociedades se ha visto que la diversidad étnico-cultural se transforma en un verdadero odio entre las comunidades en cuestión, que termina por destruir el tejido social que las envolvía y disolver el Estado correspondiente. Pero existen otras experiencias, también numerosas, que parecen sugerir la posibilidad de una sociedad relativamente estable en el tiempo, conformada precisamente por una pluralidad étnico-cultural dentro de un marco generalmente aceptado de instituciones y procedimientos políticos, el cual, además, irradia normas universalistas que permiten la convivencia de las comunidades y su florecimiento. Los Estados Unidos, a pesar de sus enormes problemas internos, configuran una estructura de ese tipo, cuya unicidad permite el despliegue de un mosaico multicolor que no cesa de acrecentarse ⁸. Los sucesos europeos a partir de 1989 (y aquéllos del periodo entre las dos guerras mundiales) nos muestran que los conflictos étnico-culturales de carácter violento no

-
6. Peter Winch, *Was heisst "eine primitive Gesellschaft verstehen"?* (= ¿Qué significa "comprender una sociedad primitiva"?), en: Hans G. Kippenberg / Brigitte Luchesi (comps.) *Magie. Die sozialwissenschaftliche Kontroverse über das Verstehen fremden Denkens* (= Magia. La controversia en ciencias sociales en torno a la comprensión del pensamiento foráneo), Frankfurt: Suhrkamp 1987, p. 75 sq.
 7. Claude Lévi-Strauss, *Tristes tropiques*, París: Plon 1955, p. 461
 8. Cf. Carl N. Degler, *Un reto para el multiculturalismo*, en: FACETAS (Washington), vol. 1992, Nr. 4 (= 98), p. 40.- Sobre las consecuencias devastadoras de los conflictos étnicos violentos cf. el número monográfico de JOURNAL OF DEMOCRACY (Washington), vol. 4, Nr. 4, octubre de 1993, dedicado a "The Challenge of Ethnic Conflicts".

son una reliquia incómoda del pasado premoderno, sino fenómenos de carácter universal.

No es superfluo el señalar que los diferentes enfoques del *relativismo cultural*, exceptuando sus versiones más extremas, presuponen la existencia de una única especie humana y la unidad psíquica de la misma. Por otra parte, la teoría de la diversidad de identidades sociales ha renunciado a la concepción de raza y enfatiza más bien el concepto amplio de cultura, muy similar al de sociedad, abandonando todo intento de construir una escala jerárquica cualitativa y discriminatoria entre las diferentes comunidades culturales⁹.

Una visión realista y sobria de la historia de las naciones nos permite detectar las falacias y los peligros de aquellas corrientes que se consagran unilateralmente al universalismo o al particularismo. El rechazo del universalismo a causa de su presunto carácter eurocéntrico o su talante imperialista se conjuga con la búsqueda de una identidad cultural o nacional *primigenia*, que estaría en peligro de desaparecer ante el avasallamiento de la moderna cultura occidental de cuño globalizador. Esta indagación, a veces dramática y a menudo dolorosa para las comunidades afectadas, intenta desvelar y reconstruir una esencia étnica, cultural, lingüística o histórica que confiera características indelebles y, al mismo tiempo, totalmente originales a la nación o al grupo social que se siente amenazado por la exitosa civilización moderna. Este esfuerzo puede ser calificado de traumatizante y de inútil en casi todos los casos: los ingredientes aparentemente más sólidos y los factores más sagrados del acervo cultural e histórico de un pueblo resultan ser una mixtura deleznable y contingente de elementos que provienen que otras tradiciones nacionales o que tienen una procedencia común con los más diversos procesos civilizatorios. La quintaesencia identificatoria nacional o grupal, reputada como algo primordial, básico e inalterable, sólo puede ser definida y comprendida con respecto a lo complejo, múltiple y cambiante que

9. Honorio M. Velasco, *Identidad cultural y política*, en: REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS (Madrid), No. 78, octubre/diciembre de 1992, p. 257

está encarnado en lo Otro, es decir en los elementos determinantes de las culturas ajenas y hasta hostiles. La alteridad es consubstancial a todo grupo social, y más aun en el mundo actual. Este ejercicio de la búsqueda por lo auténtico y propio tiene efectos traumáticos porque pone de relieve aquella porción ínfima que tal vez puede ser considerada efectivamente como perteneciente al núcleo de la identidad incontaminada. Pero es simultáneamente una ocupación que goza del favor popular porque en las capas más profundas de la consciencia individual y colectiva se halla el propósito perseverante de aprehender y consolidar algo estable que dé sentido a las otras actividades humanas y que pueda ser percibido como el alma inmutable y positiva de la comunidad donde se vive y se sufre.

Es muy difícil encontrar un pueblo que haya pervivido hasta hoy conservando exclusivamente sus características identificatorias, como las étnicas y lingüísticas, sin haber aceptado y adoptado como propios importantes elementos culturales de las naciones vecinas... y de las enemigas. Los aspectos más íntimos de las tradiciones civilizatorias pueden ser de data reciente o simplemente tomados "de afuera" y legitimizados como propios por la perseverante labor de todos aquellos dedicados profesionalmente a estas labores: magos y taumaturgos, intelectuales y políticos. La repetición constante de ciertos ideogramas, fomentada de manera autoritativa desde arriba, puede crear en poco tiempo una tradición tenida como auténtica, lo que revela la índole precaria y contingente de numerosas identidades étnico-culturales¹⁰. La concepción de un conjunto social cerrado, homogéneo y singular es a menudo un acto arbitrario de intelectuales descontentos como un medio de simplificar y, por consiguiente, de comprender una realidad demasiado compleja. Lengua, raza y religión – consideradas ahora como esencias inmutables de la identidad colectiva e impermeables al transcurso del tiempo – constituyen los factores más usuales de esta

10. Cf. Honorio M. Velasco, *ibid.*, p. 268 sq. (con ejemplos de la investigación antropológica actual); Rainer Tetzlaff, *La etnicidad politizada. Una realidad del Africa postcolonial*, en: NUEVA SOCIEDAD, Nº 129, enero/febrero de 1994, p. 47, 49

ideología fundadora, consagrada a menudo a reinventar un pasado mítico, no contaminado por las influencias de "los otros". La llamada identidad nacional puede comenzar por ser un instrumento de un grupo minoritario para hacer frente a la opresión y la explotación, pero puede transformarse con el correr del tiempo en una ideología hermética, replegada sobre sí misma, proclive a la violencia xenófoba.

Aculturación y mestizaje

La historia universal puede ser vista como una serie interminable de fenómenos de mestizaje y aculturación; además de las innumerables mezclas étnicas, se ha dado igual cantidad de procesos mediante los cuales una sociedad recibe la influencia de una cultura que le es militar, técnica y organizativamente superior, siendo la consecuencia una simbiosis entre los elementos tradicionales y los tomados de la civilización triunfante. Cultura significa también *cambio*, contacto con lo foráneo, comprensión de lo extraño. El mestizaje puede ser obviamente traumático ¹¹, pero también enriquecedor. Se podría aseverar que las sociedades más exitosas, como las de Europa Occidental, han sido aquéllas que han experimentado un número relativamente elevado de procesos de aculturación y que los individuos más aptos son los que tienen una multiplicidad de roles. El tratar de volver a una identidad previa a toda transculturación es, por lo tanto, un esfuerzo vano, anacrónico y hasta irracional: se puede pasar rápidamente de las reivindicaciones anti-imperialistas a las obsesiones nacionalistas y a los monstruosos ensayos de limpieza étnica por la fuerza de las armas.

11. Sobre el proceso de mestizaje cf. Roger Bastide, *El prójimo y el extraño. El encuentro de las civilizaciones*, Buenos Aires: Amorrortu 1973; Julio Cotler, *Clase, Estado y nación en el Perú*, Lima: IEP 1992; Alberto Flores Galindo, *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes*, Lima: Instituto de Apoyo Agrario 1987; Tzvetan Todorov, *La conquête de l'Amérique. La question de l'Autre*, París: Seuil 1982; Nathen Wachtel, *Los indios del Perú frente a la conquista española*, Madrid: Alianza 1976

En el área andina estos decursos evolutivos han exhibido una enorme *complejidad*, lo que vale también para el plano individual. La vida de uno de los primeros y más ilustres mestizos, el *Inca Garcilaso de la Vega*¹², mostró esa angustiosa yuxtaposición de herencias dispares, pero también la posibilidad de una síntesis fructífera. Personal y colectivamente hay varias estrategias para lidiar con este hecho: el permanecer dentro de lo predeterminado por los agentes externos y el propio destino de frustración; el rebelarse inútilmente asediado por las obsesiones de un retorno a la identidad primigenia; y el intentar un camino que combine el legado de los mayores con los avances civilizatorios de las sociedades exitosas del momento. Esta última posibilidad es la más habitual en el mundo contemporáneo: si se acepta que los actores sociales disponen de intencionalidades y preferencias propias y que no están totalmente acondicionados por la evolución histórico-cultural precedente, entonces es dable una senda de desarrollo sincretista que preserva algunos fragmentos de un legado con tendencias particulares y adopta algunos elementos de la civilización moderna de índole universalista.

En el mundo andino no son raros los movimientos indigenistas e indianistas que propagan un etnocentrismo acendrado y hasta un racismo excluyente, acompañados por el designio de revitalizar las antiguas religiones, lengua y costumbres. Después de largos siglos de amarga humillación y explotación despiadada, es comprensible que surjan corrientes de estas características, que naturalmente se consagran a una apología ingenua del estado de cosas antes de la llegada de los conquistadores españoles. Pero a pesar de todo ello, las coerciones de la técnica moderna, la irradiación de valores normativos desde los centros metropolitanos y la necesidad de cohabitar con los mes-

12. Cf. el hermoso libro de Max Hernández, *Memoria del bien perdido. Conflicto, identidad y nostalgia en el Inca Garcilaso de la Vega*, Lima: Instituto de Estudios Peruanos/Biblioteca Peruana de Psicoanálisis 1993, p. 43; Luis Alberto Sánchez, *Garcilaso, el primer criollo*, Santiago de Chile: Ercilla 1939; sobre otro caso similar: María Rostworowski, *Doña Francisca Pizarro. Una ilustre mestiza 1534-1598*, Lima: IEP 1989

tizos y blancos del país respectivo han llevado a que una porción considerable de estos movimientos ingrese a la senda de la moderación y el compromiso, reconociendo la realidad inexorable de una sociedad multinacional y pluricultural, la validez y bondad de los valores universales y las ventajas de la cooperación con las otras comunidades étnico-culturales¹³. El camino más promisorio parece ser el de aceptar la diversidad dentro de la unidad de los actuales Estados, a pesar de que la legislación de éstos no reconoce a los indios en cuanto nacionalidades propias o comunidades autónomas, sino sólo como individuos¹⁴. Recién ahora países como Bolivia y el Brasil han dado los primeros pasos para el reconocimiento jurídico-constitucional de pueblos y territorios indígenas, pero esta medida se ve y se verá fuertemente contrarrestada por la difusión de las normas y los valores modernos de orientación, por la expansión implacable de la llamada frontera agrícola, por la búsqueda cada día más intensa de recursos naturales y finalmente por la inmensa presión demográfica. No son únicamente los blancos – en cuanto representantes de la civilización invasora del Norte –, sino mestizos de todo tipo y los indígenas provenientes de las tierras altas los que amenazan efectiva y seguramente con destruir para siempre la identidad, las formas sociales, los territorios, la fauna y los grandes bosques de las regiones amazónicas. En nombre del progreso y la civilización, es decir, en nombre de valores compartidos por las más diversas tendencias sociales y políticas, se está cometiendo un pavoroso etnocidio unido a una irreversible devastación de dilatados ecosistemas tropicales.

13. Cf. Antonio Otazo, *El katarismo hacia el universalismo*, en: PRESENCIA (La Paz) del 8 de julio de 1993; José Alcina Franch (comp.), *Indianismo e indigenismo en América*, Madrid: Alianza 1990

14. Cf. Alcides Vadillo Carrillo, *Los territorios indígenas en Bolivia: deseos y realidades*, en: PRESENCIA del 5 de julio de 1993; Sergio Ricco, *Lo étnico / nacional boliviano. Breves reflexiones*, en: Mario Miranda Pacheco (comp.), *Bolivia en la hora de su modernización*, México: UNAM 1993, pp. 179-191; Diego A. Iturralde, *Pueblos indígenas y Estados latinoamericanos: una relación tensa*, en: José Luis Exeni / Carlos F. Toranzo Roca (comps.), *Lo pluri-multi o el reino de la diversidad*, La Paz: ILDIS 1993, pp. 63-73

Son indudables los efectos negativos y hasta devastadores que de algún modo pueden ser asociados a la moderna lógica occidental, cuya aplicación en los países del Tercer Mundo ocurre habitualmente sin sus principios humanistas y sin su talante escéptico y autocrítico, lo que se manifiesta claramente en los desarreglos ecológicos que dimanen del intento de dominar y explotar el último rincón de la Tierra. Pero aquella lógica ha producido igualmente los derechos humanos, la democracia pluralista y la concepción del respeto a las minorías; los grupos étnicos situados o mantenidos en una situación socio-económica discriminatoria comienzan a darse cuenta de las manifiestas ventajas que conlleva el universalismo occidental para defender sus intereses y acrecentar su participación en los usualmente magros frutos del crecimiento económico-técnico. Es por eso que en el área andina los movimientos indigenistas han tomado paulatinamente un giro pragmático y conciliador. Sólo grupos extremistas pretenden recrear las comunidades campesinas precolombinas de índole colectivista para que actúen como núcleos paradigmáticos de una sociedad perfecta sin los defectos que están presuntamente vinculados con todas las formas del odiado "capitalismo" occidental. Estas corrientes moderadas ya no propugnan más la edificación de una comunidad homogénea basada en la pureza étnica de los grupos aborígenes, sino una sociedad compleja y cambiante con amplia tolerancia para todas las razas, las clases sociales y los niveles civilizatorios. En el caso boliviano se tiende a abandonar también el "modelo mestizo homogéneo" ¹⁵ que era uno de los rasgos centrales – y aparentemente modernizantes – de la llamada *Revolución Nacional* de 1952. Este ensayo de un nacionalismo anti-oligárquico y abiertamente desarrollista pretendía crear ciudadanos jurídicamente iguales, pero culturalmente uniformes: bolivianos por antonomasia, preocupados exclusivamente por la construcción de una nación socialmente justa y económicamente adelantada. La

15. Carlos F. Toranzo Roca, *Lo Pluri-Multi*, en: PRESENCIA del 6 de agosto de 1993 (suplemento especial: *Bolivia: país pluri-multi*), p. 6; cf. una opinión divergente: Silvia Rivera Cusicanqui, *Democracia liberal y democracia de "ayllu"*, en: Miranda Pacheco (comp.), *ibid.*, pp. 217-255

realidad de las últimas décadas ha desmentido aquel designio de marxistas revolucionarios, liberales autoritarios e iluminados en función gubernamental, designio que propugnaba el igualar a la fuerza a todos los *ciudadanos* de acuerdo con criterios culturales y educativos dictados desde arriba y desde el centro. La evolución histórica ha mostrado más bien la supervivencia de las tradiciones étnico-culturales *paralelamente* al desenvolvimiento de la moderna racionalidad técnico-económica; se han dado, además, nuevos fenómenos de una cultura mestiza de inusitado vigor. Pero aun falta mucho por hacer en este sentido: como escribió *Carlos F. Toranzo Roca*, lo necesario ahora sería "el reconocimiento democrático del reino de la diversidad" ¹⁶, ya que en Bolivia las estructuras fundamentales del poder político y de la organización económica no son todavía genuinamente diversas y traen consigo enormes desventajas para las etnias aborígenes.

Derechos humanos y tendencias nacionalistas

Los valores universalistas de origen europeo han abierto paradójica e inesperadamente las compuertas para toda una serie de derechos grupales, sociales, económicos y nacionales mediante la primera Declaración de Derechos Humanos, que sentó la base para las reivindicaciones posteriores. Los ideales de la Ilustración y el racionalismo afirmaron radicalmente la autonomía individual, liberando a cada persona de adscripciones heterónomas, definitivas, atávicas e irracionales, colocado al individuo y a sus derechos innatos por encima del Estado, la tradición y los colectivos de todo tipo. Esta es una conquista irrenunciable de la humanidad. Hoy en día, empero, una fuerte corriente de pensamiento y acción contrapone los derechos humanos de corte universalista e individualista a las normas culturales, los valores tradicionales y los derechos colectivos de grupos, comunidades y naciones, porque éstos encarnarían lo

16. Carlos F. Toranzo Roca, *Prólogo*, en: Exeni / Toranzo Roca (comps.), op. cit. (nota 14), p. 17

propio y auténtico de pueblos que no quieren sucumbir al imperialismo cultural de Occidente. Aquí es imprescindible llamar la atención sobre la dignidad superior de los derechos del Hombre como los ha codificado paulatinamente la herencia de la Ilustración; los derechos políticos, el Estado de Derecho y el pluralismo democrático pertenecen igualmente a aquel amplio conjunto de principios éticos universales, cuya validez precede a cualesquiera particularismos nacionales, por más populares que éstos resultaran ser. El racismo, el asesinato (por cualquier causa), el canibalismo, el homicidio ritual y toda otra transgresión a los derechos humanos no pueden ser tolerados de ninguna manera.

Esta tensión entre universalismo y particularismo se manifestó a lo largo de la *Conferencia de las Naciones Unidas sobre Derechos Humanos*, que tuvo lugar en Viena en junio de 1993. La República Popular de China, algunos países africanos y asiáticos y muy especialmente las delegaciones de los estados del ámbito islámico se opusieron a la universalidad de los derechos humanos que atañen al individuo, creyendo ver en ella una imposición de las naciones occidentales. Es sintomático el hecho, empero, de que estos países estén gobernados por dictaduras o, por lo menos, por regímenes bastante autoritarios; la condenación de los derechos humanos en cuanto extraños a su propio patrimonio cultural ha sido y es una maniobra harto transparente para encubrir violaciones de los más elementales derechos ciudadanos, cometidas por agentes e instituciones de gobiernos, cuya legitimidad democrática es dudosa y cuyo desempeño socio-económico resulta ser mediocre. La insistencia en que los derechos colectivos, avalados por las tradiciones nacionales, deberían tener prevalencia sobre los derechos individuales, constituye una clásica *ideología*, es decir un ensayo de justificar hechos y decursos evolutivos que serían condenables a la luz de la razón y de un *common sense* guiado críticamente. Las dictaduras pedagógicas que intentan una industrialización forzada, los experimentos socialistas de corte marxista y los sistemas sociales arcaicos sometidos al fundamentalismo islámico recurren ahora, en una curiosa unanimidad, al relativismo cultu-

ral ¹⁷ para racionalizar prácticas muy convencionales de opresión, explotación y manipulación de sus súbditos. Este enfático rechazo a los principios éticos occidentales es tanto menos digno de fe cuanto los mismos regímenes se sirven a manos llenas de la tecnología occidental en los campos de las armas, las comunicaciones y la industrialización.

En las comunidades islámicas ortodoxas el Estado posee una dignidad superior a la del individuo; éste existe sólo en y para la colectividad. Derechos humanos, instituciones autónomas al margen del Estado omnímodo y mecanismos para controlar y limitar los poderes del gobierno son considerados, por lo tanto, como opuestos al legado coránico y llevan una existencia precaria ¹⁸. El comportamiento adecuado a tales circunstancias es el total sometimiento (lo que es el significado literal de *Islam*) a las autoridades temporales y espirituales, complementado por un quietismo intelectual bastante estéril ¹⁹. El desenvolvimiento del individuo en un ámbito liberado de la influencia perniciosa del Estado y protegido por estatutos legales fue totalmente desconocido en el mundo islámico hasta la introducción parcial de la legislación europea. Por ello es un hecho ge-

-
17. Un ejemplo de este relativismo cultural de carácter apologético: Manzoor Ahmad, *Islamic Response to Contemporary Western Thought*, en: ZEITSCHRIFT FUER KULTURAUUSTAUSCH (Stuttgart), vol. 42, Nr. 4, octubre/diciembre de 1992, pp. 426-434.- Una crítica: Ulrich Greiner, *Wider den Kulturrelativismus* (= Contra el relativismo cultural), en: DIE ZEIT (Hamburgo) del 5 de junio de 1992.- El relativismo cultural se sirve de una tolerancia excesiva con respecto a los fenómenos de autoritarismo y represión, pervirtiendo, por ende, un principio de la Ilustración y del racionalismo.
18. Sobre el Islam como sometimiento cf. Jean-Claude Barreau, *De l'Islam en général et du monde moderne en particulier*, París: Le Pré aux Clercs 1991, passim: el Islam sería la más reaccionaria y retrógrada de las grandes religiones monoteístas.
19. Cf. Ludwig Hagemann, *Zwischen Religion und Politik – islamischer Fundamentalismus auf dem Vormarsch?* (= Entre la religión y la política – el fundamentalismo islámico en avance?), en: ZEITSCHRIFT..., op. cit. (nota 17), pp. 426-434; cf. el ensayo clásico: Udo Steinbach, *Die Menschenrechte im Verständnis des Islams* (= Los derechos humanos en la concepción islámica), en: VERFASSUNG UND RECHT IN ÜBERSEE (Hamburgo), vol. 8 (1975), No. 1, p. 49 sqq.; Gustav E. von Grunebaum, *Studien zum Kulturbild und Selbstverständnis des Islam* (= Estudios sobre la visión cultural y la autocomprensión del Islam), Zürich/Stuttgart: Arthemis 1969, p. 248 sqq.; Maxime Rodinson, *Islam et capitalisme*, París: Seuil 1966, passim

neralizado que hasta hoy el rol de los derechos humanos y políticos sea marcadamente secundario, que la división de los poderes estatales y el mutuo control de los mismos permanezcan una ficción, que el régimen de partido único goce de excelente reputación y que la autoridad suprema tienda a ser caudillista, carismática e ilimitada²⁰. Todos éstos elementos tienden a reforzar un *monismo* liminar: una sola ley, un único modelo de reordenamiento socio-político, una cultura predominante, una estructura social unitaria y, como corolario, una voluntad general encarnada en el gobierno de turno. Este sistema, que confunde aclamación con participación popular y la carencia de opiniones divergentes con una identidad colectiva sólida y bien lograda, corresponde, en el fondo, a un estadio evolutivo inferior y superado por la historia universal. Pero aun sin apelar a teorías evolutivas historicistas – que son una especialidad de la filosofía occidental y muy probablemente una justificación sesgada del desarrollo de Europa –, se puede llegar a la conclusión de que la civilización islámica destruyó mediante su primera y muy exitosa expansión militar una pluralidad de culturas (la persa, las variantes bizantinas en Asia y Africa, las comunidades árabes pre-islámicas, las culturas autóctonas del Asia Central y otras), que habían alcanzado importantes logros civilizatorios propios, soluciones originales en la superación de problemas económicos, institucionales y organizativos y una brillantez inusitada en los campos del arte y la literatura. Para estos ámbitos la cultura islámica trajo consigo un retorno a modelos socio-culturales arcaicos, adoptados, como se sabe, de una sociedad proto-urbana de beduinos, rodeada del medio hostil y aislante del desierto. Los defensores actuales del particularismo y autoctonismo árabe-islámicos olviden que éste no es

20. Cf. los brillantes estudios de Bassam Tibi, *Die Krise des modernen Islams* (= La crisis del Islam moderno), Frankfurt: Suhrkamp 1991; Tibi, *Zwischen islamischem Erbe und kultureller Erneuerung: die Chancen der Demokratisierung im Nahen Osten nach dem Golf-Krieg* (= Entre la herencia islámica y la renovación cultural: las oportunidades de la democratización en el Cercano Oriente después de la Guerra del Golfo), en: Herfried Münkler (comp.), *Die Chancen der Freiheit. Grundprobleme der Demokratie* (= Las oportunidades de la libertad. Problemas fundamentales de la democracia), Munich: Piper 1992, pp. 199-223

precisamente la creación auténtica, libre y realmente aborigen de muchos pueblos del Norte de Africa, del Cercano y Medio Oriente.

Las desventajas, que están vinculadas con todo modelo social premoderno y con toda corriente particularista, son claramente perceptibles en el mundo islámico de hoy, desgarrado entre un legado autoritario y una modernización que socava los fundamentos de una identidad colectiva basada en una férrea unidad entre religión, política y vida social. Contra los ideólogos del particularismo islámico se puede aducir que esta tradición propugna también la *validez universal* de sus principios, normas y valores de orientación – y de un modo bastante imperioso, cuando no despótico; que la historia de esta cultura está plagada de atropellos de todo tipo cometidos contra otros pueblos; y que la absoluta predominancia de la fe religiosa, que ha impregnado todo aspecto de la vida civil, no es favorable ni a un proceso más o menos autónomo de modernización ni a la comprensión de las otras comunidades (y, sobre todo, de sus singularidades) a nivel mundial.

Los particularismos del Africa subsahariana, del ámbito budista de observancia ortodoxa y la cultura política del autoritarismo en América Latina denotan una negligencia similar con respecto al individuo y sus derechos pre-estatales: con el popular argumento de cimentar la unidad de la nación, cohesionar el cuerpo social y unir todas las energías en pro de un desarrollo acelerado, los ideólogos de la liberación anti-imperialista han desempolvado ese legado indígena de colectivismo totalitario y lo han utilizado eficazmente luego de la independencia del Estado respectivo para acallar toda crítica al gobierno nacionalista o progresista, para impedir la formación de cualquier oposición política y, paradójicamente, para suprimir toda tendencia regionalista o étnico-cultural (es decir: eminentemente particularista) dentro del nuevo país ²¹. "Una nación", escribió *Alain Finkielk-*

21. La literatura tercermundista consagrada a la "liberación nacional" contra el imperialismo está llena de teorías presuntamente progresistas que encubren una ideología arcaizante, colectivista, antidemocrática y profundamente irracional: tanto más retrógrada cuanto más revolucionaria aparece *prima facie*. Ejemplos de ello son los

raut, "cuya vocación primera consiste en aniquilar la individualidad de sus ciudadanos no puede desembocar en un Estado de Derecho" ²². Es curioso, pero en el fondo comprensible, que la mayoría de los llamados "movimientos de liberación nacional", así como las corrientes izquierdistas y revolucionarias en el Tercer Mundo hayan elegido en muchísimos casos el principio de la identidad étnico-cultural – conservador y hasta reaccionario – como fundamento de los nuevos estados y no la noción liberal del plebiscito cotidiano o la asociación voluntaria laica de los ciudadanos consultados previamente. Así en los nuevos países las relaciones interhumanas estriban en un modelo de connotaciones racistas y místico-nacionales, modelo que presupone la fusión colectiva de las voluntades (preconscientes) de un modo prerracional; la concepción de un contrato voluntario y surgido de una decisión libre y democrática ha jugado un papel muy limitado en la constitución de las nuevas repúblicas. Este marco de referencia no deja mucho espacio a los derechos individuales, a la propiedad privada, al cosmopolitismo y al pluralismo contemporáneo. El fundamento étnico-cultural de un Estado engendra un instrumental ideológico y hasta material que puede ser usado para reprimir cualquier etnia menor que se sienta discriminada o cualquier idea o corriente política que parezca incómoda a los ojos de los nuevos gobernantes. Los "otros" pierden sus rasgos individuales y devienen fácilmente el objeto del odio de la comunidad mayoritaria. La historia reciente está plagada de ejemplos de inhumanidad debidos a la rápida transformación de la identidad étnica en un arma mortífera, como lo prueban los casos de los Balcanes, del Cáucaso, el Asia Central y el Africa subsahariana.

escritos de *Fidel Castro* y *Ernesto Che Guevara*, el fundamentalismo islámico de corte radical y las reivindicaciones nacionalistas que pretenden simultáneamente el cambio social total. La obra precursora de estas corrientes fue: Frantz Fanon, *Les damnés de la terre*, París: Maspero 1961, passim. - Sobre las teorías marxistas acerca de nación y nacionalidad cf. Salomon Bloom, *El problema nacional en Marx*, Buenos Aires: Siglo XXI 1975; R. Rosdolsky, *Engels y el problema de los pueblos sin historia*, México: P & P 1980

22. Alain Finkielkraut, op. cit. (nota 5), p. 74

Los pensadores postmodernistas defienden a ultranza los particularismos y relativismos socio-culturales porque éstos serían los resultados únicos e irreproducibles de un contexto histórico también insubstituible, original *par excellence* y, por lo tanto inconmensurable según cualquier parámetro de comparación histórica o sociológica. Esta concepción, que se remonta, a través de diversos canales, a *Johann Gottfried Herder*, rechaza todo juicio evaluativo acerca de los conjuntos socio-culturales y las etapas civilizatorias a causa de la unicidad, peculiaridad y singularidad de estos fenómenos. No se puede negar lo razonable de algunos elementos de esta doctrina, ya que las ideologías universalistas radicales – como el hegelianismo y el marxismo – se han consagrado largamente a vituperar las más diversas y nobles construcciones culturales e históricas del Hombre como meras etapas superadas por el progreso y dignas, por ende, de desaparecer y ser integradas sin más dentro de las culturas y las naciones triunfantes. La autonomía, el valor único y el abanico de posibilidades de desarrollo de cada pueblo se debían, según el joven Herder, a que cada cultura es autorreferencial y a que no existe una gradación progresiva de las mismas que permitiese la edificación de un *continuum* que vaya del atraso al progreso y que sea, por consiguiente, el criterio para juzgar la calidad evolutiva de cada cultura. Los postmodernistas se olvidan, sin embargo, de que el Herder maduro combinó esta concepción con la idea de una *humanidad* universal que englobara a todos los hombres y cuya normatividad racionalista fuese al mismo tiempo la meta de la naturaleza humana.

Las versiones del postmodernismo contemporáneo, que carecen del humanismo y del sentido de las proporciones de Herder, se limitan a celebrar sin más el culto del *sentido histórico* y de lo existente en un momento dado, terminando casi inexorablemente en alabar tanto los aspectos rescatables como los censurables de una cultura dada. La apología de lo fáctico y lo casual, de lo que se ha desplegado históricamente así y no de otra manera, desemboca a menudo en el encomio de los "prejuicios útiles" (*Joseph de Maistre*), tan caros a los go-

bernantes. Este culto de lo contingente y lo dispar resulta ser *también* algo primordialmente conservador. Siguiendo este lineamiento, muchos pensadores afiliados al postmodernismo otorgan su aquiescencia a formas odiosas de opresión y vulneración de los derechos humanos, empleando el argumento de respetar escrupulosamente los valores nacionales y las tradiciones extra-europeas y de combatir la asimilación forzada de éstas a los cánones del "imperialismo" inmerso en la Ilustración y la razón de Occidente. "Nacido del combate en favor de la emancipación de los pueblos, el relativismo desemboca en el elogio de la servidumbre" ²³. Puesto que cada manifestación cultural vale lo mismo que cualquier otra, se llega a trivializar todas ellas. Esta postura trae consigo el fomento indirecto, pero efectivo de una nueva barbarie, la promoción de un infantilismo civilizatorio, el rechazo de algunas conquistas nada desdeñables como el espíritu crítico, la duda y la ironía y, por consiguiente, un impulso enérgico para modos refinados de intolerancia. Ante esta situación no es arbitraria la idea de proteger a la gente contra los abusos, daños y absurdos que eventualmente proceden de su propia tradición socio-cultural.

Contra la defensa intransigente de las identidades nacionales, las minorías étnicas y el "desarrollo orgánico" de una comunidad presuntamente única hay que servirse de un argumento central del relativismo y postmodernismo: identidades y tradiciones son productos aleatorios de la evolución humana; su núcleo identificatorio es una ilusión o, en el mejor de los casos, una convención; no pocas nacionalidades son inventos de grupos unidos de astucia y audacia. Las minorías que hoy protestan vehemente y violentamente por su autodeterminación han sido conglomerados socio-culturales que han convivido pacíficamente y sin llamar la atención a lo largo de siglos con los grupos étnicos de los cuales ahora quieren liberarse a toda costa. Su consciencia actual de minoría discriminada ha surgido de manera igualmente contingente: es decir, podría haber

23. *Ibid.*, p. 111

ocurrido – con el mismo derecho histórico – cualquier otra cosa. A la caída del Imperio Austro-Húngaro (1918), las antiguas minorías de Europa Oriental se transformaron en etnias opresoras y su derecho a la autodeterminación ha entrado en contradicción con los derechos de otras comunidades minoritarias y con el ejercicio efectivo de la democracia ²⁴.

No hay duda, por otra parte, de que algunos Estados nacionales, grandes y pequeños – como Somalia, Sri Lanka, Afganistán, Checoslovaquia – han fracasado de la misma manera que Estados supuestamente multinacionales como la Unión Soviética o Yugoslavia. Estas dilatadas organizaciones transnacionales pueden ser temporalmente exitosas desde el punto de vista tecnocrático, pero son probablemente el receptáculo del tedio, del uniformamiento compulsivo, de la centralización innecesaria y de una modernización inhumana, lo que suele provocar el surgimiento de movimientos autonomistas y guerras tribales. Minorías étnico-culturales significan a veces un dique contra la homogeneización del mundo moderno si combaten igualmente la dilución de identidades grupales e individuales que han dado sentido a comunidades estables, donde la anonimidad y la alienación no son aun las características decisivas. Pero hay que señalar que también las minorías perseguidas pretenden alcanzar, después de todo, objetivos muy humanos, entre los cuales se hallan cálculos egoístas de expansión y dominación, incremento de sus beneficios tangibles y explotación de otros segmentos poblacionales que entonces devienen minorías.

La etnias originales del bosque amazónico van a ser seguramente exterminadas por otros aborígenes (por ejemplo por los campesinos sin tierra que emigran desde las empobrecidas y sobrepobladas regiones montañosas andinas) y por grupos de mestizos que tienen como metas las más "normales" y convencionales: la extensión de la frontera agrícola, la incorporación de

24. Cf. René Lemarchand, *El espejismo de la autodeterminación*, en: EL CORREO DE LA UNESCO, vol. XLVI, junio de 1993, pp. 29-32; Tielman Schiel, *La idea de la modernidad y la invención de la tradición: como la universalidad produce la particularidad y viceversa*, en: Edgardo Lander (comp.), *Modernidad y universalismo*, Caracas, UNESCO/Nueva Sociedad 1991, pp. 63-86

esos territorios al progreso material, el aprovechamiento de nuevos recursos y la mera supervivencia individual.

Otro peligro reside en la dinámica autónoma que está inmersa en la lucha armada, así haya comenzado ésta como una táctica circunstancial contra un despotismo inaceptable. Lo que era un medio contingente se puede transformar en el factor activo de unidad, solidaridad y hasta identidad del grupo afectado, desplazando a los motivos causales primigenios, como los aspectos étnico-culturales. Un instrumento se convierte así en un fin. Los efectos son por demás conocidos: las milicias heroicas defensoras o hasta creadoras de la identidad nacional llegan a ser bandas de coerción y extorsión de la propia comunidad, y esta forma de exacción patriótica pasa a ocupar el lugar del consenso político-programático en cuanto principio rector de la vida social.

Otro aspecto de una dinámica autónoma, que se ha desprendido de comienzos y propósitos inicialmente comprensibles y ha degenerado en un proceso irracional, es la propensión de toda comunidad social de dividirse y subdividirse al alcanzar cierto grado de complejidad y cierta magnitud física. En el interior de ella se despliegan tradiciones diferentes, rasgos culturales y religiosos dispares e intereses materiales contradictorios. Después de un lapso de tiempo más o menos largo, estas distinciones se consolidan y se vuelven extrañas entre sí, dando lugar a desigualdades y divergencias percibidas a veces como elementos de una alteridad irreconciliable. Los movimientos regionalistas, autonomistas y nacionalistas pueden seguir esta terrible lógica, tanto en países altamente desarrollados de Europa como en la estepa africana. Son testimonios, en el fondo, de la naturaleza fortuita de las identidades colectivas. "[...] si no se le pone coto, esta lógica lleva a una fragmentación en cascada de los Estados, ya que cada subgrupo puede invocar su 'diferencia'... y así hasta llegar al plano individual" ²⁵. Para comprender este

25. Elizabeth Picard, *El despertar de la comunidad*, en: EL CORREO DE LA UNESCO, vol. XLVI, junio de 1993, pp. 22.- Cf. también el brillante ensayo de Mauro Peressini, *Las dos caras de la identidad*, en: *ibid.*, pp. 14-18

proceso de fragmentación absurda, basada en particularismos que un grupo social llega a tomar demasiado en serio, es conveniente recordar los decursos bajo los cuales se conforman los Estados nacionales. Estas instituciones han sido, por ejemplo, producidas por el paulatino crecimiento orgánico-histórico de una colectividad con raíces y tradiciones comunes, con una lengua y un aparente modo de ser que las diferencia de las demás y especialmente de los pueblos vecinos. La nación engendra el Estado. Se supone que este procedimiento es el que ha prevalecido en Europa Occidental. Otra vía es aquella que se ha dado en el Nuevo Mundo, en Africa y en regiones de colonización europea: una estructura estatal, existente, así sea embrionariamente en el momento de la independencia, actúa como núcleo organizador de la nación y logra irradiar al cabo de algunas décadas la consciencia de una identidad colectiva propia, la cual, con el paso del tiempo, adquiere la reputación de lo nacionalmente auténtico, inconfundiblemente propio y avalado por una larga historia. La libre voluntad colectiva de dotarse de una estatalidad propia y de una identidad grupal distinta a la de las comunidades contiguas constituye otra vía de formación de Estados: la decisión de los involucrados, expresada en un consenso ciudadano más o menos explícito, configura el plebiscito continuado del cual se han originado la fundación y la legitimidad actual del Estado ²⁶.

Lo más probable es, sin embargo, que la inmensa mayoría de las naciones existentes se haya formado de acuerdo a una combinación aleatoria de estos tres procedimientos o simplemente según la obra de la casualidad histórica. Un análisis desapasionado podría mostrar que aun en el mejor de los casos, en el del "despliegue orgánico-histórico" de la nacionalidad, la cantidad de subgrupos étnicos que la componen, la extensión física del Estado y los elementos culturales y hasta lingüísticos que ahora están englobados en ella han ido cambiando a lo largo de los siglos y que su estructura actual tiene poco que ver con la de origen. Comunidades que no hace mucho tenían una

26. Cf. Alain Finkielkraut, *op. cit.* (nota 5), pp. 32-35

identidad común han sido desgarradas por conflictos provenientes de afuera y pertenecen ahora a distintos países, a los cuales se han integrado exitosamente. Lo mismo puede aseverarse del desarrollo de los Estados como instituciones. Aquellos que en América Latina fueron moldeados por los avatares del Guerra de la Independencia y siguiendo los límites dejados por la administración colonial, han exhibido una notable fortaleza y coherencia: siguiendo una dinámica autónoma de evolución, estos Estados han logrado consolidar su frágil contextura inicial, han erigido administraciones bastante dilatadas (aunque, como se sabe, ineficientes y corruptas) y han motivado un sentimiento de pertenencia colectiva que hoy puede ser calificado como una identidad nacional sólida y estable. Otros Estados, asentados sobre fundamentos que parecían ser aun más consistentes – tales como una ideología redentoria de índole universalista y de pretensiones científicas, la fuerza de las armas y sistemas omnímodos de control social –, se desplomaron en Europa Oriental al menor viento de cambio. De todo ésto se puede inferir lo siguiente: es imposible establecer leyes históricas de validez incuestionable acerca de la formación y evolución de los Estados nacionales y de las identidades colectivas. Se trata probablemente de desarrollos signados por la contingencia. Los nexos entre ambos fenómenos están sometidos igualmente a recursos aleatorios. Todo ésto no es, empero, un obstáculo para que bajo ciertas circunstancias los Estados y las identidades nacidas de la manera más fortuita puedan desplegar una notable fortaleza y longevidad. Asimismo se puede constatar que grupos sociales relativamente pequeños, cuando no insignificantes, suscitan de modo inesperado grandes movimientos reivindicatorios, sangrientos y persistentes, que terminan por cambiar la historia de una región. Tampoco existe, por consiguiente, una sola estrategia adecuada para afrontar corrientes autonomistas, regionalistas y nacionalistas de cuño violento e intolerantes para con los disidentes dentro de la propia comunidad, que justifican su actitud con la pretensión de restaurar una identidad colectiva sojuzgada por algún centralismo imperialista. Parece que los Estados más exitosos en este campo son aquéllos que logran

convertir las demandas étnico-culturales o separatistas en intereses políticos "normales" – de acuerdo con la democracia pluralista moderna –, que evitan los extremos de una incoherencia inestable y de una burocratización asfixiante y que respetan autonomías de todo tipo mediante fórmulas de libre asociación, descentralización efectiva y devolución de derechos históricos tolerables para la realidad contemporánea.

Lo rescatable y lo censurable del particularismo

Corrientes y valores particularistas no están asociados exclusivamente a aspectos negativos, irracionales y anacrónicos. Expresan, aunque sea de modo curioso y a menudo erróneo, un malestar extendido y una crítica totalmente comprensible con respecto a la modernidad, a sus coerciones uniformantes y sus tendencias antihumanistas. El culto del Estado y del individuo devalúa toda una gama de instituciones que ahora resultan ser caducas: los "poderes intermedios" (*Alexis de Tocqueville*), el ámbito de la provincia y la comarca, la solidaridad de la familia extendida, la seguridad emocional que estaba vinculada a la religión y a las tradiciones populares, una ética sólida y una aceptable estética pública. La modernidad coloca, además, un ente abstracto, anónimo y casi siempre amenazador, como el Estado, frente a personas inermes, aisladas y alienadas de su propia realidad. Este proceso, que no puede ser separado de la modernización, tuvo lugar en el Tercer Mundo durante un lapso de tiempo extraordinariamente breve y ha tomado un carácter marcadamente traumático. Las naciones adelantadas trataron de acelerarlo durante la era colonial para que los países "atrasados" accedieran más rápidamente al progreso, al bienestar y a la educación popular; para ello era indispensable que los pueblos no europeos perdiesen su identidad específica, es decir su diferencia y distancia frente a las sociedades ya modernizadas. La religión secular, compulsiva y predominante hoy en día sugiere que la imitación de lo ya alcanzado en los países metropolitanos del Norte es no sólo el camino obligatorio de toda evolución logra-

da, sino igualmente la vía más segura para liberar al hombre de sus prejuicios, errores y supersticiones; pero los individuos del Tercer Mundo, emancipados de estos factores aparentemente negativos, se han transformado en seres desarraigados, vaciados de su identidad, desvitalizados, "como un árbol carente de savia" 27.

La adaptación de normas universalistas de la modernidad conlleva la domesticación de las inclinaciones espontáneas y naturales del hombre, el control de lo instintivo, la represión de los deseos profundos y el disciplinamiento de las pasiones. El actual énfasis en los valores particularistas es claramente una protesta contra las alienaciones del mundo moderno y, por ende, una recuperación de lo premoderno y tradicional. Ahora se vuelve a apreciar lo positivo de lo colorido, heterogéneo y variopinto; se reconoce otra vez la riqueza intrínseca de aquello que tiene su fin en sí mismo, de lo exótico y extravagante, de aquello que no puede ser reducido a los cálculos de la rentabilidad y los beneficios inmediatos y de aquéllo que no es útil, sobrio, aprovechable y normalizado. A esta esfera pertenecen los credos religiosos, la naturaleza en cuanto algo sagrado, los marcos simbólicos de referencia, los magnos sistemas de la ética, las concepciones aristocráticas de la estética... Las normas universalistas de la modernidad han traído consigo las ventajas de la Ilustración y del racionalismo, pero también el inexorable principio de rendimiento, el instrumentalismo deshumanizado y el tecnicismo desbocado. La solidaridad inmediata, una relación escéptica – y por ello razonable – con el trabajo reglamentado, un cierto respeto por los ecosistemas naturales y una actitud distante hacia el Estado y sus agencias conforman algunos de los aspectos positivos del orden premoderno, pleno de particularismos. La identidad individual, moldeada de modo eminentemente racional y autónomo, constituye ciertamente uno de los grandes logros de la era moderna, así como la identidad grupal puede ser considerada como uno de los rasgos centrales de la tradicionalidad. Ahora bien: hoy en día se reconoce amplia-

27. Cf. Finkelkraut, *ibid.*, p. 26

mente que una identidad individual sólida y libre de traumas presupone un desarrollo en el marco de instancias que brindan a la persona calor humano, abrigo, seguridad y reconocimiento emocional de manera permanente y sin exigir retribuciones inmediatas. Estos conjuntos de familias, parentelas y clanes que ofrecen espontáneamente amor y solidaridad configuran indudablemente uno de los mejores elementos del mundo premoderno.

Es indispensable, por otra parte, llamar la atención sobre la naturaleza negativa y poco idílica de la mayor parte de las creaciones de las sociedades tradicionales: sus sistemas de control social pueden ser calificados de francamente aborrecibles (la "tiranía de la intimidad", como decía *R. Sennett*), su heterogeneidad no es tan amplia y colorida como la imaginan hoy los nostálgicos del pasado, su solidaridad está inmersa en ritos y costumbres detestables, su pobreza y su miseria denotan rasgos muy similares a lo ancho y a lo largo de todo el planeta y hasta sus sistemas político-institucionales exhiben un autoritarismo que permea toda la vida social. En ella no se da una movilidad apreciable de roles: el individuo es comúnmente el rol al que está predestinado desde el nacimiento, lo cual no ha sido percibido como limitante porque el rol era y es idéntico con la definición de la persona en cuestión ²⁸. La heterogeneidad de lo premoderno es rescatable en la medida en que enriquezca el panorama de las actividades humanas sin significar recaídas en comportamientos y costumbres manifiestamente bárbaras e irracionales; lo particular, diverso y variopinto es saludable si se respeta simultánea e inflexiblemente el campo de los derechos humanos y políticos. Como ya se mencionó, los particularismos menos problemáticos parecen ser aquellos del ámbito estético-aristocrático. No es mera casualidad la actual revalorización del Imperio Austro-Húngaro, sobre todo después de haber experi-

28. Cf. el excelente estudio de Patricia Crone, *Pre-industrial Societies*, Oxford: Blackwell 1989, p. 132 sq.; Georg Elwert, *Die Elemente der traditionellen Solidarität. Eine Fallstudie in Westafrika* (= Los elementos de la solidaridad tradicional. Un caso de estudio en África Occidental), en: KÖLNER ZEITSCHRIFT FÜR SOZIOLOGIE (KZSS), vol. 32, diciembre de 1980, Nr. 4, pp. 681-704

mentado Europa Central y Oriental (hasta 1989) largas décadas de monstruosidad estética, esterilidad cultural, centralismo asfixiante y totalitarismo político – todo ello en nombre de una doctrina que pretendía la liberación completa del Hombre. La dinastía de los Habsburgo supo crear un sistema laxo de control social, una burocracia relativamente eficiente y benigna, un loable y persistente interés colectivo desde Trento hasta Lemberg (L'vov) por una estética pública de refinado gusto y un cierto hedonismo en la vida cotidiana. El marco institucional de todo ésto era una amplia autonomía cultural y administrativa que las regiones constituyentes del Imperio (Kronländer) tenían por propio derecho dinástico; sus identidades específicas quedaban resguardadas por un régimen de tolerancia práctica e igualdad jurídica²⁹. Esta curiosa, pero sabia y compleja construcción estatal careció de aspavientos teóricos e ideológicos para celebrar su feliz combinación de principios universalistas con valores particularistas.

Las pretendidas leyes de la evolución histórica obligatoria, el prescribir modelos exhaustivos de ordenamiento social y económico para toda sociedad, el uniformamiento compulsivo de la vida cotidiana y la pérdida del pluralismo cultural son evidentemente los rasgos más deplorables asociados al universalismo de la modernización, y contra ello algunos factores de lo tradicional y particular pueden aun servir de obstáculo.

La dialéctica de universalismo y particularismo está trabada con la identidad de naciones que quieren liberarse de la tutela de las grandes potencias coloniales. El rechazo de los valores y las metas universalistas es una típica actitud intelectual que emerge recién después de una relación extensa, ambigua y traumática con una cultura triunfante en los campos económico, tecnológico y político y cuando una porción considerable de la propia población – empezando por la élites – adopta ostentativa e inequívocamente las pautas de orientación de las sociedades

29. Cf. Francisco Fejtő, *Requiem por un imperio difunto*, Madrid: Mondadori 1990; Miklos Molnar / André Reszler (comps.), *Le génie de l'Autriche-Hongrie. Etat, société, culture*, París: P.U.F. 1989

reputadas como superiores. A éstas se les atribuye precisamente el carácter de lo universal y de aquello avalado por el progreso histórico. Pero las capas y los grupos sociales que no han sido los beneficiados de este proceso – y muy especialmente sus intérpretes intelectuales – perciben todo ésto como una traición a la esencia peculiar de aquella nación en condiciones de inferioridad, como una defección de sus auténticas metas civilizatorias y como un abandono de sus tradiciones más sagradas. La reconquista de la identidad y de sus rasgos particulares resulta ser a la postre una *ideología* convencional, una racionalización de otra intención muy comprensible: el hacer pasar un modelo híbrido de desarrollo como si fuese la continuación o el renacimiento de un venerable legado histórico, soterrado momentáneamente por la agresión imperialista en connivencia con la reacción local. El régimen practicado o al cual se aspira bajo esta doctrina no es obviamente un simple retorno al pasado y a sus valores identificatorios particularistas. En todo el Tercer Mundo, estas "culturas a las defensivas" (*Bassam Tibi*) pretenden una síntesis entre el desarrollo técnico-económico moderno y la civilización tradicional en los campos de la vida familiar, la religión y las estructuras socio-políticas. Es decir: aceptan de manera totalmente acrítica los últimos progresos de la tecnología, los armamentos, los sistemas de comunicación más refinados provenientes de Occidente y sus métodos de gerencia empresarial, por un lado, y preservan, por otro, de modo igualmente ingenuo, las modalidades de la esfera íntima, las pautas colectivas de comportamiento cotidiano y las instituciones políticas de la propia herencia histórica conformada antes del contacto con las potencias europeas. La consecuencia de estos procesos de aculturación, que siempre van acompañados por fenómenos de desestabilización emocional colectiva, se traduce en una irritante mixtura de una extendida *tecnofilia* en el ámbito económico-organizativo con la conservación de modos de pensar y actuar premodernos, particularistas (en sentido negativo) y francamente retrógados en los otros campos de la vida humana. El resguardar y hasta consolidar la tradición socio-política del autoritarismo tiene entonces la función de proteger una identidad colectiva en peligro

de desaparecer (barrida por los valores universalistas propagados por los medios contemporáneos de comunicación), de hacer más digerible la adopción de parámetros modernos en otras esferas de la actividad social y mantener un puente entre el acervo cultural primigenio y los avances de una modernización considerada como inevitable.

A lo largo de la historia universal han existido muchos intentos de legitimizar estos regímenes híbridos y esta aceptación parcial y parcializante de la civilización occidental. Ya en la China de comienzos del siglo XIX se hacía una diferencia entre la religión, la cultura, la filosofía y la política de los "bárbaros" occidentales, por un lado, y sus técnicas militares e industriales, por otro ³⁰. Lo primero debía ser rechazado tajantemente, pues era el núcleo de una sociedad aborrecible, pero lo segundo constituía lo "aprovechable" de la misma, que podía ser utilizado sin contaminar la identidad de la cultura endógena. El resultado es una modernidad imitativa, que adapta más o menos exitosamente algunos rasgos de la sociedad industrial moderna, rasgos pueden ser resumidos bajo la categoría de una racionalidad meramente instrumental. Pero sus otros grandes logros, que van desde la democracia parlamentaria hasta el racionalismo y la ética basada en el humanismo y la tolerancia son escamoteados discretamente o rechazados con inusitada vehemencia, como en los casos del fundamentalismo islámico, de las dictaduras militares populistas del Africa subsahariana o en los variados experimentos del socialismo radical tercermundista. Todos estos regímenes, a pesar de la disparidad de su origen, se consagran sintomáticamente a reemplazar los valores universalistas "foráneos" por los fragmentos más deplorables de la he-

30. Cf. Rudolf G. Wagner, *Staatliches Machtmonopol und alternative Optionen. Zur Rolle der "westlichen Barbaren" im China des 19. Jahrhunderts* (= Monopolio estatal del poder y opciones alternativas. Sobre el rol de los "bárbaros occidentales" en la China del siglo XIX), en: Jan-Heeren Grevemeyer (comp.), *Traditionelle Gesellschaften und europäischer Kolonialismus* (= Sociedades tradicionales y colonialismo europeo), Frankfurt: Syndikat 1981, p. 127, 130 sq., 133; acerca del mundo islámico cf. Abdallah Laroui, *L'idéologie arabe contemporaine*, París: Maspero 1977, p. 26 sq., 47 sq., 52, 167.- En general cf. la gran obra de carácter comparativo: J. A. Hall, *Power and Liberties. The Causes and Consequences of the Rise of the West*, Harmondsworth: Penguin 1986

rencia premoderna, cuyo ahora celebrado particularismo se reduce muchas veces a un autoritarismo vetusto y detestable.

Se puede afirmar, por consiguiente, que la actual ola en pro de la recuperación de tradiciones endógenas en el plano político-institucional (y parcialmente en el socio-cultural) pretende, en el fondo, consolidar identidades colectivas devenidas precarias; estos intentos no han podido o no han sabido crear modelos verdaderamente diferentes con respecto a las exitosas naciones metropolitanas de Occidente, sobre todo en lo concerniente a las últimas metas normativas que hoy en día definen lo que es "desarrollo": modernización, alto nivel masivo de vida, tecnificación en un contexto urbano y un Estado nacional más o menos eficiente.

A fines del siglo XX, después de haber experimentado los horrores asociados a un racionalismo exclusivamente instrumentalista y a un fundamentalismo antihumanista, lo más razonable parece ser una síntesis entre principios universalistas y valores particularistas, que por un lado logre preservar elementos identificatorios aceptables de las tradiciones de cada pueblo y por otro pueda generalizar lo positivo de la civilización occidental. Lo rescatable del mundo premoderno reside, como ya se mencionó, en su heterogeneidad, su polifonía y su colorido, es decir en aquello que puede servir aun de freno a la monotonía de la sociedad enteramente modernizada, a sus *standards* implacables, exentos de toda estética, y a su uniformidad vacía de sentido de la vida. Lo que se precisa como enfoque teórico concomitante es un *relativo relativismo cultural*³¹, que nos haga comprender lo valioso de aquellas sociedades hoy calificadas despectivamente de arcaicas, primitivas y atrasadas y lo negativo de un universalismo anónimo y frío, que es un modo de controlar y dominar todo aspecto de vida humana. Es igualmente

31. La expresión proviene de Roy Preiswerk, *Kulturelle Identität, Self-Reliance und Grundbedürfnisse* (= Identidad cultural, auto-confianza y necesidades básicas), en: DAS ARGUMENT (Berlín), vol. 22, Nr. 120, marzo/abril de 1980, p. 170 (La idea está basada en la obra de Ruth Benedict y Melville Herskovits).- Cf. también Gérard Leclerc, *Anthropologie et colonialisme. Essai sur l'histoire de l'africanisme*, París: Fayard 1972, pp. 18-36, 147-157

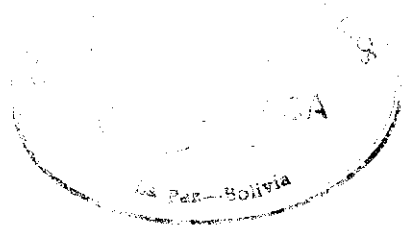
necio, empero, caer en el otro extremo y ver en los movimientos "revolucionarios" del Tercer Mundo – que combinan las reivindicaciones socio-económicas con una cierta protesta cultural– la alternativa razonable, "la resistencia o reserva íntima de todos nosotros ante el actual desarrollismo", "la nostalgia de los dioses, voluntad de respeto de la naturaleza madre", como lo hizo *Abel Posse* con relación a la sublevación de Chiapas (sud de México, a comienzos de 1994), que contó con cierta simpatía de la población maya aborigen. Según Posse, "los mayas que se rebelan hoy son hombres de la selva, capaces de conocer el vuelo de los pájaros [...]. Son hombres del estar cósmico, agredidos por la prepotencia de la cultura 'occidental' del hacer". De acuerdo a este autor, los mayas se habrían mantenido hasta hoy como "hombres primigenios del ser", negándose al "hacer de los civilizados". "Son ellos, los puros, [...] los que nos demuestran un camino en medio del actual eclipse total de los valores de 'nosotros', los patrones de la 'civilización'" ³². Es superfluo añadir que este enfoque proyecta sobre un movimiento violento de dudosa ideología y fines convencionales las añoranzas culturales y ecologistas de europeos cansados del sinsentido de la civilización industrial de Occidente, echando por la borda al mismo tiempo lo rescatable de la misma: el espíritu crítico-científico, la democracia parlamentaria y representativa, el respeto al individuo y la moral universalista.

El tratar de entender lo Otro no significa exculpar sus lados oscuros y menos aun justificarlos. Un relativismo cultural de carácter radical nos haría imposible conocer y apreciar otros sistemas culturales y sociales, incluyendo su filosofía y literatura, sus obras de arte y sus ideas sobre Dios. La labor intelectual tiene que ser también el ensayo de traducir fidedignamente de una cultura a otra; la traducción es, como dijo *Umberto Eco* ³³, "la metáfora de una visión tolerante del mundo". Hace ya mucho tiempo aseveró *Voltaire*, en una plegaria incluida en su *Tra-*

32. Abel Posse, *México y el teocidio maya*, en: LA RAZON (La Paz) del 30 de enero de 1994, p. 6

33. Umberto Eco, *Entrevista*, en: EL CORREO DE LA UNESCO, vol. XLVI, junio de 1993, p. 6

tado sobre la tolerancia, que nuestras pequeñas diferencias en vestimenta y lenguaje y nuestras ridículas controversias en torno a leyes y opiniones aparecen desproporcionadamente grandes ante nuestros ojos, pero muy similares e ínfimas ante el Creador, y que por ello no deberían ser señales de odio y persecución.



6

**Las metas
generales de
desarrollo en la
conciencia colectiva
latinoamericana**

Los aspectos centrales de los modelos de desarrollo más expandidos se han perfilado más nitidamente a partir de la llamada "crisis energética" (1973), en cuyo contexto se halla una modificación paulatina pero importante de las relaciones entre las naciones altamente industrializadas del Norte y las sociedades subdesarrolladas del Sud. La conciencia generalizada acerca de la incipiente escasez de recursos naturales ha acentuado y puesto en relieve algunas tendencias a mediano plazo que se pueden observar a partir de 1960 aproximadamente. Los grandes bloques ideológicos y militares que han existido desde la Segunda Guerra Mundial tienden a debilitarse progresivamente en las regiones periféricas, no tanto por la dificultad de localizar política y militarmente los nuevos estados dentro de las grandes zonas antagónicas de influencia, sino por la constitución socio-económica de los mismos, poco proclive a ser clasificada según el esquema habitual capitalismo/socialismo.

Este proceso es acompañado por un *consenso* creciente entre los países del Tercer Mundo que es aún rudimentario y que se ha formado a pesar de considerables diferencias políticas, sociales y culturales entre aquellos países. Paralelamente se puede constatar un esfuerzo sostenido por una industrialización acele-

rada como núcleo de lo que se entiende hoy en día por "desarrollo". Y a partir de 1970 más o menos, numerosos estados del Tercer Mundo colaboran en la construcción lenta, pero continuada de nuevos bloques económicos y comerciales, destinados a defender intereses y objetivos comunes en los mercados internacionales y a desplazar de ellos el predominio relativo de las naciones altamente industrializadas.

La colaboración incipiente entre regímenes muy diversos y el énfasis en proyectos de industrialización están estrechamente relacionados con la concepción general sobre el progreso reinante en el Tercer Mundo. El avance económico-tecnológico ha adquirido una importancia tan elevada como esencia misma de progreso que la cooperación con regímenes diferentes aparece como un movimiento inevitable de estrategia política y el distanciamiento de la metrópoli dominante como una posibilidad que a la larga vale la pena. La consecución del adelantamiento económico pasa a ser la encarnación real de los valores de orientación positivos por encima de las diferencias político-ideológicas, objetivo al que está subordinada toda actividad, incluyendo el orden social interior y las alianzas internacionales. Lo negativo absoluto se manifiesta en la falta de crecimiento, en tasas bajas de incremento económico y en la ausencia de los frutos materiales del progreso. Para todas las corrientes importantes de opinión en el Tercer Mundo, el *crecimiento cero*, pregonizado por algunos científicos preocupados por la crisis ecológica, representa el valor negativo y execrable por excelencia; las diferencias entre estas corrientes empiezan recién en la determinación de los métodos para alcanzar el progreso material y en la configuración del marco socio-político correspondiente.

Es importante señalar que estas diversas líneas políticas en América Latina presuponen implícitamente que el progreso material es el motor y la meta de la evolución histórica y que existe un vínculo causal e indefectible entre el adelantamiento económico-tecnológico y el desenvolvimiento social, político y cultural; la expansión de los modos más avanzados de producción traería consigo la democracia política y la cultura para las

masas. Esta visión unilateralmente optimista de la historia reproduce, con una buena dosis de ingenuidad, un aspecto central del pensamiento predominante en las metrópolis durante el siglo XIX: la unidad de crecimiento y democracia, pese a que esta convicción está sometida a una crítica cada vez más severa en las naciones altamente industrializadas.

En las periferias mundiales y en América Latina en particular se da la situación paradójica de que la conciencia intelectual se entrega a un verdadero *dogma del progreso* en nombre de ideales revolucionarios y de reivindicaciones sociales, cuando en los centros metropolitanos, que anticiparon el desarrollo moderno, ya ha surgido una amplia conciencia crítica sobre los posibles efectos negativos e irracionales derivados del avance económico-tecnológico. Los tonos anti-imperialistas y los esfuerzos por una evolución autónoma y diferente de la cultura metropolitana ocultan la admiración no relativizada del progreso material y la bagatelización de los lados negativos del mismo. La conciencia intelectual en América Latina, tanto en sus posiciones conservadoras como en sus revolucionarias, comparte la creencia de que el proceso histórico coloca a cada sociedad ante problemas que ésta, con ayuda de la tecnología del día y de la correcta línea política, siempre puede resolver con todo éxito.

Esta posición acrítica y de claro carácter imitativo es la consecuencia de la adopción de paradigmas exógenos de desarrollo, sin considerar el cuestionamiento de que son objeto en el lugar de su origen y sin modificarlos esencialmente al transplantarlos a las periferias mundiales. Ninguna de las grandes culturas surgidas en los territorios que hoy componen el Tercer Mundo ha podido desarrollar en forma autónoma una dinámica expansiva e industrializante como las modernas sociedades occidentales ni tampoco una estructura compleja basada en el avance científico-tecnológico y combinada con intentos de participación política democrática. Ante los éxitos a escala mundial del modelo occidental y las presiones claramente imperialistas, las naciones periféricas no han sabido o no han podido encontrar otra respuesta que imitar el paradigma metropolitano,

haciéndolo pasar por la evolución histórica ineludible e intrínseca de todos los pueblos y dándole en las esferas secundarias de la política (en sentido restringido) y de la cultura rasgos de autoctonismo y espíritu nacional, no exentos de aspectos pintorescos o grotescos. En todo caso, una vez establecido un vínculo permanente y casi siempre asimétrico entre las potencias del Norte y las sociedades meridionales se puso de manifiesto la inviabilidad de un desarrollo exitoso y promisorio que pretendiese seguir fielmente las líneas de la evolución inmanente de la nación respectiva. En cuanto a modelos realmente originales de desarrollo se ha podido constatar un verdadero vacío, relleno habitualmente por una fraseología muy abundante de carácter tecnocrático o revolucionario, destinada a demostrar como intrínseca e inevitable la adopción del modelo metropolitano de modernización. El derrumbe de los imperios coloniales y la reducción de la influencia de Europa Occidental no pueden ocultar el éxito ni la relevancia del paradigma allí originado de la modernización industrializadora.

En las periferias mundiales el contenido mismo de los modelos de desarrollo está, pues, estrechamente ligado a lo ya alcanzado por los centros metropolitanos, máxime si actualmente las interrelaciones existentes permiten una rápida difusión de pautas de orientación y consumo y si los efectos de demostración han tenido consecuencias tan universales como devastadoras en la conciencia colectiva del Tercer Mundo. La adopción de tales pautas y modelos de carácter exógeno tiene, como precondition de su buen funcionamiento, sin embargo, que suceder paralelamente a ideologías y teorías históricas de índole justificatoria de las cuales no ha habido ninguna escasez en el área latinoamericana.

Los paradigmas de desarrollo están basados en dos grandes metas, cuya validez sobrepasa diferencias ideológicas y cuyo origen se remonta a la evolución de Europa Occidental:

- 1) La consecución del nivel tecnológico-económico de los centros metropolitanos por medio de una modernización tan masiva como acelerada, que incluya ante todo el proceso de

una industrialización de amplia base y que está destinada, a largo plazo, a alcanzar el nivel de vida de las naciones altamente desarrolladas;

- 2) La consolidación y expansión del Estado nacional, que aspira a hacer más extenso, efectivo y poderoso el aparato burocrático y de administración pública, para tomar a su cargo la movilización de recursos, el elevamiento del propio país en el concierto de naciones y la obtención de una relativa autarquía económica.

El tratar de alcanzar ambas metas – industrialización y efectivización del Estado – tiene lugar en medio de una atmósfera altamente emocionalizada y dentro de un marco de complejas relaciones entre los ideales de la mentalidad colectiva. En primer lugar, la "batalla por el desarrollo" transcurre desde el fin de la Segunda Guerra Mundial con carácter de extrema urgencia, como si un ritmo lento y cualquier retraso en la construcción económico-material del progreso significasen un daño irreparable para el funcionamiento de la sociedad entera y para la identidad misma de la nación. En segundo término, aquellas metas han adquirido el carácter de lo obvio, indefectible e irrenunciable, tomando una fuerza claramente *normativa* al determinar los valores por los cuales se orienta la conciencia colectiva y los criterios por los cuales se juzga toda evolución histórico-social. En tercer lugar, estos objetivos disfrutaban de un amplio consenso en todo el espectro político – desde el tecnocratismo conservador hasta el socialismo guevarista. Naturalmente que los caminos para alcanzar tales fines exhiben notables diferencias según la línea ideológica, pero el énfasis similar en la necesidad del progreso material alude a una comunidad de intereses que es de importancia central para determinar el precio del progreso y la relevancia de consideraciones ecológicas.

Lo más notable de todo este complejo reside probablemente en el hecho de que los valores normativos del desarrollo tienen un carácter eminentemente prelógico: al igual que las pautas orientadoras de la conciencia individual, aquellos valores no representan criterios surgidos de la discusión crítica y de un

proceso autónomo y racional de elucidación de objetivos alcanzables, sino paradigmas originados en instancias exógenas, cuya autoridad y validez están garantizadas por la mayor antigüedad, el éxito y el peso económico y político de las sociedades de procedencia. Debido al viejo vínculo con las naciones occidentales y a la relación subordinada con respecto a éstas, la conciencia colectiva en el Tercer Mundo ha internalizado como propias esas metas de desarrollo a lo largo de un proceso pre-racional, secular y profundo, y ve ahora en ellas los modelos de acción que hay que seguir sin ponerlos fundamentalmente en cuestión. Se reproduce así una situación asimétrica similar a la existente en la conciencia individual, en la cual las normas del super-ego son respetadas en virtud de su carácter patriarcal y hasta atávico. Las metas de desarrollo adquieren así una autoridad comparable a la de los valores centrales y las normas principales que conforman el super-ego individual, con un mecanismo semejante que asegura su vigencia e impide su crítica. Debido a que estas pautas de orientación no son, en su conjunto, un producto de un análisis racional de las posibilidades propias ni menos aún una consecuencia de la evolución histórica anterior a la penetración metropolitana, constituyen los paradigmas del preconsciente colectivo una instancia poco accesible a los argumentos del discurso racional. Por ello es comprensible que desde las propias posiciones de la conciencia colectiva latinoamericana no se haya hecho cuestionamientos acerca del contenido mismo de las normativas ni sobre su amplitud en casos más concretos, y que simultáneamente a los modelos metropolitanos se les haya atribuído la cualidad de procesos iguales a las leyes de la naturaleza.

La fuerza normativa de los paradigmas se manifiesta cuando el contenido de éstos es presentado como el anhelo colectivo irrenunciable: un anhelo que es visto como un elemento derivable de la propia tradición y no como una magnitud derivada de los efectos demostración a partir de los centros metropolitanos. Toda la inmensa literatura científica y popular en torno a la "autenticidad" del desarrollo a que se aspira, a las "alternativas" con respecto a la evolución dependiente, a las "nuevas perspec-

tivas" de los proyectos autoctonistas y al "reto" que conforma presuntamente el camino acelerado hacia el progreso ¹, no representa, en el fondo, más que variaciones sobre la mejor manera de inducir en América Latina un proceso comparable al metropolitano, adornado con abundantes aspectos superficiales y llamativos de lo que se llama la "autenticidad nacional".

El parámetro central para medir todo movimiento histórico evolutivo es el concepto dual *subdesarrollo/desarrollo*; su utilización no solamente por parte de la Teoría de la Dependencia, sino también por todas las agrupaciones significantes en el Tercer Mundo, puede indicar someramente hasta qué grado los logros e ideales metropolitanos han pasado a ser los lugares comunes de la conciencia colectiva en América Latina ². En el binomio subdesarrollo/desarrollo es evidente que el primer término concentra en sí todos los fenómenos y hechos negativos, que deben ser superados lo más pronto posible, y que el segundo encarna todos los elementos positivos deseables, cuya realización debe ser la preocupación práctica de toda la población con "conciencia histórica" en el Tercer Mundo. Empero, como el contenido del segundo término está predeterminado por el nivel más alto alcanzado en el mundo, es decir por el metropolitano, se puede afirmar que todo este sistema y pensamiento y la programática respectiva están referidas a un marco teórico y a un horizonte de expectativas que se ha organizado en el área situada entre San Francisco y Moscú ³.

El dilema fundamental tanto del pensamiento histórico-científico como de los programas de desarrollo consiste en que todos ellos intentan una definición de lo propio y genuino y un establecimiento de objetivos con un amplio sentido autonomis-

-
- 1 Cf. un ejemplo representativo de esta tendencia: Augusto Salazar Bondy, *La alternativa del Tercer Mundo*, en: Jorge Bravo Bresani et al., *El reto del Perú en la perspectiva del Tercer Mundo*, Lima: Moncloa-Campodónico 1972, pp. 99-118.
 - 2 Cf. el estudio introductorio Ger van Roon, *Europa und die Dritte Welt*, (Europa y el Tercer Mundo), Munich: Beck 1978.
 - 3 Manfred Mols, *Zum Problem des westlichen Vorbilds in der neueren Diskussion zur politischen Entwicklung* (Sobre el problema del modelo occidental en la nueva discusión acerca del desarrollo político), en: VERFASSUNG UND RECHT IN ÜBERSEE, Vol. 8. (1975), Nr. 1, p. 5.

ta, pero no consiguen otra cosa que tomar y adaptar los parámetros y resultados de las zonas más evolucionadas del planeta. Toda la crítica al imperialismo y todo distanciamiento con respecto a la civilización del Norte no pueden encubrir la dependencia de las aspiraciones de desarrollo con respecto a lo que se ha construído en las naciones altamente industrializadas; la identidad misma en las periferias mundiales es una contradicción, formada por el rechazo verbal de los rasgos centrales de la civilización metropolitana y por la adopción efectiva de los logros de ésta última como metas a seguir. Se puede, entonces, afirmar que los principales modelos de desarrollo en América Latina, incluyendo a la Revolución Cubana, están *fijados negativamente* a los valores de orientación de las naciones más evolucionadas, sean éstas de régimen socialista-estatal o de economía de mercado. En la autodefinición de las sociedades periféricas se halla, desde el núcleo mismo, esta falta de plenitud en su identidad, compensada deficientemente o por el ensayo de revivir tradiciones y valores del pasado o por una ideología radical y revolucionaria, o por una combinación de ambas corrientes. En todo caso, los países del Tercer Mundo carecen, como anota *Manfred Mols*, de una "autonomía de objetivos" ⁴.

La falta de metas realmente autónomas aparece en forma drástica en los binomios que ha creado la literatura latinoamericana crítica y revolucionaria en ciencias sociales para marcar los polos de la evolución en el Tercer Mundo. Los términos *centro/periferia*, en primer lugar, exhiben ya esa característica: aunque fueron acuñados en sentido crítico para denominar una asimetría esencial en el contexto internacional, el concepto de "periferia" engloba los factores negativos, subordinados, de segunda clase y anti-paradigmáticos, mientras que "centro" incluye lo positivo, dominante, de primera categoría y ejemplar. Por un lado, la preocupación práctica que se desprende de los juicios normativos de valor de la Teoría de Dependencia y de otras corrientes afines es la de eliminar la condición de periferia lo más pronto posible, tratando para ello de obtener los ras-

4 Ibid., p. 11.

gos que definen los centros. La "superación de la situación periférica" se concibe aparentemente por medio de una evolución a cuya terminación las sociedades meridionales hayan adquirido los caracteres principales de los centros actuales. No se trata, probablemente, de construir nuevos núcleos de irradiación imperialista (lo que agradaría a no pocos estados del Tercer Mundo), sino de alcanzar un grado de adelantamiento económico y autonomía política comparable a los países que hoy en día conforman la estructura metropolitana.

Cuando los teóricos de la dependencia emprenden un examen crítico de las diferencias entre los "países progresistas, industrializados y económicamente desarrollados" del Norte y los "países subdesarrollados, pobres y dependientes" del Sud ⁵, es suficientemente claro cuál grupo de naciones encarna el paradigma de desarrollo. Los valores negativos están, de modo concreto, representados por ingresos bajos, crecimiento lento, inestabilidad, desequilibrios regionales ⁶, por la dependencia con respecto a sociedades externas y por la dependencia tecnológica ⁷, y por la combinación de economía de exportación con consumo de lujo ⁸. Los valores positivos se encuentran en el proceso de desarrollo que conduce a la autosuficiencia ⁹, en el fortalecimiento de la nación-estado y en la homogeneidad de la estructura socio-económica ¹⁰, en una tasa continua de creci-

5 Osvaldo Sunkel, *Transnationale kapitalistische Integration und nationale Desintegration: der Fall Lateinamerika* (Integración capitalista transnacional y desintegración nacional: el caso de Latinoamérica), en: Dieter Senghaas (comp.), *Imperialismus und strukturelle Gewalt* (Imperialismo y violencia estructural), Frankfurt: Suhrkamp 1972, pp. 258-315

6 Ibid., p. 259.

7 Theotonio dos Santos, *La estructura de la dependencia*, en: Sweezy / Wolff / Dos Santos / Magdoff, *Economía política del Imperialismo*, Buenos Aires: Periferia 1971, pp. 43-63.

8 Samir Amin, *Zur Theorie von Akkumulation und Entwicklung in der gegenwärtigen Weltgesellschaft* (Sobre la teoría de acumulación y desarrollo en la presente sociedad mundial), en: Dieter Senghaas (comp.), *Peripherer Kapitalismus* (Capitalismo periférico), Frankfurt: Suhrkamp 1974, p. 78.

9 Th. dos Santos, op. cit., p. 60 s; O. Sunkel, op. cit., p. 268.

10 Sunkel, ibid., p. 288, 311; Celso Furtado, *Externe Abhängigkeit und ökonomische Theorie* (Dependencia externa y teoría económica), en: Senghaas (comp.), *Imperialismus...*, op. cit., pp. 316-334.

miento ¹¹, en el elevamiento general del nivel de vida, en la diversificación de la economía, en mejores *standards* de cualificación profesional y en un uso óptimo de todos los recursos ¹².

En el marco de este estudio no se pone en cuestión el esfuerzo de alcanzar muchos de estos objetivos e incorporarlos a la realidad del Tercer Mundo. El análisis de los mismos persigue un mayor esclarecimiento del complejo problema de la identidad misma de las naciones periféricas en una época de rápidos cambios sociales y un acopio de elementos de juicio para una evaluación más sobria de las perspectivas históricas de América Latina. La crítica a las creencias generalizadas sobre desarrollo y progreso no debe ser interpretada como un rechazo de todo ensayo de modernización o como una adhesión velada al arcaísmo, sino como un intento de explicar el trasfondo y los intereses que están vinculados a la programática autonomista y a las teorías anti-imperialistas que pretendidamente combaten todos los aspectos de la civilización metropolitana. Si no existe otra alternativa que la de reproducir los elementos esenciales del proceso de modernización, adaptado a las necesidades regionales en sus aspectos secundarios, este hecho no tiene que ser envuelto en un espeso velo de ideología autoctonista y revolucionaria y de fundamentación pseudo-científica según la moda del día, pues justamente este proceder obscurecerá las pocas posibilidades de lograr diversidades regionales en los procesos contemporáneos de modernización.

Con la reserva impuesta por la escasez de investigaciones sobre esta materia, se puede postular la tesis de que la mayoría de las sociedades del Tercer Mundo han experimentado una crisis de identidad desde que entraron en contacto con las culturas expansivas y exitosas de los centros metropolitanos y especialmente cuando las élites en las periferias mundiales se distanciaron de sus propios valores y tradiciones evolucionarias y adoptaron, de modo creciente, las normas y los ideales de las

11 Th. dos Santos, op. cit., p. 62

12 Justinian Rweyemamu, *Underdevelopment and Industrialization in Tanzania. A Study on Perverse Capitalist Industrial Development*, London 1973, pp. 105-180.

metrópolis. Esta crisis es sentida más intensamente en los períodos en los cuales las dificultades para esta aceptación de valores son reconocidas por audiencias cada vez mayores, dificultades que se derivan de un empeoramiento en las relaciones comerciales o del cuestionamiento de tales normas de parte de los partidos e intelectuales revolucionarios. A pesar de importantes diferenciaciones, se puede suponer que la nueva identidad, común a partidos y movimientos de relevancia en el Tercer Mundo, se centra en torno a un intento de modernización siguiendo pautas metropolitanas en el terreno económico-tecnológico y a un ensayo de autoctonismo en el área político-cultural, la cual se desplaza frecuentemente hacia modelos socialistas y nacionalistas de izquierda ¹³.

El carácter fundamentalmente ambivalente y problemático de esta nueva identidad no se puede pasar desapercibido. A pesar de su crítica radical a casi todos los aspectos de la "cultura dominante", los intelectuales progresistas del Tercer Mundo – y particularmente a los de América Latina – no se salvan del reproche de que sus concepciones de desarrollo permanezcan fijadas negativamente a los logros de los incriminados centros metropolitanos: el atraso de los propios países es *definido* principalmente en comparación con los avances de las metrópolis – el subdesarrollo significa, por ende, la distancia que separa las realidades de las periferias, consideradas como negativas, de los niveles alcanzados en el Norte, que devienen así las normas paradigmáticas. Concretamente, los valores de orientación más caros a la conciencia colectiva latinoamericana (acumulación de capital, industrialización sobre una base amplia, crecimiento continuado, modernización de las pautas de comportamiento hacia eficiencia y rentabilidad, fortalecimiento del aparato estatal y tendencia a la autarquía) son los factores definitorios de las sociedades metropolitanas y sus más importantes creaciones históricas.

13 Cf. Charles Wilber, *The Soviet Model and Underdeveloped Countries*, Chapel Hill: Univ. of North Carolina Press 1969; Salim Ibrahim/Verena Metze-Mangold, *Nicht-kapitalistischer Entwicklungsweg* (Vía de desarrollo no-capitalista), Colonia: Riepenheuer 1976, p. 103 s., 107 s.

El más importante de todos estos procesos es, indudablemente, la industrialización. La intelectualidad latinoamericana no la considera generalmente como un fin en sí mismo, sino como el prerrequisito para un mejoramiento permanente del *standard* de vida, para la realización de la justicia social y para alcanzar un nivel general compatible con la dignidad de la nación. Pero aún con la vista en tales objetivos ulteriores, el énfasis en la industrialización supone que todos ellos pueden ser considerados como los productos laterales casi automáticos del desarrollo económico-tecnológico.

Las ideologías progresistas latinoamericanas, fijadas al programa de industrialización completa, atribuyen toda clase de efectos, cualidades y tendencias *positivas* a este proceso, dificultando así *a limine* el reconocimiento de los factores causantes de los desequilibrios ecológicos y del agotamiento de recursos naturales. Si la industrialización es tan necesaria como benéfica, y si ambas calificaciones no llegan a ser relativizadas por ninguna crítica seria y permanente, se solidifica una creencia básica e indisputable acerca de las bondades positivas de la civilización industrial y se abre la puerta a una bagatelización de los riesgos de contaminación y destrucción que ella conlleva. La conexión entre ecología y política se ha hoy en día a través de los problemas suscitados por los intentos industrializadores y por los programas de *apertura* de todas las áreas aún no tocadas por el progreso. También en América Latina hay que buscar las causas de las crisis ecológicas graves en los proyectos de modernización acelerada.

A partir de la Segunda Guerra Mundial se ha ido precisando el contenido específico de modernización e industrialización que sirve de paradigma en América Latina. El acento está desde entonces centrado en la creación de una industria pesada y de bienes de consumo. No se trata, evidentemente, de que en la realidad latinoamericana todos los esfuerzos se hayan volcado hacia la construcción de una industria pesada en detrimento de otras formas de producción; como se sabe, el desenvolvimiento industrial en América Latina se manifiesta, en su mayor parte, en la industrialización del agro, en la fabricación de bienes de

consumo y en las industrias llamadas intermedias. Pero la intención generalizada a largo plazo, los esfuerzos teóricos y las aspiraciones colectivas – y de alguna manera las líneas subyacentes a la planificación para el futuro – se refieren a un tipo ideal de industrialización que está encarnado por la elaboración de bienes de capital y por las modernas industrias siderúrgica, química y eléctrica, tal como estas se dan en los centros metropolitanos. Corrientemente se estima que el crecimiento de una industria pesada suministraría a los otros sectores económicos el impulso de desarrollo adecuado y significaría, por lo tanto, la superación de la situación de dependencia. *Arturo Urquidi*, uno de los promotores de la reforma agraria en Bolivia, escribió que la meta de desarrollo es la "industrialización plena y auténtica", cuya autenticidad consistiría en una industria pesada y no en una "mera" industria de montaje o ligera ¹⁴. El expresidente argentino *Juan Domingo Perón* manifestó al explicar su programa reformista que "o conseguimos construir una industria pesada nacional o debemos renunciar a toda industria" ¹⁵. El partido boliviano *Movimiento Nacionalista Revolucionario* hizo aprobar en su programa la noción de que "la industrialización constituye el único y verdadero camino de la liberación nacional"; allí se halla también la identificación de "desarrollo moderno" con "industrialización masiva y competente" ¹⁶. El historiador argentino *Jorge Abelardo Ramos*, de observancia marxista, propuso como objetivo el "propulsar enérgicamente la industrialización, luchando para continuar sin vacilaciones el desarrollo de la industria pesada" ¹⁷. El teórico chileno de la dependencia *Oswaldo Sunkel* considera igualmente que la creación de una industria pesada es la condición básica para un crecimiento autosostenido ¹⁸.

14 Arturo Urquidi; *Latinoamérica y el "crecimiento explosivo" de su población*, en: PRAXIS (La Paz), Vol 1, Nr. 1, (mayo 1964), p. 18.

15 J. D. Perón, *Discurso ante la Asamblea de Industriales*, en: Confederación de la Industria, MEMORIA ANUAL DE 1953, Buenos Aires 1953, p. XXVIII.

16 *Programa esquemático de gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario*, La Paz: Dirección General de Informaciones 1964, pp. 17-25.

17 J. A. Ramos, *De octubre a septiembre*, Buenos Aires: Peña-Lillo 1974, p. 321.

18 Oswaldo Sunkel, *El subdesarrollo dependiente en América Latina*, en: Carlos

Después de la industrialización, los programas de modernización incluyen, ante todo, el postulado – más teórico que efectivo – de la auto-suficiencia a largo plazo y el de la ampliación del poder estatal. Mientras que el paradigma de una cierta autarquía queda, en los procesos incipientes de desarrollo, como un valor de orientación bastante abstracto y sin consecuencias concretas, la consolidación y expansión del aparato del Estado se revela como un postulado de enorme importancia teórica y práctica. No solamente en los países del Tercer Mundo con gobiernos socialistas o afines se puede constatar una dilatación notable de las funciones del Estado centralizado, sino también en aquellas sociedades que aún dicen pertenecer al área de la economía de mercado y de la iniciativa privada, por razones bien conocidas: debilidad de las élites empresariales indígenas, falta de recursos humanos y financieros para tareas de cierta envergadura, la influencia de los consorcios privados extranjeros y la complicada trama de estratos sociales e intereses regionales que han impedido en muchos países el surgimiento de una clase política eficiente y dinámica. Un Estado fuerte está, según suposiciones generalizadas en América Latina, en mejores condiciones de establecer el marco de relaciones sociales e infraestructura técnica necesario para un desarrollo de corte neocapitalista; un aparato estatal altamente centralizado sirve igualmente a los designios de tendencia socialista o nacionalista de izquierda. Además una burocracia bien organizada, cuya autoridad penetre en todos los niveles y áreas de la sociedad, cuya administración funcione de acuerdo a los principios de la racionalidad instrumental y cuyo aparato posea los instrumentos pertinentes y el personal de confianza indispensable, es considerada como capaz de inducir un proceso acelerado de modernización, de movilizar recursos y de controlar eficazmente a la población, cumpliendo así los objetivos que corrientemente se esperan de un Estado moderno dinámico, aún cuando su proceder exhiba claros signos autoritarios y antidemocráticos. Criterios empero como la participación efec-

Naudón (comp.), *América 70. Servidumbre o independencia en la presente década?*, Santiago de Chile 1970, pp. 68-71.

tiva de la población en las decisiones políticas o el cuestionamiento del principio mismo de rendimiento no son, manifiestamente, elementos de juicio relevantes en el pensamiento y en la praxis actuales, tanto desde el punto de vista de la tecnocracia conservadora como del socialismo burocrático-estatal. (Naturalmente que existen muchas otras corrientes de pensamiento que las esbozadas en este estudio, especialmente con respecto al desarrollo y a los métodos de construcción dentro del campo socialista y marxista. Pero estas concepciones no tienen mayor importancia en la praxis, permaneciendo habitualmente restringidas a la esfera de los cenáculos literarios. Por ello son exceptuadas rigurosamente del presente análisis).

Las consecuencias de este postulado para la problemática ecológica son ciertamente ambivalentes. Un Estado fuerte no es, habitualmente, una instancia que se deja influenciar por pequeños grupos, por particulares o por intereses marginales, y hasta hoy la causa de la protección ecológica y de la limitación del crecimiento ha sido una ocupación de poquísimas personas y asociaciones con un poder de negociación extremadamente bajo. Una burocracia segura de sí misma y con considerable poder propio no es propensa a escuchar argumentos ajenos y menos aquellos que contradicen o que sencillamente no son congruentes con las grandes líneas del pensamiento pragmatizado y fuertemente instrumentalista. Medidas de protección ecológica representan, por lo general, un aumento gratuito de los costos de producción y un factor difícilmente cuantificable para las tendencias instrumentalistas de toda burocracia; todas las reflexiones ecológicas pueden ser, entonces, fácilmente confundidas con especulaciones sin base empírica y material. Precisamente las tecnoburocracias ¹⁹ modernas y dinámicas se caracterizan por el empleo de parámetros de corte empírico-utilitarista y por la supresión de todo dato incapaz de ser formalizado según los principios de costos y beneficios. En el caso latinoamericano en particular, es de esperar que toda mo-

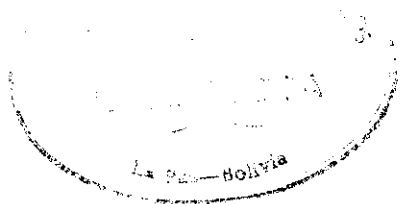
19 Cf. Manuel García-Pelayo, *Burocracia y tecnocracia*, Madrid: Alianza Editorial 1975, *passim*.

modernización del aparato burocrático y toda consolidación del poder estatal sean empleadas en forma acelerada para la consecución de un mejor desarrollo económico-tecnológico, y, como este postulado tiene una marcada preferencia y urgencia sobre todos los otros, que sean descartados por obsoletos la mayoría de los argumentos en pro de medidas de conservación ambiental.

Un Estado dinámico, por otra parte, tiene la posibilidad de incluir numerosos parámetros en su trabajo de planificación económica y de dar cierta importancia a criterios que se refieren a la conservación de recursos naturales a largo plazo; una dirección inteligente y de espíritu amplio está problememente interesada en salvaguardar el patrimonio nacional en una dimensión un poco más allá de las previsiones normales de la planificación convencional y la explotación ilimitada de recursos. Por razones utilitaristas igualmente, pero referidas a una perspectiva histórica más amplia, una burocracia medianamente esclarecida podría considerar en sus proyectos los efectos destructivos de la expansión industrial descontrolada, los daños causados a los diversos sistemas de nuestra biósfera y el posible agotamiento de ciertas materias primas. Sin embargo, los programas de modernización acelerada tienen en Latinoamérica un marcado carácter de urgencia inaplazable, ante la cual todas las reflexiones de índole ecológica y proteccionista deben retroceder indefectiblemente. El ansia de alcanzar lo más pronto posible el nivel ya logrado en las metrópolis mundiales hace que todas las corrientes relevantes en la política latinoamericana vean en la problemática ecológica un asunto secundario y subordinado y en las medidas de protección al medio ambiente un lujo que las sociedades en vías de desarrollo no debían permitirse ²⁰.

20 Con los años, las posiciones de la Teoría de la Dependencia se han vuelto más sobrias, realistas y menos dogmáticas, aunque la opinión pública popular ha permanecido fiel a los principios básicos de esta corriente, tal como fueron elaborados en los comienzos de esta teoría.- Cf. diversos puntos de vista: Osvaldo Sunkel, *Del medio ambiente al ambiente entero: bases para alternativas de desarrollo sostenible*, en: Gonzalo Martner (comp.), *El desafío latinoamericano. Potencial a desarrollar*, Caracas: Nueva Sociedad / UNITAR / PROFAL 1987, pp. 165-183; Dale L. Johnson (comp.), *Theories of Development. Modes of Production or Dependency*, Beverly Hills: Sage 1983; *Debate sobre la teoría de la dependencia y la sociología latinoamericana*, San José: EDUCA 1979

**Identidad nacional
e ideologías
justificadorias en
los países del
Tercer Mundo**



Es indudable que todas las sociedades organizadas han tenido fuertes inclinaciones al instrumentalismo y al pensamiento pragmatizado en sus acciones estatales, pero recién la moderna civilización industrial ha relegado a segundo término los factores religiosos, metafísicos, atávicos y no-materiales tanto del aparato burocrático como de la esfera productiva, imponiendo la prevalencia del principio de rendimiento. En América Latina, el activo proceso de modernización a partir de la Segunda Guerra Mundial también ha significado el retroceso de aspectos metafísicos y especulativos de la conciencia colectiva y la propensión a las normas utilitaristas de la cultura metropolitana. La formación de una nueva identidad ha tenido lugar, sin embargo, dentro de un marco muy complejo y a través de una evolución multifacética.

En la actualidad, la definición de la identidad nacional está determinada por la instauración masiva de procesos de modernización, por la consolidación del Estado nacional y de su administración y por la propagación de la racionalidad instrumental a todos los ámbitos de la sociedad. Se trata, en el fondo, de esfuerzos destinados a reproducir el modelo metropolitano de la civilización industria del Norte, pero preservando – paradójica-

mente? — algunos rasgos de la anterior (y más genuina) identidad. La conocida dicotomía teórica centro/periferia, creada por la intelectualidad latinoamericana, indica la dirección de los esfuerzos: la intención es la de disolver la dicotomía centro/periferia, pero según los parámetros que se han establecido los centros a lo largo de una evolución exitosa. En la intelectualidad del Tercer Mundo se ha difundido la noción de que los dominados deben insistir en subrayar la similitud con los dominantes durante la lucha de liberación, para poder tomar parte en el nivel civilizatorio ya alcanzado a escala mundial y ser así por fin reconocidos por todos como iguales.

La formación de la nueva identidad se encuentra, por lo tanto, en un terreno complejo y ambivalente, lleno de fenómenos contradictorios y difíciles de captar según los conceptos tradicionales de las ciencias sociales. Los dos polos de la nueva identidad de las naciones latinoamericanas son: la preservación de elementos de autoctonismo provenientes de la época preindustrial y la adaptación de los logros de la civilización industrial metropolitana. Los primeros son, en su mayor parte, disfuncionales o irrelevantes para el desarrollo moderno: los segundos son vitales para éste, pero no pueden ser calificados de productos autónomos de la cultura latinoamericana. Debido a que los segundos poseen una importancia evidentemente mayor para los objetivos actuales de cada país, la nueva identidad se va formando en base a éstos, desplazando lentamente a los valores y las normas tradicionales, o poniendo a algunas de éstas en servicio de los nuevos paradigmas. El núcleo, pues, de la identidad de las naciones periféricas en la actualidad consiste en adaptar los modelos metropolitanos de desarrollo en las esferas económico-tecnológica y estatal-administrativa como criterios de progreso, pero conservando al mismo tiempo importantes elementos de la tradición autóctona en los terrenos cultural, político y en el de las pautas del comportamiento individual y familiar, y poniendo algunos de ellos al servicio de los ideales modernos. La adopción de metas normativas de una esfera exógena, especialmente en lo relativo a los valores de orientación a largo plazo, requiere de una ideología justificatoria, que

haga aparecer aquel proceso como enteramente legítimo y aceptable. En resumen, se pueden constatar dos grandes tendencias básicas del pensamiento contemporáneo que han sido concebidas por la conciencia intelectual latinoamericana para justificar las metas normativas, que ya han adquirido paulatinamente la autoridad indubitable de las pautas propias de un preconsciente colectivo:

- 1) El llamado progreso técnico-económico sería un proceso de alcance universal, inherente a todas las culturas y, por ende, una especie de ley general, semejante en carácter a las leyes de la naturaleza. Esta concepción algo ingenua y excesivamente optimista del adelantamiento material y técnico-económico dificulta, por ejemplo, el cuestionamiento, hoy en día indispensable, del origen histórico, los costes sociales y las connotaciones ecológicas del progreso científico-técnico. Consecuentemente, algunos temas de primordial importancia no son percibidos como tales por la opinión pública y la conciencia intelectual latinoamericanas, como las posibles desventajas derivadas de la constitución geográfico-física de cada país y de su dotación con recursos naturales. Simultáneamente hace irrupción una creencia bastante candorosa acerca de la omnipotencia de la tecnología "universal", de la cual se espera la solución de los problemas más agudos del subdesarrollo ¹.
- 2) El renacimiento de aspectos presuntamente progresistas de las genuinas tradiciones latinoamericanas, especialmente en el campo de la cultura política, de la vida familiar e íntima, del terreno burocrático-administrativo y hasta de la estética pública, puede, curiosamente, reforzar algunas ideologías de rápido cambio social asociadas a las tendencias indigenista, populista, nacionalista e izquierdista en general. Son éstas las corrientes, incluidas las numerosas variantes socialistas, que predicán una vía autónoma de desarrollo, una vía que debe rechazar severamente el modelo evolutivo liberal-

1 Un ejemplo de esta acepción: Ramón Losada Aldana, *Dialéctica del subdesarrollo*, México: Grijalbo 1969, p. 89.

burgués y de influencia "anglo-sajona". Hay que resaltar el hecho de que estas grandes líneas ideológicas, directa o indirectamente, coadyuvan a conservar los elementos autoritarios, centralistas, jerárquicos e iliberales de la vieja, pero aun sólida herencia ibero-católica, y precisamente al determinar los factores autóctonos de desarrollo. Justamente estos fenómenos son los que juegan un papel importante en la formación de concepciones históricas de corte revolucionario y radical socialista ². Al ex-presidente argentino *Juan D. Perón* le corresponde el mérito de haber sido uno de los primeros en postular un modelo de desarrollo nacionalista-reformista, que unía el objetivo de modernización e industrialización aceleradas con el renacimiento de los valores hispano-católicos y con el rechazo de los ideales liberal-democráticos ³.

En cuanto a la concepción sobre la universalidad del progreso, una parte importante de las diversas corrientes de opinión cree que el proceso de modernización representa, en realidad, una *regeneración* de la herencia histórica propia; la industrialización y todos sus fenómenos complementarios son vistos, entonces, como la realización esperada durante tan largo tiempo de las tendencias genuinas de evolución que se hallan en el interior de cada pueblo. Las distintas variantes de la Teoría de la Dependencia parten del principio tan obvio como no demostrado de que la modernización regenerativa significaría un adelanto cualitativo para la vía autónoma de desarrollo, la cual se encontraría aún en estado latente a causa de la penetración imperialista y del subdesarrollo inducido desde afuera. Después de la "liberación" o luego del establecimiento de un régimen social-político "adecuado" desaparecerían la deformación socio-económica impuesta desde el exterior y el ritmo lento de creci-

2 J. A. Ramos, *De octubre a septiembre*, Buenos Aires: Peña-Lillo 1974, *passim*, especialmente pp. 175-235; Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, México / Buenos Aires: Siglo XXI 1974, pp. 293-306; A.G. Frank, *Lumpen-burguesía: Lumpendesarrollo*, México: Era 1971, p. 62.

3 D. J. Perón, *Doctrina revolucionaria*, Buenos Aires: Freeland 1973, p. 295; Perón, *La hora de los pueblos*, Buenos Aires: Pleamar 1973, p. 11 s.

miento dictado por el imperialismo. Todo esto ayudaría a *restablecer* el camino "genuino" en dirección a la industrialización total ⁴, lo cual conduciría al "modelo autocentrado" de desarrollo postulado por *Samir Amin*, modelo que, como él mismo reconoce, ha sido anticipado por los centros metropolitanos ⁵.

Uwe Simson, en su estudio sobre el área cultural árabe, sostiene que la regeneración de la herencia histórica árabe – un postulado de las fuerzas progresistas que conforma una parte esencial de la redefinición de aquella cultura en la época contemporánea – significa la europeización de los terrenos socio-económicos y la adopción de los modernos *standards* metropolitanos y la reactivación de elementos autóctonos en los campos político y cultural y en la esfera de la vida privada. Las corrientes propulsoras de la regeneración se adhieren explícitamente a objetivos como fundiciones de acero, reactores atómicos y bibliotecas públicas, como si las modernas plantas siderúrgicas y las centrales nucleares fueran una prolongación del pasado árabe, en el sentido de llevar a cabo por fin posibilidades latentes de la civilización árabe, impedidas de realizarse por la presión perversa del imperialismo occidental ⁶.

Otra de las concepciones fundamentales del pensamiento colectivo en sociedades periféricas es la creencia de que ha existido una igualdad primigenia entre todas las naciones con respecto a la repartición de recursos naturales y habilidades intelectuales, la que habría sido distorsionada recién con la penetración europea. Debido a ello las perspectivas actuales del

4 Ramón Losada Aldana, *Dialéctica del subdesarrollo*, México: Grijalbo 1969, p. 87; Orlando Caputo/Roberto Pizarro, *Dependencia y relaciones internacionales*, San José: EDUCA 1974, p. 50 s.

5 S. Amin, *Zur Theorie von Akkumulation und Entwicklung in der gegenwärtigen Weltgesellschaft* (Sobre la teoría de acumulación y desarrollo en la presente sociedad mundial), en: Dieter Senghaas (comp.), *Peripherer Kapitalismus* (Capitalismo periférico), Frankfurt: Suhrkamp 1974, p. 71.

6 U. Simson, *Typische ideologische Reaktionen arabischer Intellektueller auf das Entwicklungsgefälle* (Reacciones típicas de intelectuales árabes ante la diferencia en el desarrollo), en: René König (comp.), *Aspekte der Entwicklungssoziologie* (Aspectos de la sociología del desarrollo), Colonia 1969: KZSS, número especial 13, pp. 145-147; Walter Rodney, *How Europe Underdeveloped Africa*, Londres: Bogle 1976, *passim*.

Tercer Mundo se verían en desventaja en relación a las sociedades del Norte, pues la pobreza contemporánea de las periferias mundiales sólo debería ser interpretada como la expropiación secular de sus riquezas por parte de las metrópolis. Según esta concepción, muy extendida entre diferentes ideologías políticas latinoamericanas, el subdesarrollo de la propia región está en una relación causal con el superdesarrollo de los países occidentales ⁷. Complemento esta suposición se halla muy difundida la creencia de que el potencial de cada país en recursos económicos es básicamente suficiente para llevar a cabo y finalizar exitosamente proyectos de industrialización masiva y de diversificación económica. La perseverancia y extensión de este *topos* acerca de la riqueza natural han servido para convertirlo en una verdad obvia e indisputable, que como tal no necesita de ninguna demostración. A este modo de pensar le es totalmente ajena la idea de que podrían existir obstáculos naturales al desarrollo ⁸, como una dotación deficiente de materias primas, una base energética mediocre, una situación geográfica desfavorable, un régimen climético extremo, unos suelos agrarios pobres, etc., factores que podrían determinar negativamente la situación de arranque y la ejecución de programas de desarrollo de gran aliento. Tanto los teóricos de la dependencia como la mayoría de los intelectuales y los políticos profesionales no le prestan la debida atención y concentran toda su crítica sobre aquellos factores de proveniencia exógena que aparentemente son los únicos responsables por la continuación del subdesarrollo. La Teoría de la Dependencia pasa por alto generalmente todos los elementos de origen extra-social (como los geográficos) y crea la justificación intelectual para la restauración de una vía

7 Cf. para las otras regiones del Tercer Mundo: Simson, op. cit., p. 140; Erwin Häckel, *Afrikanischer Nationalismus. Macht und Ideologie im Schwarzen Afrika* (El nacionalismo africano. Poder e ideología en el Africa Negra), Munich: Vögel 1974; David E. Apter (comp.) *Ideology and Discontent*, New York/London: The Free Press 1964; Willard A. Beiling/George O. Totten (comps.), *Developing Nations. Quest for a Model*, New York: Van Nostrand Reinhold 1970.

8 Sobre los obstáculos naturales al desarrollo cf. Karl de Schweinitz, *Industrialization and Democracy. Economic Necessities and Political Possibilities*, Glencoe/London: The Free Press 1964.

autóctona hacia la industrialización total – interrumpida por la acción del imperialismo –, producido así una legitimización *ideológica* para una decisión política, cuya fundamentación científica aun no ha sido elaborada. En este sentido, la Teoría de la Dependencia representa una ideología de la industrialización, que se obliga a interpretar todos los hechos de una problemática muy compleja en un solo sentido, para justificar hábilmente ante las audiencias públicas las metas adoptadas de una manera decisionista. No sin razón *José Luis de Imaz* ha reprochado a esta teoría un *externalismo* fundamental, en el cual recae la tarea de imputar a la penetración imperialista todos los aspectos deficientes de la evolución latinoamericana, sin hacer mayores distinciones, componiendo así una excusa tan brillante como plausible y con una función exculpativa para la conciencia colectiva intelectual⁹. Teorías de contenido y objetivos paralelos han surgido igualmente en Asia y Africa. (Permanece como un problema aún poco estudiado por las ciencias sociales la relación entre los recursos naturales y las perspectivas de desarrollo a largo plazo, así como la interpretación de la influencia que puede tener la dotación con recursos sobre la elaboración de los programas de los partidos políticos).

Con respecto al renacimiento de los valores tradicionales durante el proceso de modernización acelerada, se podría afirmar que una revitalización parcial de ellos se hace sentir paulatinamente junto al proceso de la toma generalizada de conciencia sobre problemas históricos y de la consolidación de la identidad nacional; las referencias continuas a aquellos valores tienden a intensificarse de oportunidad en oportunidad y a conformar, por lo menos en algunas áreas y en ciertos espacios de tiempo, un nuevo núcleo en las concepciones más populares sobre políticas de desarrollo. Las pautas y valores vinculados a la tradición parecen brindar una ayuda muy efectiva para la ejecución de las metas generales de desarrollo, por lo menos a corto plazo y dentro de una constelación histórica muy específica.

9 J. L. de Imaz, *Adios a la teoría de la dependencia?*, en: ESTUDIOS INTERNACIONALES, Vol. VII, Nr. 28, Oct. 1974, *passim*.

pues ellos tienden a reducir costos adicionales y a fomentar otros factores importantes para el progreso material. Concretamente, el renacimiento de paradigmas tradicionales contribuye a un crecimiento acelerado de la población y a descuidar las medidas de protección ambiental con la conciencia tranquila, en ambos casos por medio de la secularización de elementos de la herencia iberocatólica.

La mantención de los valores tradicionales de orientación en la esfera cultural y política sugiere además la posesión de un modelo realmente autóctono de desarrollo y facilita de este modo la adopción de concepciones de proveniencia no autóctona en el campo económico-tecnológico. La revitalización de valores tradicionales precisamente en nombre de un proceso acelerado de desarrollo establece una especie de correspondencia con los prejuicios profundamente arraigados en la instancia del preconsciente colectivo y contribuye a preservar los fragmentos de una identidad nacional y de una creación cultural autónoma. Por lo demás, los factores de la cultura política son los eslabones más débiles en los vínculos que unen los centros metropolitanos con las periferias meridionales: aquí es donde el rechazo de normas y paradigmas "extranjeros" se hace más fácil y donde la ilusión de un modelo autóctono parece más verosímil. También los intentos socialistas en el Tercer Mundo denotan un aprovechamiento sintomático de estos elementos de la cultura política tradicional al reordenar las esferas extra-económicas: sus logros en este sentido se han reducido a establecer un sistema más intensificado de centralización, el cual favorece la cohesión social y la lealtad hacia el Estado por medio de normas colectivistas preliberales, pautas autoritarias de comportamiento y principios éticos convencionales.

Como se había afirmado, la adopción de metas de desarrollo exógenas tienen lugar en un contexto que protege la identidad en peligro, aún cuando esta defensa se limite en realidad a levantar un mundo bastante artificial en el terreno de la cultura que no está en una relación íntima con la modernización tecnológica, sino que sirve exclusivamente como material de descargo moral y de ornamento según las modas de la época. En-

tre los países latinoamericanos se pueden constatar notables diferencias durante este proceso paralelo a la modernización: en la Argentina, por ejemplo, parece muy difícil crear una tradición de sabor autoctonista y es más probable el acercamiento cultural a las metrópolis europeas, con todo lo que ésto significa para la conformación de las pautas generales de comportamiento, desde la política hasta el crecimiento demográfico. En las naciones andinas, en cambio, hay una tendencia relativamente mayor contraria a la aproximación a la cultura metropolitana, la que refleja al mismo tiempo las ansias de alcanzar una identidad nacional genuinamente propia. Debido, sin embargo, al carácter secundario de la esfera cultural y a la naturaleza marginal de estos propósitos, estos intentos se agotan muchas veces en asuntos meramente folklóricos.

La búsqueda de identidad y las ideologías justificatorias anexas han estado dominadas por una corriente autonomista de contenido nacionalista. Las características de la cultura política tradicional (caudillismo, formas quasi-medievales de colectivismo, escasa validez de derechos políticos y humanos, resolución violenta de conflictos sociales, pocas normas de comportamiento, pero todas ellas severas y fácilmente comprensibles, etc.) exhiben elementos provenientes de una fase civilizatoria pre-industrial, pre-moderna y no-burguesa, que paradójicamente son revitalizados para que puedan ser usados instrumentalmente en un proceso modernizador acelerado y dictado desde arriba. Es por ello que concepciones de desarrollo revolucionarias y radical-socialistas convergen con estrategias conservadoras y tecnocráticas en la inclinación común hacia los elementos centralistas y autoritarios de la tradición ibero-católica y en el rechazo de iniciativas individualistas y de pautas sociales que amenazan con trascender el marco de referencia fijado de antemano. Esta preferencia por un sistema que favorece abiertamente las instancias rectoras de arriba y desconfía de las iniciativas individuales se explica también por algunas necesidades social-psicológicas que surgen a lo largo de la modernización, que es también un proceso de rápidos e importantes cambios sociales: nostalgia por una sociedad ordenada jerárquicamente y

con una estructura sencilla y fácilmente perceptible, desconfianza hacia formas complejas de organización, máxime si están ligadas con el extranjero, e identificación de la penetración imperialista con todas las formas políticas influidas por el pensamiento liberal-democrático. El *Partido Revolucionario Institucional* de México ha representado, en las etapas primeras de la modernización en ese país, la instancia gubernamental que tomó a su cargo el control de las masas de la población de un modo autoritario y paternalista y con marcadas tendencias a una ideología nacionalista y autoctonista, suponiendo que tal tarea era totalmente legítima en una situación de fragmentación y discordia nacionales ¹⁰.

Los esfuerzos por la regeneración nacional y la búsqueda de la identidad respectiva proceden de forma muy selectiva: obviamente no todos los aspectos de la tradición van a ser salvados y puestos a disposición de la nueva conciencia nacional, sino solamente aquellos que parecen cumplir una misión instrumental con respecto a los designios modernizadores. Este procedimiento, aunque no libre de arbitrariedades, posee un grado elevado de efectividad práctica: por un lado recuerda la altura y bondades de la cultura propia en contraste con la civilización decadente y superficial de Europa, por otro lado sugiere el enraizamiento profundo de instituciones y principios modernos en la tradición propia.

Generalizando se podría afirmar que el rechazo riguroso de las normas "extranjeras" en el terreno de la cultura política implica la negación de uno de los pocos momentos positivos de la civilización occidental: la conexión entre la industrialización y la formación del Estado nacional, por una parte, y el pluralismo político, el pensamiento liberal-democrático y el proceso de secularización, por otra. En los países latinoamericanos se puede observar, por lo menos en varios de ellos y durante largos

10 Manfred Mols, *Parteien und Entwicklung in der Dritten Welt* (Partidos y desarrollo en el Tercer Mundo), en: Wolfgang Jäger (comp.), *Parteien und System* (Partidos y sistema), Stuttgart: Kohlhammer 1973, p. 245.- Cf. también Antonio Delhumeau Arrecillas, (comp.), *México: realidad política de sus partidos*, México 1970, y el ensayo allí contenido: Bertha Lerner Sigal, *Partido Revolucionario Institucional*.

períodos de tiempo, el resultado de la modernización periférica: modernidad económico-tecnológica unida a autoritarismo político-cultural. A través de las fronteras ideológicas se percibe una corriente bastante fuerte en dirección a un sistema de elevado centralismo y fuerte anti-pluralismo, que persigue el progreso por medio de la movilización total de la población. No es, entonces, una casualidad que los movimientos reivindicatorios en América Latina se declaren sólo verbalmente en favor de la democracia y que rehusen simultáneamente muchas formas de la democracia liberal; ésta última se halla, dentro de la conciencia colectiva, demasiado enlazada con la penetración imperialista. Por otra parte, parece hoy en día como improbable el hacer funcionar un proceso genuinamente democrático para la toma de decisiones sin la validez irrestricta y la utilización de los derechos políticos de origen liberal. La democracia presupone la discusión, y ésta a su vez la libertad de disentir, mientras que la mayoría de los movimientos populares y socialistas en América Latina entienden bajo democracia la cohesión de la sociedad y la movilización de las masas para los objetivos dictados desde arriba. Se retoma así un aspecto que ya hizo su aparición en la época del caudillismo clásico en América Latina (siglo XIX): la confusión nada casual entre entusiasmo y conciencia política y la identificación de marchas multitudinarias con la participación activa de la población en asuntos políticos. La libertad de los individuos corre peligro de verse convertida en la libertad de identificarse con las metas y las acciones del Estado.

Esta constelación tiene que ver con la forma bajo la cual la cultura metropolitana ha influenciado el resto del mundo. Los efectos de demostración se decantaron primeramente en el campo del consumo de masas, pero han despertado paulatinamente un interés colectivo en la consecución de los *standards* metropolitanos que se encuentran detrás del alto nivel de consumo masivo: crecimiento continuado, principios como rentabilidad y eficiencia, procedimientos administrativos modernos y éxito material, es decir, cualidades, cuya escasez es notoria en el Tercer Mundo. Fascinada por estos logros la conciencia colec-

tiva no sólo se ha permitido la desatención de las tareas político-democráticas, sino que también se ha concentrado en la adopción de prácticas modelos y procedimientos de naturaleza instrumental y tecnocrática, lo que paradójicamente ha facilitado el acercamiento a los modelos de desarrollo presididos por el socialismo de Estado. *Seymour Martin Lipset* señaló con respecto a intentos de modernización en América Latina que el socialismo era vinculado simbólicamente con un crecimiento económico rápido e igualdad social, mientras que el capitalismo estaba equiparado con tradicionalidad y crecimiento lento ¹¹.

Provisoriamente se puede llegar a la conclusión de que los diversos intentos de redefinir la identidad nacional y de fundamentar una vía autónoma de desarrollo en las sociedades periféricas no han podido producir una alternativa genuina que se diferencie cualitativamente del paradigma metropolitano en puntos decisivos y no solamente en aspectos secundarios. Esta sobrevaloración de la racionalidad instrumentalista para la determinación de progreso y desarrollo contiene algunas implicaciones adicionales, que recién en los últimos años han llamado la atención pública. Todas las hipótesis y las teorías sobre el futuro de las sociedades periféricas se han originado en un período, en el cual los recursos naturales eran considerados como ilimitados o por lo menos, como obviamente suficientes para la evolución de las naciones subdesarrolladas. Hasta hace poco, la discusión se centraba en torno a la cuestión de cómo usar esos recursos y a los problemas relativos a la tecnología adecuada y a la solución política correcta, pero no incluía la eludación de la posibilidad (o de la probabilidad, como hoy sabemos) de que la acción combinada de la crisis ecológica con el agotamiento de recursos que ya se perfila y con la explosión demográfica pudiesen impedir una industrialización de gran estilo o un incremento substancial en el nivel de vida de todos los países. Por sobre las fronteras ideológicas predomina en Lati-

11 S. M. Lipset, *Values, Education, and Entrepreneurship*, en: S.M. Lipset /Aldo Solari (comps.), *Elites in Latin America*, London/New York: Oxford University Press 1967, p. 35.

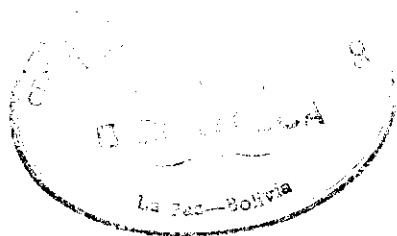
noamérica la opinión de que los procesos de industrialización y modernización tienen una prioridad absoluta sobre medidas de protección ambiental y limitaciones de producción.

La voluntad política en las periferias parece indicar que las sociedades meridionales están determinadas a alcanzar los niveles y las ventajas de que gozan actualmente las naciones más desarrolladas del planeta. Pero en vista de sus tasas más elevadas de crecimiento y de su magnitud poblacional mucho mayor, el monto total de energía que requería el Tercer Mundo para tal designio es muchísimo mayor que el consumo actual de energía de Europa Occidental y surgen, por lo tanto, serias dudas de que existan reservas de materias primas para suministrar tales cantidades de energía y de que el equilibrio climatológico y ecológico global del planeta pueda soportar tal uso de energía sin entrar en un colapso irreparable ¹². Reflexiones de esta índole no han enturbiado todavía el optimismo profesional de las corrientes más importantes de América Latina.

12 Cf. Mihajlo Mesarovic / Eduard Pestel, *Mankind at the Turning Point*, London: Hutchinson 1975, p. 68.

8

**El socialismo
como sistema de
modernización
acelerada en las
periferias
mundiales**



Tanto la praxis cotidiana en los países con régimen socialista en el Tercer Mundo como importantes esfuerzos teóricos (la obra de la *Escuela de Frankfurt*, las tesis de marxistas arrepentidos como *Karl August Wittfogel* y estudios comparativos basados en un amplio material empírico y estadístico) han dado verosimilitud a la hipótesis de que el socialismo radical, particularmente aquel que se reclama de marxista-leninista, se reduce en el fondo a ser un sistema fallido de modernización acelerada en los continentes del Tercer Mundo, en ese mundo periférico que generalmente no ha llegado aún a la etapa de una amplia industrialización, pero que quiere alcanzar los frutos del progreso material en el lapso más breve de tiempo.

El sistema socialista aparece como la última esperanza ante los ojos de algunos pueblos empobrecidos del Tercer Mundo y de sus vanguardias intelectuales, y ésto sería imposible si no hubiese cierta base material para sustentar esta creencia: a pesar de todos sus errores y retrocesos, sus actos antilibertarios y sus manías economicistas, los diversos experimentos socialistas emergen como una alternativa más promisoría que la manutención del actual *status quo* "feudal" o "capitalista".

La cuestión planteada por esta visión del socialismo es, sin embargo, mucho más compleja de lo imaginado por unas corrientes de opinión muy generalizadas en las naciones del Tercer mundo y en los círculos marxistas de las naciones metropolitanas que se preocupan por la suerte de los países en vías de desarrollo.

Primeramente, la urgencia contemporánea por el desarrollo —que es manifiestamente el fundamento para la popularidad del socialismo en las naciones periféricas— es un fenómeno relativamente reciente: con toda seguridad un producto del siglo XX y más probablemente de la época posterior a la Segunda Guerra Mundial, es decir, un fruto del incremento espectacular de las comunicaciones entre las naciones más avanzadas y las áreas aún atrasadas. Se puede afirmar que la idea misma de subdesarrollo ha nacido de la comparación entre la situación imperante en los países pobres y los logros alcanzados en las grandes potencias, logros que adquieren así la categoría de paradigmas según los cuales se mide todo progreso. La noción de subdesarrollo es, pues, un concepto derivado; su núcleo positivo está determinado por los *efectos de demostración* que genera la civilización industrial del Norte sobre la mentalidad colectiva de los pueblos meridionales.

Los objetivos mismos de la evolución histórica en las periferias mundiales no son una creación autónoma de aquellas sociedades, sino una adaptación del paradigma del desenvolvimiento socio-económico de los países ya altamente desarrollados. Este es el caso en el intento de conseguir los frutos del progreso material en el lapso más breve de tiempo; el socialismo en el Tercer Mundo debe su resonancia al hecho de ser aparentemente un método rápido y eficaz para obtener esos resultados positivos que generalmente se esperan de la cultura y del modo de producción modernos. Paradójicamente, la ideología y los modelos socialistas adquieren notoriedad pública con la expansión de las posibilidades educativas, con la formación de un estrato de intelectuales descontentos y con la ampliación de las comunicaciones de todo tipo entre el Tercer Mundo y la civilización industrial. El descontento con lo que uno tiene ad-

quiere recién contornos precisos cuando se dan amplias oportunidades de comparación. Surge entonces la impresión de que un incipiente progreso educativo-cultural en las propias naciones periféricas, juntamente con un aumento de la movilidad social y con una multiplicación de los contactos a nivel mundial, han sido las bases para el surgimiento masivo de corrientes socialistas a partir de 1945 en América Latina, Asia y Africa. En última instancia, el socialismo viene a ser una canalización del descontento sufrido por las clases medias en las áreas subdesarrolladas frente a los efectos de demostración irradiados en todo sentido por las naciones industrializadas, descontento que nos muestra obviamente la intención colectiva de llegar en forma acelerada a las pautas de consumo de las sociedades del Norte.

Es verdad que algunos movimientos socialistas han sido capaces de movilizar grandes masas de desposeídos, como en China y Vietnam, pero la dirección de estos levantamientos estuvo desde el primer momento en manos de intelectuales provenientes de las capas medias o altas, quienes querían para sus pueblos la consecución de los llamados "logros" de la cultura metropolitana. Además, en muchos otros experimentos socialistas en el Tercer Mundo, como Cuba, Etiopía o Afghanistan, el apoyo popular ha sido esencialmente más restringido y se ha destacado mucho más el rol de la jefatura intelectual modernizante. En todo caso, se ha tratado de revoluciones socialistas muy distintas de las previstas por Marx – y la distancia entre ambos fenómenos *no* confirma la tesis de que los movimientos socialistas en el Tercer Mundo hayan sido revoluciones genuinamente proletarias.

Según Marx, la revolución socialista debería ser justamente el resultado de la evolución más avanzada del sistema capitalista; el florecimiento de las fuerzas productivas, de la tecnología y de la ciencia tendrían que suministrar aquella riqueza de recursos, esa abundancia de bienes y servicios, cuya utilización razonable estaría impedida por las relaciones capitalistas de producción. La revolución socialista se contruiría sobre la base material desarrollada durante el dominio de la burguesía y sería la autoliberación y la autorrealización de la inmensa mayoría de

los hombres en interés de toda la colectividad, eliminando y superando ante todo las relaciones de explotación y los fenómenos de alienación. Que una revolución socialista emergiese de la periferia del sistema capitalista, en su punto más débil, en los países atrasados, estaba sencillamente fuera del pensamiento de Marx ¹.

Se puede aludir al hecho, evidentemente, que a partir de 1870 Marx mostró una gran inclinación por los asuntos de Rusia; en el pasaje muy bien conocido entrevistó también la posibilidad de que Rusia pase al socialismo sin pasar por el infierno capitalista, pero fue más bien un argumento algo aislado dentro del sistema de su pensamiento. En todo caso, una revolución en Rusia no debería servir de modelo para Europa Occidental y el resto del mundo, ya que Marx veía en Rusia la encarnación del despotismo oriental ². Su posición era la de un demócrata clásico de la Europa burguesa, consternado por la pesadilla del autocratismo ruso y convencido de que toda corriente reaccionaria provenía de las profundidades asiáticas. La obra de Marx en su conjunto – como crítica al capitalismo – apunta a la necesidad del desenvolvimiento de las fuerzas productivas y del modo capitalista de producción como condiciones indispensables para el surgimiento de una sociedad emancipada; la idea de que precisamente el atraso y la miseria son los presupuestos del socialismo no tiene ahí la más mínima cabida.

En cierto sentido, *Lenin* invirtió la hazaña de Engels: *Hegel* y su dialéctica, que habían sido puestos sobre sus pies, volvieron a ser colocados de cabeza: las ideas socialistas reemplazaban los fundamentos materiales que faltaban. Además de esa inserción de activismo voluntarista, el marxismo ruso –y el periférico en general– trajo consigo una *desoccidentalización*

1 Sobre el problema de la transición cf. Peter Henricke (comp. *Probleme des Sozialismus und der Übergangsgesellschaften* (Problemas del socialismo y de las sociedades de transición) Frankfurt: Suhrkamp 1973, p. 142.

2 Sobre esta temática cf. la compilación de escritos de Marx y Engels sobre Rusia y el estudio crítico de Maximilien Rubel: Karl Marx / Friedrich Engels, *Die Russische Kommune. Kritik eines Mythos* (La comuna rusa. Crítica de un mito), compilada por M. Rubel, Munich: Hanser 1972, passim.

de la doctrina marxista³. Los elementos democráticos del marxismo primigenio fueron dejados a un lado, tanto en la teoría leninista como en la praxis soviética, favoreciendo así las propensiones autoritarias típicas de la tradición rusa: la tendencia a las creencias dogmáticas, el énfasis en la violencia y en la actividad conspirativa, la subordinación del individuo bajo los organismos colectivos, la intolerancia hacia los disidentes y la suspicacia generalizada. La base del stalinismo posterior – tanto en su aspecto dictatorial como en el de la modernización acelerada – estaba ya dada la teoría leninista.

El debate en torno al carácter intrínseco de la revolución rusa es relevante, pues fue el primer intento de modernización acelerada en la – entonces – periferia mundial bajo el signo del socialismo, conformando desde aquella época un paradigma atractivo de modernización acelerada, que tenía además la fama de ser más dinámico, más justo y más adecuado a las necesidades del Tercer Mundo. Equivocadamente o no, la conciencia intelectual mayoritaria en las naciones atrasadas tiende a identificar el capitalismo con estancamiento, bajos índices de producción y productividad y con la falta de una industrialización de gran envergadura y a equiparar el socialismo con una posibilidad de crecimiento y desarrollo acelerados, con tasas elevadas de productividad y con el establecimiento de una industria pesada comparable a la existente en las naciones metropolitanas. Independientemente de la veracidad de estas suposiciones, la popularidad de los diversos modelos socialistas está vinculada a la firme creencia de que los pueblos del Tercer Mundo necesitan experimentar imprescindiblemente una evolución histórica que se asemeje en lo esencial a la que han tenido las naciones hoy altamente industrializadas; al mismo tiempo, se estima como artículo de fe que las grandes potencias occidentales están impidiendo este desarrollo en las periferias y que, por lo tanto, la solución reside en la instauración de un modelo socialista.

3 Z. Brzezinski, *Between two Ages*, New York: Viking 1971, p. 127.

Se afirmaba anteriormente que la expansión de estas ideas está estrechamente ligada a un aumento cualitativo de las comunicaciones entre las naciones avanzadas y el mundo pobre a partir más o menos de 1945, hecho registrable sobre todo en las capas medias; antes de la Segunda Guerra Mundial la urgencia por el "desarrollo" (esa palabra de contenido y fuerza mágicas hoy en día) era muchísimo menor y tenía probablemente otros objetivos: mejor salubridad, más carreteras, un nivel de vida más alto. La aspiración por el progreso ha existido siempre, pero antes era un sentimiento más difuso y compartido por estratos sociales más restringidos. Pero ahora el contenido mismo del progreso y del desarrollo se ha convertido en algo muy preciso, y justamente este hecho nos muestra la *dependencia* de esta concepción con respecto a los paradigmas metropolitanos, ya que un "desarrollo adecuado y de acuerdo a las necesidades de los pueblos oprimidos" significa, en el fondo, imitar la evolución de los centros metropolitanos. Esta reproducción comprende los aspectos fundamentales de la *modernidad* de los países del Norte: industrialización en un frente muy amplio, expansión de las funciones estatales junto con la consolidación del Estado nacional, consumo masivo de alto nivel e introducción de las normas contemporáneas de comportamiento social, basadas en los principios de rendimiento y rentabilidad. Se trata, en el fondo, de la adquisición de elementos y logros que han emergido primeramente en Occidente y que han determinado la grandeza y el éxito de los países europeos y norteamericanos. Lo que ha sucedido es que la difusión y popularidad de estos componentes de la modernidad han alcanzado un grado tal que se los considera habitualmente como metas normativas que pueden y deben ser alcanzadas por todas las sociedades y naciones de la Tierra.

Todas las corrientes ideológicas importantes en el Tercer Mundo sostienen que esas metas normativas son, en realidad, los objetivos comunes a todas las culturas, a los que se llega por distintos caminos y en lapsos diferentes de tiempo, pero que conforman las metas "naturales" de toda evolución histórica.

Desde una posición crítica y teniendo a la vista la evolución interna de esas sociedades hasta su integración en el mercado mundial, se puede aseverar que el camino hacia la industrialización, la expansión del Estado nacional (de tipo europeo occidental) y la racionalización de la vida social representan la característica de la evolución occidental que es la estructuración de todas las esferas sociales según el principio de la actuación controlada por la racionalidad instrumental, dando lugar a un tipo excepcional de organización comunitaria ⁴. Creo que la gran mayoría de las sociedades no europeas transcurrieron, hasta su primer contacto con Occidente y su integración en el mercado mundial y en el sistema generado por los países llamados capitalistas, en procesos históricos relativamente estacionarios, en los cuales se podía constatar muchos sucesos, pero no un desenvolvimiento lineal hacia formas racionales de organización social. En estas sociedades no surgieron modelos de industrialización basados en la tecnología, no se realizaron descubrimientos científicos ni inventos técnicos, no emergieron modelos políticos influenciados por concepciones racionales y no hubieron intentos de crear pautas modernas de comportamiento eficiente. Todos estos aspectos fueron adaptados después de la vinculación de estas sociedades "periféricas" con el mundo occidental; la introducción de ellos ha sido, por una parte, tan total y exitosa que ahora son considerados como fenómenos propios y naturales y como fines obvios de todo proceso evolutivo histórico.

Lo que sucedió fue que los ahora llamados centros metropolitanos adquirieron esa categoría de *centrales* recién cuando algunos Estados de Europa Occidental empezaron a expandirse a nivel mundial a partir del siglo XVI, a estructurarse modernamente y a industrializarse, mientras que las actuales periferias mundiales se transformaron en naciones *periféricas* cuando no

4 Sobre este teorema enunciado por Max Weber cf. Günter Abramowski, *Das Geschichtsbild Max Webers* (La concepción histórica de Max Weber), Stuttgart: Kohlhammer 1966, p. 14; Wolfgang Schluchter, *Die Entwicklung des okzidentalen Rationalismus* (El desarrollo del racionalismo occidental), Tübingen: Mohr-Siebeck 1979.

podieron generar una evolución comparable a la europea y pasaron, por ende, a convertirse en países de segundo rango, en sociedades que copian los paradigmas de desarrollo originados en otras latitudes. Este proceso se hizo consciente en la mayoría de los países del ahora Tercer Mundo cuando las posibilidades de comparación se hicieron masivas, es decir, cuando dejaron de ser el privilegio de una élite que no sacaba conclusiones práctico-políticas de este estado de desigualdad.

Ya en el siglo XIX hubieron intentos de reducir la brecha entre la naciones avanzadas y las explotadas, sea por intentos autónomos de industrialización (como en algunos países latinoamericanos), sea por rebeliones contra toda forma de predominio europeo (como en algunos lugares de Asia). Pero han permanecido como episodios aislados en el gran libro de la historia. Las diferencias abismales entre las naciones industrializadas y los países subdesarrollados se volvieron un problema político de gran resonancia social recién cuando las capas medias se dieron cuenta del problema y cuando sus intelectuales descontentos comprendieron que los modestos intentos de modernización, llevados a cabo por las clases altas tradicionales y a un ritmo bastante lento, no estaban a la altura de la época y de las necesidades populares. De ahí surge la condición posibilitante para las audiencias masivas de los partidos socialistas y para la plausibilidad de su modelo de industrialización acelerada copiada de un paradigma primigenio que sería la Revolución de Octubre – no tanto socialista en el sentido de Marx, sino más bien modernizadora con tinte autoritario.

Esta combinación de aspectos autoritarios es sumamente popular. Casi todas las sociedades del Tercer Mundo no han tenido tradiciones democráticas, y tampoco sus intelectuales han sido formados en un atmósfera proclive al Estado de derecho, al pluralismo y al respeto a las libertades políticas. Por lo tanto, la propagación de un modelo de desarrollo con elementos autoritarios – como el cubano, basado esencialmente en el soviético – encuentra una acogida positiva en el preconsciente colectivo de aquellas comunidades, formado este por pautas iliberales, jerarquías irracionales y constumbres totalitarias.

Llegamos entonces a la conclusión de que el establecimiento del primer sistema mundial de industrialización en Occidente imposibilitó a las naciones no europeas de evolucionar orgánicamente según sus leyes inmanentes válidas hasta el contacto culminante con aquella civilización expansiva. Por otra parte, este mismo contacto, la colonización y la situación de dependencia han impedido que las sociedades periféricas recorran la clásica secuencia feudalismo/capitalismo/socialismo, dando más bien lugar a regresiones históricas, a modernizaciones autoritarias y a procesos evolutivos para los cuales nos falta aún el instrumental conceptual.

En efecto: las categorías y los conceptos de las ciencias sociales e históricas han brotado a lo largo del estudio y de la crítica de la evolución europea occidental en los últimos siglos; el marxismo, por ejemplo, ha creado sus herramientas teóricas mediante el análisis del capitalismo en las sociedades más avanzadas de Occidente, y existen dudas fundamentadas de que sus conceptos, teoremas e hipótesis sirvan para una explicación adecuada de fenómenos totalmente distintos y surgidos de una constelación histórica muy diferente a la que hacía de marco de referencia original. El instrumental teórico del marxismo ha sido ampliado y refinado en los últimos decenios, pero pese a esta labor, ciertamente seria y a veces creativa, las presunciones básicas de todas las corrientes marxistas son esencialmente *eu-rocéntricas* y referidas a un paradigma de desarrollo (el industrialismo iniciado por Gran Bretaña) que adquiere una fuerza normativa inescapable. Por otra parte, el hecho de que los regímenes socialistas se hayan iniciado en las periferias mundiales y no en los centros capitalistas – como se infería *necesariamente* de todo el *corpus* de la doctrina marxista – ha puesto a ésta última ante problemas que son insolubles dentro de su propio marco teórico.

Los experimentos socialistas, que no corresponden a las intenciones humanistas del marxismo original, pertenecen en realidad a una variedad del proceso de modernización, cuya característica principal es el intento de reproducir la acumulación primigena de capital prevaleciendo al mismo tiempo la propie-

dad estatal de los medios de producción. En general, el concepto de modernización comprende diversos procesos (acumulación, industrialización, superación de las pautas tradicionales de comportamiento, expansión universal de la racionalidad instrumental, etc.) que pueden ocurrir con éxito variable y bajo diferentes sistemas de control, planificación y propiedad de los medios de producción y que, de alguna manera, han sido anticipados por la evolución de Europa Occidental. Precisamente los ejemplos de Rusia y Cuba ilustran esta tesis de la dependencia de los regímenes socialistas con respecto a los paradigmas establecidos por las naciones llamadas capitalistas: la mayor parte de todo el esfuerzo revolucionario está dedicado a la construcción de una infraestructura y una industria, cuya naturaleza y funcionamiento han sido concebidos por la civilización técnica de Occidente. Esta concentración en la problemática económica tiene además otras importantes connotaciones: descuido de los aspectos culturales y políticos, validez sólo verbal de los designios emancipatorios, regresión en el campo del ordenamiento institucional y jurídico, reintroducción de principios éticos tradicionales y preburgueses y creación de un clima social de intimidación, xenofobia y amoldamiento pasivo a los cánones dictados desde arriba.

Ahora bien, en Rusia, en la entonces periferia europea, se inició un ensayo de modernización consciente dirigido y acelerado por una élite de intelectuales, salidos en su mayor parte de las clases medias, a quienes les era particularmente doloroso el comprobar la distancia que separaba la Rusia zarista de Europa Occidental, especialmente en la dimensión económico-técnica y en el campo de la racionalidad cotidiana. Resumiendo, se puede aseverar que el programa bolchevique tenía como objetivo principal la reducción de aquella disparidad entre el propio país y las naciones más avanzadas de Occidente, utilizando un modelo político revolucionario en su sistema de estructuración social, pero tradicional en el empleo de métodos para movilizar, controlar y gratificar a las masas. Esta combinación híbrida de política revolucionaria con prácticas sociales convencionales se

manifestó claramente en la larga era staliniana, cuando la teoría y la fraseología revolucionarias se convirtieron en el ornamento sangriento de una modernización ultra-acelerada, la cual no retrocedió ante la represión más violenta de la historia contemporánea con tal de alcanzar sus objetivos centrales, entre los cuales se hallaba la creación de la industria pesada soviética.

La pasada popularidad del modelo soviético como base de todos los otros intentos de modernización socialista se debe a esos factores ya mencionados: acción consciente de una élite que no quiere dejar el proceso de cambio social en manos del espontaneísmo, de la casualidad y del tiempo; rechazo implícito de normas democráticas y liberales juntamente con la renovación de tradiciones autoritarias en nombre del genuino socialismo; y técnicas modernas de movilización y control de masas, que hacen indispensable e invulnerable el "trabajo" del partido.

Se ha discutido muchísimo sobre el verdadero carácter de la revolución rusa, y no hay que aventurar una nueva hipótesis sólo por el fin de crear conceptos. Fue evidentemente un movimiento social y revolucionario de gran envergadura, que produjo el fin del orden zarista y de la estructura tradicional de clases en aque gran país. Ha sido manifiestamente de carácter socialista, aunque esto es negado, y con buenas razones, por muchos marxistas críticos e independientes. Pero ha sido, sobre todo, el primer intento autoritario, exhaustivo y persistente de una modernización acelerada, que ha ligado inextricablemente la dictadura política con el progreso material, instaurando así uno de los fenómenos más marcados y característicos de nuestra época.

En la historia rusa hay una curiosa continuidad desde *Pedro el Grande* (fines del siglo XVII y principios del XVIII) hasta *Stalin*: ambos trataron de modernizar rápidamente el país, importando patrones occidentales, sobre todo en la esfera de la producción; ambos fueron grandes centralizadores y favorecedores de la ampliación de las funciones estatales. El progreso material propiciado por ambos no trajo consigo, empero, una limitación de la autocracia predominante, sino que sirvió para generalizar el despotismo y extenderlo a todas las provincias y

ámbitos ⁵. Ambos, finalmente, no comprendieron que los avances que ellos admiraban en Occidente eran, en cierta medida, el producto de un mínimo de libertad e iniciativa individuales que no habrían tolerado jamás en Rusia.

Contra una visión liberal un tanto ingenua en torno al carácter siempre positivo del progreso material, se percibe que la evolución del progreso material en los últimos cien años demostró que los avances científicos y tecnológicos – y especialmente estos últimos – pueden conciliarse muy bien con regímenes totalitarios; la clásica tesis liberal sobre el condicionamiento mutuo de la democratización y el desarrollo de los conocimientos científicos ha resultado ser sencillamente falsa o muy ingenua. Aquí también hace falta una buena dosis de escepticismo.

Como indica *Maximilien Rubel* ⁶, el conjunto de las relaciones de producción de la sociedad rusa hacia 1917 no permitía establecer las instituciones y los vínculos humanos propios de un orden socialista que, a su vez, hiciesen alcanzar y sobrepasar el nivel material e intelectual de la clase obrera en los países altamente industrializados, nivel adquirido a lo largo de una larga lucha sindical y política. Las declaraciones ideológicas de los dirigentes bolcheviques iban, empero, en la otra dirección, confiando en poder suplir esta carencia mediante la energía y la acción de los revolucionarios profesionales. De acuerdo a ellos, el partido comunista y el Estado socialista podían asumir la "misión histórica" que la burguesía rusa, débil y vacilante, no había podido cumplir; mediante el aparato burocrático y los instrumentos habituales de coerción, el socialismo en el poder se preocupó principalmente por desarrollar las fuerzas productivas para suministrar a la santa Rusia un nuevo cariz, conformado por la civilización industrial y por las alienaciones modernas ⁷.

5 Sobre esta problemática cf. el excelente estudio de Umberto Melotti, *Marx y el Tercer Mundo. Contribución a un esquema multilíneal de la concepción del desarrollo histórico elaborada por Marx*, Buenos Aires: Amorrortu 1974, p. 125.

6 M. Rubel, *Le "chaînon le plus faible": à propos de la "loi" du développement inégal*, en: MONDES EN DEVELOPPEMENT, 1973, Nr. 1, p. 106.

7 *Ibid.*, p. 107

Los marxistas críticos de Occidente ven la situación desde otra óptica: 1) Es verdad que Marx veía en el proletariado el heredero y no el creador de los presupuestos materiales e intelectuales del socialismo y que no cesó de alabar los méritos históricos de la burguesía como generadora de esas precondiciones; también es verdad que Lenin imaginó de manera algo ingenua que una revolución socialista triunfante podría cumplir simultáneamente las tareas económicas, sociales y políticas inherentes al establecimiento de un orden emancipado, generando, sin quererlo, un sistema y un punto de vista tecnocrático-autoritario. Pese a todo, 2) el experimento iniciado con la Revolución de Octubre debe ser considerado positivamente, pues ha significado un gran avance para los pueblos de la Unión Soviética y una alternativa válida frente al zarismo.

Contra esta argumentación pueden señalarse varios aspectos. En primer lugar, aunque sea meramente especulativo el pensar qué hubiese pasado sin el régimen socialista en Rusia y con otro modelo de modernización, podemos inferir que probablemente los rendimientos económicos de otro orden social no habrían divergido cualitativamente de los alcanzados por el sistema comunista, máxime si éstos no son tan espectaculares como parece a primera vista, especialmente en una comparación internacional: hay una clara desproporción entre los inmensos esfuerzos desplegados por el régimen y sus modestos resultados en los campos tecnológico, innovativo, económico y en la producción de bienes de consumo. Los mayores éxitos se pueden constatar en el terreno militar, el cual, ya antes de 1917, recibía una atención particular de parte del gobierno ruso⁸. Frente a estos mediocres efectos a largo plazo y en sentido comparativo, uno se pregunta dónde queda la legitimidad de la revolución desde la óptica de la modernización. La prisa obsesiva de los revolucionarios profesionales en 1917 queda también en cuestión si consideramos que la Revolución de Octubre fue salvada por la introducción de la *Nueva Política Económica* (NPE) y por otras medidas que significaban una restauración parcial del

8 Sobre ésto cf. Brzezinski, op. cit., p. 132 ss, 158 s, 184.

odiado régimen "burgués", es decir, por cortes al infalible y científico programa socialista ⁹.

El carácter paradigmático de la revolución rusa no estriba en sus aspectos más publicitados y más tratados por la propia ideología, como la destrucción de la anterior estructura de clases, la estatización de los medios de producción o la instauración del gobierno de la vanguardia proletaria, sino en haber instituido algunos rasgos substanciales que luego se reproducirían en todos los intentos de modernización acelerada bajo signos socialistas en el Tercer Mundo, rasgos que emergieron después de la terminación del periodo heroico de la Revolución de Octubre y durante la época staliniana. En lugar de ser la correspondencia práctica del marxismo primigenio, el sistema social resultante en la Unión Soviética fue una mezcla de marxismo-leninismo y nacionalismo. El partido comunista dejó de ser una agrupación dominada por una élite intelectual cosmopolita y orientada internacionalmente, para convertirse en una rígida organización dominada por "hombres del aparato", quienes gozaban de una cultura muy inferior, pero de una capacidad notable para intrigar y desbancar a los oponentes. La lealtad de éstos al partido no estaba basada en un proceso intelectual, sino en una actitud institucional, comparable a la fidelidad de muchos sacerdotes de origen campesino a la Iglesia Católica: el partido era al mismo tiempo la fuente de su poder decisivo político y del propio progreso individual. En el fondo, la nueva élite resultó ser nacionalista y conservadora, aunque creía sinceramente que representaba los intereses del "internacionalismo proletario" ¹⁰.

La filosofía emancipatoria, matizada y esotérica del marxismo primigenio demostró su incompatibilidad con las necesidades profanas de tomar el poder y modernizar por la fuerza a

⁹ Acerca de esta problemática cf. Maximilien Rubel, *La fonction historique de la nouvelle bourgeoisie*, en: PRAXIS. REVUE PHILOSOPHIQUE, vol. 1971, Nr. 1/2, p. 265, donde se tematizan dos fenómenos importantes: el activismo voluntarista de Lenin y su partido (según la fórmula: "On s'engage et puis on voit") y la función tradicional que debe cumplir involuntariamente la nueva capa de dirigentes y burócratas en el poder después de la revolución socialista.

¹⁰ Brzezinski, op. cit., p. 135 s.

sociedades atrasadas, así que tuvo que transformarse en una técnica para movilizar y controlar a la población. Los países dependientes y débiles del Tercer Mundo requieren asimismo de una ideología de integración y auto-afirmación con respecto a los poderosos centros metropolitanos, dado que su misma identidad nacional está recién en formación. Por lo tanto, se hace obligatoria la renovación de imágenes colectivas de índole nacionalista, lo que va acompañado por el renacimiento de algunos aspectos y episodios de la evolución histórica del país respectivo que parecen ajustarse a los ideales modernizantes.

La Unión Soviética ha establecido el ejemplo al revalorizar personajes como Iván el Terrible, Pedro el Grande y algunos héroes militares, pasando por alto deliberadamente las connotaciones despóticas de estas figuras históricas. Finalmente, las élites dirigentes expulsan a sus intelectuales más lúcidos y ensalzan a sus burócratas más inescrupulosos y de menos cultura cosmopolita, pues los requerimientos del sistema eran la conservación del régimen, la petrificación de sus estructuras interiores y la manipulación de la vida social, para lo cual, evidentemente, no se precisan los servicios de gente imbuida de espíritu crítico.

Este proceso, llevado a cabo en lo principal por Stalin, si abstraemos momentáneamente de sus excesos, ha tenido lugar en los intentos socialistas de modernización en todas las naciones periféricas. Y la base teórica para todo esto reside paradójicamente en la *teoría de la revolución permanente*: Trockij puede ser reputado el primer teórico socialista de la modernización forzada. Invirtiendo el pensamiento de Marx, Trockij afirmó que precisamente en las sociedades menos avanzadas la clase proletaria podría tomar el poder y empezar con la edificación del socialismo antes que en los países más desarrollados ¹¹. Aunque Trockij vinculó este teorema con la necesidad de una cooperación internacional y con la idea de que la economía mundial como conjunto estaba ya madura para la revolución so-

11 L. D. Trotsky, *Die permanente Revolution* (La revolución permanente), Berlín: Die Aktion 1931, p. 62, 138.

cialista, el terreno para la construcción concreta de la nueva sociedad fue trasladado a las regiones de la periferia mundial: en éstas tendría que suceder lo que no pasaba en los centros metropolitanos, con lo que se salvaría – según Trockij – la concepción misma de la necesidad de la revolución proletaria. Esta ya no sería para Trockij la culminación de una evolución generada por el capitalismo, sino una tarea que reemplazaba al periodo burgués, consistiendo en realidad en lograr la modernización que faltaba si se medía todo por los parámetros metropolitanos ¹².

No hay para qué asombrarse de estas modificaciones hechas al marxismo original. Trockij, al igual que los otros dirigentes comunistas, estaba encandilado por la modernidad occidental y creía sinceramente que el "progreso" para las regiones subdesarrolladas residiría en "alcanzar" y "sobrepasar" a Europa y los Estados Unidos: en una de sus obras postreras y más críticas, defendió el "derecho a la victoria del socialismo" exclusivamente en términos "del hierro, del cemento y de la electricidad" ¹³. El ímpetu modernizante de Trockij y de la inmensa mayoría de los pensadores y dirigentes socialistas no ha sabido proyectar una alternativa a la sociedad industrial originada en Occidente, haciéndose dictar los criterios mismos del progreso por el incriminado régimen capitalista. Esta actitud fundamentalmente acrítica conduce a una percepción bastante distorsionada tanto del sistema "burgués" como de los experimentos socialistas: el mismo Trockij, generalmente más lúcido que muchos marxistas, censuró a las sociedades occidentales principalmente porque el capitalismo en ellas condenaba la esfera económica a "la anarquía y a la decadencia", no permitiendo una modernización ulterior ¹⁴; la Unión Soviética bajo Stalin era para Trockij, pese a todos sus lados negativos, un socialismo "deformado burocráticamente", pero socialismo al fin y al cabo, y como tal muy superior a las formas más adelantadas del capitalismo ¹⁵.

12 L. D. Trockij, *Soviet Bonapartism*, en: R. V. Daniels (comp.), *The Stalin Revolution*, Lexington: Heath 1965, p. 98.

13 L. D. Trockij, *Verratene Revolution* (La revolución traicionada), Frankfurt: Neue Kritik 1968, p. 12.

14 L. D. Trockij, *Soviet Bonapartism*, op. cit., p. 99

15 Ibid., p. 100.

Otro elemento central es que la relevancia a largo plazo de *Lenin, Trockij, Buxarin y Stalin* no consiste en haber establecido, consolidado y expandido internacionalmente el primer régimen socialista y la revolución proletaria, sino en haber formulado y llevado a la praxis una concepción autoritaria y estatista de la modernización acelerada en naciones periféricas recurriendo a la propiedad estatal de los medios de producción. El voluntarismo de Lenin, la revolución permanente de Trockij, la industrialización y colectivización forzadas de Stalin y el teorema del eslabón más débil en la cadena imperialista de Buxarin ¹⁶ representan diversos aspectos de una misma intención política: el sobrepasar etapas históricas – si nos atenemos al esquema evolutivo engelsiano – y el edificar la civilización industrial de manera consecuyente y enérgica y sin ninguna concesión al desarrollo espontáneo sostenido por innumerables iniciativas aisladas. La inmadurez económica de un país industrialmente atrasado garantizaría la madurez política de su proletariado y, particularmente, de su vanguardia intelectual, el partido comunista; es decir, las regiones subdesarrolladas estarían potencialmente más adelantadas en el plano político que los centros metropolitanos y su camino casi obligatorio hacia la civilización industrial sería aquél que saque provecho de esta constelación específica confiando la dirección de un proceso acelerado de modernización a esas vanguardias que representan y guían los intereses proletarios. Así, las desventajas que ostentan las regiones más desfavorecidas a nivel compartivo mundial se transforman "dialécticamente" en ventajosos puntos de partida tanto para la modernización como para la instauración del socialismo. ¿Cómo no va a ser popular esta ideología?

La fascinación del socialismo en las periferias mundiales opera en planos unidos entre sí: estos experimentos socio-económicos brindan aparentemente una posibilidad de rápido desarrollo técnico-industrial y atribuyen indefectiblemente una posición dirigente ilimitada a los partidos que dicen encarnar a las vanguardias proletarias. Lenin ha sido la conjunción de estas

16 Cf. M. Rubel, *Le "chaînon le plus faible"*, op. cit., p. 100 s.

dos corrientes: su concepción del partido de un "nuevo tipo", que implicaba ya una imagen tecnicista de los recursos humanos y de su movilización, se complementaba con una exaltación acrítica e ingenua de las posibilidades tecnológicas del Hombre; él creía que la sociedad técnicamente perfecta sería al mismo tiempo socialmente perfecta y que la cultura del futuro adoptaría un carácter industrial-colectivista. Este nexo entre tecnología y socialismo, que representa el legado de Lenin a Rusia, vincula la Revolución de Octubre con otros intentos anteriores de modernización acelerada, como el emprendido por Pedro el Grande, cuyos objetivos y métodos (claramente despóticos) fueron aprobados explícitamente por Lenin y Stalin.

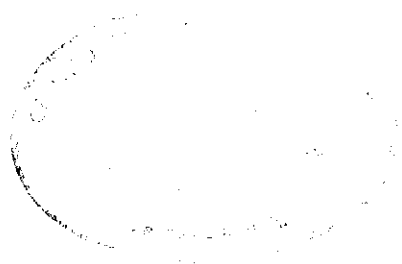
Es importante insistir sobre el hecho de que estos modelos de modernización acelerada en las periferias conservan elementos centrales de las tradiciones propias en los terrenos de la cultura y la política, y muy especialmente en el campo de los modos de ejercer el poder. Ninguna innovación puede abstraer totalmente de lo existente en el momento de su implementación, y menos aún en la esfera socio-política. Para hacer aceptables los nuevos patrones de desarrollo con respecto a la economía, la tecnología y el comportamiento laboral, los dirigentes, conscientemente o no, revalorizan lo autóctono y el llamado acervo nacional en asuntos tales como los estilos de culturas populares, las pautas de conducta individuales y familiares y las "costumbres" políticas. En cuanto a esto último, se trata generalmente de herencias autoritarias y de tradiciones prerracionales y preburguesas, no muy proclives a las formas contemporáneas de la democracia. La modernización económico-técnica tiende entonces a perpetuar modelos despóticos de dominación: Ghengis Khan con telégrafo.

Hasta Marx lanzó su advertencia contra esta posibilidad de la barbarie. La discusión acerca del *despotismo oriental* y sus implicaciones actuales ¹⁷ ha llamado la atención sobre la posi-

¹⁷ Sobre esta temática cf. la obra fundamental de Karl August Wittfogel, *Oriental Despotism. A Comparative Study of Total Power*, New Haven: Yale U.P. 1967; Gianni Sofri, *El modo de producción asiático. Historia de una controversia*, Barcelona: Península 1972; sobre la relación entre el antiguo despotismo oriental y el

bilidad de reproducir elementos tradicionalmente autoritarios y hasta tiránicos en los regímenes socialistas: puede darse una reedición del despotismo oriental fundado en la industria moderna y en una especie de esclavitud generalizada dirigida por el Estado.

moderno autoritarismo en el mundo islámico cf. Maxime Rodinson, *Die Araber* (Los árabes), Frankfurt: Suhrkamp 1981, p. 114, 166; Bassam Tibi, *Die Krise des modernen Islams. Eine vorindustrielle Kultur im wissenschaftlich-technischen Zeitalter* (La crisis del Islam moderno. Una cultura pre-industrial en la era científico-técnica), Munich: Beck 1981, p. 151 sqq. Cf. también la importante monografía sobre la obra pionera de Wittfogel: G. L. Ulmen, *The Science of Society. Towards an Understanding of the Life and Work of Karl August Wittfogel*, La Haya: Mouton 1978.



9

Aspectos comparativos del socialismo en el Tercer Mundo:

Teoría y realidad de la modernización

El surgimiento de regímenes socialistas, dirigidos por partidos marxista-leninistas, en medio de las sociedades agrarias, tradicionales y pre-industriales del actual Tercer Mundo, no estaba previsto por la teoría marxista original ni es explicable adecuadamente por medio de categorías y conceptos marxistas, ni aún mediante las diferenciaciones, ampliaciones y derivaciones más sutiles.

Estos regímenes socialistas no han cumplido, por otra parte, con la función emancipadora prevista y postulada por el marxismo original, sino que se han reducido, en líneas generales, a crear la estructura productiva necesaria para la instauración de una sociedad industrial de corte moderno. Este esfuerzo centrado en torno de la esfera económico-técnica se ha visto acompañado, casi sin excepción alguna, por el establecimiento de un orden interno claramente autoritario, antidemocrático, antipluralista y uniformante, que, por lo menos en la época actual, conforma la característica central y más notoria de los sistemas socialistas.

En líneas generales, se puede afirmar que variadas sociedades del Tercer Mundo denotan una clara dicotomía entre el crecimiento modernizador acelerado, de un lado, y la carencia

de libertad y democracia, de otro. *Karl de Schweinitz*¹ ha formulado la importante hipótesis de que la tradición liberal-democrática sería inadecuada para los procesos de modernización en el siglo XX y que la combinación de industrialización con elementos democráticos en el siglo XIX se debería a una conjunción única de circunstancias históricas que no se repetiría fácilmente. De ser ésto correcto – y hay muchos fenómenos actuales que apuntan en esa dirección – las perspectivas para el Tercer Mundo no son demasiado promisorias: el desenvolvimiento histórico sería proclive a un nuevo absolutismo, como ya lo conoció la historia antes de la Revolución Francesa, cuando precisamente se echaban las bases para la modernización europea. La etapa liberal-democrática constituiría entonces un mero episodio en la evolución universal, estando limitada tanto en el tiempo como en el espacio. Los efectos de la modernización acelerada bajo signos socialistas en el Tercer Mundo parecen confirmar la instauración de ese *nuevo absolutismo*. En estos procesos el marxismo ha sido privado de su racionalidad y de su universalidad, adquiriendo más bien tintes populistas, nacionalistas y emotivos para servir sobre todo como instrumento de movilización masiva. En líneas generales, las corrientes socialistas surgidas en el Tercer Mundo han funcionado como vehículo para los anhelos de progreso material y de identidad nacional. Enfatizando la prioridad de la industrialización, estas tendencias han encarnado las aspiraciones colectivas y han dado una respuesta práctica a los sentimientos de inferioridad latentes en aquellas sociedades con respecto al mundo occidental. Para ello el socialismo tercermundista denota ciertos aspectos irracionales, lo que se ha manifestado en sus exageraciones nacionalistas, en su relación ambivalente con los centros metropolitanos y en el desprecio de los valores más notables de la tradición occidental.

La ambivalencia de ese nexo consiste en la adopción de la tecnología occidental y en el aprovechamiento de los conoci-

1 *Karl de Schweinitz, Industrialization and Democracy. Economic Necessities and Political Possibilities*, Glencoe/London: The Free Press 1964, pp. 10 s, 269-273, 276s

mientos científicos logrados en los centros metropolitanos y, simultáneamente, en el intento de revitalizar tradiciones propias en el campo de la cultura política. En Africa, por ejemplo, la nueva identidad viene a ser una amalgama de cultura autóctona con logros técnicos europeos ². En Persia, donde a partir de la revolución islámica de 1979 se ha ensayado de manera radical el regreso a las fuentes de una cultura autóctona, el rechazo de los valores occidentales no ha sido tan completo como se cree: el *Ayatollah Jomeini*, en su conocida entrevista con Oriana Fallaci, ha designado al progreso material y a los avances tecnológicos como "las cosas buenas de Occidente", rechazando únicamente las "costumbres y las ideas" de Europa como algo despreciable ³. O sea: la vuelta a lo genuinamente propio y la consolidación de la identidad nacional irania significan en realidad un modelo de desarrollo con elementos autóctonos en la esfera de la política y la cultura y la importación de objetivos y paradigmas foráneos en el terreno de la economía y la tecnología.

No se puede negar que estas exaltaciones de la identidad nacional exhiben un carácter muy híbrido: la gente que combate a los diablos occidentales utiliza sin el más mínimo escrúpulo el armamento más refinado de los incriminados arsenales metropolitanos, se sirve de las modernas técnicas de comunicación y transporte y anhela profundamente la construcción de altos hornos, mientras que al mismo tiempo le parece una terrible blasfemia leer un libro de filosofía racionalista, establecer un régimen parlamentario de gobierno o respetar los derechos individuales. El uso de las ametralladoras se ha convertido en la cosa más obvia del mundo, pero la práctica de la democracia representativa

2 Cf. el estudio basado en testimonios africanos: Charles F. Andrain, *Democracy and Socialism: Ideologies of African Leaders*, en: David E. Apter (comp.), *Ideology and Discontent*, New York/London: The Free Press 1964, p. 179, 192; para el mundo islámico: Bassam Tibi, *Der Islam und das Problem der kulturellen Bewältigung sozialen Wandels* (El Islam y el problema de la superación cultural del cambio social), Frankfurt: Suhrkamp 1985; para América Latina: Carlos Rengel, *El tercer-mundismo*, Caracas: Monte Avila 1982.

3 Oriana Fallaci, *Una periodista acusa al ayatollah Jomeini*, en: ULTIMA HORA (La Paz), 2 de noviembre de 1979, p. 13.

es vista como una traición al acervo nacional y como una burda imitación de instituciones exclusivamente imperialistas.

Precisamente el hecho de que sea *obvia* la relación *positiva* con la esfera tecnológico-económica adoptada de Occidente sugiere que los diversos regímenes modernizantes del Tercer Mundo, independientemente de su constitución política, no han podido generar un paradigma autónomo de desarrollo, aferrándose con más intensidad a lo propio en el terreno de la política y la cultura para salvar fragmentos de una identidad genuina y auténtica. Después de todo, uno se siente muy mal si se da cuenta de que los aspectos relevantes de la vida cotidiana y del progreso tan anhelado han sido concebidos dentro del marco de un grupo de naciones por las que uno siente una viva antipatía, mezclada con una admiración no tan consciente a causa de los logros de la civilización industrial. Es, en todo caso, una mixtura explosiva de sentimientos, que se vuelca hoy en día contra la cultura metropolitana en nombre de un pretendido progresismo político.

Tanto los teóricos marxistas como los gobernantes socialistas consideran *volens volens* al llamado Primer Mundo como el marco normativo de referencia para determinar qué cosa es atraso y adelanto. Los criterios básicos son la existencia de una industria pesada, el florecimiento de una tecnología avanzada, la consolidación de un Estado nacional fuerte, expansivo y respetado internacionalmente y la adquisición de un alto nivel de vida ⁴. La "emulación de Occidente" es predicada por autores que han dedicado su vida a la crítica del capitalismo: *Paul A.*

4 Cf. Dieter Senghaas, *Weltwirtschaftsordnung und Entwicklungspolitik. Plädoyer für Dissoziation* (Orden económico mundial y política de desarrollo. Llamamiento a la disociación), Frankfurt: Suhrkamp 1977, p. 14, 28, 38, 41, 67, 79, 89, 178, 269 s.- Senghaas recapitula brillantemente las teorías latinoamericana y africana de la dependencia, tomando sus puntos de vista; aquí se evidencia en forma clara la "dependencia" de estas teorías con respecto al "sistema" que ellas atacan tan enfáticamente. Cf. las obras posteriores, que refinan los mismos principios: Senghaas, *Von Europa lernen* (Aprender de Europa), Frankfurt: Suhrkamp 1982; Ulrich Menzel/Dieter Senghaas, *Europas Entwicklung und die Dritte Welt. Eine Bestandsaufnahme* (El desarrollo de Europa y el Tercer Mundo. Un inventario), Frankfurt: Suhrkamp 1986.

Baran escribió que las naciones periféricas debían, "a su modo", alcanzar lo que habían logrado Francia, Gran Bretaña y América con sus revoluciones ⁵; los representantes de la *teoría latinoamericana de la dependencia* han creado sus conceptos centrales como "subdesarrollo", "dependencia", "heterogeneidad", "estancamiento", "marginalidad", "periferia", "satélites" y muchos otros derivándolos de "desarrollo", "autonomía", "homogeneidad", "dinámica", "integración", "metrópolis", "centros" y otros que caracterizan a las naciones del Norte y a la *positividad* normativa a escala mundial ⁶. Todos estos enfoque teóricos tienen como contenido sólo *determinaciones negativas*: sus categorías fundamentales y su especificación del subdesarrollo resultan ser criterios de déficit y recuento de carencias, que surgen mediante la confrontación con la situación actual de los países más avanzados del Norte, que adquieren así de manera obvia – y, por ende, incommovible – la dignidad de paradigmas históricos.

Esta genuina dependencia del criticado modelo metropolitano se manifiesta en el tratamiento que los "dependentistas" dan a los grupos empresariales de los países periféricos: si éstos han logrado un éxito comparable a la burguesía capitalista europea, como en el caso del Japón, entonces se los admira casi irrestrictamente ⁷; si sus resultados son más modestos, entonces merecen sólo el calificativo de clases explotadoras y vendidas a los intereses extranjeros.

La consecución de un orden modernizador justifica los medios: en el primer caso las maldades del capitalismo pasan a segundo plano, mientras que en el último brota toda la censura posible, incluyendo la de índole moral. Es inútil buscar aquí los

5 Paul A. Baran, *On the Political Economy of Backwardness*, en: MANCHESTER SCHOOL, vol. 20, octubre 1952, p. 82 s.

6 Theotonio dos Santos, *La estructura de la dependencia*, en: Sweezy/Wolff/Dos Santos/Magdoff, *Economía política del imperialismo*, Buenos Aires: Periferia 1971, p. 60 s.

7 Senghaas, op. cit., pp. 91-99; Baran, op. cit., pp. 71-74.- Para una interpretación del desarrollo japonés más diferenciada y con mención a sus elementos autóctonos instrumentalistas cf. David E. Apter, *Ideology and Discontent*, en: D.E. Apter (comp.), op. cit., p. 24.

criterios humanistas de Marx y los referidos a los fenómenos de enajenación para juzgar la función de la propiedad privada. Ante esta fascinación por aquellos modelos de modernización acelerada no es de extrañar la popularidad de que gozan los métodos stalinistas – depurados de algunos excesos – en la conciencia colectiva del Tercer Mundo.

En un plano menos teórico y más profano se puede constatar igualmente cómo el proceso material occidental se ha transformado en el parámetro obvio para evaluar todo sistema socio-económico. En 1961 Xruščëv prometió a la generación en vida el goce del comunismo más completo, constituido empero por la plenitud del bienestar material. El socialismo existente tiende a convertirse en una variante de la política social exitosa; la meta ya no es el "Hombre nuevo", sino "el automóvil nuevo". Si se toma como objetivo el alcanzar cuantitativamente el ingreso *per capita* de las naciones más avanzadas de Occidente, entonces se establece cualitativamente como fin del experimento socialista el copiar cabalmente al incriminado capitalismo. Lo cual permite advertir irónicamente los fracasos del socialismo en la vida cotidiana.

En la China, por otra parte, la evolución posterior a la Revolución Cultural puede ser interpretada como un intento modernizante que deja a un lado consciente las veleidades de un experimento radical y autoctonista y se concentra en los métodos habituales para industrializar un extenso territorio. Todas las fracciones del Partido Comunista Chino han querido convertir a su país en una potencia grande y fuerte a nivel mundial, residiendo las diferencias entre ellas en la cuestión relativa al camino hacia tal fin. Los sucesores de Mao Tse-Tung se decidieron tras una década de controversias por la imitación de los centros metropolitanos en lo que se refiere al progreso material: sacando a relucir una posible cita del Gran Timonel de 1956, los altos dirigentes tienen en vista el sobrepasar a Estados Unidos como objetivo central del programa modernizador ⁸. En

8 Karl-Heinz Janssen, "Wie ein Ochse arbeiten". *Maos Nachfolger mobilisieren die Massen für einen neuen Sprung nach vorn* ("Trabajar como un buey". Los suce-

realidad, lo que anhela la China Continental es obtener las conquistas de *Taiwan* en las esferas de la industria, la agricultura, la educación y la occidentalización de la vida cotidiana bajo un régimen político diverso.

Hasta en Cuba las últimas metas perseguidas por la mentalidad colectiva son anticipadas por la civilización occidental. Como lo señala *Helga Strasser*, el estudio universitario, las profesiones intelectuales, el *standard* de vida de Estados Unidos y el desarrollo como progreso meramente tecnológico conforman las aspiraciones y los ideales de la juventud cubana, precisamente de aquéllos que provienen de un origen humilde. Mientras que el trabajo manual cae en descrédito paulatinamente, el consumismo de los centros metropolitanos es admirado y no censurado; la base de esta posición está formada por una fe incommovible en el progreso material ⁹.

Otros ejemplos de modernización socialista en el Tercer Mundo no han tenido tanto éxito, pero tampoco ninguna originalidad. En Corea del Norte, por ejemplo, el régimen se destaca por su nacionalismo lindante en el fanatismo, por el grotesco culto a la personalidad del Gran Jefe, por aspectos francamente totalitarios en la educación, en la vida familiar, en las relaciones sociales, en el tratamiento de los niños, en el terreno de la sexualidad y en la actividad política. Se advierte un incremento en el nivel de vida y, naturalmente, la creación de una notable industria pesada: se fabrican desde locomotoras hasta reactores

sores de Mao movilizan a las masas para un nuevo salto adelante), en: DIE ZEIT del 20 de mayo de 1977.- Sobre los resultados globales cf. la obra muy sugerente de Oskar Negt, *Modernisierung im Zeichen des Drachen. China und der europäische Mythos der Moderne* (Modernización bajo el signo del Dragón. China y el mito europeo de la modernización), Frankfurt: Fischer 1988.

- 9 Helga Strasser, *Sozialistischer Alltag in Kuba* (Vida cotidiana socialista en Cuba), en: LATEINAMERIKA-BERICHT, vol. 4 (1979), No. 24, p. 8; Carmelo Mesa-Lago, *La economía en Cuba socialista. Una evaluación de dos décadas*, Madrid: Playor 1983; Sandor Halebsky / John M. Kirk (comps.), *Cuba: Twenty-five Years of Revolution 1959-1984*, New York: Praeger 1985; Hugh S. Thomas / Georges A. Fauriol/Juan Carlos Weiss, *The Cuban Revolution: Twenty-five Years Later*, Londres/ Boulder: Westview 1984; Peter Gay, *Entre la reforma y la "contra-ofensiva revolucionaria"*. *La economía cubana*, en: NUEVA SOCIEDAD, No. 90, julio/agosto de 1987, pp. 35-44

atómicos. La fascinación del modelo norcoreano reside en la construcción de esa "industria industrializadora", que tanto gusta a los teóricos socialistas lejos del lugar de los hechos y tan poco a aquéllos que la tienen que soportar cotidianamente.

El precio ha sido alto. El desarrollo estrictamente económico y exento de todo elemento democrático coadyuva a erigir un tipo extraordinariamente resistente de tiranía; la técnica se transforma en vehículo de opresión y consolidación del régimen totalitario. Entre las instituciones que más se aprovechan de la tecnología moderna para mantener un Estado represivo y regresivo se hallan la policía y el departamento de agitación y propaganda. Corea del Norte es un buen ejemplo de una sociedad *orwelliana*: en la capital han sido instalados innumerables altavoces que "ofrecen" a cada barrio música, consignas del partido y alabanzas al Gran Jefe desde la mañana hasta la noche. La vida cotidiana se transforma así en un infierno inescapable, y la conciencia colectiva no tienen otro destino que degenerar en infantilismo político ¹⁰.

Tampoco es posible discernir algo genuinamente propio en la revolución iniciada el 28 de abril de 1978 en Afganistán por un grupo de pequeños burgueses radicalizados y frustrados: su marcada inclinación hacia la Unión Soviética, su imitación de todo el simbolismo comunista, su dogmatismo, su brutalidad en el trato de los disidentes, así sean del mismo partido, su olímpico desprecio por procedimientos democráticos y la implementación de las medidas clásicas contenidas en los manuales de economía política sugieren más bien un burdo remedo del modelo soviético —con todos sus errores.

Debemos convencernos, aunque sea penoso, de que nadie, y menos los pueblos, aprende de las experiencias de otros.

Es probable que justamente la extrema pobreza y el atraso del país hayan inducido a esos grupos insatisfechos de la clase media a adoptar lo que podría llamarse el núcleo simplificado de la modernización socialista en el siglo XX: la obsesión por

10 Horst Kunitzky, *Chollima Korea*, en: KURSBUCH, Nº 30, diciembre de 1972, p. 101

un cierto tipo de desarrollo material acelerado (favoreciendo de la industria a costa de los bienes de consumo) y la inclinación a la represión política y al control severo de la población. En todo caso, lo que sí llamó la atención en Afghanistan fue la cantidad de presos políticos, el poco respeto por tradiciones religiosas y tribales, la manía por la uniformidad, la liturgia de la dictadura del proletariado (en un país sin él), la prohibición explícita de toda otra agrupación política y la exaltación de una unanimidad ficticia ¹¹.

Por lo que se ve, el socialismo en el Tercer Mundo no ha sido demasiado original: reproducción de modelos foráneos, introducción de una ética laboral puritana ¹², adjudicación de los costos del desarrollo acelerado sobre las espaldas de los obreros y los campesinos por medios coercitivos una vez que ha pasado la fase heroica y redistributiva de los primeros tiempos y satisfacción de ciertas necesidades social-psicológicas en los estratos medios radicalizados ¹³. En cuanto a las pautas sociales de comportamiento, todos los experimentos socialistas han exigido la introducción de una ética semejante a la del *calvinismo* en los primeros tiempos de la modernización de Occidente: una moral muy rígida en la esfera del trabajo, costumbres privadas severas y una marcada degradación del placer. La distancia entre la realidad del atraso existente y las metas deseadas puede ser acortada sólo mediante esfuerzos globales, y la moralidad social adopta entonces la función de un importante instrumento para canalizar las energías individuales por las rutas señaladas desde arriba. Lo que ocurrió más o menos espontáneamente y bajo el velo de la religión al comienzo de la sociedad burguesa, sucede ahora de manera planificada por el Estado y a gran escala.

11 Cf. Andreas Kohlschütter, *Die Russen in der afghanischen Falle* (Los rusos en la trampa afgana), en: DIE ZEIT, Nr. 35, del 24 de agosto de 1979.- Cf. también la entrevista con Hafizullah Amin, "Wir sind ein Staat der Arbeiterklasse" ("Somos un Estado de la clase obrera"), en: DIE ZEIT, Nr 35, ibid (A pesar de los golpes y contragolpes en Afghanistan la opinión de Amin sobre la democracia puede ser representativa para la nueva clase dominante).

12 Para el equivalente en Africa cf. C. F. Andrain, op. cit., p. 172.

13 Para esta problemática en el caso cubano cf. James M. Malloy, *Generation of Political Support and Allocation of Costs*, en: Carmelo Mesa-Lago (comp.), *Revolutionary Change in Cuba*, Pittsburgh: Pittsburgh University Press 1971, p. 38, 41

La alusión al calvinismo nos lleva a una pista importante: tanto la ética estricta como la represión política son partes instrumentales de una estrategia destinada a reproducir la *acumulación primaria* del capital en el lapso de tiempo más breve posible, imitando bajo signos socialistas este proceso cardinal de la modernización occidental, que puede ser considerado como el fundamento mismo para todo intento de industrialización. También en los modelos socialistas ha habido la imperiosa necesidad de concentrar los capitales dispersos, de insertar por la fuerza las economías naturales dentro del circuito del intercambio, de expropiar masivamente a los productores independientes (campesinos y artesanos) y de conformar un proletariado sin defensas frente al detentador del capital centralizado. La acumulación en manos del Estado socialista ha significado igualmente la generación de riquezas materiales provenientes de fuentes situadas fuera del conjunto de la economía nacionalizada: la expropiación de una parte del producto de los campesinos y artesanos, la explotación de los pequeños productores, la introducción de presiones fiscales de todo tipo, la inflación como modo de extracción de impuestos, el trabajo no remunerado, labores forzadas en campos de concentración y aprovechamiento de países socialistas más débiles ¹⁴. Aunque los regímenes socialistas difieren entre sí según la aplicación de ciertas medidas y el grado de las mismas, todos ellos varían en el fondo el modelo soviético de acumulación primaria de capital, adaptando ciertos rasgos comunes: expoliación de aquellas capas de la población empleadas en los sectores preindustriales, restricciones al consumo, colectivización o, por lo menos, control severo de la agricultura, legislación draconiana en torno a la regulación del trabajo en todos los campos, apropiación de todos los excedentes económicos de parte del Estado centralista, implantación de un sistema altamente burocratizado de controles de todos los niveles y una amplia gama de medidas

14 Cf. el instructivo ensayo de Kostas Papaioannou, *L'accumulation totalitaire*, en: LE CONTRAT SOCIAL, vol. 7 (1963), Nr. 3; cf. también: Marc Ferro, *Des Soviets à la bureaucratie*, Paris: Gallimard-Juillard 1980; Edgar Morin, *De la nature de l'URSS*, Paris: Fayard 1983

de coerción política. En la Unión Soviética, uno de los grandes economistas del periodo heroico (perteneciente a la oposición antistalinista), *Preobraženskij*, definió la acumulación socialista como la transferencia de recursos del sector presocialista al socialista: la carga de la acumulación la debían llevar los campesinos y la agricultura, a los cuales *Preobraženskij* los denominó correctamente "nuestras colonias" ¹⁵, en alusión al rol que jugaron las posesiones de ultramar en la acumulación de capital de los principales países de Occidente.

Hay que señalar, por otra parte, que la concepción de la acumulación primaria socialista no es compartida por muchos marxistas independientes y que el mismo *Preobraženskij* se dio cuenta de las implicaciones de su teorema: la industrialización acelerada y a costa de los campesinos, que él proponía, traería consigo severos cortes en el consumo de las masas y la implantación de un amplio sistema de controles e intervenciones para implementar las expropiaciones a los productores no industriales. Esto significaría empero el fin de la democracia proletaria. La falta de una teoría diferenciada, desarrollada a partir de Marx y no de Lenin, y el esquematismo difundido entre todos los dirigentes rusos les impidió considerar otras alternativas que no fuesen el ultra-industrialismo de Stalin y la evolución "a paso de caracol" de Buxarin ¹⁶. No hay que asombrarse si *Preobraženskij*, uno de los ideólogos principales de la "acumulación primaria socialista", apoyase finalmente la política de industrialización forzada emprendida por Stalin a unos costos sociales que son bien conocidos.

El desarrollo basado en la "acumulación socialista" – término que contradice el núcleo mismo del marxismo primigenio – no es exclusivo de la Unión Soviética, aunque aquí se dio con el

15 Rossana Rossanda, *Die sozialistischen Länder: ein Dilemma der westeuropäischen Linken* (Las naciones socialistas: un dilema de las izquierdas de Europa Occidental), en: KURSBUCH, Nr. 30 (diciembre de 1972), p. 27

16 Sobre la problemática en general cf. Alexander Erlich, *The Soviet Industrialization Debate 1924-1928*, Cambridge: Harvard University Press 1967; Robert Vincent Daniels, *The Conscience of the Revolution*, Cambridge: Harvard University Press 1965, p. 374; Richard Lorenz, *Sozialgeschichte der Sowjetunion* (Historia social de la Unión Soviética), Frankfurt: Suhrkamp 1976, vol. I: 1917-1945.

vigor y la brutalidad típicas de la primera vez; en todo caso, esta variedad de acumulación representa la *reproducción de la acumulación primaria* capitalista con todos sus rigores y privaciones, realizada en un lapso de tiempo muchísimo más breve y bajo la propiedad y planificación estatales. Es probable que este proceso reitere los antagonismos, la alienación y la inhumanidad liminar de la modernización capitalista, y que estos fenómenos negativos pasen más o menos desapercibidos porque se considera equivocadamente que la sociedad socialista es mucho más perfecta que la capitalista y que sus defectos son meros problemas de crecimiento. En un punto parece que los comunistas – con excepción de Stalin – se equivocaron totalmente: la acumulación y la industrialización no hicieron más simples las funciones de control y administración, no fomentaron una democracia más igualitaria y no coadyuvaron a abolir las jerarquías estatales. La rápida edificación de una industria en gran escala, la centralización administrativa concomitante y el crecimiento de la autoridad gerencial impulsado por razones técnicas destruyeron no sólo los sueños de los bolcheviques en torno a una sociedad más libre, sino que demostraron igualmente que todo proceso de acumulación y modernización requiere de muchos sacrificios y controles y de poca democracia y libertad, independientemente del régimen político vigente. La burocracia soviética, por ejemplo, ha sido más "perfecta" que la occidental, liberada de las presiones de sindicatos y grupos autónomos de poder. En realidad, la modernización socialista ha conducido a que la Unión Soviética y otras naciones de su órbita adapten el conjunto de sus sociedades a la lógica disciplinante y centralizadora de la industria moderna en un grado mucho más elevado que en el mundo occidental ¹⁷.

Es significativo, entonces, que los resultados sean tan mediocres.

17 Daniels, op. cit., p. 406 s; cf. la entretanto famosa obra de Theda Skocpol, *States and Social Revolutions. A Comparative Analysis of France, Russia, and China*, Cambridge: Cambridge U.P. 1979; David Lane, *The Socialist Industrial State. Towards a Political Sociology of State Socialism*, Londres: Allen & Unwin 1976.

La consecuencia final de la modernización socialista es convertir a la sociedad entera en una gran fábrica, con su disciplina específica, sus jerarquías inmovibles y con su clase dominante de gerentes y técnicos. La Unión Soviética anticipó el destino del socialismo en el Tercer Mundo: no llegó a ser aquel sistema ideal basado en una industria ya establecida, con una participación popular efectiva en los procesos decisorios y con una distribución igualitaria del producto económico, sino un régimen dirigido casi exclusivamente a llevar a cabo la acumulación y la modernización aceleradas y a superar el atraso, enfatizando las jerarquías económicas y la autoridad burocrática. Los que perdieron la partida fueron aquellos socialistas que creían en una utopía post-industrial, gente idealista formada mayormente en la tradición occidental de la Ilustración, y los que ganaron fueron aquellos que propugnaron un asalto dictatorial al subdesarrollo, imbuidos de las viejas tradiciones totalitarias de la Rusia zarista ¹⁸.

Para un espíritu escéptico, Cuba representa también un caso de modernización socialista periférica que, pese a los enormes esfuerzos de su población, no ha logrado generar resultados por encima de un grado bastante mediocre. Las diferentes estrategias implementadas en Cuba (desarrollo tendiente a la industria pesada bajo Ernesto Che Guevara en los primeros años del régimen, luego fomento masivo de la caña de azúcar como pilar de la economía) han tenido como fin común la consecución de un nivel de producción y consumo comparable al de los centros metropolitanos. El camino hacia esta meta ha sido, empero, espinoso – para usar un eufemismo. Después de una breve fase redistributiva al comienzo de la revolución, el proceso de acumulación y modernización ha seguido las pautas habituales de privaciones y sacrificios, limitados éstos últimos por un exitoso programa de ayuda a los más necesitados de la población. En líneas generales, la acumulación primaria socialista en Cuba se ha basado en el principio stalinista de "crecer primero y repartir

18 Daniels, *ibid.*, pp. 406-408

después" ¹⁹, que trae consigo una serie de fenómenos propios de toda modernización incipiente y alejados de los ideales de Marx acerca del socialismo y la emancipación: sueldos y salarios determinados estrictamente por el rendimiento laboral ²⁰, extensión del tiempo de trabajo "voluntariamente" o por medios coercitivos, intensificación de la jornada laboral, creación de una ética que exalte y cohoneste estos aspectos, introducción de innumerables medios de control tanto en el lugar de trabajo como en la esfera privada y difusión de una ideología de la resignación y del acatamiento. Dejando atrás el periodo heroico y los experimentos con la "nueva moral", el ubicuo principio de rendimiento realizó también su marcha victoriosa en la isla, como lo había hecho antes en todos los otros regímenes socialistas: toda empresa debe ser un ente rentable, todos los rubros de la economía deben funcionar eficientemente y la administración es compelida a exhibir una mayor eficacia en todas sus instancias ²¹. Aquel principio y este énfasis general en el aumento de la productividad no han podido evitar resultados muy modestos tanto en el sector productivo ²² como en el de servicios y consecuencias muy deplorables en el plano humano: reducción del Hombre a un ser cuantificable y manipulable según los requerimientos de la planificación económica; ensalzamiento de aquellos trabajadores que sobrepasan las normas de productividad dictadas desde arriba, pero que simultáneamente están satisfechos con el sistema y son incapaces de articular alguna crítica contra éste; y afianzamiento de una atmósfera general de obediencia, resignación y apoliticidad. Esto es particularmente perceptible en la esfera de la educación, que ha adquirido un

19 Helga Strasser, op. cit., p. 3

20 Ibid., p. 4; Marta Hamecker (comp.), *Cuba, dictadura o democracia?*, México: Siglo XXI 1975, p. 45, 108.- Este principio fue acogido por el artículo 44 de la nueva constitución cubana.

21 Strasser, *ibid.*, p. 3 s; Reinhold Keilbach, *Entwicklung und Perspektiven der kubanischen Wirtschaft* (Desarrollo y perspectivas de la economía cubana), en: LATEINAMERIKA-BERICHT, vol. 2, Nr. 12 (julio/agosto 1977), pp. 45-56.

22 Hermann Josef Mohr, *Entwicklungsstrategien in Lateinamerika* (Estrategias de desarrollo en América Latina), Bensheim: Kübel 1975, p. 126.- Las cifras compiladas por Mohr sobre la producción alimenticia en Cuba no son demasiado positivas para el régimen castrista.

carácter eminentemente tecnicista y que sirve también, desde el jardín de infantes, como instrumento de control sobre el desarrollo de cada individuo ²³.

Esta misma política, que en el campo laboral ha llevado a la militarización del trabajo ²⁴, ha conducido a una reglamentación muy estricta de todas las actividades sociales. En ambos casos la argumentación favorable a la Revolución Cubana ha subrayado la eficacia de factores tales como la centralización, la unidad de voluntades, la introducción de estructuras jerárquicas claras y sencillas y la eliminación de "críticas no constructivas". Pero, como señala *Mohr* ²⁵, la militarización y el autoritarismo no evitan, sino más bien favorecen el recelo ante la iniciativa y la responsabilidad individuales, el conformismo, el poco interés genuino por la actividad cotidiana, la dilapidación de fondos públicos, la predilección por proyectos gigantes, la pesadez del aparato burocrático, la ejecución pasiva e ineficiente de las órdenes, la infalibilidad de las decisiones tomadas "arriba" y la incapacidad de crítica.

El comportamiento cotidiano de los trabajadores, el ausentismo, la baja productividad, la indisciplina y su reverso oficialista (las leyes contra la vagancia, por ejemplo), son testimonios de que una buena parte de los cubanos no se identifican con el Estado socialista, ni con la fraseología progagandística, ni con las consignas de una autocracia antidemocrática.

El modelo modernizador cubano tiene una indiscutible semejanza con el colectivismo burocrático ²⁶, y poco que ver con los ideales de Marx – como toda modernización en las periferias. Ello no se debe únicamente a fenómenos contingentes, como la dictadura personalista del "máximo líder", sino también a causas más profundas e intrínsecas: la planificación centralizada y detallista excluye *per se* toda posibilidad efecti-

23 Strasser, op. cit., p. 7.

24 H. J. Mohr, op. cit., p. 128.

25 Ibid.

26 Cf. Nelson P. Valdés, *Cuba: socialismo democrático o burocratismo colectivista?*, en: APORTES, Nr. 23 (enero de 1972), pp. 25-52.

va de cogestión y auto-administración; el pleno empleo es parcialmente una mera apariencia, pues encubre todos los innumerables casos de puestos totalmente inútiles y superfluos creados para acabar artificialmente con el desempleo; el aparato burocrático, muy inflado, suministra un aporte reducidísimo a la generación de un genuino excedente económico; la prevalencia absoluta del marxismo-leninismo crea un ambiente dogmático e intolerante, donde los disidentes políticos van fácilmente a parar a la cárcel; y el sistema autocrático engendra indefectiblemente una casta dominante militar y burocrática, que puede mostrarse paternalista hacia la población, pero sabe muy bien defender y ampliar sus privilegios e intereses ²⁷.

Investigadores liminarmente favorables a la Revolución Cubana reconocen que esta ha sido un intento socialista-estatal de modernización, basada en la movilización instrumentalista de las masas, dirigida por una élite no controlada democráticamente y con una adjudicación de costos sociales similar a la del modelo soviético ²⁸. Se ha tratado, como en todo intento periférico de modernización, de comprimir en unos "cuantos años" un proceso que en Occidente "necesitó más de un siglo para realizarse". Bajo tales circunstancias, el marxismo se transforma de una herramienta crítica de análisis en una "ideología central y unificadora", en una "suerte de religión secular" ²⁹. Estos autores reconocen explícitamente que la ideología cubana, con su amalgama de socialismo y nacionalismo, sirve para racionalizar los sacrificios actuales en función de una meta futura. O sea, primero estaba la élite rectora, que se proporciona a sí misma el soporte masivo.

El primer pensamiento de Fidel Castro era probablemente la frustración originada por un orden social tradicional, sin una industria que mereciese plenamente ese nombre; la decisión por el socialismo en su caso puede ser interpretada como la

27 Cf. la instructiva crítica de H. J. Mohr, op. cit., p. 134 s.

28 James M. Malloy, op. cit., p. 24 s, 28, 32, 38.

29 Nita R. Manitzas, *Clase social y nación: nuevas orientaciones*, en: Barkin / Manitzas (comps.), *Cuba: camino abierto*, México: Siglo XXI 1974, p. 93.

búsqueda de un modelo de rápida modernización y no como la preocupación por motivos humanitarios propios del marxismo primigenio. Sus paradigmas de desarrollo han estado centrados igualmente en torno a la existencia de una industria pesada comparable a la metropolitana ³⁰. Ahora bien, la determinación explícita de la jefatura cubana de implementar la acumulación primaria conlleva los riesgos reconocidos por ella misma de tener que poner en práctica métodos coercitivos, exigencias compulsivas de trabajo y cercenamiento de las libertades individuales, con lo que la historia de la acumulación cubana y periférica en general reproduce los sacrificios y las víctimas de la larga historia presocialista. Por consiguiente, no se ve dónde residen las pretendidas ventajas de la modernización en los países que han elegido la orientación marxista.

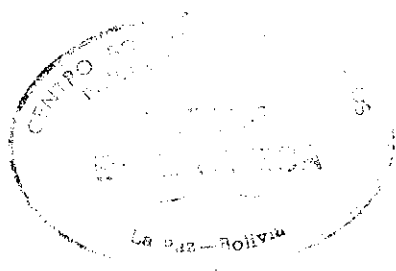
La popularidad de los modelos socialistas en el Tercer Mundo se debe más a la desilusión de las masas con respecto al régimen interno del país respectivo que a la realidad del socialismo en la praxis. En torno a éste, las conclusiones son claras. En primer lugar, los frutos nada promisorios tanto del desenvolvimiento más adelantado de la industria como del consumismo metropolitano nos sugieren la imagen de que este tipo de civilización no es tan lleno de bondades como lo aseveran sus apologetas y lo creen los que no han llegado aún a él; los intelectuales y dirigentes del Tercer Mundo deberían conocer mejor sus lados negativos antes de considerarlo como la única alternativa histórica. Se puede comprender la urgencia que hay en las periferias mundiales por el "desarrollo", pero ésto no significa apoyar acríticamente estos anhelos. Se puede pensar en una evolución histórica conscientemente acelerada que esté dedicada a la satisfacción de necesidades vitales como alimentación, vivienda, vestido, educación y libertades individuales, basada en la agricultura, en algunos servicios indispensables y en ciertos tipos de manufactura sencilla, sin tener por ello que imitar la

30 David Barkin, *La estrategia de desarrollo*, en Barkin / Manitzas (comps.), op. cit., p. 98 (con un análisis del importante discurso de Fidel Castro del 16 de octubre de 1953).

industrialización metropolitana. En segundo lugar, hoy en día se puede afirmar que los experimentos socialistas en el Tercer Mundo no han sido tan positivos como lo han creído sus iniciadores y sus admiradores en Occidente: estos intentos conservan los inconvenientes de las culturas tradicionales y adquieren pocas de las ventajas del mundo moderno. En tercer lugar, parece que el socialismo no es el único modelo exitoso de modernización en las periferias; existen otros ensayos que no han recibido la atención suficiente de los cientistas sociales y que no han dispuesto de grandes aparatos de propaganda para cantarse loas — lo que es indispensable actualmente para no hundirse en la obscuridad —, pero que pueden exhibir logros más brillantes que los países socialistas y a un costo general mucho más bajo: Argentina de 1862 a 1943, Taiwan, Hong-Kong, Malaysia y Singapur a partir de 1950, Costa Rica desde 1949, Tonga, Fidji y otros estados de Oceanía a partir de la Segunda Guerra Mundial, y algunos productores de petróleo en los últimos años. Son regímenes muy diferentes entre sí, y su estilo de desarrollo no puede ser asimilado a un modelo único; por otra parte, su éxito no se debe exclusivamente a la existencia de alguna materia prima escasa en el mercado mundial. Es una lástima que los intelectuales, imbuidos de los prejuicios más prosaicos, sólo tengan ojos para comparar la India con la China o Haití con Cuba.

10

Conflicto, pluralismo y mercado como elementos de la democracia moderna



En la ya larga historia de la humanidad, el Hombre ha demostrado una cierta predisposición por lo fácil y lo cómodo en el tratamiento de grupos e intereses diferentes de los propios. La impugnación lisa y llana de las ideas divergentes es naturalmente muy asequible a la mentalidad general, profundamente mediocre en sus criterios. Es más fácil el ignorar y el liquidar un asunto conflictivo que el tener que vivir con él. Los conflictos, sin embargo, deben ser aceptados como la sal de la vida, y no meramente tolerados por un breve lapso de tiempo como un mal necesario. Una sociedad sin conflictos puede ser estable, pero insoportablemente aburrida y culturalmente estéril. Una sociedad razonable, en cambio, evoluciona porque es puesta en cuestionamiento periódicamente y porque ella misma se hace preguntas —el método más adecuado para desarrollarse y renovarse. Se requiere, por lo tanto, de una especie de reto permanente, del concurso de argumentos divergentes, de la existencia más o menos regulada de conflictos, no como fines en sí mismos, sino como elementos para mejorar el orden social. La libre expresión es su vehículo, lo que vale precisamente para pensamientos que pueden resultar falsos con posterioridad. El deber del Estado debería consistir en asegurar la diversidad de opinio-

nes y la posibilidad de articulación de aquellas ideas que emergen como incómodas para la línea oficial del momento. Los argumentos deben ser contestados e impugnados por ideas y reflexiones, no por la fuerza de las armas o de las presiones sociales.

Con relación al conflicto, parece útil referirse a un paralelismo existente en la familia. Dentro de ésta cada humano debe resolver problemas estructuralmente similares a aquellos predominantes en el orden social: cómo convivir con personas que le son indispensables, que las estima, pero de las cuales uno está separado a causa de ideas o sentimientos. También en el interior de la familia se trata de encontrar una forma de vida en la cual se puedan satisfacer exigencias que rivalizan entre sí; la realización de nuestros deseos y ansias va a causar probablemente odio y envidia en los otros, y tenemos que hallar los medios para canalizar esos sentimientos hacia una regulación productiva de los conflictos. Las mismas personas en la familia, que nos son importantes y hacia las cuales sentimos afecto, nos causan también problemas y obstaculizan nuestro desarrollo, mientras que nosotros las herimos y a veces pensamos en "liquidarlas". Es el conflicto que se genera cuando la misma gente nos estima y nos molesta y cuando nosotros queremos y humillamos a una misma persona. La cuestión reside en saber si uno puede conformarse con amar y odiar simultáneamente al mismo destinatario o, por lo menos, si uno puede aprender a vivir y a crecer teniendo sentimientos contradictorios, sin dejar que las pasiones irracionales digan la última palabra. Tanto en la sociedad como en la familia se requiere de un proceso de aprendizaje, largo y penoso, que permita finalmente una convivencia aceptable entre personas de sentimientos ambivalentes y anhelos divergentes – comprensión y estima pese a las diferencias y a las dificultades que nos causan los otros.

Estos argumentos apuntan aproximadamente a un orden social que rechaza la idea rectora de la perfección, ya que ésta sólo es concebible como la eliminación de las contradicciones existentes. No siendo posible ni deseable la sociedad perfecta, es conveniente un sistema democrático con sus ambigüedades y

problemas, que trata de evitar los excesos mediante la autorregulación fomentada por el libre debate. La solución de los conflictos sociales estaría en manos de un método de aprendizaje por ensayo y error, es decir, por medio de soluciones pragmáticas, temporales, sometidas a posibles correcciones y parciales en sus proporciones.

Lo razonable es, por un lado, un orden social que renuncie explícitamente a ser perfecto y que, por ende, no subordine ni la felicidad de sus ciudadanos ni los esfuerzos del Estado a tal fin; su meta central es evidentemente el bienestar de sus habitantes, conseguido por medio de reformas continuas pero limitadas, discutidas ampliamente por la opinión pública e implementadas de modo pragmático. Por otro lado, tiene que quedar establecido inequívocamente que el Estado y sus aparatos no poseen una dignidad ontológica superior al individuo, sino que conforman una función al servicio del ciudadano, y que toda su razón de ser se reduce a suministrar las bases para el florecimiento de la sociedad. El Estado no es algo anterior al Hombre o un ente derivable de nociones y desarrollos metafísicos; es sólo el ordenamiento necesario para garantizar los derechos naturales del Hombre. Todo Estado que no cumpla esta misión y que no la convierta en la piedra angular de su política, pierde toda razón de existencia. No es así que el Estado concede graciosamente a sus ciudadanos unos derechos básicos y un espacio libre de la intromisión estatal, sino que el Hombre dispone de ellos con anterioridad a la conformación de la estatalidad.

Reconozco que se trata de un modelo gubernamental cuyo punto de partida y cuyas pautas de legitimación son el individuo y su bienestar; siendo el ciudadano capaz de perfeccionarse paulatinamente, el deber del Estado es ofrecerle posibilidades de libre desenvolvimiento. Hasta donde se pueda, los hombres regulan sus relaciones entre sí sin la intervención de la burocracia, sobre un fundamento de igualdad liminar y mediante contratos o medidas afines libremente concertadas. Las tareas del Estado se limitan a dotar las reglas generales para el tráfico de los ciudadanos entre sí, reglas que preservando la libertad individual, permanezcan neutrales con respecto al contenido es-

pecífico de los acuerdos alcanzados entre las personas privadas. La sociedad resulta ser la esfera de la autonomía privada, a la cual está subordinada la actividad estatal. El sistema debe ser complementado por medio de la tolerancia política y religiosa, la predisposición a la regulación pacífica de conflictos y el cosmopolitismo: un Estado no es mejor que otro, y donde uno ha nacido es la casualidad misma.

Uno de los objetivos es restringir el número y la influencia de los actos arbitrarios e irracionales, especialmente cuando son cometidos por la burocracia y tienen una gran resonancia social. Para éso es imprescindible la instauración de normas provenientes de principios estrictamente racionales y justificadas mediante un debate correspondiente en la opinión pública – todo lo cual, por otra parte, conduce a disminuir el aspecto dominacional del Estado. La racionalidad de las normas no se deriva de una verdad, cuya validez está asegurada mediante reflexiones metafísicas, o de un *bien común*, reconocible por todos y substancialmente prefijado, sino de la concurrencia irrestricta de muy distintas opiniones y concepciones. No debemos anhelar un sistema político con "su" verdad definitiva y "sus" pautas de acción siempre correctas, sino un orden donde la verdad sea meramente aproximativa y donde el bien común sea el resultado transitorio de un compromiso aceptable. Por lo tanto, uno de sus elementos indispensables para la sociedad razonable sería una libertad completa de opinión y prensa.

Justamente las opiniones que el Estado trata de suprimir pueden ser las más sensatas. Concomitante con esta situación, la organización y los procedimientos internos de los órganos representativos de gobierno deben estar estructurados de tal modo que combinen un máximo de competencia de ideas con la participación de un público esclarecido, bien informado y razonador – el debate parlamentario, por ejemplo, complementado por la discusión de la misma temática por parte de los órganos de prensa.

En general, la crítica marxista a esta argumentación sostiene que estos principios son, en lo esencial, la ideología de la clase

burguesa, cuya dominación económica estaba asegurada y que, por lo tanto, se podía dar el lujo de un Estado limitado a algunas funciones centrales y de un mercado de ideas donde la lucha política no aparecía como conflicto de intereses, sino como concurrencia de opiniones. Hoy en día el poder de la burocracia, la manipulación de la llamada opinión pública, la contienda de los intereses económicos y la transformación del parlamento burgués en un cuerpo controlado por fracciones y partidos hacen emerger como obsoletos los elementos de la teoría liberal clásica, que probablemente ni en su época de oro fue un modelo transparente y "racional" de organización socio-política.

En la era de la democracia de masas y de la tecnología, el postulado de encontrar la solución correcta por medio del debate libre evidencia su carácter irrealista; demasiadas cuestiones están ligadas a los intereses de grandes grupos sociales o a las imposiciones del desarrollo técnico-industrial. Además, el individualismo, como posición que subyace a todo el edificio del liberalismo, se transforma en nuestros días de consumo y manipulación masivos en un mero anacronismo.

Contra esta crítica de origen marxista (y contra teoremas afines) se puede aducir que el valor de una idea o de un modelo político se mide — o se debería medir — por su méritos intrínsecos y no por su facultad de adaptarse a las corrientes del tiempo, de la moda y de las necesidades momentáneas. Una declaración así conlleva la antipatía de los historicistas y la enemistad de los marxistas. Pero no todos los fenómenos pierden validez cuando ha pasado "su hora" o cuando se hallan fuera del contexto de su origen. No quiero negar dogmáticamente la influencia destructora del tiempo, por otra parte: nada está *totalmente* exento de la acción devastadora de los siglos y del desenvolvimiento histórico. Todo nuestro esfuerzo por elucidar si había efectivamente elementos dignos de ser salvados para el futuro dentro de la tradición de las ideas y de la crónica de las instituciones políticas, parte del supuesto de que el tiempo y la historia no lo anulan todo y que siempre subsisten fragmentos que son importantes en el porvenir. Lo bueno no lo es exclusivamente por ser lo nuevo y actual, y algunos aspectos de la tradi-

ción liberal e individualista no son completamente anacrónicos e inservibles porque fueron formulados en épocas pasadas. Hay que proceder con cuidado y con ánimo de diferenciación para ver lo valioso en los modelos aquí discutidos, máxime si la fascinación que siguen ejerciendo los derechos humanos, la responsabilidad parlamentaria y el Estado de derecho indica que el liberalismo en sus múltiples aspectos no está tan muerto como creen sus detractores. Es verdad que cada día son pisoteados los derechos humanos en algún lugar del mundo y que el avance incontenible de la burocracia transforma en obsoletos los mecanismos de control estatal ideados por los teóricos del anti-absolutismo, pero el interés creciente por hacer efectivos los derechos naturales del hombre y el homenaje verbal que rinden las constituciones de los países más autoritarios a los principios democráticos y a los fundamentos liberales de la organización del Estado son testimonios de que esta herencia no ha desaparecido ni de la discusión institucional ni del plano de la conciencia moral.

Una democracia efectiva en la época actual no consiste en el renacimiento de los principios de la Ilustración, sino en utilizar los fragmentos de esta tradición que aún tienen vigencia, por ejemplo en el terreno del ordenamiento jurídico-institucional, y combinarlos con los elementos de un pensamiento social avanzado, evitando así los excesos de un individualismo irrestricto. El intervencionismo estatal, que debería cesar en los campos político y económico, podría tener cabida sólo en el terreno de la asistencia y bienestar sociales.

También la esfera política el modelo de una sociedad razonable debe inspirarse en un liberalismo modernizado, que no considere únicamente al Estado como fuente de posibles represiones y opresiones, sino también a poderosos *intereses privados con tendencia monopolista*, como ser partidos políticos y consorcios económicos de gran envergadura. Grupos privados pueden igualmente desarrollar una marcada proclividad a silenciar a otros órganos de derecho privado y a utilizar su poder para suprimir a concurrentes molestos. Una democracia moderna debe usar todos los medios institucionales, educativos y

políticos para proteger a la comunidad de los afanes y apetitos de los poderosos de toda clase; una democracia razonable debería orientarse por una especie de alergia hacia todo intento de monopolizar el poder, la opinión pública o el mercado y por la búsqueda incesante de mecanismos y dispositivos para controlar a los poderosos, fomentando la transparencia de toda actividad política y la apertura del sistema hacia nuevas soluciones.

Es verdad que a entera satisfacción un organismo como el esbozado funciona sólo dentro de una sociedad, en la cual los derechos humanos y políticos son ejercidos realmente, en la que los problemas sociales son reconocidos como conflictos y regulados por negociación y en la cual la base económica está constituida por el mercado y la propiedad privada. La crítica marxista ha señalado repetidas veces que no se puede resolver controversias sociales y de clase en analogía al funcionamiento del mercado. Pero contra esta opinión hay que subrayar el hecho de que la regulación de conflictos mediante la negociación y previa libre expresión de los puntos de vista contendientes no es una mera transposición de la llamada "racionalidad del mercado", sino el método más sensato usado en dirimir divergencias sociales. Y aun en el caso hipotético de que este procedimiento sea efectivamente una derivación de la lógica del mercado, no veo porqué habríamos de desecharlo. La regulación pragmática basada en la discusión y en arreglos, en los cuales las partes implicadas ceden algo, tiene la ventaja de reconocer desde el primer momento la vigencia de todos los involucrados y la legitimidad de sus intereses; aquí no hay derechos superiores que triunfan (o que deben triunfar) sobre móviles bajos ni tampoco "contradicciones" esenciales que sólo pueden ser superadas por la liquidación de una de las partes. La relación entre patrones y trabajadores debería ser vista precisamente desde esta óptica: no es *la* contradicción entre capital y trabajo o entre unos pocos explotadores perversos y la masa de los proletarios oprimidos, sino una serie de conflictos de diversa índole y envergadura, que ocurren habitualmente entre grupos sociales diferentes, conflictos que pueden suceder también cuando los

"patrones" no son los propietarios jurídicos de los medios de producción.

Los marxistas se complacen en señalar que la combinación tradicional de mecanismos institucionales de control mutuo con una programática liberal económica parece ser, en nuestros tiempos de los monopolios y los consorcios multinacionales, muy precaria. La defensa de una economía liberal, después de las críticas surgidas en los últimos ciento cincuenta años, será la parte más débil de la argumentación neoliberal.

El liberalismo económico puro es, efectivamente, imposible. Hay que fomentar más bien la paralelidad de diversas formas de propiedad – comunitarias, cooperativas, mixtas, estatales y privadas –, sin atribuir a ninguna de ella una preponderancia nítida. Tan importante como ésto es el mantenimiento de un mercado más o menos transparente donde se puedan constatar por lo menos algunas inclinaciones de los consumidores y algunos desajustes en el suministro de productos, sin que todo el proceso tenga que pasar necesariamente por las sabias manos del gobierno central o de la oficina del plan... conociendo cómo funcionan en la realidad estas instancias omniscientes.

El mercado es indudablemente un instrumento con algunas fallas importantes, pero hasta hora no se ha inventado algo substancialmente mejor para percibir los requerimientos del consumidor. Una sociedad razonable debe tratar, por lo tanto, de conservar esta institución junto con la propiedad privada en la esfera productiva. No se trata, evidentemente, de reprivatizar totalmente la economía o de volver a levantar las banderas anacrónicas del capitalismo privado al estilo del siglo XIX, sino de preservar fragmentos de la propiedad privada mediana y pequeña ante la expansión del Estado y de los consorcios transnacionales, que ya éstos tienen bien poco de empresas privadas en el sentido estricto de la palabra. La conservación de la propiedad privada es imprescindible para el florecimiento del pluralismo político y cultural, por paradójico que ésto suene: la existencia y el funcionamiento de diversas tendencias políticas

e ideológicas están ligados a fuerzas económicas autónomas, que pueden disponer de una relativa independencia frente al poder estatal. Hoy sabemos que en la praxis no funciona la libertad de expresión si no hay simultáneamente varias imprentas, diferentes editores y distintos periódicos, que sean económicamente más o menos autónomos y no dependientes del Estado o de un solo monopolista; todas las promesas verbales y medidas constitucionales para asegurar la libertad de expresión en los países socialistas nos muestran que las buenas intenciones no valen mucho cuando no existen grupos que han retenido aunque sea un mínimo de autonomía económica.

En Occidente, por razones comprensibles, la mayoría de los intelectuales, desde los filósofos hasta los economistas, cree que el problema del mercado es de índole técnica y que un buen conocimiento de la estructura de las necesidades sociales lo hará superfluo mediante el mejoramiento de métodos de planificación. La armonía total entre la producción y las necesidades es imaginada casi siempre con prescindencia del mercado, el cual es visto como un factor egoísta de perturbación. En la realidad, sin embargo, es técnicamente imposible el registrar, modificar y determinar la estructura de millones de productos, tanto desde el lado de la fabricación como desde la perspectiva del consumo. El resultado en los países de economía planificada no es la anhelada y perfecta armonía entre producción y consumición, sino la concentración de los esfuerzos planificadores en ciertos rubros centrales, el desabastecimiento permanente en muchos terrenos y la aparición de mercados distorsionados y poco transparentes en el campo de los bienes para el consumidor inmediato. Es un sistema que sólo conserva los aspectos negativos de la planificación y del mercado. Todo plan, por más perfecto que sea, no puede, por otra parte, solucionar el conflicto que surge entre los intereses de los llamados colectivos de producción y el interés social con respecto a la consumición, conflicto cambiante y multifacético que no puede resolverse en forma abstracta en las oficinas del plan, sino que requiere en alguna forma de la intervención del mercado. Este último tiene, por consiguiente, funciones de regulación muy específicas y diferenciadas, y no

debería ser reducido a un órgano exclusivo del orden capitalista. La opinión de que el mercado ha sido generado únicamente por la propiedad privada de los medios de producción y que sirve solamente a los fines egoístas del lucro es un parecer muy generalizado, pero no por eso más correcto. El mercado no sólo tiene la función de señalar momentos de escasez, sino también la de asegurar el intercambio de rendimientos más o menos equivalentes: el mecanismo del mercado puede suministrar la seguridad de que los esfuerzos en la esfera productiva van a recibir un equivalente adecuado en otras ramas de la actividad social. Esto lleva a garantizar un nivel apropiado de efectividad en todos los campos productivos; un modo de producción, que no reconoce los esfuerzos de los trabajadores por medio de un ingreso adecuado, conduce a la larga a una reducción de la efectividad laboral y a una contravención de los intereses de la población.

El intento de eliminar todos los mecanismos del mercado en los países comunistas tiene mucho que ver con razones de poder y monopolización de decisiones, y no tanto con la pretendida superación de una fuente del egoísmo burgués. La centralización de proyectos, directivas y órdenes impide la generación de intercambios espontáneos entre los productores inmediatos, brindando simultáneamente nuevas oportunidades de poder decisorio a la burocracia estatal. Esta tiene naturalmente un interés vital en eliminar todo mecanismo de mercado y en reemplazarlo por reglamentaciones que emanan de las oficinas centrales del plan. El aparato estatal crece enormemente con la regulación y el control de la esfera productiva. Los consumidores dependen en alto grado de lo que ofrecen los productores organizados monopolícamente, dependencia correlacionada directamente con el mayor poder concentrado en el aparato estatal. Todo intento de delimitar las atribuciones del aparato estatal y descentralizar los sistemas decisorios en el campo económico es, al mismo tiempo, una cuestión eminentemente política: toda reducción de un poder sumamente centralizado es vista en las sociedades comunistas como un debilitamiento del partido todopoderoso y como el fomento de centros concurrentes de poderío

social. La concentración de poder en un lado y la falta de eficiencia en el otro producen necesariamente ciertas modalidades de corrupción, protesta social mediante el bajo rendimiento y apatía generalizada como características típicas de un orden social que renuncia a mecanismos de control y regulación como el mercado. La abolición de la propiedad privada y del mercado es parte fundamental de la lucha contra lo heterogéneo, individual y diferente, con el resultado de que el Estado queda libre de toda instancia que signifique un cuestionamiento de su poder uniformante.

El modelo del mercado tiene también algo que ver con la racionalidad del quehacer político. Frente a la antigua concepción de que el bien común es algo preexistente y fácilmente reconocible, debemos insistir sobre el hecho de que no hay *la* verdad una y cierta en todo el ámbito social y que sólo podemos acercarnos a soluciones más o menos adecuadas mediante el diálogo abierto y la concurrencia libre de ideas divergentes. La libertad completa de opinión emerge entonces como la precondition de la racionalidad en política.

Por lo tanto, la organización, el funcionamiento y la composición de los órganos representativos del Estado deben estar determinadas de tal manera que se garantice un máximo de competencia de ideas y pareceres, combinada con deliberaciones parlamentarias libres de toda presión estatal (o de un partido todopoderoso) y con un intenso intercambio de opiniones de parte de un público esclarecido, propenso al análisis racional y al compromiso aceptable.

Lo que hay que preservar de la herencia liberal para la constitución de una sociedad razonable es el postulado de la autonomía del individuo, del libre desenvolvimiento de la persona y de la formación de instituciones proclives a estas metas. El florecimiento del Hombre requiere de un mínimo de concurrencia de ideas divergentes y de intereses económicos independientes; la competencia del mercado ha fomentado *también* el desarrollo cultural y el surgimiento de concepciones alternativas. Como señaló *Max Horkheimer*, la idea de que una sociedad sin rivali-

dades y contiendas económicas sea favorable a la emancipación del individuo, es una equivocación optimista. El principio de la libertad política debe ser defendido contra todas las prácticas de los absolutismos modernos, así como el gobierno elegido de manera más o menos libre es preferible a todo sistema de tutelaje burocrático y policiaco. El derecho de libre asociación tiene que ser fortalecido frente a las intervenciones y a la actividad omnipotente del Estado. Sin prensa independiente, sin elecciones para los órganos superiores del Estado, sin la competencia pluralista de opiniones, sin libertad de reunión y asociación y sin la existencia de intereses económicos autónomos, la vida pública se transforma en un páramo, donde prevalece exclusivamente la voluntad de la burocracia estatal.

La opresión de una sola opinión política puede significar un daño para la sociedad: la falta de libertad de discusión impide la acción de ideas e instancias que pueden servir como correctivos y fomenta la *dogmatización del error*. Las concepciones correctas no pueden ser mejoradas y las equivocadas no pueden ser refutadas. La privación de esta libertad obstaculiza la formación de genuinas personalidades individuales, ya que una conciencia crítica requiere para su desarrollo de la posibilidad de oponerse a las ideas predominantes en un momento y tomar contacto con juicios heterodoxos en un ambiente exento de "verdades" oficiales obligatorias.

El concepto de libertad está estrechamente vinculado con el de la espontaneidad, que se halla cada vez en mayor peligro de desaparecer frente a los aspectos totalitarios de la sociedad industrial contemporánea, pero también frente a las "imposiciones" propias de un alto nivel civilizatorio, en el cual todas las actividades humanas tienen que ser normadas y reguladas para que el sistema no entre en un colapso. La idea de la libertad no puede ser separada totalmente de aquel impulso arcaico anterior a la conciencia, que ahora tiende a ser igualado a los instintos naturales. Por consiguiente, una de las principales tareas en una sociedad razonable consistiría en preservar un ámbito privado e íntimo, enteramente exento de todo intento estatal o social de ordenarlo y acompañarlo, por más bien inten-

cionado que sea este ensayo. El concepto enfático de libertad está relacionado con la autonomía de la Razón, la cual no debe limitarse a reflexionar sobre asuntos que le son puestos a disposición desde afuera. Lo que nos toca es salvar este nexo entre libertad y Razón, iniciado en el pensamiento de la Ilustración y ahora en peligro de periclitar frente al totalitarismo socialista, al positivismo occidental y a las "necesidades" de la sociedad industrial.

Estos factores imprescindibles para una sociedad razonable pueden ser alcanzados paulatinamente por medio de una educación destinada a formar individuos emancipados, es decir, personas con la facultad de pensar por sí mismas. Una democracia que no se agote en exterioridades requiere de ciudadanos emancipados: gente que no se hace dictar sus opiniones e inclinaciones ni por la autoridad de turno ni por la moda del día y que puede contradecir y hasta ofrecer resistencia a medidas represivas y actos inmorales. El Hombre que se acomoda ciegamente dentro de grupos y movimientos hace mero material de sí mismo y se anula en su cualidad de ente autónomo. La inclinación a ser tratado como material está correlacionada con la tendencia de tratar a los otros como una masa amorfa – la predisposición indispensable para todas las variedades del totalitarismo. Contra esta corriente es indispensable enfatizar el valor de la independencia individual y la función emancipadora del diálogo. Se puede considerar exagerado el teorema de *Jürgen Habermas* de que con la primera oración ya se articuló un consenso general y espontáneo, pero evidentemente en el diálogo libre entre iguales tienden a disolverse los elementos de dominio y coerción, emergiendo los valores contrapuestos a la opresión y favorables a las soluciones más o menos racionales derivadas de una comunicación espontánea.

Es evidente que la praxis cotidiana se halla bastante alejada de este paradigma. Las funciones actuales de la opinión pública y la contribución del público pensante son mucho más complejas y menos proclives a la solución de problemas de lo supuesto en los modelos sencillos de la teoría. En una sociedad razonable, un gobierno debe actuar más mediante la persuasión y

el razonamiento que por medio de su autoridad revestida de coacción; por otra parte, la racionalidad de las decisiones políticas debería brotar de la concurrencia pública de argumentos contendientes, como el consenso equiparable al interés general. El debate público tiene indudablemente la ventaja de obligar a la autoridad a buscar las soluciones más adecuadas ante los ojos de un público vigilante y a fomentar entre los ciudadanos la concepción de ideas y modelos de ordenamiento social que son presentados al gobierno como exigencias a discutir. Es claro que una opinión pública de este tipo conforma una barrera con respecto al poder ejecutivo y promueve una cierta repartición de las incumbencias habituales del Estado, pero – y éste sería mi reproche principal – todas estas reflexiones están ligadas a la existencia de una opinión pública esclarecida, independiente y combativa, que, por lo menos hoy en día, pertenece al terreno de lo ideal. Mientras que su esfera de acción se ensancha cada día, sus funciones pierden constantemente fuerza e influencia.

En este contexto es imprescindible una crítica del concepto marxista del Estado y la política. La derivación y la dependencia absolutas de la política con respecto a la economía representan principios dogmáticos, que no poseen una contraparte consolidada empíricamente. El teorema de una autonomía relativa de lo político abre otras perspectivas más promisorias para la configuración de una sociedad razonable. En el fondo, el marxismo original y todas sus teorías sucesorias han menospreciado la esfera de la política y han sido incapaces de percibir sus evoluciones y características propias. Identificando el Estado con los intereses económicos y de clase predominantes, no han podido captar los desarrollos genuinamente políticos, no han sabido analizar adecuadamente la problemática tan compleja de las libertades y los derechos ciudadanos, no han querido ver las posibles funciones positivas del Estado en favor del desenvolvimiento del Hombre y no han podido efectuar un enfoque crítico con respecto al Estado absolutista de los países socialistas. Si el Estado es, en el fondo, nada más que la tiranía de la clase dominante, entonces no hay que esperar nada bueno de él si gobierna la "burguesía", pero hay que considerar todos sus

actos positivamente, incluyendo ante todo la violencia, si el "proletariado" está en el poder. La falta de una concepción diferenciada y lógica acerca del Estado se halla en el marxismo estrechamente vinculada con una ambigüedad notoria con respecto a la violencia y a las prácticas cotidianas del poder.

Lo recomendable es una visión crítica del Estado: no es el monstruo exclusivamente negativo, ni el mero instrumento de la clase prevaleciente, ni tampoco la solución de todos los problemas ni menos la instancia en la que se pueda depositar la confianza. Puede, por un lado, servir acertadamente para cumplir con una serie de tareas relacionadas con la consecución de la justicia social, pero tiende, por otro, a emanciparse del control de los ciudadanos y a convertirse en un fin en sí mismo. La burocracia limita continuamente el ámbito de lo privado, sin crear soluciones verdaderamente razonables, y el crecimiento del aparato no garantiza una mejor conducción política. Esta maquinaria gigantesca no mejora la calidad de la vida en el país respectivo, aunque se dedique enérgicamente a producir nuevas leyes y ordenamientos y a transferir la propiedad de un grupo social a otro. El Estado es útil en ciertos momentos y lugares, a condición de que se lo mantenga estrictamente bajo control y con una dieta rigurosa, pues su apetito es irreprimible. Por lo tanto, propugno el principio de *subsidiaridad*: hay que crear los fundamentos para que las personas y los grupos puedan decidir, actuar y prosperar, siempre que fuese posible, por medio de su propia iniciativa y recursos. Cada orden social, empezando desde el individuo, la comuna y la asociación, debe tener el derecho y la oportunidad de emprender todo lo que está de acuerdo con su capacidad y con sus deseos bien entendidos, estando prohibida toda intervención innecesaria de los órdenes superiores (como el Estado). La actuación e intromisión de éstos últimos debe permitirse solamente cuando las tareas, consideradas como indispensables, superen la capacidad y los medios de los órdenes inferiores.

También es importante para una sociedad razonable el intento de resistir las tendencias nivelizadoras, de contrarrestar el igualitarismo forzado y de frenar la destrucción de las diferen-

cias. Tenemos que vivir precisamente con la tensión entre igualdad y libertad, con la controversia entre programas políticos divergentes, con el antagonismo entre participación universal y gobierno de élites y con las contradicciones entre la voluntad mayoritaria y las reglas del Estado de derecho.

Necesitamos, entonces, un sistema que no trate de abolir o disolver las estructuras y los aparatos dominacionales, sino que los mantenga bajo control; un sistema que reconozca la relevancia política de la voluntad popular expresada libremente en elecciones como legitimación del poder organizado, pero que canalice este mandato a través de los mecanismos del Estado de derecho y que haga respetar los derechos de las minorías que podrían ser vulnerados justamente por decisiones emanadas de elecciones libres.

Hay que señalar que en vista de las experiencias que hemos tenido con las elecciones de amplia participación popular, tanto en los países del Tercer Mundo como en diversas naciones europeas, no debemos sobrevalorar la función de las mismas. Reconozco que muchas veces no son argumentos racionales o programas bien articulados de reforma social lo que interesa y conmueve a las masas, sino las facultades carismáticas de políticos mediocres, los prejuicios más irracionales o los aspectos decididamente totalitarios. O también las modas momentáneas, la propaganda bien montada desde arriba y las manías nacionalistas. En Alemania de la década de 1930, en la Argentina peronista, en la India entre 1976-1979 y en innumerables otros casos, los electores han demostrado que son influenciados por las pasiones más banales y cambiantes y que no poseen criterios adecuados para guiar sus pasos.

Al mismo tiempo reconozco que no se ha inventado aun otro procedimiento para auscultar la voluntad y las aspiraciones políticas de la población que no sean las elecciones generales y libres. Creo que para mejorar su valor se debería trabajar en dos frentes: perfeccionar la educación intelectual y política de las masas, elevar el nivel de racionalidad en el campo de las opciones socio-políticas, reducir los elementos emotivos e irracio-

nales en los períodos electorarios, por un lado, y fomentar las posibilidades de los candidatos de partidos y asociaciones pequeñas, que no cuentan con la ayuda de los grandes aparatos establecidos, pero que personifican alternativas aceptables, por otro. La función que justifica la pervivencia de las elecciones consiste en que éstas permiten la expresión socialmente relevante de diferentes programas e ideologías que enriquecen el modelo pluralista. Paralelamente hay que asegurar la existencia de espacios y márgenes de decisión, que no estén ocupados por las presiones de intereses poderosos o de grupos autoritarios, en los cuales sea practicable el diálogo libre, en conjunción con una opinión pública activa y crítica.

En el plano institucional creo que debemos favorecer una estructura que otorgue a cada órgano del Estado sólo un fragmento del poder: para excluir el peligro de un régimen tiránico (o más exactamente: para reducir las probabilidades de tal amenaza) cada institución del Estado debe estar en condiciones de refrenar y supervisar a las otras, de modo que finalmente emerja un balance distribuido del poder político. Hay que fomentar aquellos mecanismos institucionales que aseguran la separación de los poderes del Estado, controlándose y contrapesándose mutuamente. Lo principal en este sentido es la limitación de las facultades del poder ejecutivo, el más proclive a absolutismos de toda especie. En un régimen razonablemente organizado, debe ser posible y hasta normal la substitución del gobierno central y de las autoridades regionales sin derramamiento de sangre y mediante procedimientos pacíficos y generalmente aceptados. La oposición debe poseer un *status* enteramente legal, siendo habitual y permitido todo trabajo para relevar el gobierno en funciones dentro de los plazos y siguiendo los procedimientos fijados por la ley. Los que detentan el poder deben salvaguardar precisamente aquellas instituciones que aseguran a las minorías la posibilidad de actuar para lograr un cambio pacífico de gobierno. Elecciones generales y decisiones tomadas en base a mayorías tienen evidentemente una gran significación y deben ser respetadas, pero igualmente importante resulta ser la protección a las minorías y a sus derechos, los cuales son de carácter

inherente, anteriores a la legislación positiva y fundamentados en el derecho natural. Por lo tanto, todo gobierno, interpretando y aplicando derechos que ya existen previamente a la constitución de todo poder, debe garantizar a la oposición legal las oportunidades para que ésta pueda llegar a asumir la dirección del Estado.

Debemos considerar también un problema de orden pragmático. Dadas las circunstancias de nuestras sociedades y la naturaleza de los hombres, el negocio y el oficio de la política serán muchísimas veces ocupados por personas moralmente censurables e intelectualmente ineptas. Lamentablemente, parece que la política atrae a gente de escasa preparación y carácter abyecto, gente que triunfa a causa de estas "cualidades". Por lo tanto, nuestra preocupación tiene que ser la organización de un sistema político en el cual los gobernantes malos o incapaces no puedan ocasionar demasiado daño. El problema del control democrático del gobierno y de los poderosos se convierte entonces en la cuestión central del pensamiento crítico político.

Hay que refutar, por ende, la teoría de que la esencia del poder político es la soberanía incontrolada. Para esta posición, la problemática se reduce al postulado de que el poder ilimitado debe encontrarse en "buenas manos", ya sea la clase social correcta o el grupo dotado de todas las virtudes imaginables. Una vez detentado por los partidos o los individuos o los estratos "convenientes", el poder no puede ser usado en forma impropia, inmoral o antidemocrática. Sin embargo, la historia de los experimentos socialistas en el siglo XX y en realidad la crónica entera de la humanidad nos proporcionan una multitud de ejemplos, en los cuales el poder perteneció a la clase social "adecuada e históricamente legitimada" o al grupo "óptimo", pero donde al mismo tiempo la opresión del pueblo, la supresión de las libertades y la arrogancia del aparato estatal llegaron a límites insoportables.

Me permito repetir que debemos renunciar a toda ingenuidad acerca de las pretendidas bondades intrínsecas del poder

popular, del gobierno de los notables o del partido omnisciente; lo único que nos puede salvar de tiranías y absolutismos es un sistema de controles y balances institucionales, complementado por una opinión pública activa dentro de un genuino pluralismo democrático. Y también sería razonable fomentar y fortalecer los llamados *poderes intermediarios* – desde las asociaciones vecinales hasta los gobiernos provinciales – como medio de genuina participación política y como recurso para restringir el aparato estatal centralizado.

En un régimen democrático debe existir un dispositivo constitucional que prive del ejercicio de los derechos y las libertades políticas a aquellos que tratan de derribar o anular el orden democrático y que impida modificaciones legales tendientes a eliminar el carácter mismo de esos derechos y libertades. Se trataría de una defensa del sistema democrático contra aquellos que utilizan esos derechos con el fin ulterior de erigir un orden totalitario donde serían inmediatamente anulados. El abuso de un derecho consiste en usar de él invirtiendo su sentido; uno puede servirse de la libertad de prensa, de reunión y de asociación así como del derecho de libre enseñanza con el fin de desacreditar y socavar toda sociedad organizada en forma democrática y pluralista. Mediante la decisión de un alto tribunal dedicado a los complejos asuntos de la justicia política se debe suspender el ejercicio de esos derechos y libertades a quienes propenden de modo comprobado a la instauración de dictaduras totalitarias. Este organismo tiene manifiestamente connotaciones negativas, ya que es muy improbable encontrar una instancia verdaderamente imparcial que pueda dictaminar acerca de lo que es el "abuso": ¿quién puede determinar dónde empieza la utilización mal intencionada de las libertades ciudadanas para abolirlas posteriormente?

Este dilema lleva a considerar un problema realmente serio: muchas medidas para defender la democracia han resultado ser meras etapas en el establecimiento de regímenes autoritarios. Pero, por otra parte, la experiencia de los últimos decenios nos obliga a concebir algunos mecanismos para preservar el orden democrático-pluralista de sus habilísimos e inescrupulosos ene-

migos. Creo que la suspensión de los derechos y libertades ciudadanas debe suceder sólo en casos excepcionales y bien probados.

Por otra parte, es probable que algunos aspectos de esta problemática pierdan algo de su virulencia y de su valor en una sociedad donde no exista una lucha a muerte entre dos *verdades* absolutas, sino una controversia entre diversas líneas políticas que representen *intereses* prosaicos y de calidad más o menos comparable. El parlamento, por ejemplo, no debería ser considerado como el portavoz de una voluntad popular unitaria y preexistente; es más bien el espejo de una comunidad con sus muchas corrientes, ideologías, intereses, partidos y hasta caprichos. Su función no es, por consiguiente, contribuir a una pretendida identidad de gobernantes y gobernados, sino suministrar el vehículo y los procedimientos para una regulación pragmática de los conflictos. La oposición representa en este modelo una porción significativa de la nación, siendo su concurso relevante y necesario para todo proceso decisorio. Sin ella la vida política sería sencillamente pobre y unilateral.

Fragmentos teóricos reunidos bajo la denominación de *pluralismo* han recogido y ampliado la herencia de las teorías sobre la división y el balance de los poderes, subrayando la necesidad de una distribución del poder entre subsistemas concurrentes, actualizando la competencia libre de opiniones por medio del antagonismo de intereses y manteniendo la concepción de una racionalidad política superior derivada de procesos contendientes entre sí. En las sociedades contemporáneas, el pluralismo es la posición adecuada para resistir adecuadamente las pretensiones del Estado de monopolizar la lealtad de los ciudadanos y para asegurar una equivalencia liminar entre el poder del Estado y la fuerza de los grupos autónomos. El incremento del poderío de los organismos y las asociaciones económicas, sociales, políticas y hasta religiosas hace obsoleta la idea de la soberanía irrestricta del Estado; la pluralidad de corrientes y agrupaciones puede impedir los abusos provenientes del principio de soberanía estatal. Se trata, en realidad, de un doble combate contra los excesos burocráticos de un

aparato autoritario y contra la tendencia de divinizar la estatalidad, formulada primeramente por *Jean-Jacques Rousseau* y proseguida por los ideólogos de la democracia radical.

No hay duda que el pluralismo tiene el mérito de haber demostrado teóricamente la significación que tienen los intereses organizados, las asociaciones y los llamados *pressure groups* como factores positivos en los procesos decisorios y el de haber contrapuesto los nexos Estado/grupo social e individuo/grupo a la relación clásica individuo/Estado del liberalismo original como materias primordiales de análisis. Pero simultáneamente parece que en la praxis los sistemas que se reclaman de pluralistas no logran expandir el estrato social participante en las tomas de decisiones importantes, el cual permanece numéricamente muy limitado.

Reconozco que en la realidad cotidiana el modelo pluralista denota rasgos elitarios en lo que se refiere a la envergadura de la participación popular en la formulación de políticas. Esto parece ser un fenómeno muy generalizado: basta echar un vistazo a la magnitud de esa participación en los regímenes socialistas o en los nacionalistas del Tercer Mundo, donde la política verdaderamente seria es un *arcanum dominationis* ejercido por círculos muy cerrados y pequeños. Creo que lo fundamental reside en la formación de un espíritu general de apertura, tolerancia y razonabilidad y en la libre discusión de las cuestiones socialmente más relevantes, aunque la estructura de los estratos dirigentes sea efectivamente elitaria. Lo que importa es que la dirección política de las élites satisfaga en general y a largo plazo los intereses de las demás capas sociales, que el acceso a los mecanismos de participación política activa sea libre y que el ascenso a las clases más privilegiadas permanezca abierto. Hay también un argumento cínico que interpreta positivamente la apatía de las masas y la prevalencia de las élites: la poca participación de los segmentos populares sería un indicio de su satisfacción con los resultados del sistema político, mientras que la politización de amplias capas sociales podría ser interpretada como síntoma de una crisis global.

A pesar de sus fallas manifiestas, la democracia pluralista tiene una gran ventaja que no poseen regímenes considerados como perfectos y que son, por lo tanto, estáticos y reacios al cambio: la facultad de ser mejorada y perfeccionada paulatinamente. Es claro que en este tipo de sistema político el pueblo no gobierna directamente y que el Estado está separado del quehacer y sentir diarios de las masas. Pero en una democracia pluralista, donde es esencial el control del Estado por parte de la opinión pública, de las asociaciones políticas y de otros organismos institucionales, es relativamente más fácil el obligar al Estado a ser responsable ante el pueblo y el establecer ciertos dispositivos para controlar el gobierno desde abajo.

Todos los mecanismos democrático-liberales para preservar derechos inherentes del Hombre y del ciudadano son muy importantes, pero de una relevancia aún mayor parece ser una *educación* generalizada teniendo la tolerancia, el libre examen de las ideas y la racionalidad de las decisiones como principios rectores. A largo plazo, sus efectos serán muy positivos para el modelo democrático-pluralista, pues le asegurarán una base sólida en la conciencia intelectual colectiva. Un nivel cultural más alto trae consigo indudablemente una valoración superior del conjunto de las libertades individuales y políticas y la imperiosa necesidad de defenderlas. La mejoración de la instrucción pública — si ésta no se agota en programas tecnicistas y en una orientación tecnocrática — puede redundar en una comprensión más profunda de los derechos políticos: la conveniencia de respetar su substancia por encima de toda medida estatal, es decir, de preservar su núcleo aún frente a la acción parlamentaria y la obligación de asegurar la vigencia de los derechos fundamentales justamente en tiempos de guerra, crisis y estado de emergencia. Esto es difícilmente asequible, pero una sociedad razonable bien vale los esfuerzos pertinentes.

La democracia pluralista vive de la tensión entre lo controvertido y el consenso, entre el ámbito de la política, donde existen — y deben haber — diferencias en torno a las soluciones de los problemas sociales, y el terreno de las reglas del juego y de las normas rectoras, que son aceptadas o, por lo menos, tolera-

das por casi todos. El consenso no es algo absoluto, sino una idea general sobre el bien común, que varía según los tiempos y la evolución social y tecnológica. Lo que podría llamarse el interés general surge cuando hay precisamente una multiplicidad de alternativas, doctrinas e intereses, es decir, cuando un número muy elevado de ciudadanos ha hecho conocer sus ideales y pretensiones y cuando el proceso decisorio tiene en cuenta esta diversidad de pareceres. Una parte esencial del consenso reside en el respeto inviolable a las reglas del juego: las formas y los procedimientos institucionales debe ser observados estrictamente en las luchas políticas y en los debates ideológicos, y todo cambio de gobierno e implementación de reformas debe atenerse a las regulaciones ya mencionadas para evitar las degeneraciones de una contienda anómica.

La democracia pluralista se diferencia de la democracia radical al no aceptar la concepción de una "nación indivisible", de un Estado como un poder original, no derivado y provisto de total soberanía y de una voluntad general como expresión unitaria de un interés social común y único. La crítica socialista, al igual que la conservadora, imputan al pluralismo los mismos "pecados": debilitamiento del Estado frente a la sociedad, fragilidad de gobiernos parlamentarios salidos de coaliciones cambiantes, voluntad de gobierno poco desarrollada, incapacidad para generar un proyecto social compacto por encima de los intereses egoístas de los partidos y las asociaciones, desgarramiento de la unidad política del pueblo y exceso de controversias en torno a alternativas socio-políticas.

Estas pretendidas desventajas del pluralismo parecen ser sus aspectos altamente positivos, detestados por aquéllos que exhiben una clara afinidad hacia totalitarismos de derechas o de izquierdas. El postulado de la identidad absoluta entre gobernantes y gobernados, que conforma el núcleo de la teoría radical de la democracia, presenta dificultades que sólo pueden ser superadas mediante el recurso de un orden social autoritario y contrario al pluralismo político. Por una parte, aquella identidad puede darse físicamente sólo en la *polis* de la Antigüedad o en pequeñas comunas con un reducidísimo número de habi-

tantes, cuando la asamblea general de los ciudadanos es prácticamente su órgano representativo y legislativo y cuando la autonomía individual se confunde con el dominio de la voluntad popular. Este sistema puede funcionar bajo dos presupuestos, que ya no están dados en ninguna sociedad contemporánea: extrema pequeñez de la población y del territorio estatales y extrema sencillez de su organización laboral y de su desarrollo intelectual. En cuanto se convierte en algo complejo, con elementos dispares, intereses diferentes e ideas controvertidas, esta democracia radical deja de funcionar o se transforma en un régimen totalitario.

Las decisiones individuales y la llamada voluntad popular se separan apenas surgen diferencias de opinión, las que resultan inevitables en el complicado mundo de hoy. El peligro del totalitarismo empieza cuando emerge el menosprecio de los disidentes, cuando se descalifica a los pareceres divergentes como un mero error. Según *Rousseau* – y todos los partidarios de uno u otro totalitarismo – la voluntad individual tiene que concordar necesariamente con la verdadera voluntad popular, y todas las opiniones que se desvían resultan *errores* condenables. Al mismo tiempo, la teoría de la democracia radical no considera imprescindible un control permanente y empírico de la voluntad general, con lo cual se da la probabilidad de que el dominio estatal derivado de ella no esté sujeto a ninguna restricción y degenera en un dictadura.

La voluntad general no puede cometer equivocaciones y, por lo tanto, no es indispensable ningún mecanismo para defender a las minorías. Por lo demás, es difícil imaginarse en la realidad concreta de una sociedad altamente industrializada el funcionamiento cotidiano de esa voluntad general siempre correcta; la complejidad de la vida moderna no permite que cada ciudadano se informe y se interiorice acerca de los miles de problemas existentes, siendo ineludible cierta forma de especialización. Esto significa, en el fondo, delegar la responsabilidad a otras personas mejor informadas en una multitud de casos. La democracia directa e inmediata tiene hoy en día que dar paso a modelos de representación política. No dudo que una amplia

participación es posible y saludable al nivel de empresas, asociaciones de vecinos y ayuntamientos, pero como democracia directa e inmediata no funciona en aquellos niveles donde hay que tratar simultáneamente una gran variedad de problemas complejos y donde se requiere de un mínimo de conocimientos especializados. Los modelos clásicos de participación total, los proyectos de democracia directa sin representación y los consejos obreros marxistas dependen de un substrato simple en lo intelectual y reducido en la dimensión, y su renacimiento en numerosos grupos izquierdistas a partir de 1968 significa, en el fondo, una evasión hacia idilios arcaizantes. A pesar de todas sus fallas, la democracia pluralista, con sus múltiples dispositivos y mecanismos, conforma un modelo de organización socio-política más adecuado a la compleja realidad del mundo actual.

II

La revolución de 1952 en Bolivia:

Un intento reformista de
modernización



Las transformaciones socio-económicas, que tuvieron lugar en Bolivia como consecuencia de la "Revolución Nacional" iniciada en abril de 1952, pueden ser calificadas de reformistas, si por *reformismo* se entiende un intento de notorias modificaciones que conciernen a la totalidad de la estructura social, que trata de evitar tanto el método socialista-estatal de rápida acumulación de capital (modelo cubano) como el desarrollo acelerado de un capitalismo dependiente, hasta cierto punto, de las metrópolis europeas y norteamericanas (caso brasileño). Los regímenes reformistas buscan evidentemente un adelantamiento económico y social en dirección a una sociedad altamente industrializada y, consecuentemente, una superación del estadio tradicional, frecuentemente agrícola y, a veces, falto de dinámica en que se halla el país en cuestión; este intento de modernización tiene notables componentes pragmáticos y evolucionarios (a pesar de continuas declaraciones verbales en sentido revolucionario) y una ideología de tipo *nacionalista*, que, a menudo, postula la existencia de una *tercera vía* entre capitalismo y socialismo. Este modelo reformista incluye el experimento de una armonización de clases sociales, evitando los conflictos abiertos entre los diversos estratos de la sociedad por medio de una

política económica de redistribución de ingresos sin demasiadas alteraciones en el régimen de propiedad. Los programas reformistas tienden a cambiar la llamada sociedad tradicional mediante una amplia intervención de instancias estatales, cuyo fin es el de inducir un proceso de industrialización y una diversificación equilibrada de la economía; la aplicación de medidas dirigistas, la introducción de una planificación de carácter indicativo y algunas limitaciones o hasta supresiones parciales de la propiedad privada, acercan este modelo a los sistemas socialistas de economía dirigida centralmente, pero la conservación del derecho a la propiedad privada, la prevalencia de ésta última en algunos terrenos (como la industria de bienes de consumo, el sector de la agricultura y el rubro de servicios), el respeto, muchas veces sólo formal, a instituciones como la división de poderes y la pluralidad de partidos y la vigencia (muy limitada) de los derechos cívicos y políticos, denotan una afinidad indudable a los modelos liberales con cierta economía de mercado.

Las modificaciones que han tenido lugar en Bolivia a partir de 1952 marcan un importante corte en la historia del país, separando una época de carácter eminentemente *tradicional* de una etapa *modernizante* claramente concebida para el objetivo de un adelantamiento acelerado, aunque en la praxis surgió inevitablemente una corrección restringente de las metas originales. La fuerza de la tradición era tan poderosa y las irrupciones de la modernidad tan delimitadas, que Bolivia encarnaba, en las vísperas de la revolución, el paradigma de un orden preindustrial en lo económico y conservador en lo social. Al contrario que la Argentina, Bolivia no conoció una era genuinamente liberal con ensayos perdurables y fructíferos de modernización en las esferas política, social y económica, así que las medidas reformistas de la Revolución Nacional ocurrieron ante un trasfondo de atraso, tradicionalidad y estancamiento.

Correlacionada con el bajo desarrollo relativo en el campo socio-económico se hallaba la situación de las normas y pautas de comportamiento colectivo, particularmente alejadas de los *standards* modernos pertinentes. La actitud fundamentalmente afectiva, por ejemplo, no había sido reemplazada por la neutra-

lidad a nivel de sentimientos en ámbitos fuera del espacio específicamente personal, como es lo corriente en sociedades más evolucionadas; la pervivencia de una afectividad de relevancia social se manifestaba políticamente por la atracción que seguían ejerciendo caciques locales y personas con un cierto carisma político, lo que explica la poca importancia de que gozaban ideologías y programas políticos en ese entonces. Por otra parte, normas y criterios particularistas no experimentaron, principalmente fuera del radio de acción de la cultura urbana, una limitación significativa mediante la introducción de parámetros sociales de índole universalista: el énfasis recaía inequívocamente sobre intereses parroquiales de corto plazo. La fuerza del sistema de parentelas dilatadas y las imágenes de la realidad de carácter localista impidieron la aparición de metas y programas coherentes de vigencia en todo el país y con perspectivas de largo plazo. Esto está relacionado no sólo con el alto grado de regionalismo político, sino también con la dimensión verdaderamente exigua de demandas políticas provenientes de los estratos sociales inferiores antes de 1952. La validez del *status* social estaba regida por criterios adscriptivos de atribución convencional y no por puntos de vista derivados del rendimiento efectivo individual y de los resultados de la actuación. La determinación del prestigio social, la llamada carrera política y hasta el funcionamiento de algunos sectores de la administración pública dependían en gran parte de la prescripción del *status* social por elementos adscriptivos. Salvo en algunos focos de modernismo, como en las empresas relativamente grandes, reinaba una notable difusidad de funciones y expectativas: la llamada "gente importante" en las poblaciones medianas y pequeñas tomaba a su cargo los más diversos roles y ocupaba los cargos más diferentes entre sí, sin que ello fuese motivo alguno de crítica o sorpresa. Recién a partir de 1952 se puede constatar una tendencia general a una diferenciación de los roles y a una especificación de las funciones, lo cual se debe parcialmente a una concretización creciente en las expectativas de una gran parte de la población boliviana ¹.

1 No existe lamentablemente un estudio fundamentado en datos empíricos sobre las

La fragmentación regional del país y la existencia de estructuras económicas muy dispares entre sí impidieron la formación de un sistema de clases y estratos sociales homogéneo y válido para la totalidad de la república ². Fuera del radio de acción de la economía de mercado y de la cultura urbana permanecieron más o menos intactas numerosas comunidades indígenas dedicadas a una economía de subsistencia, que no poseían una organización social jerárquica y diferenciada y que no tenían contactos significativos con la esfera de los valores y normas de proveniencia moderna. Al lado de estas zonas aisladas prácticamente de la evolución histórica, se hallaban importantes territorios pertenecientes también a una civilización tradicional, pero que tenían la función de suministrar mano de obra barata y productos agrícolas para la reproducción de los poquísimos sectores ya modernizados de la economía boliviana: la explotación minera. Estos territorios estaban probablemente sujetos a una forma específica de tradicionalidad inducida por el desarrollo y las necesidades de los segmentos mucho más adelantados y dedicados a una producción destinada generalmente a la exportación de materias primas; en los primeros se conservó hasta la Revolución Nacional una estructura social muy rígida, con elementos semejantes al orden agrario feudal y con una movilidad muy restringida. La legitimación de las jerar-

pautas generales de comportamiento y el arraigo de la tradicionalidad en Bolivia. Algunos datos aislados se encuentran en: Alcides Arguedas, *Historia general de Bolivia. El proceso de la nacionalidad 1809-1921*, La Paz 1922; Herbert S. Klein, *Prelude to the Revolution*, en: James M. Malloy/Richard S. Thom (comps.), *Beyond the Revolution. Bolivia since 1952*, Pittsburgh: Pittsburgh University Press 1971, pp. 25-51; James M. Malloy, *Bolivia: The Uncompleted Revolution*, Pittsburgh: Pittsburgh University Press 1970, pp. 15-68; The Hispanic Society of America, *Bolivians of Today* (Hispanic Notes and Monographs), New York 1922.- Como es lo usual en estos casos, los conocimientos relativos a esta área tienen que ser extrapolados de diversas fuentes, como ser las relaciones de viaje, las memorias, la narrativa y algunos documentos oficiales.

- 2 Sobre la correlación entre fragmentación geográfica y estructura social cf. Malloy, *Bolivia...*, op. cit., p. 25, 39.- Algunos datos sobre la constitución socio-económica de Bolivia previa a 1952 en: H. J. Puhle, *Tradition und Reformpolitik in Bolivien* (Tradición y política de reformas en Bolivia), Hannover: VfLuZG 1970; Dieter Nohlen/Klaus Schäffler, *Bolivien* (Bolivia), en: Dieter Nohlen/Franz Nuscheler (comps.), *Handbuch der Dritten Welt* (Manual del Tercer Mundo), Hamburgo: Hoffmann & Campe 1976, t. III: *Lateinamerika* (América Latina), pp. 57-75.

quías sociales en este mundo agrario-tradicional se basaba en valores adscriptivos y convencionales, siendo aquí muy fuerte la resistencia a cualquier cambio social.

El problema más agudo en el sector tradicional antes de 1952 estaba representado por el sistema de tenencia y aprovechamiento de tierras. Aparte del latifundio y el minifundio se habían mantenido, a pesar de múltiples presiones, las *comunidades campesinas*, un modo de propiedad y producción de índole arcaico-tradicional, pero edificado en estilo cooperativo; dedicada primordialmente a la subsistencia, la comunidad quedaba unida, empero, a los grandes terratenientes de la región mediante vínculos legalmente no definidos y convencionales, lo que dejaba un amplio margen para abusos de todo tipo y para la conservación de una pirámide de autoridad estrictamente tradicional. La producción agraria para el mercado dependía del latifundio, aunque también sus métodos laborales resultasen totalmente anticuados y su rentabilidad haya sido generalmetne muy baja. Antes de 1952, 8,1% de los propietarios agrícolas poseían el 95% de la superficie agraria aprovechable, mientras que 69,4% de los propietarios debían contentarse con 0,41% de las tierras agrícolas ³. Según otros datos, 615 propietarios disponían de más de 16 millones de hectáreas, ocupando la totalidad de los suelos agrícolas unos 32 millones de hectáreas ⁴. Cuanto más grande era el dominio agrario, tanto menor resultaba la superficie efectivamente cultivada; en los grandes latifundios se aprovechaba únicamente un porcentaje mínimo de la tierra (muchas veces por abajo del 1%), lo que demuestra la ínfima prevalencia de modernos principios de producción y eficiencia.

Antes de 1952, los sectores ya modernizados eran como islas de la modernidad en un mar de subdesarrollo tradicional, y se limitaban a una parte del área minera y algunos núcleos urba-

3 Salvador Romero, *Les mouvements sociaux paysans en Bolivie*, París 1975 (disertación E.P.H.E.), p. 97.- Sobre las comunidades campesinas cf. *ibid.*, 41-44.

4 Herbert S. Klein, *Prelude to the Revolution*, op. cit., p. 42; otros datos en: Nohlen/Schäffler, op. cit., 58; Silvia Rivera Cusicanqui, *Medio siglo de luchas campesinas en Bolivia*, en: ULTIMA HORA (Edición "Bodas de Oro"), del 30 de abril de 1979.

nos, particularmente a la ciudad de La Paz; en ellos se podía constatar no sólo la vigencia – limitada – de ciertas pautas y normas modernas de la cultura urbana, sino también un ritmo algo más dinámico en la esfera económica y una orientación internacional a causa de la exportación de los productos mineros. Esta peculiaridad del quehacer minero, junto con los bajos salarios pagados a los trabajadores y el número relativamente pequeño de obreros empleados en este sector, contribuyeron a que esta actividad no induzca un proceso importante de industrialización, no promueva un mejoramiento del nivel general de vida y no sirva a una expansión del segmento económico modernizado⁵. Dentro de esta estructura de la economía minera boliviana predominaban las propiedades de tres magnates, que monopolizaban la dinámica del crecimiento y ejercían una influencia política muy considerable; esta acumulación sorprendente de riqueza y poder en tres pequeños grupos familiares ha fomentado directamente el malestar socio-político y ha propiciado un ambiente revolucionario tendiente a la nacionalización de las grandes propiedades mineras.

En el limitado ambiente de entonces surgió la magnitud del consorcio minero de *Don Simón I. Patiño*, el principal magnate de este rubro, como una categoría esencialmente mítica, difícil de ser percibida mediante conceptos racionales. Hasta ahora falta un análisis global de su obra que esté libre de resentimientos políticos⁶; a él se le deben, sin embargo, algunos efectos modernizadores de cierta relevancia, como ser la organización muy compleja de un sistema de comercialización y producción en un medio geográfico muy hostil, la creación del *Consejo In-*

5 Cf. Celso Furtado, *La economía latinoamericana. Desde la conquista ibérica hasta la Revolución Cubana*, México: Siglo XXI 1969, p. 101.- Cf. también: Orlando Capriles Villazón, *Historia de la minería boliviana*, La Paz: BAMIN 1977; René Ballivián Calderón, *Cincuenta años de minería en Bolivia*, en: ULTIMA HORA, loc. cit.

6 Cf. estudios de ámbito limitado: Herbert S. Klein, *The creation of the Patiño Tin Empire*, en: INTER-AMERICAN ECONOMIC AFFAIRS, vo. 19 (1965), Nr. 2, pp. 3-23; Charles Geddes, *Patiño: The Tin King*, Londres 1971; Sergio Almaraz, *El poder y la caída. El estaño en la historia de Bolivia*, La Paz: Amigos del Libro 1976; Manuel Carrasco, *Simón I. Patiño. Un prócer industrial*, París: Grassin 1960.

ternacional del Estaño (el cual, adjudicando cuotas de producción a varios países, impidió desventajas ulteriores a Bolivia derivadas de sus costos mayores de producción) y el desalojo del capital extranjero (mayormente de proveniencia chileno-británica) en la gran propiedad minera, lo que paradójicamente posibilitó la estatización de las grandes corporaciones mineras en 1952.

A causa de su orientación exportadora y de su incapacidad para inducir un desenvolvimiento económico conveniente y dinámico en otros sectores, la gran minería podía ser considerada como un *enclave* del sistema internacional localizado en una sociedad periférica; uno de los argumentos primordiales esgrimidos para su nacionalización es la referencia recurrente a la falta de impulsos modernizadores y a la consolidación de la dependencia, que significaban las empresas mineras privadas.

Esta situación de enclave y la prevalencia de elementos tradicionales condicionaron igualmente una estructura social de carácter marcadamente preindustrial, en la que faltaban estratos medios, grupos con autonomía económica y un proletariado urbano importante; la movilidad social era relativamente restringida y ya entonces extensos segmentos de la sociedad dependían de las funciones estatales. Este tipo de estratificación social, rígido, poco diferenciado y proclive a producir conflictos, era la contraparte de un estado general de atraso, expresado en bajas tasas de urbanización, alfabetización y atención médica, y en valores promedios típicos de una sociedad tradicional, es decir bajos por comparación a las naciones industrializadas, en otros índices como ingreso *per capita*, energía consumida, correlación entre número de automotores, aparatos de radio, ejemplares de periódicos y otros con respecto al monto de habitantes ⁷.

7 Sobre la relevancia de estos parámetros cf. James S. Coleman, *The Political Systems of the Developing Areas*, en: G.A. Almond/J.S. Coleman (comps.), *The Politics of the Developing Areas*, Princeton: Princeton University Press 1960, pp. 579-581.- La cantidad y calidad de datos referentes a estas variables y para el periodo anterior a 1952 son muy deficientes. Algunos materiales empíricos pueden encontrarse en: Nohlen/Schäffler, op. cit., pp. 60-66; CEPAL, *El desarrollo económico de Bolivia*, New York 1957, vol. 1; CEPAL, *Indicadores del desarrollo económico y social de América Latina* (Cuadernos de la CEPAL), Santiago de Chile 1976;

El inmovilismo político, los efectos de demostración en su fase inicial y el potencial de conflicto en el sector minero crearon, sobre todo después de la *Guerra del Chaco* (1932-1935), una situación de malestar social permanente, que provocó una politización creciente de los pequeños estratos medios, tendiente, en forma muy general, a exigir una participación substancialmente mayor en los privilegios económicos y políticos de la clase alta. Debido a que la lealtad de las capas medias era imprescindible para mantener el orden tradicional, se puede aseverar que el alejamiento de ellas de los valores convencionales de orientación socio-política señalan el fin del antiguo régimen. El descontento fue canalizado por el *Movimiento Nacionalista Revolucionario* (MNR), partido fundado el 25 de agosto de 1941 por un grupo heterogéneo de intelectuales, que se inclinó primeramente por una vaga ideología nacionalista, no exenta de elementos fascistoides y totalitarios ⁸, pero que, a partir de 1946, fue adquiriendo paulatinamente caracteres izquierdistas y reformistas, lo que amplió considerablemente su base de partidarios: las tendencias corporativistas y nacionalistas fueron despaizadas de la programática del partido o mantuvieron solamente una función ornamental, incorporándose a los objetivos del mismo la reforma agraria, la estatización de las grandes empresas mineras y el derecho universal de voto ⁹.

Después de la toma del poder en abril de 1952, el gobierno del MNR declaró que la *justicia social* y el *progreso económico* representaban los dos objetivos prioritarios del nuevo régimen.

Franklin Bustillos Gálvez, *Aspectos de la economía boliviana entre 1929 y 1979*, en: ULTIMA HORA, loc. cit.

8 Cf. *Bases y principios del MNR* (1941), en: Mario Rolón Anaya (comp.), *Política y partidos en Bolivia*, La Paz 1966, pp. 273-275; en sentido crítico: Charles H. Weston, *An Ideology of Modernization. The Case of the Bolivian MNR*, en: JOURNAL OF INTER-AMERICAN STUDIES, vol. 10, Nr. 1 (enero 1968), p. 93; Herbert S. Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional boliviana. La crisis de la generación del Chaco*, La Paz: Juventud 1968, p. 392 ss.

9 Cf. las dos historias semi-oficiales del partido: Luis Peñaloza, *Historia del Movimiento Nacionalista Revolucionario 1941-1952*, La Paz 1963; Manuel Frontaura, *Historia de la Revolución Nacional*, La Paz 1974.- Para un enfoque de conjunto cf. Malloy, *Bolivia...*, op. cit., p. 149; J. M. Malloy, *Revolutionary Politics*, in: Malloy/Thom (comps.) op. cit., p. 117.

La consecución de la justicia social y de la soberanía nacional fue explícitamente ligada a un desenvolvimiento económico de amplio alcance e índole dinámica, lo que, en el fondo, equivale a un inequívoco programa de modernización, particularmente en la expansión de la racionalidad instrumental en el ámbito de la vida económica ¹⁰.

A causa del atraso y subdesarrollo percibidos en las estructuras anticuadas de la tenencia de tierra y de las minas, las que habrían sido responsables por la falta de industrialización y por la dinámica socio-económica laxa, el gobierno del MNR llevó a cabo dos reformas fundamentales en estos terrenos, la estatización de las grandes empresas mineras (octubre de 1952) y la reforma agraria (agosto de 1953). La nacionalización de las minas tenía como objetivo alcanzar el llamado control nacional sobre la producción y comercialización de los minerales, para lograr un desarrollo a largo plazo de acuerdo a las "genuinas" necesidades del país; la estatización estaba concebida a canalizar las inmensas ganancias de las empresas privadas hacia otros sectores económicos, con el fin explícito de diversificar la estructura productiva del país ¹¹. Las metas de la reforma agraria eran la consecución de la justicia social y la modernización de los sistemas de producción en el campo. A ellas pertenecían, entonces, la concesión de tierras a los campesinos que no las tenían, la devolución de predios incautados a las comunidades campesinas, la abolición del latifundismo, la anulación de los servicios personales gratuitos, la tecnificación de las labores de campo y la ayuda financiera a los pequeños propietarios. La in-

10 Víctor Paz Estenssoro, *El pensamiento revolucionario de Víctor Paz Estenssoro*, La Paz 1954, p. 79 s., 101 s.- Cf. también Richard S. Thom, *The Economic Transformation*, en: Malloy/Thom (comps.), op. cit., p. 159, 169.

11 Cf. la compilación semi-oficial *Bolivia: 10 años de Revolución*, La Paz 1962, p. 35. Una de las primeras formulaciones de esta concepción en: Augusto Céspedes, *El presidente colgado*, Buenos Aires: Alvarez 1966, p. 18. Existe una literatura muy amplia y de calidad muy diversa sobre el proceso de la nacionalización y sus consecuencias. Cf. Ballivián Calderón, op. cit.; Capriles Villazón, op. cit.; CEPAL, *La política económica en Bolivia 1952-1964*, en: BOLETIN ECONOMICO DE LA CEPAL, vol. 12, New York 1967; Melvin Burke, *Estudios críticos sobre la economía boliviana*, La Paz: Amigos del Libro 1973; Amado Canelas, *Historia de una frustración: la nacionalización de minas en Bolivia*, La Paz 1963.

tegración de las masas campesinas en el sistema nacional constituía uno de los principios motores de la reforma agraria, lo que se trató de conseguir mediante la extensión de todos los derechos ciudadanos y políticos a los labradores y la incorporación de los mismos a los circuitos del mercado, de la instrucción básica y de la movilización política. Aunque los datos estadísticos son contradictorios, se puede afirmar con cierta seguridad que hasta 1970 se repartieron doce millones de hectáreas a 450.000 nuevos propietarios, lo que atañe a unos dos millones de personas de una población total de 4,5 millones ¹².

Aspectos nítidamente modernizantes han sido generados por la reforma agraria en una proporción mucho más elevada que por la estización de las empresas mineras. Entre ellos se cuentan no sólo la derogación de relaciones personales y laborales de tipo servil con algunas reminiscencias feudales, sino la apertura de los mercados agrícolas, la generalización de mecanismos contemporáneos de intercambio (como el dinero) entre los campesinos, la ampliación y mayor utilización de la red de transportes y comunicaciones en el área rural, el incremento substancial de la movilidad social, la expansión cualitativa de oportunidades de educación básica y el masivo incremento en el terreno de la participación política ¹³.

Un estudio comparativo entre campesinos bolivianos y peruanos en la zona aledaña al Lago Titicaca antes de la Reforma Agraria peruana indica un ingreso promedio más elevado, una movilidad social mayor, mejores oportunidades de enseñanza, posibilidades más diferenciadas de consumo y más tiempo libre

12 William E. Carter, *Revolution and the Agrarian Sector*, en: Malloy/Thom (comps.), op. cit., p. 246. Cifras divergentes en: Manuel Frontaura, *Trascendencia de la Revolución Nacional de 1952*, La Paz 1973, p. 15; cifras oficiales para 1974 en: PRESENCIA (La Paz) del 6 de agosto de 1975, p. 653.

13 Sobre los efectos modernizadores de la reforma agraria cf. Salvador Romero, *Les mouvements sociaux paysans en Bolivie*, p. cit., p. 185 ss; M.I. Pérez Oropeza/S. Romero, *Cambio y tradicionalismo*, en: APORTES, Nr. 17, julio de 1970, pp. 80-120 (un estudio con extenso material empírico primario); M.B. Léons/William Léons, *Land Reform and Economic Change in the Yungas*, en: Malloy/Thom (comps.), op. cit. p. 296 s; Arturo Urquidi, *Bolivia y su reforma agraria*, Cochabamba: Edit. Univ. 1969; D.B. Heath/C.J. Erasmus/H.C. Buechler, *Land Reform and Social Revolution in Bolivia*, New York: Praeger 1969.

para los campesinos bolivianos ¹⁴. En el terreno socio-político la reforma agraria significó también la modernización relativa de algunas normas de comportamiento colectivo: el notable crecimiento del movimiento sindical campesino, la organización de grupos políticos para defender intereses específicos de los trabajadores del campo y la predisposición de éstos a considerar positivamente estos cambios señalan la difusión paulatina de una *solidaridad orgánica*, el inicio de una articulación racional de intereses políticos y sindicales, el desplazamiento de criterios adscriptivos referentes al *status* social y la lenta introducción de patrones modernos de valores y gratificaciones ¹⁵.

Los diferentes proyectos en torno a la *diversificación* de la estructura económica transcurrieron en forma mucho menos dramática que las grandes reformas sociales y empezaron a dar sus frutos después de la caída del régimen (1964). Estos aportes a la modernización, iniciados en condiciones muy adversas de atraso y dificultades técnicas, estaban destinados a la apertura de nuevas tierras agrícolas y ganaderas en el Oriente del país, a la electrificación, al fomento de la producción petrolera y a la fundación de ciertas industrias básicas. Sobre todo la integración y el desarrollo acelerado de las regiones orientales, la base de un producción notablemente intensificada en los rubros ganaderos, agrícolas, de la agroindustria y del petróleo, han modificado substancialmente la composición y la dinámica de la economía boliviana, creando nuevos polos de desarrollo, cambiando paulatinamente la estructura del empleo en todo el país y efectuando un notable aporte a la modernización del mismo en varios ámbitos ¹⁶. Finalmente, el gobierno del nacionalis-

14 Melvin Burke, *Land Reform in the Lake Titicaca Region*, en: Malloy/Thom (comps.), op. cit., pp. 318-333.

15 Cf. Salvador Romero, *Les mouvements sociaux paysans en Bolivie*, op. cit., p. 185; Salvador Romero, *Bolivia: sindicalismo campesino y partidos políticos*, en: APORTES, Nr. 23 (enero de 1972), p. 89 s. 94; A. García, *Bolivia: la reforma agraria y el desarrollo social*, en: O. Delgado (comp.), *Reformas agrarias en América Latina, proceso y perspectivas*, México 1965, pp. 403-445.

16 Cf. el exhaustivo estudio de C.H. Zondag, *La economía boliviana 1952-1965. La revolución y sus consecuencias*, La Paz: Amigos del Libro 1968, pp. 134, 193-205; M. Frontaura, *Trascendencia...*, op. cit., p. 49, 52 s.- El desarrollo ulterior del Oriente fue esbozado en el escrito programático de Walter Guevara Arze, *Plan in-*

mo revolucionario tiene el mérito de haber iniciado en América Latina el sistema de *planificación* económica, adoptando planes de desarrollo a mediano plazo de carácter indicativo y orientador para canalizar recursos y organizar esfuerzos de manera más racional y rentable. La planificación documenta no sólo la relevancia que obtuvieron entre tanto conceptos como "desarrollo" y "progreso", sino también la intención del régimen de intensificar la prevalencia de la racionalidad instrumental y expandir los subsistemas regidos por este principio de la modernidad.

Las reformas socio-económicas llevadas a cabo durante el régimen del MNR no han estado libres de aspectos negativos. La estatización de las empresas mineras no generó los abundantes excedentes financieros que se esperaban para acelerar el desenvolvimiento de otros rubros de la economía. Como en innumerables casos acaecidos en las sociedades periféricas, la confiscación de la propiedad privada no sirvió para aprovechar en favor de la comunidad las ganancias supuestamente legendarias de los "capitalistas"; las declaraciones posteriores del MNR trataron de restar importancia a esta función económica de la nacionalización de las minas y resaltaron más bien la significación política de aquella medida: la estatización habría acabado con el predominio de los magnates mineros y posibilitado un nuevo régimen socialmente justo ¹⁷. Las minas en poder del Estado tuvieron pronto que ser subvencionadas por el gobierno, lo que fue agravado por la descapitalización de la Corporación Minera de Bolivia (a cargo de las minas nacionalizadas), por la indisciplina de los obreros y la disminución general de la productividad ¹⁸.

mediato de política económica del gobierno de la Revolución Nacional. La Paz: s.e. 1955, pp. 74-86. Datos estadísticos sobre este proceso en: Richard S. Thom, op. cit., pp. 194-213.- Cf. también dos críticas marxistas: Amado Canelas, *Mito y realidad de la industrialización boliviana*, La Paz/Cochabamba: Amigos del Libro 1966; Ramiro Villarroel Claure, *Mito y realidad del desarrollo en Bolivia*, La Paz/Cochabamba: Amigos del Libro 1969.

17 Frantaura, op. cit., 13, 29; J.V. Fifer, *Bolivia: Land, Location, and Politics since 1925*, Londres 1972.

18 Cf. Zondag, op. cit., p. 114; Thom, op. cit., p. 172 s; una versión divergente en:

La reforma agraria no estuvo tampoco exenta de momentos negativos. La confiscación y ocupación indiscriminada de propiedades agrícolas impidió la formación de explotaciones de tamaño intermedio y de alta productividad, que hubiesen suministrado bienes alimenticios en cantidades y precios convenientes a los mercados urbanos. Parece que igualmente se pudo constatar una baja de la productividad promedio en el campo; por otra parte, la tecnificación y modernización de la producción agrícola misma no abandonaron, en lo esencial, el nivel de postulados verbales ¹⁹.

En analogía al peronismo en la Argentina, el régimen del MNR en Bolivia no significó una modernización y ni siquiera un mejoramiento de las condiciones imperantes en el ámbito socio-político. La vida cotidiana, especialmente en el periodo 1952-1956, estaba determinada por la represión y la demagogia. El tratamiento coercitivo a los opositores políticos alcanzó tal grado que se necesitó campos de concentración para encerrarlos – naturalmente sin proceso alguno y sin que se pudiese apelar a una multitud de disposiciones constitucionales y jurídicas que seguían en vigencia. Se crearon órganos estatales sin fundamento legal para el control y la represión de la población, fenómenos, que si bien no eran ajenos a la vida política del país desde la fundación de la república, adquirieron a partir de 1952 el carácter de lo sistemático y tecnificado. Las prácticas opresivas toleradas hasta entonces eran evidentemente brutales, pero, al mismo tiempo, accidentales, momentáneas y dispersas; con el advenimiento del MNR al poder aquéllas se tomaron ordenadas, eficientes y despiadadas, ejecutadas por instancias todopoderosas, exentas de vínculos legales, dotadas de amplia autonomía financiera y libres de inspección de parte de la

Amado Canelas, *Mito y realidad de la Corporación Minera de Bolivia*, La Paz/ Cochabamba: Amigos del Libro 1966.

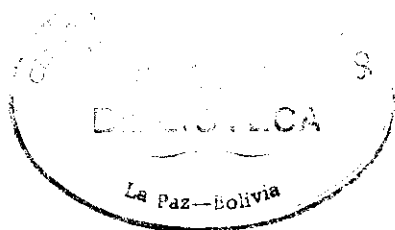
19 Cf. Demetrio Canelas, *Aspectos de la revolución boliviana. La reforma agraria y temas anexos*, La Paz 1958, p. 30; Fausto Beltrán/José Fernández, *¿Adónde va la reforma agraria boliviana?*, La Paz 1960, p. 89 ss; Léons/Léons, op. cit., p. 296 s; William E. Carter, op. cit., pp. 244-248, 267 s.

administración pública ²⁰. Esta eliminación fáctica del Estado de derecho no trajo consigo únicamente la supresión de garantías constitucionales y derechos políticos, sino también un proceso manifiesto de *regresión* en el ámbito del pensamiento socio-político y de la praxis correspondiente, lo que imprimió al régimen el estigma permanente de totalitario y despótico.

La cultura política se distinguió, sobre todo, por la predominancia de elementos manipulativos y demagógicos; se repitió el lugar común de las ideologías revolucionarias y nacionalistas del Tercer Mundo, que mediante una crítica parcializante a la tradición liberal-democrática, justifican prácticas arbitrarias y la negación efectiva de una democracia pluralista. El nivel de cultura política anterior a 1952, aunque muy rudimentario, fue reemplazado por un sistema, en el cual la conciencia política crítica fue transformada en la capacidad de identificarse con las metas y prácticas del Estado y en el cual las marchas multitudinarias suplían el genuino diálogo político. El régimen estaba marcado por una combinación híbrida de anti-imperialismo retórico y autoritarismo práctico, que tampoco fue cuestionado por sus sectores izquierdistas.

20. Cf. el excelente artículo de Huáscar Cajías, *San Román, sanromanismo y sanromanistas*, en: *ULTIMA HORA*, loc cit.- Los aspectos políticos de este período están tratados extensamente en: Malloy, *Bolivia.....*, op. cit., pp. 216 ss.

Fuentes originales de los ensayos



Los fundamentos de la teoría crítica de la modernización y algunos aspectos biográficos del autor [1993]

- inédito

Crítica a las teorías de la modernización y la dependencia

[1974]

- en: REVISTA INTERNACIONAL DE SOCIOLOGIA (Madrid), vol. XXXVII, No. 31 (Segunda época), julio/septiembre de 1979, pp. 329-349; REVISTA PARAGUAYA DE SOCIOLOGIA (Asunción), vol. 17, No. 48, mayo/agosto de 1980, pp. 47-63.
- versión alemana en: SOZIALE WELT (Münster), vol. 25 (1974), No. 2, pp. 209-223.

El progreso como posibilidad de regresión e irracionalismo

[1975]

- en: ULTIMA HORA (La Paz) del 2 al 12 de febrero de 1976; CUADERNOS AMERICANOS (México), vol. CCVII, año XXXV, No. 5, septiembre/octubre de

1976, pp. 89-105; ECO. REVISTA DE LA CULTURA DE OCCIDENTE (Bogotá), vol. XXX, No. 3 (= 183), enero de 1977, pp. 33-51; CIENCIAS SOCIALES (La Paz), No. 2, septiembre de 1977, pp. 103-121; FOLIA HUMANISTICA (Barcelona), vol. XVI, No. 182, febrero de 1978, pp. 139-154; REVISTA DE ESTUDIOS POLITICOS (Madrid), No. 9, mayo/junio de 1979 (nueva época), pp. 137-152.

Esbozo de una teoría crítica de la modernización: la marcha victoriosa de la racionalidad instrumentalista en América Latina, [1978]

- en: CUADERNOS DE LA SOCIEDAD VENEZOLANA DE PLANIFICACION (Caracas), No. 150-152, febrero de 1981, pp. 64-87; CUADERNOS AMERICANOS, vol. CCXLIX, año XLII, No. 4, julio/agosto de 1983, pp. 21-42; FOLIA HUMANISTA, vol. XXIV, No. 278, marzo de 1986, pp. 157-168 y No. 279, pp. 267-276; SISTEMA. REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES (Madrid), No. 98, septiembre de 1990, pp. 105-121.

Principios universales y valores particulares [1993]

- inédito

Las metas generales de desarrollo en la conciencia colectiva latinoamericana, [1978]

- en: CUADERNOS DE LA SOCIEDAD..., loc. cit., pp. 38-53; FOLIA HUMANISTICA, vol. XXI, No. 240, enero de 1983, pp. 59-72; REVISTA DE ESTUDIOS POLITICOS, No. 51, mayo/junio de 1986, pp. 177-190.

Identidad nacional e ideologías justificatorias en países del Tercer Mundo, [1978]

- en: CUADERNOS DE LA SOCIEDAD..., loc. cit., pp. 53-64; REVISTA DE POLITICA COMPARADA (Madrid), No. 8, primavera de 1982, pp. 57-66; ESTUDIOS. FILOSOFIA, HISTORIA, LETRAS (México), No. 21, verano de 1990, pp. 121-130.

El socialismo como sistema de modernización acelerada en las periferias mundiales, [1979]

- en: REVISTA DE ESTUDIOS POLITICOS, No. 43, enero/febrero de 1985, pp. 165-179; HOMINES. REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES (San Juan de Puerto Rico), vol. 9, febrero/diciembre de 1985, pp. 116-127; HOY (La Paz) del 12 de octubre de 1986.

Aspectos comparativos del socialismo en el Tercer Mundo: teoría y realidad de la modernización [1979]

- en: REVISTA OCCIDENTAL (Tijuana/México), vol. 2 (1985), No. 1 (= 5), pp. 49-60; FORO INTERNACIONAL (México), vol. XXVI, No. 3 (= 103), enero/marzo de 1986, pp. 373-384; MUNDO NUEVO. REVISTA DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS (Caracas), vol. XI, No. 1 (= 39), enero/marzo de 1988, pp. 29-41; REVISTA DE ESTUDIOS POLITICOS, No. 63, enero/marzo de 1989, pp. 219-232.

Conflicto, pluralismo y mercado como elementos de la democracia moderna, [1980]

- en: PRESENCIA (La Paz) del 21 y 28 de febrero de 1982; FOLIA HUMANISTICA, vol. XX, No. 237, octubre de 1982, pp. 617-636; REVISTA DE ESTUDIOS POLITICOS; No. 39, mayo/junio de 1984, pp. 29-48.

La revolución de 1952 en Bolivia: un intento reformista de modernización, [1979]

- en: REVISTA DE ESTUDIOS POLITICOS, No. 17, septiembre/octubre de 1980, pp. 117-128; FOLIA HUMANISTICA, vol. XVIII, No. 215, diciembre de 1980, pp. 751-761; HOY del 29 de mayo de 1983.